

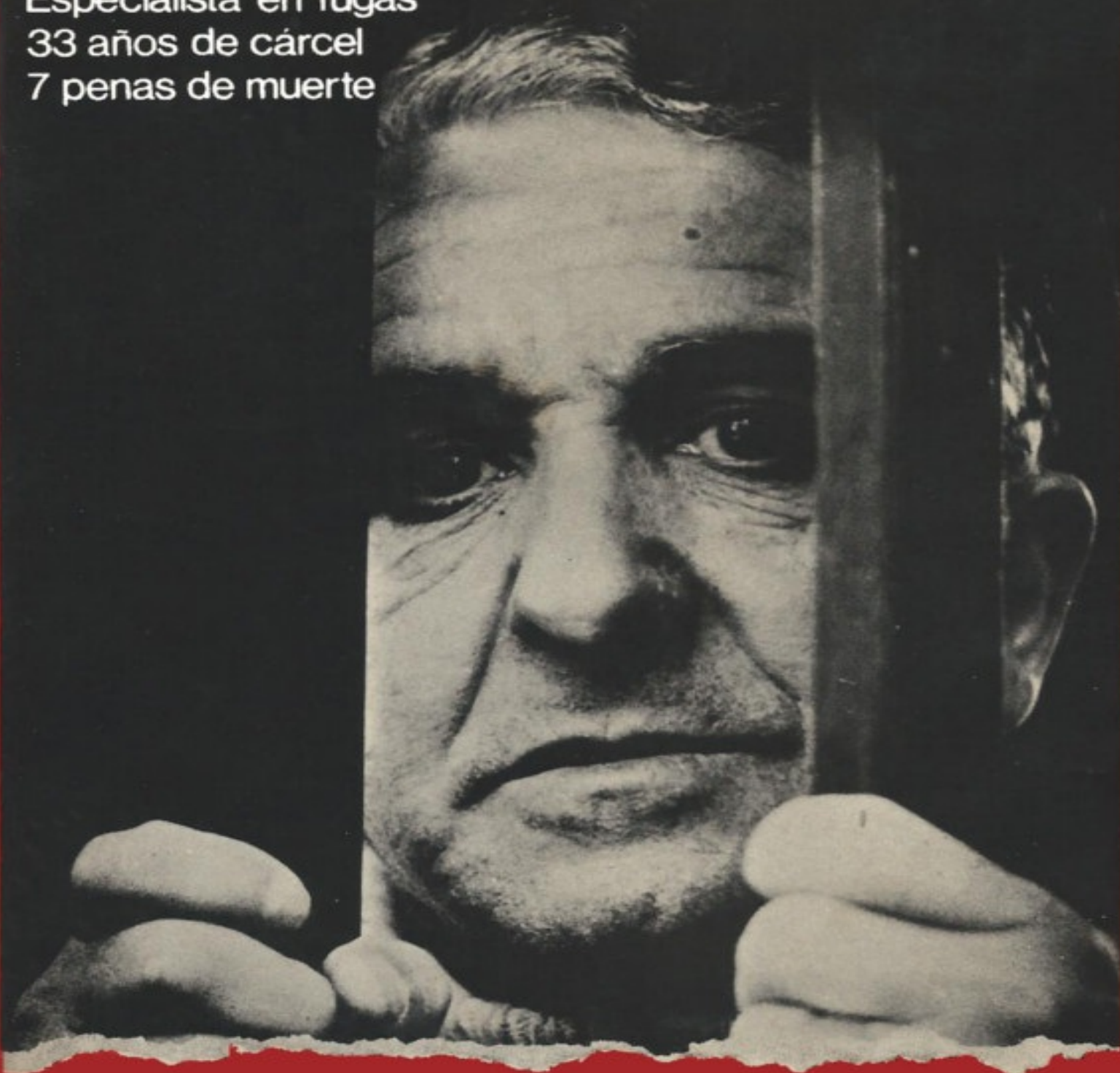
VICTORIANO CORRAL

(Julián el loco)

Especialista en fugas

33 años de cárcel

7 penas de muerte



EVASION!

se

Biografía novelada sobre las andanzas de Victoriano Corral Serrano, también conocido como el «Papillon español». Nacido en 1919 en un pueblo a 85 kilómetros de Ávila llamado El Arenal fué condenado a 7 penas de muerte, 173 años de condena, 20 fugas de centros penitenciarios, y mas de 30 delitos, la mayor parte contra la propiedad.

Desde su primera condena en 1935, con 16 años de edad y por intentar vender un burro propiedad del Ayuntamiento de El Arenal, el libro recoge todas sus correrías, sus problemas con la justicia civil y militar (por la que era buscado por dos deserciones).

Una mayor parte de su vida, 33 años, transcurre dentro de las rejas de multitud de centros penitenciarios. De ellos escapa en multitud de ocasiones, por lo que sus condenas van agravándose de manera continua.



Victoriano Corral Serrano

Evasión

ePub r1.0

Titivillus 24.06.15

Título original: *Evasión*
Victoriano Corral Serrano, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



EL «PAPILLON» ESPAÑOL TIENE ESCRITAS SUS MEMORIAS

Santa Cruz de Tenerife, 3 (Europa Press). —Ha abandonado la cárcel de Santa Cruz de Tenerife, Victoriano Corral Serrano, de cincuenta y seis años de edad, sobre el que han pesado, desde 1935, en que fue condenado por primera vez, 7 penas de muerte, 173 años de condena, 20 fugas de centros penitenciarios y más de 30 delitos, la mayor parte de ellos contra la propiedad.

El señor Corral Serrano ha sacado del Centro Penitenciario de Santa Cruz de Tenerife un libro de unas 300 páginas, a un solo espacio, en el que narra todas sus andanzas a través de la geografía del país y de sus cárceles. «De ninguna manera —ha dicho— podré de nuevo delinquir contra la propiedad ni contra nada; antes admiraba a los ladrones profesionales, pero ahora ya no los admiro, porque la vida que yo he llevado no compensa».

Quince días después de que los medios de información publicaran esta noticia de agencia, mediado octubre de 1973, con sus cuartillas bajo el brazo y apoyado en su bastón de ébano, que presta solemnidad a sus aires de bribón, me vino a saludar Victoriano Corral Serrano, alias «Julián», «José», «Francisco», «El Loco» o el «Papillón español», al decir de los diarios y revistas que comentaron su liberación definitiva. «Busco un editor», dijo para empezar, y minutos después ya me proponía que leyera y revisara sus cuartillas, unas cuartillas viejas, manoseadas, nacidas de celda en celda y de patio en patio, en un largo parto de veinte años. Traía también una carpeta con documentos: el certificado de libertad, con fecha 30 de septiembre, y otros del paso por una veintena d prisiones, de fugas, de la operación por herida de bala, y tres folios, repletos por ambas caras, con el sello del Registro Central de Penados y Rebeldes, con las causas y condenas de su vida delictiva: atracos a mano armada, falsificación de personalidad estafas, robo, usurpación de funciones, coacción, simulación de delito, atentado, escándalo público, deserción, amenazas a la autoridad, desacato, quebrantamiento de condena, tenencia ilícita de armas y adhesión a la rebelión... Le miré a la cara: es un hombre pequeño, moreno, de ojos negros, penetrantes; en la mano que coge el bastón luce un solitario grande y brillante. «No, no es robado; es un recuerdo de familia», me dijo sonriendo. Viste traje negro, elegante, de buen paño, con pañuelo que sale en punta del bolsillo de la chaqueta y un «niki» blanco que le cubre gran parte del cuello y le da un aire juvenil y deportivo. «Puedo demostrar documentalmente mis Memorias, no como Papillón...». Sin saber de su historial, uno podría imaginar que es vendedor de una tienda de libros, profesor de Filosofía o un cura que ha colgado la sotana. Tiene una cierta serenidad en su rostro, como de hombre ilustrado o dedicado al pensamiento... ¡Si no fuera por la coquetería del pelo teñido, por el chispeo picaro de sus ojos, por la seguridad en sus gestos

teatrales...!

Las aventuras de un hombre que se ha hecho viejo en la cárcel tienen una veta atractiva y misteriosa. Tomé las cuartillas y prometí leerlas. Había seguido sus declaraciones a la prensa, inmediatamente después de ser puesto en libertad, y oí la entrevista que le hizo en «La Hora XXV» Manolo Martín Ferrand; en unas y otras, Corral aparecía como un hombre arrepentido de su odisea vital, deseoso de una aceleración en las mejoras del sistema penitenciario, seguro del éxito editorial de sus Memorias y con cierto despecho e irreverencia hacia «Papillón». En los siete meses que han transcurrido desde que recibí el manuscrito hasta su publicación he tenido largas conversaciones con él, y creo poder asegurar que, a pesar de sus diatribas contra el fallecido recluso de la Cayena, hay paralelismos importantes y evidentes entre «Papillón» y «El Loco», o Henri Charrière y Victoriano Corral... Charrière escribió el relato de sus dos fugas y de treinta años en la cárcel, animado, como él mismo reconocía, por el éxito de la biografía de un preso experto en evasiones: «El Astrágalo», de Albertine Sarrazin. Corral, con más de veinte huidas de centros penitenciarios, treinta y tres años de reclusión y la experiencia única y dramática de la espera en la celda de los condenados a muerte, narra en este diario cómo repetidas veces pidió que le dejaran leer el «Papillón» y cómo no le fue facilitado, acaso porque temían que su lectura le animara a una nueva tentativa de fuga. Tenía gran curiosidad por conocer las Memorias del «recluso-escritor» francés; consiguió ingeniárselas para introducir el libro en la cárcel, y me consta que el éxito fabuloso de este relato oral le da nuevos impulsos para ordenar en forma de libro sus recuerdos. Charrière confió su diario a Jean-Pierre Castelnaud, para que le diese forma literaria, y con los mismos fines me entregó a mí el suyo Corral. Castelnaud reconoce que no se atrevió a tocar en nada fundamental el estilo ni las ideas de Charrière; prefirió dejar en toda su originalidad y pureza el lenguaje directo de la narrativa oral utilizada por «Papillón».

En lo que a mí respecta, y siguiendo con las analogías, declaro que no he retocado el original, a no ser para evitar algunas repeticiones, ordenar cronológicamente los datos, cambiar los nombres de los personajes y «limar» situaciones y circunstancias de su vida penal que, aun con la apertura actual, pudieran crear problemas de censura o de tipo jurídico y que no afectaban a la lucidez de las Memorias. «Papillón» sitúa el nudo central de su escrito en la injusticia de su condena; Corral, con menos amargura que Charrière, indirectamente atribuye la responsabilidad de sus desventuras a causas que entran dentro del campo lógico de la moderna psiquiatría y sociología: la pérdida de su padre, la dureza excesiva como respuesta a sus primeros pasos en falso, las malas compañías en los centros penales de su juventud, la dificultad de enderezarse cuando todo, como movido por un hado maléfico, se va encadenando, el hambre... No nace la narración de Corral como respuesta a represiones mascadas en las muchas horas de soledad ni empuña la pluma para devolver golpes a la sociedad. Más bien pretende que su vida sirva de ejemplo —«la vida que yo he llevado no compensa»— a jóvenes delincuentes, como escarmiento en cabeza ajena. Y recoge con objetividad la evolución del sistema penitenciario hacia modos más lógicos y humanitarios.

Al contar la dureza y, en muchas ocasiones, la arbitrariedad con que fue tratado en sus comienzos y también los cambios de los que ha sido excepcional testigo a lo largo de treinta y ocho años —«Hoy he visto por primera vez la televisión», «La vida en los penales es cada día más

humana», «Se han creado talleres más modernos para redimir penas y aprender un oficio para el día que salgamos a la calle», «Mejora la dieta alimenticia, y los ahora llamados educadores nos tratan con más atenciones»—, puede considerarse este libro de un documentalismo positivo y vivido, coincidente con las corrientes internacionales de preocupación por la reforma del sistema penitenciario —en Italia la Comisión de Justicia del Senado ha aprobado la reforma carcelaria, basada en la humanización de las cárceles y la reeducación del recluso— y con la labor de los departamentos de Sociología, Pedagogía, Técnicos Moralistas y Juristas-Criminólogos de las «Centrales Penitenciarias de Observación» españolas, que trabajan con la esperanza de conseguir que el conocimiento y el trato del preso común entre por cauces más racionales y modernos. La preocupación del Ministerio de Justicia en torno a este tema es evidente, y de ello deja constancia Corral en su libro, como la deja de las lacras de todas las cárceles del mundo: homosexualidad, violencia, tratos de favor, delaciones de compañeros, etc.

«Nuestro Papillón» no es un santo; es —o ha sido—, como digo al principio, un bribón, un delincuente de amplio aspecto profesional, esquivo, peligroso, difícil, en definitiva, para sus guardianes, pero que trasluce en su relato detalles de bondad y de humor, de lealtad a los que han convivido con él y arraigo a sus familiares: su madre, uno de los personajes más importantes del relato; su esposa, a la que engaña infinidad de veces, pero a la que vuelve.

«Evasión» es la historia de un hombre, de un aventurero de antes de la guerra, de la guerra y de después de la guerra, que es carne de cárcel, y que ha jugado una larga partida de ajedrez, en la que casi siempre le tocó perder. Pero siendo una historia lineal, sencilla, sin paja, tiene la intensidad dramática de lo que es vivo, acaso por lo que dijo un filósofo: «Soy hombre, y nada de lo humano me es ajeno».

José Antonio GURRIARAN

Estoy entre furioso y resignado, entre dormido y despierto... A pesar del asfixiante calor me cubro la cabeza con la manta; no quiero saber nada, ni ver nada, ni oír nada. Me imagino que han de ser las cuatro, las cinco o las seis de la madrugada. Hace tan sólo unos minutos que he conseguido aislarme de todo, incluso de mí mismo; pero otra vez el chirriar metálico del chivato de la puerta y la voz de mi carcelero:

—¡Descúbrete la cabeza, Julián! Que no te lo tenga que volver a repetir...

He obedecido automáticamente. No quiero problemas. Ni quiero créarselos al funcionario. La luz de la bombilla me molesta en los ojos y me acerca a un mundo del que pretendo alejarme, pero ¿qué puedo hacer y qué puedo exigir? Demasiadas atenciones están teniendo conmigo; más, por supuesto, que antes de la sentencia. Ahora no soy un preso al que hay que vigilar, corregir, adoctrinar; soy un condenado a muerte, el condenado a muerte de la séptima galería de la Prisión de Carabanchel. Las pocas personas que tienen contacto conmigo —dos o tres funcionarios, el director de la cárcel, un sacerdote que se ha empeñado en confesarme— se muestran más humanos, menos severos. Me miran con compasión. En atención a mi enfermedad han roto con las normas y tengo un catre y colchón; en atención a mi soledad me sacan al patio de una a una y media y siento como si reviviera cuando me abrasa el sol de agosto, abusón y pegajoso; en atención a mi «porvenir» la ración de comida es más espléndida... Y todos, sin excepción, me hablan con tonos delicados, dulcemente y pienso que con amor, como si le hablaran a un amigo, a un ser del más allá o a un cadáver...

Me gustaría que estos días y estas horas pasaran rápido. Cuando consigo conciliar el sueño largamente me digo al despertar: «Ya falta mucho menos». Y sonrío como un tonto o me entran unos temblores extraños, inevitables, ajenos a mí mismo, que me cabrean.

—¡Yo no soy un cobarde! ¡Sabré morir como un hombre! ¡Lo demostraré a la hora de la verdad...!

—Duerme, Julián. Duerme y deja dormir —me dice ahora el carcelero.

—¿Dejar dormir a quién, si estamos solos?

Hace quince días que he llegado a esta galería procedente del Hospital Penitenciario. Con tan mala suerte que pocos días antes fusilaron a dos soldados y están vacías las celdas destinadas a condenados a muerte y presos peligrosos. No he visto a un solo compañero en estas dos semanas interminables. Ni siquiera los oigo. Sé que existen porque a través de los funcionarios me llegan sus voces de aliento: «¡Animo, Julián, no desesperes en ningún momento!», «Te llegará el indulto, estamos seguros», «Si tienes que morir, dales una lección a quienes tú sabes». Y otros mensajes que, lejos de darme esperanzas, me convencen aún más de que estoy recorriendo los últimos tramos de mi triste camino.

Ya que no puedo dormir, tiro la manta a un lado y recorro muy despacio los cinco o seis metros cuadrados de mi «piso». La celda está casi vacía: sólo el colchón, las mantas y yo. Al

comer me recogen los platos, la cuchara y el vaso de aluminio. Tenedor y cuchillo son utensilios desconocidos en las cárceles; pueden ser utilizados como armas contra nuestros vigilantes o contra nosotros mismos. Diariamente me desnudan dos o tres veces y me hacen los cacheos reglamentarios, concienzudamente, sin olvidar un solo centímetro de mi cuerpo. No es el primer condenado a muerte que se hiere en un intento, para mí inexplicable, de aplazar la ejecución; otros, muchos, no pueden soportar la idea de las últimas horas, de la capilla, de las imágenes en las que uno se ve a sí mismo frente a los fusiles que le apuntan o fuertemente amarrado a la silla del garrote vil, con el verdugo a sus espaldas dispuesto a dar media vuelta al tornillo..., y sólo piensan en el suicidio.

La celda está situada entre dos pasillos, en la séptima galería baja. Por aquí han pasado la flor y nata de la delincuencia patria: asesinos, estafadores, asaltantes de bancos, violadores, parricidas... A la «séptima» sólo llegan los condenados a muerte, los castigados por delitos graves, los presos peligrosos o los fuguistas. Yo la conozco bien, pasé varias temporadas en ella, y puedo decir que es mejor no soñar en fugas. Cualquiera intento está condenado al fracaso: que yo sepa, nadie ha conseguido huir de la «séptima». Mi celda tiene dos compartimientos: el uno, la propia celda, reducida y sin ventanas; el otro, la sobrecelda, a la que yo no puedo llegar y que está separada de mi compartimiento por grandes rejas de hierro y puerta también de barrotes; la sobrecelda comunica con el pasillo por una puerta muy pesada, de madera, que sólo abren para darme la comida, a la hora de los cacheos o cuando me sacan al patio. La puerta tiene un ventanuco, el chivato, por el que el funcionario, cuando quiere, observa al preso. Hay otro ventanuco más pequeño, en la pared, encima de mi camastro; yo le llamo «el chivatillo». También se abre una y otra vez y adivino unos ojos que me buscan y vigilan. Sentirse observado, lejos de acompañar en estas horas de silencio, hace más patente y densa la soledad. Ni siquiera por la noche puede uno imponerse a esta sensación; en las celdas de los condenados a muerte, para facilitar esta labor de vigilancia, toda la noche está encendida la luz.

Hoy me resulta imposible dormir. La visita de mi madre me ha impresionado. Hemos hablado en el locutorio, con dos filas de barrotes por medio, el uno frente al otro, cuando ya todos los reclusos habían comunicado^[1]. El funcionario que me acompañó se alejó unos metros, prudentemente, y hace como que mira para otro lado, pensando que vamos a desahogarnos. Pero no: mi madre y yo jugamos a engañarnos.

—Cuando el subdirector me mandó el aviso, diciendo que te han trasladado del Hospital, me he puesto inmediatamente en camino. Te traigo recuerdos de todo el pueblo, incluso de los que antes no querían saber de ti. En El Arenal, estos días, sólo se habla de tu situación; todos piensan que te llegará el indulto.

—Claro, madre, seguro que llega el indulto —le digo, siguiendo en el mismo tono. Le brillan los ojos, pero ni una mueca que desmienta sus palabras.

—¿Verdad que sí, hijo...? No me moveré de Madrid hasta que no resuelva lo tuyo. Llamaré a todas las puertas, escribiré a todo el mundo...

—... Sí, madre, sí. Pero si no hubiera suerte...

—... ¡Cómo no va a haber suerte!...

—Sí, madre, habrá suerte. Me ha dicho el abogado que, como no cometí delito de sangre,

puede haber conmutación y reducción de condena. Tú ya sabes, las condenas son provisionales. Yo no merezco una sentencia de siete penas de muerte y dos condenas de treinta años. Claro que..., si no hubiera suerte...

—¡Ya estás otra vez con la suerte!

—Madre.

—¿Qué?

—Que si no hubiera suerte quiero que el día que me metan en capilla traiga a mi hijo. Me mira fijamente, amorosamente. Ni un gesto, ni una lágrima.

—¿Me lo promete, madre?

—Te lo prometo.

La veo alejarse ágil, firme, entera. Ni se ha dado la vuelta para mirarme. Es toda una madre. De mi mujer, ni hemos hablado. ¿Para qué? No hemos comunicado ni antes ni después del juicio. ¿Vendrá a decirme adiós? ¿Podremos hablar unos minutos y perdonarnos mutuamente? Pienso que no. Lo poco que había se ha roto y adivino que sólo le queda olvido y acaso rencor. Ha estado en la cárcel por mi culpa, nuestro hijo nació en un penal. Después se ha cansado de confiar en mí, de tener un marido con un pie en casa y otro en la cárcel; de esperar.

Hace calor y no tengo ganas de meterme en el camastro. Además, ya no puedo dormir. Mi madre y mi mujer andan las dos por mi cabeza, casi diría que por mi celda. La una me mira con cariño; la otra, fríamente. Pero las dos están aquí en estas noches y estos días tan largos...

—Julián, si alguna vez te condenaran a muerte, ¿cómo preferirías acabar? —me dijo un día un preso en la cárcel de Gerona.

—Con los ojos abiertos y una sonrisa en los labios.

—¿Una sonrisa? Tú estás loco. ¿Por qué una sonrisa?

—Porque ya se acaba todo.

—Pero tú eres un hombre con ganas de vivir.

—No así.

Le doy vuelta a estas palabras. «Julián, ¿cómo quieres morir?». Pero si yo no quiero morir. Ahora que estoy solo conmigo mismo pienso que no deseo morir. Bueno, si no queda más remedio, que sea pronto y sin dar espectáculos. He conocido a muchos hombres que murieron ejecutados: Jarabo, «el Monchito», el doctor Ardines, aquel sacerdote que fusilaron en zona republicana y tantos compañeros de mis primeros días en las cárceles de los años treinta. Casi todos «flojearon» en el último momento; algunos tuvieron que ser materialmente arrastrados hasta el cadalso; otros sufrieron diarreas violentas o palideces y dolores de estómago, fruto del miedo. Yo quiero morir serenamente, sin altiveces ni cobardías. Como he sido juzgado en Consejo de Guerra, seré fusilado. Hubiera preferido el garrote: es más rápido. Dicen los que han asistido a este tipo de ejecuciones que el condenado sufre menos. El verdugo te ata a una silla y te pone en el cuello la argolla que tiene como un «huevo» a la altura de la nuca. Suelen taparte la cabeza. Delante está el sacerdote, que reza; detrás, el verdugo... No tiene más que dar una vuelta. El fusilamiento dura más: tiene lugar al amanecer, en el campo de tiro. Los funcionarios te entregan a la Guardia Civil, que, en camión, te lleva al campo de tiro. Ya está presente el pelotón de ejecución. El reo es colocado a doce o catorce metros. «¿Descubierto o tapado?». Yo no quiero

que me cubran la cara. «Apunten, dispáren..., fuego». Y después, el tiro de gracia.

Otra vez se abre el chivatillo: Nadie dice nada. No sé si será uno de los dos funcionarios de la «séptima» o los que hacen la ronda por toda la cárcel. Ya debe ser de día. En la planta de arriba algo se mueve; tiran de la cadena de los servicios. En otras ocasiones que «visité» esta prisión teníamos una forma especial de comunicarnos entre las celdas de los diferentes pisos: se tira de la cadena, corre el agua, se hace el vacío, se mete la cabeza en el retrete y las cañerías se convierten en un teléfono infalible. Sin forzar mucho la voz se transmiten los recados sin que se enteren los vigilantes ni los chivatos. Ahora no tengo por qué exponerme ni exponer a mis compañeros. Recibo, como digo, un trato especial y si quiero algo de los míos, cualquiera de los dos funcionarios pasa mi recado. Ventajas de condenado.

Se abre la puerta. Otra vez el cura. ¡Vaya, ahora viene acompañado! Y nada menos que por el director y las hermanas.

—Son las monjas de la enfermería —dice el director—. Venimos a animarte, Corral.

—Yo no estoy desanimado, señor director. He ganado muchas veces; ahora me toca perder. Espero saber perder. ¿Qué puede durar esto? ¿Un mes? ¿Dos meses?

Ellos saben, como yo, que los trámites del juzgado en Consejo de Guerra suelen ser rápidos. El condenado civilmente puede estar medio año, un año e incluso más tiempo, esperando el resultado a los recursos de gracia. Mi amigo Ramón Oliva, «el Monchito», fue sentenciado a muerte en mayo de 1951 y no tuvo lugar la ejecución hasta finales de marzo de 1952. Creo que fue exactamente en la madrugada del 30 de marzo. «Julián, estoy seguro de que no voy a morir —me decía pocos días después de ingresar en Carabanchel y antes de producirse la sentencia—. Mi abogado es fenómeno y, además, tiene muy buenos amigos». Pobre «Monchito». Yo estaba seguro de que no tenía escapatoria. Como tampoco la tengo yo.

—Tenga confianza en Dios.

—No tengo confianza en nadie. El veredicto ha sido ratificado ya por Capitanía General y por el Supremo de Justicia Militar.

—No pierda la esperanza. El Jefe del Estado ha otorgado muchos indultos. Usted es un hombre con un historial delictivo abundante, muchos juicios y condenas sobre sus espaldas: robos, atracos a mano armada, falsificaciones, tiroteos, fugas..., pero yo estoy seguro de que llegará el indulto...

Lo dice muy serio, con la voz firme, como queriendo convencerme de lo que él no está convencido. Cuando le miro a los ojos baja la mirada.

—¿Usted cree...?

No responde. Las monjas no dicen nada. El director, que siempre se ha mostrado optimista, tampoco. O al menos, hoy calla. Les agradezco sus palabras, su compañía, pero ya nada vale de nada. Ahora mi única meta es morir serenamente. Los funcionarios que asisten a las ejecuciones cuentan después cómo ha sucedido. Esos días reina un gran silencio en todas las galerías, y en los patios, y nadie, al principio, se atreve a preguntar. Alguno ha de romper el fuego: «¿Cómo le ha ido?». El funcionario, rodeado de un amplio corrillo, narra los últimos momentos del ejecutado, si ha llorado, si ha llamado con voz desgarrada a sus familiares, si ha implorado o si aceptó silenciosamente su destino.

Aprovecho la ocasión para pedirle algo que me bulle en la cabeza:

—Señor director. Si me ejecutan, la noche que me lleven a capilla ¿podría acompañarme el funcionario don Agustín Tanarro?

—¿Tanarro, su paisano...?

—Sí. Le ruego que aunque no esté de servicio esa noche me acompañe las últimas horas.

—Claro, Julián. Pero no piense en eso. ¿Por qué Tanarro?

—¡Oh, por nada! Me cae mejor que otros...

—¿Sólo por eso?...

—Siempre se ha portado bien conmigo. Es un hombre que me inspira confianza y quiero que sea él el que diga a mis compañeros cómo he muerto. No seré un cobarde, estoy seguro, y don Agustín dirá lo que ha visto.

El cura acerca su cara a los barrotes. Mis palabras parecen confundirle. Yo nunca he tenido simpatía a los curas, pero sé que este hombre cumple con su deber, y le sonrío. Mi gesto parece animarle.

—Julián, mañana vendré a charlar con usted.

—Como quiera, pero ya sabe cómo pienso.

—Estoy dispuesto a ayudarte. Reflexiona. Si tú no quieres yo nada puedo hacer.

Se van silenciosamente. ¿Qué querrá el cura? No pensará confesarme. Ja, ja..., confesarme yo. Si hay Dios y si un día puedo hablar con él, no será para rendirle cuentas, sino para exigir. «Dime, Dios, qué me has dado... que no sea miseria, dolor, miedo y hambre. Anda, habla. Dime qué me has dado. Tú también me crees malvado; piensas, como los demás, que he nacido para el mal. Creí que eras más inteligente. Está visto que eres igual que todos. Y ahora ese cura, que se cree tu enviado, querrá que le cuente mi vida, que le diga que me arrepiento. Si tu cura fuera capaz de librarme de la muerte, confesaría y comulgaría, como “el Monchito”. Pero ya ves, al “Monchito”, ¿de qué le valió?... Si yo me confieso, ¿qué pensarán todos los presos que me conocen, los que saben lo rebelde que he sido...? “¿Sabéis? Julián se ha confesado. Hizo lo que todos; le entró la ‘canguela’ y ha piado más que en un interrogatorio”. No, no; mil veces, no. No protesto, sin embargo, cuando me dicen que hay que ir a misa, porque así puedo ver a mis compañeros. Me ponen delante, junto al altar, rodeado de funcionarios, a unos metros de los míos, pero los siento cerca, me miran y los miro. Sé que están más pendientes de mí que del cura y veo sus gestos y sus señas diciéndome: “Animo, Julián, estamos contigo. Aguanta como un hombre...”».

El cura no ha faltado a la cita. Al día siguiente, a las once, llega solo, dispuesto a una larga conversación. «Este viene a “camelarme” —me digo—. Va dao». Espero que me hable de religión y esas cosas, pero no. Por lo menos, al principio.

—¿Cómo te gusta que te llame: Julián o Victoriano?

—Es igual. Para mis compañeros soy «Julián el loco». Todo empezó una vez que me «trincaron» con documentación a nombre de Julián... La verdad es que casi me he acostumbrado a este nombre. Victoriano sólo me lo dicen los jueces y la familia.

—¿Cuántos años tienes?

—Nací en 1917 y estamos en el cincuenta y cuatro, así que calcule usted.

—Treinta y siete, ¿no?

—La edad de empezar una vida. ¿No le parece?

—Claro, claro. Cualquiera edad es buena para empezar...

—... Y para terminar.

Se ha quedado cortado. Le miro de arriba a abajo. Es un hombre alto, corpulento. Debe tener algo más de cincuenta años. Ha vivido en las cárceles tanto como yo. Antes de entrar en Carabanchel estuvo en Ocaña. Goza fama de hombre cordial y comprensivo. Pero conmigo tiene poco que hacer...

—Vamos al grano. ¿Qué quiere?

—Yo no quiero nada. Eres tú el que ha de querer...

—¿El qué, confesarme? No pierda el tiempo. Habrá otros que le estarán esperando, que tal vez le necesiten. Yo no.

—¿Quieres que me vaya?

—Haga lo que quiera.

En casi media hora ninguno dice nada. Me echo en la cama y me levanto con una extraña sensación. No quiero decirle que me deje solo. Parece un hombre bueno, seguramente mejor que yo, pero su presencia me molesta. Vuelvo a acostarme. Después le miro, y él como si nada, quieto, inmóvil como una estatua. Una mano la tiene metida en el pecho, por entre los botones de la sotana; la otra está asida como un garfio a los barrotes. Me levanto y me acuesto una y otra vez; estoy nervioso. Al fin me habla.

—¿Quieres que me vaya...?

—Sí, por favor.

Se da la vuelta muy despacio y llama con los nudillos al carcelero. Deseo expresar algo, pero ¿qué puedo decirle...?

—Adiós, Julián.

—Adiós...

El funcionario ya ha abierto la puerta.

—Padre, vuelva cuando quiera. Yo no pienso confesarme y usted no podrá convencerme, pero venga cuando le plazca...

Ha dicho «gracias» muy quedamente y se va como un hombre derrotado. Quedo unos minutos pensativo; después estoy a punto de estallar en una carcajada. «Vaya con el curita. La ha tomado conmigo»... Lo volveré a ver. Si no es aquí, el día que me lleven a capilla. Con él estarán el director, el juez que me condenó y sus ayudantes, el médico...

MI MADRE

Mi madre pregunta a todo el mundo, pide consejos, busca recomendaciones. Ya ha escrito ocho o diez cartas a personas influyentes y a sus esposas, en una esperanza febril de encontrar el resquicio que pueda salvarme. Ahora me llaman casi todos los días a comunicar y es invariablemente mi madre la que espera en el locutorio. Esta mujer inagotable, que trata de infundirme ánimos siempre sonriente, siempre amable y valiente, es lo que más me ata a la vida.

Pequeñita, recogida, vestida de negro, con el pelo muy blanco, cada día más delgada, pero cada día más dispuesta a la batalla por librarme de la ejecución. También en esto se ha dulcificado la dureza del sistema penitenciario y, como condenado a muerte, gozo de la prerrogativa de hablar todos los días con mis allegados. Mi madre, no falla. Mis hermanos, que han de trabajar, vienen cuando pueden. De María no sé nada y pasan los días que me acercan al final sin esperanza de verla. ¿Es posible que el olvido de mi esposa alcance extremos tan inhumanos? ¿Será tan fuerte su odio que le impida decirme el último adiós?

Por mediación de un vecino de la humilde pensión en que se hospeda en Madrid, mi madre ha conocido a un teniente coronel abogado y hoy me cuenta la conversación con él.

—Ahora no puedo pagarle nada, señor. En casa somos muy pobres. Yo vendo caramelos y pastelillos a los niños de mi pueblo y se me está acabando el poco dinero que he reunido y el que me han dado mis hijos. Pero lo buscaré como sea, pediré si es necesario para compensarle...

El hombre no la deja terminar. Está dispuesto a ayudarla...

—... Si es que puedo, señora. Deje de llorar, que haré todo lo que esté en mis manos por usted y su hijo. Hoy estudiaré el caso y veré si hay tiempo para hacer algo. Pida clemencia en todos los sitios que pueda: en el Supremo de Justicia Militar, a los ministros y a sus esposas, al Jefe del Estado...

—Eso ya lo he hecho. En el Supremo de Justicia Militar conozco a todo el mundo. Me tratan muy amablemente, pero dicen que ellos ya nada pueden hacer. El expediente está en manos del Consejo de Ministros y un día de estos será pasado al Jefe del Estado para la petición de clemencia. Me dicen que es la única posibilidad, que hasta ahora todos los recursos y peticiones han sido denegados, dados los delitos cometidos por mi hijo y su peligrosidad.

—Entonces sólo queda esperar. De todas las maneras, venga mañana.

Al dejar el despacho del abogado, sin encomendarse a Dios ni al diablo, mi madre subió a un taxi y pidió que la llevaran a El Pardo. Los soldados de guardia, ante la verja de los jardines de la residencia del Jefe del Estado, quedaron sorprendidos cuando una mujer de sesenta y tres años imploraba que la pasaran al interior.

—Quiero ver al Jefe del Estado. Por favor, llévenme junto a Franco. Mi hijo ha sido condenado a muerte y va a ser ejecutado. Ya no puedo hacer más. Sólo me queda esta puerta.

—Ahora es imposible, señora —le dice el oficial de guardia—. ¿Ha hecho una instancia pidiendo clemencia?

—Sí.

—Entonces tenga paciencia. Ya verá como todo se resuelve satisfactoriamente.

—No puedo tener paciencia cuando mi hijo puede morir —dice al tiempo que llora desconsoladamente, con los nervios rotos, al fin, de tantos días de tensión y autodomnio.

El oficial de guardia y otros hombres la conducen a una dependencia del palacio. La mujer no se calma, sino al contrario. La escena se prolonga por más de media hora y aparece en la salita un general que se hace cargo del estado de ánimo de mi madre...

—¡Por favor, pida usted al Jefe del Estado y a su esposa por la vida de mi hijo!

—Puede quedar tranquila. Haré lo que usted me dice.

Y en el mismo automóvil del general trasladan a mi madre a Madrid, a casa de mi prima.

Más animada que nunca, me cuenta lo sucedido. Debe de adivinar la extrañeza de mi cara, porque dice:

—Sí, hijo, así ha sido. Te dije que haría por ti cuanto estuviera de mi mano. No desesperes. Mañana volveré. Adiós.

Es la primera vez que pienso seriamente en la posibilidad del indulto. Mi madre me ha transmitido parte de su espíritu indomable. Los dos funcionarios que me sacan al patio también se contagian de esta imprevista euforia.

—¡Tienes más suerte que si fueras bueno, Corral!

Y me ayudan a caminar, el uno a mi izquierda, el otro a mi derecha. De pronto los tres estallamos en una carcajada... El patio está solitario. Nadie nos mira. Sólo un gatito de la panadería de la prisión levanta la cabeza, curioso, y observa. No parece creerlo, porque vuelve la cabeza y se va a saltos. Yo apenas puedo andar; tengo paralizado medio cuerpo, después del tiro que me dieron en la columna vertebral. Los funcionarios, que siempre me parecieron hoscos, duros, inflexibles, mis enemigos de toda la vida, me conducen sobre la arena del patio, bajo el sol, humeante. ¡Vivir para creer! Se me viene a la cabeza aquella frase que leí en un libro en la prisión de Jaca: «Odia al delito, compadece al delincuente». La imagen la refleja fiel.

—Corral, me caes bien —me dice uno de ellos—. Eres un hombre de cuidado, de los tipos más peligrosos que han pasado por aquí y acaso el que más lata nos ha dado, pero me alegraría que salves el pellejo. De verdad.

Ni siquiera le puedo dar las gracias. Creo que mi mirada le ha dicho todo.

Hoy me han llegado varios mensajes de los compañeros. También entregaron dinero a los funcionarios para que me compren tabaco y algo de comer. Un preso normal puede recibir alimentos de sus familiares; el condenado a muerte, no. Porque temen que entre comida envenenada. Uno de los mensajes, el de «el Gati», resulta conmovedor: «Julián, eres el amo de Carabanchel. Sólo se habla de ti en la prisión. Nunca hubo tanta solidaridad con un compañero. En los servicios, en el frontón, mientras jugamos al parchís, pensamos y hablamos de ti. Nos han dicho que te estás portando como un bravo, que no temes lo que pueda suceder... Yo sé que no va a suceder nada malo, que cualquier día nos darán la buena noticia del indulto. Nos falta un “punto” para jugar al parchís. Contamos contigo».

Cada día que pasa es más tenso. No sé con certeza a dónde me acerca, aunque lo adivino. El indulto no llega y cada vez que abren la celda se mezcla en mí la esperanza y el miedo. Deseo que vengan con el indulto; temo que me anuncien la entrada en capilla. Puede suceder en cualquier momento. Esta mañana mi madre parecía más apagada. ¿Le habrán dicho que no ruedan bien las cosas? El cura me ha visitado otra vez. El subdirector, que es de Avila, también me habló: «No creo que te pase nada, pero si llega el momento, espero que sepas comportarte». Ahora duermo mal, tan mal que, para evitar pesadillas, me acuesto muy tarde. Estoy siempre dispuesto: si llega la hora, no quiero que me sorprendan durmiendo. Hago esfuerzos por serenarme y me preparo mentalmente para lo que pueda suceder. No lloraré, ni gritaré, ni me arrastraré. ¿Pero qué haré cuando me despida de mi madre? ¿Y cuando me traigan al niño? ¡Qué difícil va a ser! ¿Me servirán de algo todos los deseos, todos los preparativos...? ¿Seré capaz de sonreír al decirles adiós para siempre?

Otros días, otras horas, otras noches. Todo es a la vez lento y rápido. No sé si deseo o no que pase el tiempo. Por el día hago algo de gimnasia, para no enmohecarme; por la noche espero, con los ojos abiertos, encima de la cama y no me muevo, porque cualquier ruido me distrae o me alarma. Me perturba mi pulso, sonoro e impaciente, y los dos chivatos que se abren y cierran alternativamente cada quince o veinte minutos. Ahora oigo unas pisadas por la galería. «Serán los de la ronda». No, los de la ronda pisan más fuerte. Debe ser el funcionario, que querrá comprobar que duermo. Abrirá la trampilla y dirá: «Julián, descubre la cabeza», porque otra vez me he cubierto con la manta. Pero son muchos pasos. Tres o cuatro personas. Han bajado la escalera del departamento de celdas. Ahora parece que se aproximan a mi puerta. Seguro, vienen hacia aquí. ¿Qué buscarán? Deben ser las once o las doce de la noche. A estas horas no suelen comunicar los indultos. ¿Querrán hablarme... o...? Sí, es posible, es la hora. No hay duda. No puede ser otra cosa, van a llevarme a capilla..., tengo que tranquilizarme, dominar los nervios... Ahora caminan más despacio, se detienen, meten la llave en la puerta. No quiero que me lo digan acostado. Me pongo de pie, se tensan mis músculos, aprieto fuertemente las manos, me muerdo en el labio inferior y me hago sangre.

—Buenas noches, Julián.

—Buenas noches.

Entran el jefe de servicios y tres funcionarios que están «de cuarto». Creo llegado el momento. Han debido adivinar lo que estoy pasando en mi cara, en mis ojos tan abiertos, en mi impaciencia.

—No se preocupe, Julián. Sabemos que está excitado estas noches, esperando una mala noticia. Venimos para decirle que esta madrugada nada pasará, que duerma tranquilo.

Respiro hondo, la tensión baja de tono en mi cuerpo y en mi espíritu.

—¡Ah, gracias! Se lo agradezco mucho, pero prefiero que no me digan nada. Comprenderán que me he asustado, creyendo que venían por mí. Sé que lo han hecho con buena intención, pero es..., es horrible.

Salen los funcionarios y es la primera noche que duermo profundamente, sin sueños, sin pesadillas, sin largos pasillos oscuros ni disparos al amanecer.

Pasa otra semana. En contra de lo que esperaba, mi estado de ánimo se va serenando. No sé si por mi disciplina o porque las cosas han de suceder así. He llegado a la conclusión de que la certeza de lo inevitable hace estas horas más llevaderas. Es peor la incertidumbre, el no saber qué puede suceder dentro de un minuto, el jugar a la vez a la vida y la muerte. Yo ya me he resignado. Tengo la total convicción de que seré ejecutado. «Apunten, disparen..., fuego», y habrá acabado todo. La seguridad en este pensamiento me calma. Ya no espero la sorpresa del indulto, la gracia de última hora. Sólo cuando comunico con mi madre represento el papel y sonrío con un optimismo que me asombra. Está visto que ni yo mismo me conocía. Soy capaz de leer unas poesías de Ricardo León en mi celda, saboreando lentamente las páginas, como el lector de una biblioteca pública, y soy capaz también de decir: «Madre, cuando llegue el indulto, alegaré mi enfermedad, para que me dejen en el penitenciario de Madrid. Así podremos vernos con frecuencia. Si María quiere venir, que venga; si no, me traerá usted al niño. Serán muchos años; no quiero que me olvide».

Corre el año 1931. En España hay régimen republicano. A 85 kilómetros de Avila, en las estribaciones de la Sierra de Gredos, vive su vida una aldea diminuta y humilde: doscientos vecinos, algunos frutales, algunas alubias, agricultores, ovejas y pastores. Es el clásico lugar tranquilo y pobre. Sus gentes, las más, son de izquierdas; los de derechas se callan o lo dicen muy bajito. La República tiene el poder recién estrenado y avizora enemigos tras una reunión o una protesta. En el pueblo se habla poco de política; interesan más el sol o la lluvia, la primavera que estalla en los prados y los árboles o el marchar de las muías, cansido y pesado. Algunos oyen la radio o están suscritos a los periódicos de Madrid; después, en la plaza, hablan o discuten de lo que sucede y de lo que puede suceder.

La vida transcurre lentamente, como si el aburrido reloj del campanario de la iglesia dominase a todos desde su altura imponente. Las tierras son ásperas y poco complacientes y los lugareños confían más en sus brazos que en la suerte; las mujeres, todas iguales, visten traje negro y pañuelo negro anudado al cuello, calzan el esparto y ayudan a sus maridos en lo que se tercie. La niñez se acorta y la vejez se eterniza en estos parajes: un niño sólo es niño cuando descubre un nido, cuando juega a la peonza y a las bolas; en los días de siega y de trilla sus manos se endurecen para conseguir unos reales, y dormita, con sus mayores, entre las mieses o sobre el carro...

Ha muerto mi padre. Estaba en un cerro, con Delfín, Santiago y «Capalagartos», cuando me lo dijo el «tan-tan» desagradable de la campana grande de la iglesia. Es un sonido que se oye de tarde en tarde; en la aldea fallecen, todo lo más, diez o doce personas al año. Esta mañana, antes de que madre me mandara a la calle, dijo a su hermano: «No tiene solución», y yo imaginé a qué se refería.

—¿Será por tu padre...? —Me pregunta Delfín.

—Seguro.

Y salgo corriendo, cerro abajo, con los ojos humedecidos.

Al acercarme a casa, mi hermano mayor me sale al encuentro y nos abrazamos muy fuerte. Los dos temblamos al sollozar. No es necesario que diga nada. Nos acercamos a la habitación, en la que hablan a un tiempo familiares y vecinos, y veo por entre la gente el rostro pálido, sin afeitarse, de mi mejor amigo, mi padre. «Eres un rebelde, hijo», dijo hace pocos días cuando le conté que deseo que pasen cuatro o cinco años para irme del pueblo. «Aquí vivirás pobremente, como casi todos, pero cualquiera adivina qué puede esperarte detrás de las montañas», añadió.

Me cuesta acostumbrarme a la ausencia de mi padre. Cuando nadie me ve salto las tapias del cementerio y pongo flores y espigas de trigo sobre su tumba. En ocasiones le hablo, como si me escuchara. Tengo doce años; ayer fui por última vez a la escuela. Sé sumar, restar, leo regular. ¿Qué más quiero? Mi hermano Luis dice que soy mal estudiante; se ha estado enfadando un día sí y otro

también porque no aprueba que yo haga novillos. Dicen que Luis es un chico serio: estudia, trabaja, no habla con las mozas. A mí, sin embargo, me gustan las mujeres, y los domingos bailo sin parar con las de mi edad. Hay una, Isabel, que se me queda mirando como una boba. El día que junte unos reales la obsequio con cacahuètes, aceitunas y caramelos. Cuando recorra mundo y tenga dinero le diré que la quiero.

—Isabel, cuando vaya a Avila grabaré tu nombre en mi brazo. Hay un hombre que lo hace muy bien, es imposible quitarlo en toda la vida. Dicen que duele, pero no tengo miedo. Ha puesto cara de sorpresa. Acaso piensa que no soy capaz de hacerlo; pero ya comprobará que sí. Tampoco se convence de que pronto me iré de casa, aunque no me deje mi madre. La vida del pueblo no me gusta. Aquí estoy condenado a ser toda la vida un pastor o un campesino. Luis es menos inquieto que yo y las muchas veces que le hablo del tema da la misma respuesta:

—Marcharnos, ¿por qué y adonde?

—A otros pueblos y a la capital. Dicen que allí es todo distinto, que es más fácil encontrar trabajo y ganar dinero. Tú conoces Talavera, ¿por qué no me llevas un día a verla?

—No nos dejará madre. Además, ¿para qué quieres conocer todo eso?, si después de todo continuaremos aquí, que es lo nuestro. ¿No ves a madre y a los demás? Aquí nacimos y aquí moriremos.

—Yo, no.

Han pasado unos meses. Cuando planeo la forma de hacerme con unos reales para irme a recorrer mundo, en una calle veo el burro del alguacil del Ayuntamiento. ¿Qué me darían por él en algún pueblo cercano? Estoy como media hora observando, dando vueltas a mi idea, rechazándola y aceptándola al mismo tiempo. Me voy a acercar para tomarle del ramal cuando sale de una tienda un conocido que se queda mirando. «¿Se habrá dado cuenta?». El hombre sigue su camino y ni una vez vuelve la cabeza. Cuando dobla la esquina me aproximo al asno; decidido y con disimulo lo empujo calle adelante. Es mediodía, la hora en que más pega el sol; nadie asoma a las puertas de las casas. En pocos minutos el borrico y yo estamos en las afueras del pueblo. Tentado estoy de volver, pero encuentro dos razones para no hacerlo: el pensamiento de que ahora puedan verme con el animal y castigarme y mis inmensos deseos de aventura. Así que monto en el borrico y me encamino hacia Arenas de San Pedro, doce kilómetros al norte de El Arenal.

En Arenas no me es difícil localizar a un experto en la compra de ganado.

—¿Cuánto quieres por él, chaval? —Me pregunta el tratante.

No sé qué decirle. Temo pedir mucho y quedarme sin nada o pedir poco y hacer el primo.

—Te doy cinco duros y vas que ardes.

Es más ladrón que yo. Debe adivinar que el asno no es mío y quiere aprovecharse. Aun así le doy la mano y cerramos el trato; no me convienen discusiones ni pérdidas de tiempo. Se han arremolinado cinco o seis personas en torno a nosotros. Me preocupa que me conozcan o que ronde por los alrededores alguno de El Arenal.

Por el mismo camino, ahora a pie, con la emoción de la primera cantidad importante de dinero en el bolsillo, regreso a la aldea. En la puerta de mi casa me esperan mi madre, mis hermanos, Delfín, Santiago, «Capalagartos» y... el alguacil.

A mi hermano no hay quien le convenza. A él le gusta el campo, el pastoreo, el sol y el frío. Y si no le agrada lo disimula o se resigna. Noche tras noche le animo a que venga conmigo a conocer la vida, detrás de los cerros, a dejar estas tierras resacas que engendran miseria. Lo siento por mi madre, por Isabel por él, por mi padrastro, que aunque está lejos de mí me deja hacer lo que me viene en gana. Tengo dieciséis años y nada apacigua mi sed de aventura. Ni quiero ni puedo esperar. Será la última tentativa:

—Luis, me iré esta semana. Un día, cuando despiertes, no estaré en casa. ¿Te quedas o te vienes?

—¡Ya está bien, Victoriano! ¡Qué manía! Si vuelves a hablarme del asunto se lo digo a madre.

Su tono no es muy convincente. Aunque no le creo capaz de denunciarme, me iré sin avisarle antes del amanecer. Creo que a él no le faltan ganas de acompañarme; me admira y a la fuerza ha de aburrirle la vida que llevamos. Pero Luis no quiere contratiempos. «Vale más lo malo conocido que lo bueno por conocer...», ha repetido muchas veces. Entre la elección de continuar aquí y la de iniciar otra vida, prefiere lo primero. Mucho antes de que salga el día, silenciosamente, hago un hatillo y dejo la casa. En la calle no hay un alma y corro como un desesperado hacia las afueras. En el morral guardo pan y queso de cabra envueltos en helechos para que no se endurezcan; el mismo condumio diario del pastoreo. Y en el bolsillo, todo mi capital: siete pesetas. No es mucho, aunque espero que suficiente para llegar a Talavera, a 40 kilómetros, primera meta importante de mi andadura. Bordo el primer pueblo para evitar contratiempos, y más adelante, en Arenas de San Pedro, me entra la tentación de buscar una tienda y comprar una navaja, que me será útil para abrir sandías y melones en las fincas próximas a la carretera.

—Deme una navaja —digo al dependiente de la ferretería.

Mientras el chico busca en los estantes me fijo en el dueño, que abre un cajón y mete un fajito de billetes. No he podido calcular cuánto, pero debe ser bastante; por lo menos, lo que necesito ahora, que, después de pagar mi cuenta, me quedo con una sola peseta. Con esta idea en la cabeza abandono el establecimiento, recorro a pasos lentos las calles del pueblo. Llego a la plaza. A unos cientos de metros está la carretera que conduce a Talavera. Los billetes no se me van de la imaginación. «No sería difícil conseguirlos». A la hora de la comida el dueño saldrá de la ferretería y..., habría que forzar la puerta. Sigo caminando. Estoy indeciso. Talavera o la ferretería. Una barra de hierro, abandonada junto a un carro, me saca de dudas. La cojo y desando el camino. Todavía hay gente en la tienda. Faltará media hora, calculo, para la una. Doy vueltas por los alrededores. Mi conciencia me reprocha lo que estoy maquinando, pero no tengo dificultades para acallarla. ¿Qué hacer con una peseta? ¿Hasta dónde puedo llegar con este capital? Cuando diviso la tienda sale el dueño por una puertecita de atrás. Por ahí tengo que entrar yo. Espero unos minutos. A medida que transcurre el tiempo hay menos gente en la calle. Después no pasa nadie; mi corazón está a punto de estallar. Procuero serenarme. Y con la barra de hierro cubierta con el morral me acerco a la puerta. No es difícil abrirla; dos intentos bastan. Ya dentro del local me asalta otra vez la duda; lo que voy a hacer no es honrado; además, pueden cogermelo, se enteraría madre, estaría en boca de todos los del pueblo. Sigo hacia el pequeño despacho donde vi al dueño con los billetes. Su atractivo es más fuerte que los escrúpulos de conciencia. Voy a comenzar una nueva vida. Necesito dinero; después trabajaré. Será la última vez...

Por la calle pasa una mujer; yo quedo envarado, inmóvil como una estatua. O como el San Roque de la iglesia de mi pueblo. Me voy haciendo a la oscuridad. Veo, a mi derecha, una fila de estanterías llenas de paquetes y bultos, con los precintos de embalaje aún sin abrir; a la izquierda, dentro del despacho, el pequeño mostrador, la mesita, el cajón... Tiro de él en busca del dinero. No está aquí. Miro ávidamente. Sólo encuentro una cajita llena de bisagras y tornillos. Abro el cajón inferior y... tampoco. ¿Se habrá llevado el dueño la recaudación? Tendría gracia que me exponga y no consiga nada. Todavía quedan dos cajones. Tiro de uno y ante mis ojos aparece la pequeña arca de madera donde el ferretero guardó hace unas horas los billetes. ¡Aquí están...! Dobladlos por la mitad, bien ordenados, como planchados, dispuestos a entrar en el banco. Los cojo rápidamente, sin contarlos. Con ellos en el bolsillo salgo apresurado del pueblo y no paro hasta una huerta. Cuento mi alijo: 520 pesetas. En 1935, un dineral.

Me informaré dónde se sube al coche de línea para Talavera, pero antes he de adecentarme; con estas ropas parezco un gañán. Regreso al pueblo convencido de que nadie puede sospechar de mí. Ha sido un atraco modesto, pero perfecto. Todo calculado: la tienda cerrada, el dueño comiendo, las calles desiertas, nadie me conoce. ¿Quién va a sospechar de un chaval? Recorro la avenida del comercio, miro complacido los escaparates; ahora puedo comprar muchas cosas que me estaban vedadas. Con este pensamiento entro decidido en una tienda.

—Esa chaqueta y ese pantalón. ¿Tiene una habitación para cambiarme? ¿Ahí? Gracias. ¿A qué hora sale el coche de Talavera? Dentro de media hora. He de darme prisa... ¡Eh! ¿Qué sucede?

Alguien me coge fuertemente por el brazo. Frente a mí un guardia civil...

—¿Cómo te llamas?

—Victoriano Corral.

—¿De dónde eres?

—De El Arenal.

—¿Qué años tienes?

—Diecisiete.

—¿Diecisiete?

—Sí, los he cumplido hace una semana. ¡Oiga! ¿Qué quiere usted?

—Acompáñame al cuartelillo. Tú y yo tenemos que hablar. A ver..., ¿qué guardas en los bolsillos? Vaya, no andas mal de dinero. ¡Buen paquetito! Me dirás que es tuyo todo. A ver..., vamos a ver... Trescientas pesetas, una caja de cerillas, una navaja. Todo tuyo, ¿verdad?

Fuertemente cogido del brazo me lleva al cuartelillo y me pasa a un despacho. Detrás de la mesa hay otro guardia, un sargento. Hago esfuerzos para que no note que estoy temblando.

—¿Quién es? —Dice el sargento.

—Un joven ladrón. Cuando venía hacia el cuartel, el dueño de la ferretería que hay junto a la plaza me dijo que a la hora de la comida le habían robado el dinero. Sospechaba de un muchacho que entró a comprar una pequeña navaja.

El sargento dirige la mirada a la navaja y al fajo de dinero que están encima de la mesa. Después me observa serio. Al principio pienso negar, pero no tardo en decir la verdad para evitar que me peguen. Está todo tan claro...

—¿Has sido tú el ladrón?

—Yo he cogido el dinero; pero no soy un ladrón. Es la primera vez que robo, se lo juro.

El sargento escribe a mano lo que le voy diciendo. ¿Qué pasará? ¿Avisarán a mi madre? No puedo contener el temblor de piernas y manos.

—Firma aquí. Muchacho, mal camino es éste. Llévatelo y enciérralo.

Durante dos horas me tienen aislado en una pieza del cuartel. Después, una pareja de guardias civiles me trasladan a la prisión del partido. Es una casa alta, antigua, con rejas en las ventanas. Cuando traspongo la puerta tengo más curiosidad que miedo. En una oficina, junto al «hall», me toman las huellas digitales y he de declarar todos los datos personales y familiares. Después me pasan al interior.

—Vamos, adelante. Ahí tienes a tus compañeros para una buena temporada.

En un patio hay 18 ó 20 presos. La mayoría son hombres de bastante edad. Uno tras otro me saludan. Quieren saber por qué estoy aquí y a su vez me cuentan sus andanzas. Casi todos son delincuentes habituales contra la propiedad; hay dos raterillos de segunda, algunos son autores de delitos de sangre. Un hombre, como de cuarenta años, corpulento, seguro de sí mismo, es el último en saludarme. Los demás lo tratan como a un ser superior. Le llaman «el Magaño». Después me entero de sus fechorías: se dedica a robar toda clase de ganado en esta provincia y limítrofes, especialmente en las extremeñas.

La vida en la prisión es cada día igual al siguiente. Salimos al patio a las ocho y no regresamos al dormitorio hasta las siete de la tarde. Cada mañana el carcelero nos entrega una peseta y cincuenta céntimos, con lo que nos hemos de ingeniar para comer. Entre lo que nos dan y lo que algunos reúnen preparamos la comida. Compramos lo imprescindible: leña, aceite, patatas, pan... En ocasiones excepcionales adquirimos tocino, chorizo y latas de conserva. Reina el compañerismo entre los reclusos y salvo las molestas bromas de dos jóvenes rateros, que pueden tener tres o cuatro años más que yo, la disciplina se me hace llevadera. Se ríen de mi vestimenta, de las alpargatas de esparto, de mi inexperiencia.

—Corral, que de esto no sabes nada. Lo tuyo son las ovejas. ¡Mira que volver al pueblo con el dinero...!

«El Magaño» me defiende de estas bromas, recalca la palabra «compañero» cuando se dirige a mí y poco a poco va consiguiendo que me traten como a uno más. Mucho prestigio ha de tener este hombre cuando a las dos semanas todos me llaman «compañero».

El Juzgado me toma declaración dos días después de ingresar, pero el tiempo pasa y nadie dice nada.

—«Magaño», ¿cuándo me van a sacar de aquí?

—Pronto, compañero, pronto. Lo tuyo no tiene importancia. Cuestión de trámites. Es la primera vez que te «trincan^[2]» y no has hecho nada gordo.

—Usted, ¿para cuánto tiene?

—Tampoco será mucho. Me pillaron en dos tonterías y no creo que me echen más de un año. Iba con unas parejas de ganado con las guías falsificadas, para vender en otra provincia. ¡Algún cabrito tuvo que dar el soplo...! En estos negocios has de saber que hay buenos y malos amigos. Tú, por si acaso, no te fíes de nadie. Habla poco y no digas la verdad sino cuando te convenga.

Los otros presos corean con una carcajada la filosofía de «el Magaño», quien suele tener a su

alrededor una corte de admiradores de sus «hazañas» y facilidad para «ganar» dinero.

He pasado dos meses en la prisión de Arenas de San Pedro. El día de mi libertad, Luis espera en la calle con un hatillo bajo el brazo. Me abraza y no dice nada. En silencio transcurre nuestra marcha hacia El Arenal. La entrada en casa es lo poco cordial que yo esperaba: mi padrastro, mis tíos, mis primos, mis hermanos, me insultan y amenazan sin dejar que me disculpe. Por otra parte, ¿qué puedo decirles? Ninguna excusa me parece válida. Mi madre llora y no pronuncia palabra. Es la única que desde el primer momento y en los días sucesivos me da ánimos para enfrentarme a las gentes que conozco. Ya no me miran igual que antes; los amigos rehúyen mi presencia; en el baile, las chicas encuentran cualquier excusa para no bailar conmigo. Siento un vacío en torno a mí que me aleja de todos, incluso de los compañeros de juegos.

También Isabel. También los hombres que beben en la barra cuchichean y me miran de soslayo. ¡Buena la he hecho!... Me analizan como a un delincuente; son pocos los que olvidan lo que llaman una chiquillada...

—Hijo —dice mi madre quince días después—, llegó una citación del Juzgado para que te presentes a juicio en Avila. He estado en el Ayuntamiento para que nos faciliten billete en el coche de línea, pero dicen que no es posible; así que habrás de ir a pie con tu hermano. Espero que sepas comportarte y no me des más disgustos. Di que fue un mal momento, muéstrate humilde...

—Sí, madre. Haré lo que usted dice.

A las diez de la mañana nos presentamos en la Audiencia de Avila, agotados, con las caras cubiertas de polvo, casi sin poder mantenernos en pie. Hemos venido andando, durmiendo y comiendo por el camino los dos días que ha durado el recorrido. El uniformado ordenanza, al que entregamos la citación, regresa en compañía del que será mi abogado defensor.

—¿Quién de los dos es mi defendido?

—Yo, señor.

Mira nuestra pobre vestimenta, los zapatos destrozados, cubiertos de polvo.

—Hemos tenido que venir a pie, señor. No teníamos dinero...

—Ya veo, ya veo. Bueno, tú, tranquilo, muchacho. Habla poco e irá la cosa mejor. Vamos a la sala, que el juicio va a comenzar.

Luis y yo quedamos asombrados al entrar en el inmenso salón. El Tribunal está frente a mí. Sentados ante una gran mesa, los jueces portan un raro vestido negro, con mangas anchas, y se cubren con un extraño sombrero. A la derecha, en otra mesa, también de grandes dimensiones, solo, se sienta el fiscal. A la izquierda, leyendo unos papeles, mi abogado.

—Diga su nombre y apellidos, fecha de nacimiento y lugar... —Me dice el presidente.

—Victoriano Corral Serrano. Nací en El Arenal, el 23 de diciembre de 1917.

Apenas vuelvo a despegar los labios; he tomado demasiado al pie de la letra el consejo del abogado. Las palabras del fiscal al describir mi delito están a punto de hacerme llorar. Mi abogado pide benevolencia con el mismo tono de convencimiento que el fiscal.

—Tenga en cuenta este Tribunal la edad del acusado y que es la primera vez que delinque...

Sigo atentamente las descripciones que de mí hacen: para el fiscal soy un muchacho con malas inclinaciones; para el abogado defensor, poco menos que un santo. Yo, para mis adentros, me sitúo en un término medio. Cuando me dicen que quedo libre, salto sin poder contener la alegría. El

abogado nos acompaña hasta la calle.

—Espero que sea la última vez que te vea por aquí. Hoy has tenido suerte; la próxima será peor. A tu edad y con antecedentes sería muy recomendable encerrarte para una larga temporada.

—Muchas gracias, señor —le dice Luis—. Mi hermano está arrepentido, le ha visto las orejas al lobo y no volverá a suceder. ¿Verdad, Victoriano?

—Claro, claro...

Contesto un tanto despistado. Estoy pensando en la vuelta a casa. Con gusto me quedaría en la capital... Tentado estoy de hacerlo. El abogado se despide afectuosamente de los dos y Luis me echa una regañina. Debo respetar a los demás, respetarme a mí mismo, respetar la Ley. «¿Qué es la Ley?», le digo inocentemente. «¿Cómo puedes preguntar una cosa tan estúpida?

Supongo que será algo que se ha inventado para que los hombres no perjudiquen a los demás haciendo lo que les da la gana. Digo yo». Sí, lo dice él, pero ¿hay alguna ley que me obligue a permanecer en contra de mi voluntad en un pueblo sin esperanza?

—Ahora me imagino que no te meterás en más líos; habrás escarmentado con los días que te tuvieron encerrado... Procura olvidarlo y ayuda en casa con tu trabajo, como hacemos los demás... Me preocupas, hermano; no parece que te haya servido de nada la lección. Sigues con tus sueños de recorrer mundo. Crees que todo te será fácil. Pero ¿qué sabes hacer? Lo mismo que yo, segar y cuidar ovejas, dos cosas que no valen para nada en la capital...

De nada me sirven ya sus palabras. Volveré a mi pueblo por la única razón de dar a madre la noticia de mi libertad definitiva... Después me iré para siempre. Confío en mi imaginación, en mi buena estrella y en algunas cosas que aprendí en la cárcel. La vuelta a casa es como la primera vez: mi madre, paciente, comprensiva. Mi padrastro no me habla en toda la cena; los demás me sermonean. Todo continúa igual.

Un mes después corre por la aldea el rumor de robos en las cercanías. La Guardia Civil viene por dos veces a casa y pregunta a madre sobre mí. Les daré motivos para que no se equivoquen. He decidido cuáles serán mis próximos pasos, por lo menos, hasta que encuentre un trabajo que me agrade. Sé por «el Magañano» que por esta zona las gentes guardan en sus casas alhajas, monedas antiguas y otros objetos de valor. Son las joyas familiares, que se transmiten de generación en generación. «Generalmente —decía el ladrón de ganados—, las ocultan en algún mueble de la habitación matrimonial; en aparadores, en viejas cajas de caudales muy fáciles de forzar. Algunos, más taimados, las depositan bajo baldosas cubiertas por alfombras o muebles pesados. Yo tengo una gran facilidad para encontrar rápidamente el sitio. ¿Sabes cómo? Imagino dónde las guardaría yo. Puede fallar una vez o dos, no más». Intentaré seguir al pie de la letra la lección del viejo maestro... e incluso mejorarla. El está en la cárcel y yo no quiero entrar por segunda vez en una prisión. Planearé los golpes cuidadosamente, sin precipitaciones, después de estudiar los detalles. En los pueblos de los alrededores, Pollares del Hoyo, Candeleda, Arenas y Hornillo las mujeres se atavían con joyas de mucho valor los días de fiesta. Comenzaré por uno de ellos, posiblemente por Pollares. Pueblo rico, pese a su pequeñez, con casas modernas y algunos capitales muy apanados, es una aldea que vive de la agricultura; las gentes salen muy de mañana a hacer las labores de labranza, las viviendas suelen quedar solitarias...

Es invierno. Hay niebla pegajosa cuando salgo de mi casa. Me cubro la cara con una manta de campo y, con una linterna, avanzo siempre como a un centenar de metros del camino, por las fincas y la maleza... Arenas de San Pedro queda detrás, cuatro o cinco horas después. Hago un alto y sigo hacia mi meta, obsesionado con el éxito del que considero el golpe que hará más fácil todo. «¡Va a enterarse “el Magaño” de lo que es hacer las cosas bien! No es más que un ladrón de ganado que anda a la que salta. Sin embargo, en la cárcel lo consideran poco menos que un héroe...». Ladra un perro a pocos pasos. «La jodimos, un perro...». Alzo el bastón en mi mano derecha por si me ataca, pero a cada paso suenan más lejanos sus ladridos. «Será un galgo o un perro pastor despistado...». Ya está Pollares a mi alcance... Primero se divisa la torre de la iglesia; después, las casas achatadas, de piedra, viejas por el clima y los años... El golpe lo daré mañana. Para pasar la noche busco cobijo en alguna cabaña o casa de campo abandonada... Me lavo en una acequia, oteo en todas las direcciones... “Sí, ésa puede ser. Parece la cabaña de un pastor”. Dejo pasar unas horas, hasta que oscurece. Con sigilo me aproximo a la cabaña. No hay nadie por los alrededores y parece que en su interior tampoco. Recojo forraje, preparo un camastro poco confortable, pero que me permitirá descansar. He recorrido treinta o cuarenta kilómetros por tierras de cultivo, por el monte... Es difícil dormir con el nerviosismo que tengo. Es temprano, no tengo prisa. Preciso una o dos horas para ultimar el asalto mentalmente. Después reposaré. Elegiré una casa cercana; así, si hay problemas, podré venir a refugiarme en la cabaña. Me cercioraré si hay alguien dentro; en ese caso habrá que desplazarse al otro extremo del pueblo y buscar el lugar adecuado. Ha de ser una casa grande; en ellas suele haber más dinero.

Despierto muy temprano y dejo pasar el tiempo, pues no creo que a estas horas hayan salido de sus casas las gentes del pueblo. Cuando amanece, desde la misma cabaña me hago cargo de la situación. Como a cuatrocientos metros hay una vivienda alejada del resto. Tiene buena presencia: es maciza, paredes blanqueadas... Me acerco a ella. Y a un centenar de metros me oculto tras unos arbustos. Nadie sale ni entra en el edificio. «Mira que si no está habitado...». Me fijo más detenidamente... «Ahí vive gente». Las ventanas están cubiertas con visillos blancos, finos bien cuidados. La puerta es grande, de nogal, con un llamador en forma de mano. Hay un muro elevado en la parte trasera. «Parece que da al corral...». Es desesperante; han pasado dos horas y no se mueve ni una hoja. Me acercaré más... Si me sorprende alguna persona le pregunto por el primer nombre que se me venga a la boca y Santas Pascuas. También puedo preguntar por el cura. Será mejor. No levantaré sospechas. Oigo un ruido cercano. ¿Será...? La puerta se abre y sale un anciano con un mozalbote. El chico vuelve a entrar y reaparece en seguida por la puerta del corral con dos muías... «Eso, eso; llevaros las mulas, que no las quiero para nada. Si fuera “el Magaño” lo sentiría. Yo tengo otra meta». Cuando la pareja se ha perdido tras un montículo cercano dejo pasar todavía unos minutos y salgo de mi escondite. Me dispongo a andar hacia la casa cuando oigo otra vez el ruido... Quedo quieto, expectante. «Aquí hay más gente. Voy a tener que elegir otro lugar». Es una mujer la que traspone la puerta. Viste, como todas, el traje negro —algún familiar perdido, alguna promesa—; lleva una cesta en la mano. Cierra la puerta y da dos vueltas a la llave. Buen síntoma. Ya no habrá nadie dentro. Otra vez dejo transcurrir unos minutos y me alejo del escondite, ahora sin contratiempo...

—Tac, tac.

Nadie responde al aviso del pesado llamador. Repito varias veces el golpe y siguen sin dar señal de vida. «Hay que cuidar los detalles. Esta vez no quiero sorpresas. Ya me advirtió el abogado que ahora tengo antecedentes».

—¡Señora! ¿Quién vive en esta casa? —grito.

Nuevo silencio; se acabaron las dudas. Corro hacia el muro y no me resulta difícil saltarlo. Una vez en el corral, me agazapo y espero unos segundos. No se oye ruido. Con el hierro preparado, que oculto en el morral, me acerco a la puerta que me permitirá entrar en la casa. La cerradura es feble, cede al primer intento. Es una habitación empedrada, destinada a las caballerías. De ella, por una puerta que está abierta, paso a un patio interior. Al otro lado hay una escalera de losas planas. Asciendo a grandes saltos hasta un pasillo con cuatro puertas; abro una tras otra y quedo en la más espaciosa. Una cama doble con colcha de hilo, seguramente hecha a mano por la dueña de la casa, me hace pensar que es el lecho matrimonial. Al fondo, una amplia ventana, que abro del todo. Quiero luz para trabajar limpiamente, sin apresuramientos. Creo que tengo tiempo para hacer las cosas bien. A la izquierda hay un mueble aparador con cinco cajones; cerca, un pesado baúl tallado, de estilo castellano. Tiro de los cajones: sólo sábanas, manteles, cubiertos de plata, que desprecio; libretas manoseadas, un marco viejo con el cristal roto... En el quinto cajón, detrás de una pila de servilletas, mis manos tropiezan con una pequeña caja, forrada en seda roja, cerrada con llave. La fuerza nerviosa. En su interior encuentro dos pulseras de oro, dos broches, también de oro; algunos collares y brillantes monedas. Meto todo en el bolsillo dispuesto a salir, pero me detengo para serenarme. «Sin prisas; ésta es casa de ricos. Puede haber dinero o acaso más alhajas». Vacío el baúl, vuelvo a colocar cuidadosamente, una por una, las ropas en su interior; no quiero que se enteren demasiado pronto del asalto. Nada de valor. Tampoco en las otras tres habitaciones que investigo. Por el mismo camino salgo de la casa y abandono el lugar. Todo está calculado al milímetro. Ahora, hacia Talavera, una ciudad importante donde puedo pasar inadvertido y vender a buen precio lo que ya reposa en mis bolsillos.

Por la carretera, por el monte, por entre los campos, alimentándome de fruta y calmando la sed en las acequias, me acerco a Talavera. Duermo al aire, entre unos brezos, tiritando de frío. La recia manta es incapaz de cubrir todo mi cuerpo y temo helarme. «Podría encender fuego, pero ¿y si me ven...? No me queda otro remedio que aguantar. Mañana en Talavera me quitaré el hambre y el frío». No sé si sueño o si estoy despierto cuando desfilan ante mí manjares, vinos, ropas finas..., mujeres. Tengo diecisiete años, no conozco en toda su amplitud el cuerpo de una mujer. Lo he adivinado muchas veces, pero... Alguna caricia, algún beso rápido, casi robado. Hace un año abracé a satisfacción a la novia de un amigo, cuando la sorprendí sola en los lavaderos... Bueno, satisfacción, hasta cierto punto... Yo quería seguir, pero ella debió de arrepentirse y me amenazó con decírselo a él. «Estás loco, Victoriano. ¿Qué haces?». Nada. La cosa quedó en nada. Ella, aunque me dio pie, después me miraba con mala leche. «No hay quien las entienda».

Ya se divisa Talavera. Entro en la villa con naturalidad, como si siempre hubiese vivido allí. Llego a una gran plaza con alta iglesia. El reloj me dice que son las cinco y veinte; día y medio ha durado la penosa caminata. Me aventuro por la calle principal: algún auto negro, una tienda de ultramarinos, otra de bicicletas y... una joyería. A través del cristal del escaparate diviso al

corpulento vendedor, que enseña relojes a una diente. He de esperar. Quiero mostrar mi mercancía sin testigos. Cuando la mujer deja el establecimiento paso al interior y me detengo frente al dueño.

—¿Qué quieres, muchacho?

Con estudiada parsimonia vacío los bolsillos y coloco sobre el mostrador su contenido. El hombre, corpulento, de unos sesenta años, se quita las lentes y observa con detalle las pulseras, broches, collares y monedas.

—Venía para ver si me compra usted esto.

—¿De quién son?

—De mi madre. Está enferma y no tenemos dinero para las medicinas.

—¿Qué quiere, venderlas o empeñarlas?

—¡Oh!, venderlas.

—¿Cuánto te ha dicho «tu madre» que quiere por esto?

Recalca el «tu madre» y me entra un escalofrío. Intento sobreponerme.

—Sí, mi madre. Si no le interesan a usted, las vendemos en otro sitio. Me ha dicho que las dé por diez mil pesetas, aunque sabe que valen mucho más.

Una por una me devuelve las piezas.

—Pueden valer más, pero yo sólo te doy seiscientas pesetas. Si no te interesa, llévatelas.

Le doy las gracias y salgo en busca de otra joyería. Pregunto a un paseante, que señala una calle. Estoy a punto de entrar en el segundo establecimiento, cuando una mano se posa en mi hombro. Me vuelvo con miedo y topo con un chico más joven que yo...

—Dice mi tío que te espera. Quiere hablar contigo. Es el dueño de la joyería en la que has estado hace un rato.

Quizá me ofrezca algo más. Claro que también es posible que sospeche algo. Tendré cuidado con lo que digo y hago.

—Vamos a ver otra vez las alhajas, muchacho. Antes, la verdad, no me fijé con detalle... A ver, a ver... ¿Y dices que son de tu madre?

—Sí, señor. Ya se lo conté antes.

—Pero vosotros no sois de Talavera...

Dudo unos segundos. Le responderé que vivo en Arenas de San Pedro. Si me pregunta algún dato de este pueblo, como lo conozco, no me sorprenderá en mentira.

—No, somos de Arenas.

Sopasa una vez más las alhajas y, con ellas en la mano, me suelta:

—¿No serán robadas...? ¿Seguro que pertenecen a tu madre?

Le observo como ofendido por su acusación. Muy digno, ni siquiera le respondo. El joyero se quita las gafas, me mira, hace un gesto de indiferencia y dice:

—Bueno, después de todo, a mí no me importa... Dado que tu madre está enferma y precisáis dinero, podré darte hasta setecientas pesetas. Son joyas antiguas que apenas se llevan. Tendría que desmontarlas y ganaría muy poco en ellas. Ten en cuenta que no puedes ir por la calle con eso, podría sucederte cualquier cosa, perderlas. Que te las roben...

Sospecha de la procedencia de la mercancía que le ofrezco y esta es la razón del abuso que quiere cometer conmigo; no debo ceder, pero si no lo hago es capaz de denunciarme. Por tanto,

después de titubear unos segundos, acepto las setecientas pesetas.

Media hora más tarde, con un suspiro de alivio, digo adiós a Talavera y me dirijo a la estación para adquirir billete en el tren correo Cáceres-Madrid. La capital de España, en donde imagino aventuras felices, me espera.

—Billete para Madrid —pido en la ventanilla.

—Es el tren que acaba de salir.

No me hace gracia la demora, aunque tampoco me asusta. Dormiré en una pensión y mañana emprendo el viaje. Han sido unos días movidos y debo descansar. También compro ropa: pantalones, chaqueta, camisa, zapatos. El espejo me devuelve una imagen nueva, prácticamente desconocida. «Vaya, ¡si parezco otro...! ¡Qué pena que no puedan verme los míos!».

En una posada, pared con pared con el mercado, busco alojamiento y comida. Me siento en la parte dedicada a restaurante y, con hambre de gigante, devoro un apetitoso cocido. Junto a la mesa hay una cristalera desde la que diviso la calle. Quiere la mala suerte que la ventana dé precisamente frente al cuartel de la Guardia Civil. Entran y salen números con paso marcial y estoy más pendiente de ellos que de la comida.

—¡Victoriano!

La voz parece cordial, como de alguien que me conoce. Me vuelvo con naturalidad. Es un vecino del Arenal, vendedor de ganado. Trata de saber la razón de mi estancia en Talavera. Le digo que busco trabajo. Hace dos o tres preguntas más y nos despedimos. La pensión se acabó para mí. El hombre conoce a toda mi familia, sabe de nuestros apuros, no sería raro que le llamen la atención mis ropas recién estrenadas. Mejor será cambiar de aires. Pago la cuenta y, lejos de aquella posada, busco otro alojamiento que encuentro en un lugar apartado, cerca de la estación. «Quiero un cuarto para una noche». La posadera pide el pago por adelantado. «Son cuatro pesetas», dice. Me siento rumboso y le doy una de propina. Le ruego que no me llame por la mañana. Cuando sale, cierro la puerta por dentro y cuento mi capital. Me quedan cuatrocientas setenta y seis pesetas. «¿Compraré un reloj?»... Al día siguiente, despierto temprano, salgo a la calle y poco después luzco uno en la correa. Me ha costado cinco duros. Es mi primer reloj.

Una chica de ojos grandes y esbelto cuerpo me mira cuando nos cruzamos en la calle. Es una «jabatona», como diría «Capalagartos». Tentado estoy de decirle algo..., el traje y el reloj me dan seguridad. Al final no me atrevo y la veo alejarse. La «jabatona» saca de mi subconsciente los diarios deseos de intimar con una mujer. En el pueblo los últimos meses huían de mí como de la peste. No es ya que no viviera los devaneos normales entre un hombre y una mujer; es que ni siquiera podía acercarme a ellas o hablarlas. Sigo caminando en busca de la persona adecuada que me oriente. Unos mozalbetes, que corren tras una pelota, parecen los adecuados. Hablo al que parece de más edad:

—Oye, ¿por aquí no hay chicas?

—¿Chicas...? Las que quieras. Mira, ahí vienen dos; más allá hay otra...

—... No digo de éstas.

—Habla claro y nos entenderemos.

—Quiero decir de las otras...

—Tú lo que quieres decir es putas, ¿no?

—¡Hombre!

—Ven, te acompañamos.

Marchamos por dos o tres calles retiradas y, en una callejuela, sucia y estrecha, me señalan una vieja casa, de dos plantas. Está rodeada de una valla. Detrás se cultivan flores...

—Adiós y suerte.

—¿No venís vosotros...?

El grupo desaparece. He de vencer mi timidez si quiero cumplir mis deseos. Cuando traspongo la puerta me siento violento ante una cuarentona sonriente, que me anima con la mirada.

—Pasa, chaval.

En una habitación, no muy espaciosa, sentadas en sillas, hay cuatro mujeres. Todas lucen bata larga. Todas miran, no sé si con curiosidad o con mala leche. Un hombre con barba de varios días se arregla las uñas. El saloncito está decorado con un gusto pésimo. Alfombras rojas, cortinas rojas, hasta la lámpara está cubierta por una seda rojo vivo. Miro una, por una a las cuatro mujeres...

—¿Es la primera vez que entras aquí? —Me interroga la que parece manejar el burdel.

—Sí.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—Este chaval viene de «estrena». ¿Sabes lo que te cuesta acostarte con una de nosotras? Cinco duros. ¿Los tienes?

Habla ahora una rubia maciza, que ronda la treintena. No le contesto. ¿Qué le importa a ella si vengo de «estrena»? Todo el mundo se estrena la primera vez; yo no voy a ser diferente.

—¿Qué, tienes la pasta?

—Sí.

—Pues elige.

—A ti misma —le digo.

—Me tocó, por hablar. Tienes gusto, muchacho. Voy a hacer de ti un hombre. A partir de ahora, todas las mujeres que conozcas te parecerán muy sosas.

Más que conducirme, me empuja hacia una habitación que, por todo mobiliario, tiene una cama, una mesa de noche y una silla... Sin recato se va quitando la ropa ante mis narices; estoy tan violento que no sé qué hacer. Pienso que lo normal es que le diga algo.

—¿Cómo te llamas? —Es lo único que se me ocurre.

—Juliana.

—Juliana. ¡Qué nombre más bonito!

Pierdo mi virginidad poco menos que a tortazos. Esta mujer es una fiera, una luchadora de circo..., es incansable. Cuando creo haber cumplido sobradamente y decido levantarme, me atrapa y... otra vez. Y así cuatro o cinco, no sé cuántas. Dice que le gustan los chicos jóvenes y que se ha encaprichado de mí. Aunque me entusiasma la compañera de mi primera experiencia sexual, me encuentro acobardado ante lo que yo esperaba sería más romántico y sereno.

—Si quieres te invito a cenar. Después vamos a mi casa que es más cómoda —me dice.

Dejo la habitación con diferentes y extrañas sensaciones. No acudiré a la cita con Juliana. Encamino mis pasos hacia la estación del ferrocarril, decidido a salir hacia Madrid. Tengo tiempo

para comer un bocadillo y echar un trago, ya que faltan tres horas para que llegue el tren. Incluso puedo meterme en el cine, que anuncia una película policíaca.

En la sala pienso más en Juliana que en la película. Aunque me ha dejado derrengado, ha satisfecho mi vanidad y hombría... por veinte pesetas. Mi imaginación, lejos de la pantalla, revive las cercanas sensaciones... Podría quedarme un día. Es una mujer cariñosa. Sus violencias, aunque me sorprenden, me agradan. La verdad es que tengo ganas de volver con la prostituta. En su casa estaré menos nervioso, más dueño de la situación. ¿Qué peligro hay en ello? Sólo retrasaré en un día mi llegada a Madrid. Por otra parte, el golpe ha sido perfecto, fruto de muchas noches de cálculo... A lo mejor resulta que ni siquiera se han dado cuenta de que faltan las alhajas. El aparador, el baúl, los armarios han quedado igual... Sólo la cerradura del corral cedió un poco, pero apenas se nota. Dirán: «Hay que cambiar esta cerradura». La cambian, y a otra cosa. El día de la fiesta será cuando la enlutada dé sus buenos gritos. Puede que incluso se desmaye... ¿Para qué quiere la vieja tanto oro? Para lucirlo un día en todo el año. Yo he disfrutado más estos días que ella en toda su vida.

—He estado a punto de irme, esta noche me esperaba un hermano en Madrid. Me caes bien y le hago este faenón por ti... ¿Hay algún sitio donde podamos bailar...? —le digo a Juliana, que espera puntual en el lugar acordado. Quiero danzar sin parar, resarcirme de tantas tardes de aburrimiento, pegado a la pianola de mi pueblo. «Estoy cansada». «Hoy no tengo ganas, Victoriano». Así una tras otra, hasta que me harté de desplantes.

Esta Juliana se las da de intelectual. Mientras bailamos, bien apretados, no hace más que hablar de libros y de política. Talavera es zona roja y ella dice que es de izquierdas.

—¿Tú eres socialista, chaval...?

—A mí la política no me dice nada. Mi padre era de izquierdas y en mi familia lo son casi todos. Pero, ya sabes, eso de pertenecer a un partido obliga a mucho. Yo soy independiente. En la plaza de mi pueblo todos hablan de política; yo prefiero escuchar. ¿Sabes a qué conclusión he llegado? A la de que dicen lo mismo los de derechas que los de izquierdas... Todos hablan para convencerte. Como ahora mandan los de izquierdas, pues de izquierdas.

—No dices mucho. No te defines.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que soy de izquierdas? Pues sí, soy de izquierdas..., como mi padre, como mi madre, como mis hermanos. Creo que también como mi abuelo. Pero hábame de otra cosa. Estoy cansado de política... Yo lo que quiero es vivir, ganar dinero, comer bien, buen vino, buenas mujeres, como tú... Anda, vámonos a cenar, que tengo ganas de volver a sentir este cuerpecito.

Bailamos unas piezas más y cenamos en alegre camaradería. Después Juliana me lleva a «su casa», una humilde habitación alquilada con el único detalle decorativo de un espejo y media docena de platos de Talavera por la pared.

Por la mañana, cuando despertamos, Juliana me pide que espere algunos días. Si no tengo dinero, ella me ayuda. En Talavera no sobran trabajos, pero conoce a gente influyente; mi capital asciende a ciento veinte pesetas. A este ritmo calculo me durará dos o tres días. En vez de a Madrid iré a Avila. En algún pueblo cercano a la ciudad trataré de aumentar mi propiedad para no entrar descalzo en Madrid. Puedo repetir la suerte con las alhajas... A Juliana la miento, le digo que buscaré trabajo y que la veré por la noche. Pero en cuanto dejo la casa me encamino, esta vez con decisión

irrevocable, hacia la estación.

Hay que esperar una hora la llegada del tren. Recorro el andén en ambos sentidos para hacer tiempo y compruebo que en pocos minutos se va llenando de gente. Me sitúo en la cola para pedir el billete y veo a tres guardias civiles de espaldas. En cuanto me dan el billete vuelvo al andén. Me da la impresión de que los «picos^[3]» vienen detrás. ¿Será casualidad...? Aligero el paso y entro en el retrete. Espero unos minutos, salgo y no veo a nadie... El tren ya advierte de su entrada en la estación. De pronto me cogen los brazos. Son dos guardias...

—¡Con que querías marcharte, eh...! —Dice uno de ellos.

—¡Pero, oigan!

—Vamos, Victoriano.

—Perdonen, señores. Se han debido de confundir. Déjenme, que tengo que irme en este tren. Me llamo Juan, Juan Pérez...

—Te llamas Victoriano Corral Serrano... ¿Quieres saber más cosas? Ven, que te las contamos en el cuartelillo. Andando y cuidado con lo que haces.

El tercer guardia, que parecía estar vigilando la salida, se une a ellos.

—Ha caído el pájaro... ¿Dónde has vendido las joyas...?

Notan que palidezco. Me ha sorprendido tanto la detención como el que me hablen de las joyas y creo que lo aprecian en mi cara. ¿Es posible que se hayan enterado? Pero si no he dejado ninguna pista... Como no sea el joyero... No parece lógico que hable el joyero, que tiene tanta culpa como yo, pero de alguna manera han tenido que descubrir el robo.

—Déjalo, ya nos lo contará con detalle.

En el cuartelillo me cachean y salen las ciento noventa pesetas. Me rodean cinco hombres. A los que pretendo desorientar. «Vengo de Madrid, donde trabajo. He ahorrado este dinero. Ahora regreso a casa, para ayudar a mi familia». Recibo una bofetada antes de acabar la narración. Por lo que dicen, llego a la conclusión de que están seguros de que soy el ladrón de las joyas, pero ignoran a quién se las he vendido. Recuerdo otra vez los consejos de «el Magañano». «Aunque te peguen, no confieses; piensa lo que dices y habla poco. De ahí depende después tu suerte en el Juzgado». Me meten en un cuartucho oscuro con un pequeño ventanuco. Tres hombres se cierran conmigo; el resto se va. Durante horas y horas continúo negando. Me presionan de tal forma que admito que robé las joyas, pero digo que se las vendí a un desconocido en la calle...

—No sé quién es. Me dio el dinero y se fue rápidamente.

No se creen una palabra. Insisten en que les diga la verdad y otra vez les cuento la misma historia. Entonces deciden llevarme delante del sargento.

—Piensa que es mejor para ti si dices la verdad. Te beneficiaría ante el juez. En caso contrario, yo no puedo responder de lo que hagan contigo.

Nuevamente le doy la versión del hombre que pasaba por la calle. Está a punto de acabarse la paciencia del sargento, si es que no se ha acabado ya, porque me llevan a otra habitación que tiene en el techo un grueso madero del que penden dos cuerdas. Me tumban en el suelo, las cuerdas las atan a las ligaduras de mis pies. Después, de esta especie de garrucha, tiran hacia arriba y quedo colgando con la cabeza a unos veinte centímetros del suelo.

—Vas a quedarte aquí hasta que confieses dónde vendiste las joyas.

La sangre se me viene a la cabeza. Más que dolor, se siente la sensación de que la cabeza va a explotar, de que la sangre se agolpa de pronto en las venas de la frente y el cuello. No creo que pueda resistir mucho; sin embargo, me aferro a la idea de que no puedo decir la verdad. Otros han aguantado, ¿por qué yo no?

Ha pasado como una hora. No lo sé exactamente porque he perdido la noción del tiempo. Ni siquiera puedo gritar. Cuando ya desespero, me bajan y me llevan otra vez al calabozo. La cabeza me da vueltas, los tobillos y las muñecas me duelen, pero el cansancio puede conmigo y consigo dormirme. Al día siguiente, al despertar, tengo una de las impresiones más dolorosas de mi vida. Dos guardias me conducen al despacho del sargento y allí, con la cara humedecida por el llanto, está... mi madre. Se abalanza hacia mí y me abraza fuertemente. Me da vergüenza; no sé qué decirle. Los vigilantes nos dejan solos.

—Me han ido a buscar en un coche. Quieren que les digas a quién has vendido las alhajas. Hazlo pronto y no te pegarán más... —Son las primeras palabras de mi madre.

—No debo, no está bien. Comprometo a otras personas... y será peor para mí.

La mujer insiste. Sus palabras pueden más que los métodos que han utilizado para hacerme cantar...

—Se las vendí a un joyero en la calle...

Una hora después regresan los hombres que me han detenido. El joyero negó en principio, pero acabó entregando las alhajas. Le han devuelto el dinero que me intervinieron, menos cien pesetas que dan a mi madre para que regrese a El Arenal. Antes de irse dice a mis vigilantes:

—¿Me prometen que no le pegarán...?

—Se lo prometemos. Pudo evitarlo si hubiera dicho la verdad al principio..., pero se empeñó en engañarnos...

—¿Cómo han podido localizarme? —Me atrevo a preguntar.

Es mi madre la que me da las pistas. Cuando me fui de casa, temiendo que hubiera sucedido algo grave, dio cuenta de mi desaparición a la Guardia Civil. Tres días después tuvo lugar la denuncia del robo de las alhajas... El vecino que me vio bien trajeado en la pensión, hizo comentarios... Yo tenía un mal antecedente... Lo demás, hasta que me localizaron en la estación, fue fácil.

Mi madre se ha ido. A mí me conducen a Pollares, en cuyo Juzgado Municipal se instruye el sumario. Al entrar en el pueblo paso junto a la casa grande, veo los arbustos en los que me escondí a la espera del asalto, las ventanas con sus cortinillas, la verja que tan fácilmente salté. En la puerta hay varias personas. Quizás comenten el robo de hace unos días... No saben que el ladrón está otra vez cerca, ahora con un pie en el Juzgado y otro en la cárcel... ¡Qué imbécil he sido! Cuando se enteren «El Magaño» y los demás compinches se reirán de mí. «A estas horas debería estar en Madrid, oculto en una pensión de barrio o en un piso, dejando pasar el tiempo sin prisa, hasta que se olvidaran de mí y de las joyas. He sido capaz de cometer un regular atraco, pero no he sabido guardarme las espaldas...». Uno de los guardias civiles interrumpe mis pensamientos.

—Hemos llegado, muchacho. A los abogados no intentes liarlos porque saben más que tú. Di siempre la verdad y saldrás mejor librado...

Sigo sus consejos..., ¡qué remedio me queda!, y declaro todos mis pasos desde que salí de casa. Un escribiente toma todas mis palabras. El interrogatorio dura apenas media hora. Después me pasan

al calabozo del Ayuntamiento. Al día siguiente me anuncian el traslado a la prisión de Arenas de San Pedro.

Anochece cuando piso por segunda vez el patio que tan bien conozco. Me pasan al dormitorio. Busco con la mirada al falsificador de guías. No le veo. Ha pasado mucho tiempo. Estará en libertad, o acaso en una cárcel más segura...

—«El Magaño», ¿sigue aquí?

—No, hace meses que lo han trasladado. ¿No me conoces, Victoriano?

El que habla es el único que queda de mi anterior etapa. Me resulta difícil identificarlo. Tiene mala cara, está mucho más delgado.

—¿Sabes quién soy...?

—Claro, he dudado sólo unos segundos, Juan. Has cambiado.

—Sí, la comida no es buena. Hay poco que comer en la calle, y aquí, menos. Ahora esto es muy aburrido, sólo estamos ocho «internos»; contigo, nueve. ¿Por qué te «trincaron»?

—Joyas.

—¡Caramba! Vas para arriba, compañero.

—Poca cosa. Valían dinero, pero las di regaladas. Después me dio por hacer el tonto y pasear de un lado para otro por todo Talavera: comidas, cenas, bailes, mujeres...

—¿Mujeres? ¿Duró muchos días esa vida...?

—¡Qué va! No te digo que hice el gilipollas... La próxima vez pensaré las cosas mejor.

—Siempre hay un fallo, Victoriano; nos equivocamos en algo y ese algo lo aprovechan para cazarnos. Lo malo es que nos enteramos de los fallos cuando estamos entre rejas. Es la quinta cárcel que conozco y a todas he llegado porque me equivoqué.

Un día hablo a Juan de fugarnos. Se niega rotundamente. Llevo dos meses y medio aquí. Me han dicho que dentro de una o dos semanas me conducirán a la prisión de Avila para asistir a juicio oral. De allí me será más difícil huir; dicen que es mucho más segura y mejor vigilada que ésta. Ya que no cuento con Juan, trataré de escaparme en solitario. Por el patio sé que es imposible. Le daré vueltas al asunto estos días, a ver si encuentro la solución.

Mi madre y mis hermanos han venido a verme dos o tres veces. En el pueblo sólo se habla de política. Mejor, así se olvidan de mí. El marido de mi madre es rojo significado, dentro de lo que uno se puede significar en un pueblo. Tiene cuatro tierras de las que viven y no sale del campo. Sólo por la noche se reúne en el bar con los que piensan como él, que son la mayoría en la aldea, y comentan la actualidad política. También en la plaza pública, cuando se guarda el ganado y callan los carros, discuten de los asuntos más destacables de este año 1935: el escándalo del «estraperlo», que está creando una imagen negativa de Lerroux; los esfuerzos de Azaña y Prieto por unir las fuerzas de izquierda en un Frente Popular, ante el avance y seguridad de los contrarrevolucionarios. Pero lo que más interesa a los míos son las noticias que llegan sobre el freno a los proyectos de reforma agraria: los extremeños que han ocupado tierras, animados por la política del Gobierno, empujan cada vez más, y el ministro de Agricultura, Giménez Fernández, que ha intentado llevar a la práctica los sueños de Gil Robles de fortificar la clase campesina, dimitió o lo echaron el pasado mayo. La división del Ejército contribuirá de una manera definitiva a que cualquier día estallen entre sí las dos Españas. Mi madre, cuando me visita, habla preocupada de estas cosas. Su lenguaje, como su

conocimiento, es sencillo, pero no se le escapa nada de lo que sucede y de lo que puede ocurrir. Todo ello la impulsa a recomendarme que el día que salga de la cárcel —nadie duda que me condenarán— me deje de «raterías» —ésta es su palabra— y emprenda una vida honrada, ya que no quiero estar en el pueblo, en Avila, Madrid o en cualquier otra ciudad. Los nueve reclusos de la cárcel hablamos también de estas cuestiones, que a todos inquietan, a cada uno desde su enfoque personal.

Mis sueños de fuga han tenido que cortarse o aplazarse... Hoy a mi madre, que ha venido con una cesta de alimentos, le han dicho que esta misma tarde me conducen a la prisión provincial. No he tenido tiempo de reponerme cuando recibo la confirmación de la noticia...

—Prepara tus cosas, que dentro de un par de horas sales de viaje.

Mis «cosas» son la camisa, las viejas mudas, la pasta de dientes y el cepillo. Poco he de preparar. A media tarde, con un guardia civil de escolta, un coche me lleva a la prisión de Avila. En cuanto pongo los pies en la cárcel me doy cuenta de que entro en un mundo mucho más serio y riguroso del que procedo.

—Ya sabes que, como norma sanitaria, el recién llegado ha de pasar unos días aislado de la vida de la comunidad —me dice un oficial.

Ya había oído hablar de los célebres «períodos» y ahora me va a tocar vivirlo personalmente. Dicen que el objetivo de tales aislamientos es evitar que el nuevo preso pueda transmitir alguna enfermedad contagiosa. Yo creo que también obedece a medidas de tipo disciplinario. Lo cierto es que me han dejado solo en una pequeña celda, aislada de las demás. El vigilante no me anima: «Tienes para tres días, muchacho». No me asustan sus palabras, pero a medida que pasan las horas, sin escuchar una sola voz, perdido del mundo, con el único contacto de un carcelero que entra silencioso para darme la escudilla con la comida, la soledad se convierte en angustia y miedo.

Al fin pasan estos tres largos días. Dos funcionarios abren la puerta e indican que les siga. Me conducen a través de un largo pasillo, al final del cual se encuentra una puerta que comunica con la celda de reclusos. Está abarrotada de gente. Pregunto cuántos a uno de los funcionarios:

—Ochenta. La mayoría son presos políticos. Sólo hay quince o veinte delincuentes comunes.

No tardo en intimar con esta gente. Los presos políticos, en gran parte, son jóvenes falangistas que, de una u otra forma, han actuado contra la República. También hay algún recluso de izquierdas, aunque son menos. Unos y otros tratan de acercar a sus grupos a los que somos o parecemos indiferentes. Las conversaciones suben de tono cuando se habla de estas cosas. Todo se erigen en defensores de los trabajadores y utilizan sus argumentos y conocimientos para convencernos. Yo les escucho y procuro no inclinarme hacia ningún lado. Creo que tendré más libertad e independencia como observador de esta discusión, en la que difícilmente se llega a conclusiones aceptadas por todos. Un día, cuando asisto en el patio a uno de estos combates dialécticos, la polémica se hace más violenta, hasta tal punto que espero que de un momento a otro estalle la pelea. La discusión comienza cuando los de derechas manifiestan su deseo de que en la prisión haya misa todos los domingos y días festivos. Los presos de tendencias izquierdistas no lo aceptan de ninguna manera. De las palabras pasan a los insultos y cuando se presenta el director del centro ya se ha escapado alguna bofetada. Se hace el silencio, cada grupo se va a uno de los extremos del patio, nos ponen firmes...

—¿Qué pasa? ¿Por qué discutís...? —Quiere saber el director.

Nadie responde.

—Pregunto por segunda y última vez. ¿Qué ha sucedido? ¿Quién inició la gresca?

Nuevo silencio. El director se entera de la razón de la pelea por medio de algún soplón, y por la noche decide dividir a los dos grupos entre los dos únicos pisos de la penitenciaría. Yo, aunque preso común, tengo que elegir. Me inclino por irme con los izquierdistas, con los que me unen más cosas; pero entre los falangistas hay estudiantes jóvenes, algunos de los cuales me han demostrado que son extraordinarios compañeros. Incluso hay dos dispuestos a ayudarme en el juicio. Esto pesa más en la balanza y me voy con ellos.

Cuando salimos al patio estos jóvenes se dedican a dar charlas, a las que no impiden que asistamos los reclusos comunes. Hay entre ellos gentes importantes de la Falange provincial, encarcelados por haber manifestado públicamente su forma de pensar. Saben que yo no soy de su bando, pero los dos estudiantes que muestran interés por mi caso no se preocupan por ello.

—Eres muy joven. Estás a tiempo de darle nuevo rumbo a tu vida. Haremos lo que podamos por ti, a condición de que prometas no volver a robar. Este tipo de vida no compensa en absoluto. Piénsalo bien.

—Ya está pensado. Han sido las circunstancias las que me llevaron a un callejón sin salida. De verdad que no volveré.

—Confía en nosotros. Tenemos un amigo abogado, que ya conoce el caso. Ha estado en la Audiencia viendo tu causa y dice que es imposible la absolución. Hay toda clase de pruebas contra ti y además has reconocido los hechos. De todas las maneras hará cuanto esté en su mano. Nos lo ha prometido.

Ahora no me falta nada. Estos muchachos se han encariñado conmigo y me proporcionan comida, ropas, tabaco y toda clase de atenciones. Cuando cantan el «Cara al Sol», en el patio de la cárcel, sonrío para mí mismo. Son idealistas y merecen mi respeto, militen donde militen. Yo soy muy aficionado a la lectura y ellos hacen llegar a mis manos libros y folletos contrarios a la República. Es posible que mi deber ciudadano me obligue a denunciarlos, pero ni siquiera me pasa este pensamiento por la imaginación. Son las únicas personas que me han ofrecido su amistad en la cárcel; a cambio no piden nada. Aunque me cueste, tengo que reconocer que sus palabras y comportamiento, en ocasiones, han estado a punto de tambalear mi fe política.

Hoy me ha visitado el abogado, amigo de mis compañeros. Dice que mañana me señalarán la notificación del juicio. ¡Ya era hora...! Llevo cerca de ocho meses en prisión...

Cuando la corneta da el toque de diana me visto por vez primera en todo este tiempo el traje de calle y tengo la sensación de que estoy en libertad. En ningún momento he llegado a acostumbrarme al uniforme gris de la prisión, que nos hace a todos iguales. También lucen ropas de calle los dos acusados que irán conmigo a la Sala; el uno, autor del robo de un almacén de piensos, del que se llevó quince mil pesetas.

—¿Cuánto crees que te echarán? —le digo en el coche celular.

—Espero que poco. He cometido el robo con un amigo mayor que yo, que tiene antecedentes. Yo soy menor de edad; diré que sólo le acompañé hasta la puerta; no había testigos.

—¿Cómo te detuvieron...?

—Por culpa de un chivato del barrio. Empezó a decir que yo gastaba mucho dinero. Me apretaron

los tornillos, pero no consiguieron sacarme nada. Dije que sólo había gastado dos mil pesetas que hallé en una cartera a la puerta de un cine. ¿Quién puede demostrar que no ha sido así...?

—Me causa asombro tu tranquilidad.

Al llegar a la audiencia nos esposan a los tres. Después pasamos a una habitación con dos bancos de madera.

—Habréis de esperar aquí hasta la hora del juicio.

Los familiares del joven con el que conversé en el auto celular son autorizados a hablarle; también su abogado. El otro preso y yo seguimos en el banco hasta que reclaman la presencia de los tres. Todavía con las esposas en las muñecas entramos en la sala. A cada uno nos señalan el lugar donde hemos de sentarnos. Estoy más nervioso que en el primer juicio, cuando debiera ser lo contrario...

El fiscal narra minuciosamente mi delito y basa el punto fuerte de su ataque en mis antecedentes. «Hay que evitar que siga delinquiendo, hay que ejemplarizar y aplicar el peso de la ley». Me impresionan sus palabras, aunque renueve mis ánimos la defensa de mi abogado...

—Desde el primer momento se han comprobado los hechos, sin entorpecimientos para la ley. Mi defendido purgó por su culpa con los meses pasados en la cárcel. Y precisamente porque es joven hay que ser benevolente. Este Tribunal desea concederle una posibilidad de que se reforme y no será, desde luego, en la cárcel, conviviendo con delincuentes profesionales, con gentes al margen de la Ley...

Me gusta lo que dice. Tentado estoy de aplaudirle. Sigue su alegato con gran sencillez, procurando destrozarse el argumento del fiscal... Cuando acaba, el presidente se dirige a mí:

—¿Tienes alguna cosa que alegar a cuanto se ha dicho...?

Miro a mi abogado. Con un gesto me recomienda silencio.

—No, señor.

Finalizado el juicio, asisto al de los otros acusados. Cuando regresamos a la prisión, la tensión emocional ha bajado. Los tres respiramos y sonreímos, como estudiantes después del examen. Nosotros también hemos sido examinados. Esta tarde nos dirán los resultados.

A las cinco llaman a uno de mis amigos al locutorio de jueces. No le presto demasiada atención porque ellos siempre están comunicando. Por eso, cuando vuelve y se dirige a mí, a pesar de que espero en cualquier momento la sentencia, me sorprende.

—Ha venido el abogado que te defendió esta mañana.

Le interrumpo, no le dejo hablar...

—Sí, dime, ¿cuánto me han echado?

—Lo suficiente para que salgas dentro de once días. Te han condenado a ocho meses y ya casi los has cumplido.

—Ustedes han tenido que ver mucho en esto. Gracias.

Uno por uno, todos los reclusos me felicitan. He conseguido meter en la cárcel una garrafa de vino de Cebreros, sin que los funcionarios se aperciban, y brindamos por mi libertad. El brindis nos acerca a todos, a los de derechas y a los de izquierdas, a detenidos políticos y presos comunes. Son fuertes los lazos que unen a los hombres cuando sufren juntos tanto tiempo. Siempre hay algún insensato que se dedica a cortejar a los funcionarios a base de chivatazos, pero ése termina siendo el

más infeliz, porque recibe el desprecio de los demás y, en ocasiones, una paliza o un navajazo. He conocido a muchos de estos soplones, que lo hacen en la esperanza de conseguir un destino o un trato especial. Son la lepra de las cárceles, los que rompen la amistad entrañable de los condenados, nacida en la soledad, que tantas veces se continúa cuando somos libres.

Otra vez considero el camino a elegir. El país es como una goma que se estira y estira y que en cualquier momento se puede romper. Si hay tensión y zozobra tras estos muros que nos separan de todo, qué no será fuera. Vivo los últimos días indeciso y preocupado. ¿Qué haré cuando salga de esta prisión? Tengo tanta alegría por la libertad que se aproxima como temor por el futuro... Por una parte, la sociedad, con sus problemas, la elección y búsqueda de trabajo... He prometido a los muchachos que tanto me apoyaron que cambiaré el rumbo de mi vida, pero ¿a dónde puedo dirigirme...? Dicen que Madrid es un polvorín que inevitablemente tiene que estallar; también lo son otras ciudades y pueblos de este país, donde puede acontecer cualquier cosa. En Avila no quiero quedarme; me resultaría insoportable la idea de que aquí he pasado largos meses de prisión...

Amanece la mañana de mi libertad. Los últimos días me cerré en la celda y no me he despedido de nadie. Quiero irme silenciosamente... Las calles de la ciudad, con su bullicio, no me dicen nada. Todavía no sé qué dirección tomar... Me enfado conmigo mismo, «debí resolver esta duda antes». ¡Tanto soñar con la libertad, para no saber qué hacer con ella...!

Cuando mi madre abre la puerta, su cara se contrae en un gesto de sorpresa y alegría... Ella y los hermanos me abrazan, formando todos una pila potente, desgarradora. El padrastro me recibe fríamente... Luis no aparece por ningún sitio...

—¿Dónde está mi hermano? —pregunto.

—Trabaja en el pantano de Cíjara, en los límites de Toledo con Badajoz. Gracias a él vamos tirando, que aquí las cosas siguen igual. Todos los meses envía algún dinero... Está muy bien colocado: es capataz de obras.

ABRIL DE 1936: CIJARA

La vida en la aldea se me hace insoportable. Ayudo en la casa y en el campo, en lo poco que hay que hacer. Por la tarde charlo con los conocidos. Nos reunimos como media docena y formamos un corrillo en el que sólo se habla de política. La participación de los socialistas con el Gobierno es motivo de polémicas. Desde las elecciones de febrero, el partido socialista está dividido entre los que se avienen a colaborar con el Gobierno y los que no quieren hacerlo, calificando a éste de burgués. Los grupos milicianos chocan entre sí en las calles y, en ocasiones, las diferencias se dirimen violentamente. Cada día parece más evidente que hay importantes grupos del Ejército dispuestos a la sublevación que evite el rumbo del país hacia el comunismo. Las huelgas se suceden, la postura campesina se radicaliza, en especial por tierras de Extremadura. El Arenal es una pequeña aldea, aparentemente sin vida, pero ya todos sabemos dónde están los demás. Un día, en las afueras del pueblo, enseñé a mis íntimos el himno que aprendí en la cárcel. También les hablo de lo que decían los muchachos falangistas. Por la noche, cinco mozos salen a mi encuentro y recibo una de las palizas más grandes de mi vida... Me requiere la Guardia Civil para dar el nombre de los asaltantes, pero prefiero no hacerlo.

—Fue de noche. No me di cuenta. Ha sido imposible identificarlos.

Estamos en abril de 1936. El médico firma un certificado que acredita mis heridas y que es entregado al juez. Mi padrastro está de acuerdo con los que me han dado la paliza. Son bastantes los que aprueban el apaleo, como si con mi actitud me hubiera definido políticamente, cuando precisamente no sé qué soy ni qué quiero y avizoro a todas partes para saber a qué atenerme.

—Mañana me voy a Cíjara. Aquí no hay trabajo para nadie. Luis me ha dicho que tratará de colocarme —le digo a mi madre un día.

El pantano de Cíjara, inaugurado hace dos años por Indalecio Prieto y que embalsa aguas del Guadiana, emplea a cinco mil hombres de casi todas las provincias españolas y afiliados, en su mayor parte, a los diferentes partidos políticos. Mi reciente experiencia me hace ver la conveniencia de mantenerme al paio de las ideologías. «Lo tuyo —me advierte mi hermano— es cavar». Estoy de acuerdo con él. Gustoso acepto la disciplina del trabajo, procurando no significarme ni destacar en nada. Aquí la pasión política es mucho más intensa que en la aldea. Mi hermano se ha ido introduciendo en la plana mayor de las Juventudes Socialistas y es dirigente de cierto relieve entre los suyos. Es un hombre con vocación política, aunque se esfuerza en que yo no siga sus pasos.

Llevo dos meses en este trabajo e ignoro qué rumbo tomará mi vida. Los fines de semana me acerco a los pueblos próximos, donde bailamos, comemos o jugamos una partida de julepe. Acudimos en auténticas manadas, hasta el punto de que las chicas recelan de nosotros; el que consigue hacer amistad con alguna puede considerarse hombre afortunado, al que abiertamente envidiamos los demás. Yo, por ahora, no tengo suerte y busco distracción en el juego. Acudo a una vetusta cantina, donde Basilio, el propietario, nos consigue unos quesos excelentes que disputamos en cada partida. Un día de suerte, en que estoy ganando los quesos, la bebida y el dinero de mis compañeros, aunque juego limpiamente, sospechan que hago trampa y los tres de la mesa me insultan y llaman de todo.

—¡No sabéis perder, imbéciles! Cuando ganáis no habláis de trampas.

La discusión sube de tono, en parte porque hemos bebido algunas botellas de vino. Estamos a punto de comenzar una batalla campal, ya nos hemos levantado de las sillas, cuando Basilio llega hacia nosotros, serio, tembloroso...

—¿Qué sucede, Basilio...?

—Algo muy grave. La radio acaba de dar una noticia tremenda.

Basilio calla, nos mira uno por uno y añade:

—Han matado a Calvo Sotelo. Esta madrugada encontraron el cadáver en el cementerio de Madrid. Tenía dos tiros en la cabeza...

Los cuatro quedamos como petrificados. Sabemos las consecuencias que puede traer esta noticia y hasta qué punto va a acelerar el estallido de la guerra que se intuye... El ambiente nacional huele a pólvora, a algo devastador que amenaza a todos. Cinco días más tarde se declara la guerra civil.

Rápidamente se formaron las milicias. El pantano está en zona republicada. El 18 de julio se suspenden los trabajos, las obras quedan paralizadas y la zona parece un campo de entrenamiento militar; uno tras otro recibimos las armas, se nombran servicios de vigilancia, que han de recorrer los pueblos cercanos, y nos encomiendan misiones de registro en las fincas de los alrededores, en busca de posibles armamentos. Día y noche se oyen tiroteos en todas las direcciones; después nos

enteramos de lo que ha sucedido.

—Vamos, muchachos, subir a los camiones. Hoy tenemos una misión especial —nos comunican. Soy uno de los elegidos. Ninguno sabe a dónde nos llevan.

—¿A dónde vamos? —pregunto al sargento.

—A tomar Guadalupe.

Cuando estamos a unos kilómetros del pueblo cacereño, sus defensores nos reciben con un tiroteo cerrado que nos obliga a replegarnos. Intentamos un segundo asalto, con los mismos desastrosos resultados. El que manda el grupo ordena el reagrupamiento.

—Están mejor armados que nosotros. Otra vez será... ¡Volvamos a Cíjara!

Con algunas bajas y heridos emprendemos el retorno. Es mi primera actuación en la guerra. En el camión hay tres heridos que se quejan desgarradamente. Estoy impresionado, asustado de lo que veo, pero habré de aistir a escenas más patéticas: a fusilamientos en el campamento, a ver muertos tirados en las carreteras, a oír sobre mi cabeza los motores de la aviación enemiga...

Es muy tarde cuando regresamos de una batida en torno al pantano. Mis amigos de partida vienen también en el camión y cantamos todos himnos políticos. De repente suena una ráfaga de fusilería. Sebastián, uno de los hombres con los que más he intimado, se lleva la mano al pecho; le alcanzó un tiro y ha muerto en el acto. No me queda más remedio que dejarlo en el coche para saltar con los demás a tierra. El enemigo está apostado tras unas rocas, mejor situado que nosotros, y dispara sin cesar. Nos cogieron por sorpresa; va a ser difícil que podamos reponernos. Una bala se incrusta en el árbol tras el que espero agazapado. Veo a mis compañeros correr hacia el campamento... Huyen los que pueden, muy pocos, porque la carretera se cubre de heridos y muertos. No creo que los que disparan sean grupos regulares. Más bien parecen gente armada, que responden así a nuestras incursiones. A rastras consigo escapar y entro media hora después en la tienda de mi hermano.

—Ya sé que os ha ido muy mal... Menos mal que has podido ponerte a salvo. Victoriano, hemos decidido que te incorpores a un batallón que se está organizando en Talavera de la Reina. Se trata del «Gamero de la Fuente».

—Me suena el nombre.

—Sí, es un diputado socialista por la provincia de Toledo.

Horas después Luis me entrega un salvoconducto extendido por el Comité, que me permitirá salir del campamento y franquear nuestros controles. Los primeros kilómetros los hago en un desvencijado autobús abarrotado de milicianos. Después, cada uno ha de arreglárselas como pueda. Yo ando horas y horas por el monte, interrumpido sólo por los controles que me sorprenden con la orden de «¡Alto!». A través de estos hombres me entero de que Arenas de San Pedro ha caído en poder de las tropas nacionales hace dos días... Si Arenas claudicó, es de suponer que El Arenal también. ¿Qué habrá sido de los míos? Cerca de Talavera veo cadáveres, huellas de lucha en los campos... Siento deseos irrefrenables de ir hacia Avila. Sé que voy a disgustar a mi hermano, pero este pensamiento no evita que tome la nueva ruta. Es una zona en la que tengo que caminar despacio, con los ojos bien abiertos. Los montes son quebrados, difíciles, hay que vadear arroyos, estar atento para evitar los puestos de control, pues sé que si me encuentro con ellos nada me impedirá entrar en el nuevo batallón. En frente veo un pueblo pequeño que conozco perfectamente: Mejorada. Paso como a medio kilómetro de él y continúo la ruta hacia Avila.

—¿Qué sucede? ¿Quién anda por ahí? Identifíquese o dispare...

Se han movido unos matorrales. No sé si será una persona, un animal o el viento; pero mi fusil apunta allí y el dedo roza el gatillo, dispuesto a disparar. Otra vez se mueven las ramas y sale de entre ellas un hombre de treinta y cinco a cuarenta años. Tiene barba de varios días, la ropa agujereada. No mira con miedo, sino que sonríe y se acerca.

—Hola, muchacho, baja el fusil, yo no estoy armado.

Obedezco. No parece hombre peligroso ni con ganas de pelea. Sus ropas, a pesar de que aparecen rotas por todas partes, son de buena calidad. Traje negro, camisa blanca... Me dispongo a preguntarle quién es, pero es él quien se adelanta e inicia el interrogatorio.

—¿A dónde vas tan solo?

—Camino de Avila. Tengo parientes allí y me dispongo a visitarlos.

—Es peligroso andar por estos montes; están llenos de gente armada.

—Yo no tengo nada que temer. Además, también estoy armado.

Le observo detenidamente. No parece un miliciano. Da la impresión de que huye de algo. Nos sentamos y le invito a comer un poco de pan.

—¿Quién es usted?

—Nadie importante. Me buscan y tengo que huir...

—¿De quién?

—De los milicianos.

—Yo soy miliciano.

—Ya lo he adivinado. Pero no puedo pasarme toda la vida escapando. Además, no creo que vayas a hacerme nada malo. ¿No es así?

Le cuento mi historia, cómo debía en estos momentos estar incorporado al batallón de Talavera y hasta qué punto me irrita esta guerra. En poco tiempo he visto demasiadas cosas, demasiados muertos, demasiadas desgracias...

—Sólo Dios sabe lo que puede pasar —dice.

«Sólo Dios». ¿Quién será este desconocido que menciona a Dios ante un miliciano? Podría obligarle a que me responda; yo estoy armado, él no. Pero ¿para qué?

Andamos juntos, monte adelante, algunas horas y en una explanada nos disponemos a descansar unos minutos. Mi acompañante se acuesta en el suelo, con la intención de echar unas cabezadas. Parece muy cansado... Dice que también él se dirige a Avila y me pide permiso para hacerlo conmigo. Le respondo que sí. En el fondo, su compañía me tranquiliza.

Inesperadamente, media docena de milicianos se presentan ante nosotros, encañonándonos con escopetas.

—¿Qué hacéis escondidos?

—No estamos escondidos —les contesto yo—. Descansamos.

—Venid con nosotros.

Sin dejar de apuntarnos nos conducen hacia un cercano pueblo, de media docena de casas, adonde llegamos cuando comienza a anochecer. Algunos hombres armados vigilan el edificio en el que nos mandan entrar; le llaman la oficina del Comité. El que parece jefe del grupo se encara conmigo:

—¿A dónde ibais?

—Yo, a Talavera, a enrolarme en el ejército republicano. Procedo del pantano de Cíjara. Aquí tengo el salvoconducto.

Alarga la mano y comprueba que el sello es correcto. Le digo que ha sido mi hermano el que lo ha extendido, que voy a unirme al batallón que se está organizando. No me deja acabar...

—Dices que a Talavera, e ibas precisamente en dirección contraria.

—No conozco estos lugares, me he perdido. Cuando estaba descansando se me acercó este hombre...

—Tendremos que comprobar todo lo que cuentas. El salvoconducto parece verdadero, aunque estos días hay por los montes muchas personas con los papeles falsificados. Llamaremos a Cíjara y, si es cierto cuanto dices, no tendrás problemas. Al que le va a ser difícil dar una explicación convincente es a tu acompañante. Si es la persona que sospechamos va a tener problemas...

En una dependencia del Ayuntamiento, habilitada provisionalmente como prisión, nos incomunican durante tres días. Por uno de los vigilantes me entero de algo que no me sorprende. El hombre que me acompaña es un fraile huido de un convento de Talavera.

—Os llevaremos a los dos a Talavera con el fin de verificar vuestra personalidad. Lo del fraile parece comprobado...

Al tercer día ingresamos en la prisión de la ciudad toledana, un establecimiento abarrotado de presos políticos capturados en los últimos días. La primera impresión es tremenda; los detenidos aseguran que diariamente entra el funcionario en el patio y llama en voz alta a cinco o seis personas, que son sacadas a las afueras para ser fusilados. Pronto tendré oportunidad de comprobar que bajo la disculpa de «traslados» se llevan a numerosos presos, de los que no volveremos a saber nada. Estoy viviendo días de angustia, con el temor de que el funcionario diga en cualquier momento: «Victoriano Corral Serrano». Pero pasan los días y no pronuncian mi nombre. Casi me he hecho a la idea de que saben quién soy y que no sospechan de mis intenciones de desertión.

Esta mañana presencié una escena impresionante: han nombrado al fraile. No dijo una palabra. Estábamos en el patio, distantes el uno del otro; pidió permiso para despedirse de mí, me cogió de la mano y se fue silenciosamente. Todos imaginamos que iba a ser fusilado. Apenas sé quién es. Me habló poco de su vida, pero siento muy profundamente su partida; no me puedo hacer a la idea de que lo hayan ejecutado. Su imagen me acompaña durante todo el día. Trato de saber qué ha sucedido; pregunto al funcionario, que mira a todas partes, hace como que no me ha oído y sigue la ronda de vigilancia. Nadie se atreve a comentar los fusilamientos. Si lo hacemos es muy bajo, cuando estamos seguros de que nadie puede escucharnos. Son las dos de la tarde cuando me dicen que un oficial quiere hablarme. Espero que habrán comprobado mi procedencia y destino. Cuando por los pasillos de la prisión sigo al funcionario, no puedo evitar un temblor frío y persistente. En el mes que llevo en este lugar sólo he oído hablar de muerte, de dolor y de venganzas. Con paso vacilante entro en el despacho.

—Victoriano Corral Serrano —anuncia el funcionario.

—Que pase —dice un oficial militar—. Corral, hemos comprobado que es cierto cuanto ha dicho. Lamento las molestias que ha pasado, pero estábamos en la obligación de obrar con cautela; yo hablé telefónicamente con su hermano. Ahora tiene que presentarse en el Comité para ser

destinado donde le indiquen.

En la oficina general del Comité me entregan un fusil, cuatro cartucheras llenas de munición y una bolsa de campaña. Después se presenta un capitán que, a mí y a otros muchachos incorporados a filas, nos acompaña al campamento de las tropas milicianas.

Los primeros días apenas tienen lugar acciones militares. Se lucha a bastantes kilómetros de la ciudad y nosotros estamos en la retaguardia. El comentario general es que las cosas marchan mal; las fuerzas nacionales, apoyadas en la aviación y con una línea de grandes tanques, abren brecha en nuestras filas y avanzan hacia Talavera.

—El mando ha dado la orden de abandonar Talavera —nos dicen una mañana.

Ordenadamente vamos cediendo posiciones y nos replegamos quince kilómetros hacia atrás. En Santa Olaya, en la carretera general a Madrid, se reorganiza la milicia.

—Las tropas enemigas han tomado ya Talavera. Es un centro importante que tenemos que reconquistar —se rumorea al día siguiente.

La actividad en Santa Olaya es febril. Los soldados van y vienen, se revisa el armamento, se estudian tácticas a seguir en los centros de mando. Todo parece indicar que el rumor no es equivocado. Hay que volver otra vez a Talavera.

A media tarde avanzamos en oleadas. La lucha es dura, sin respiro; las bajas, innumerables por ambas partes, pero al fin entramos en las calles de Talavera. La moral se acrecienta; no ignoramos la importancia de esta ciudad para la distribución general de tropas. Pero nuestra alegría dura sólo nueve días, al cabo de los cuales somos desalojados definitivamente. A los que integran mi sección nos trasladan en camiones a Madrid. Al entrar en la capital compruebo que está totalmente rodeada de milicianos. De Madrid paso a Toledo, a los frentes de Jesca y Junco, en plena línea de fuego. Nuestro flamante batallón, formado por seiscientos hombres, a los diez días de constante tiroteo se reduce a doscientos. La mayor parte de las bajas las ocasionan los bombardeos aéreos y los modernos tanques enemigos, que continúan su martilleo implacable sobre nuestras diezmadas posiciones.

En marzo de 1937 recibo la orden de incorporarme a otro nuevo batallón, bautizado «Pasionaria», que ha de cubrir su misión en primera línea en el frente de Guadalajara. Son días inacabables, de lucha constante, sin tiempo para comer ni dormir. En ambas trincheras mueren cientos y cientos de personas.

—Mira, Victoriano —me dice un soldado, señalando a escasos metros—. Son los italianos del «Batallón de la muerte».

—Nunca he visto tantos cadáveres juntos —le respondo—. ¡Es horrible!

Poco a poco nuestro ejército se va organizando. Además de los batallones han sido creadas brigadas y divisiones que, junto con los Cuerpos del Ejército, forman unas tropas potentes y disciplinadas. Ayer, en Madrid, me han dado nuevo destino. Se trata de la 48 Brigada, 5.ª División, del I Cuerpo de Ejército, al servicio de transmisiones de Peña Grande. Nos manda un teniente de compañía de las Brigadas Internacionales nacido en Checoslovaquia; un hombre especializado en todo lo relativo a las transmisiones que, por medio de un intérprete, nos da charlas sobre tácticas militares, tendidos de líneas de comunicación, práctica del morse, etc. Su lema es: «Disciplina, disciplina, disciplina». Creo que son las únicas palabras que conoce del castellano. Las repite

constantemente y no tolera la menor falta.

Según el parte de guerra he sido ascendido a sargento por méritos de campaña. La nueva situación me permite acercarme alguna que otra vez a Madrid, visitar a los amigos, salir con mujeres. Son muchos los que lo hacen, en los momentos de respiro, y no suele suceder nada. Una tarde me llama el militar checo.

—Corral, sé que ha ido usted a Madrid sin permiso. Que sea la última vez que sucede.

Le contesto un poco airadamente, creyendo que no entiende lo que le digo. Su reacción es fulminante: me destina a hacer guardia en un batallón, con tan poca fortuna que, nada más llegar, resulto herido en la frente por un casco de metralla. Aunque he sentido el golpe seco de la metralla conservo la lucidez cuando caigo al suelo. Dos compañeros me levantan y oigo que dicen:

—No parece grave, pero necesita inmediatamente un médico.

Me han ingresado en el Hospital de Aviación. Según el médico tengo para quince días, el tiempo que yo necesito para reflexionar; en las trincheras no disponía ni de unos segundos para hacerlo. Pasan por mi cabeza los días últimos, mi madre, mis hermanos, mi vida en el pantano, la guerra...

Quince de agosto de 1937. Acabo de alquilar una habitación en una pensión del viejo Madrid. Para mí se acabó la guerra, aunque nadie podría imaginarlo viéndome con el uniforme de sargento; me han dado el alta en el hospital y debería volver a mi batallón. Sin embargo, me he «establecido» en esta ciudad, en la que pienso vivir y trabajar en lo mío. De momento guardo en el maletín unos sellos de caucho y papeles timbrados que me van a ser muy útiles. Los he cogido de los despachos de los médicos del hospital. Con uno de los sellos preparo un certificado por el que se me conceden diez días de permiso para convalecer de la herida recibida. También guardo cinco mil pesetas, de mis ahorros como miliciano. Suficiente para empezar.

Esta mañana visité un piso de la calle Carretas, domicilio de una hábil falsificadora. Salí de allí con una documentación que me acredita como comisario político, con graduación de capitán. Para comprobar la habilidad de la mujer entro en los comedores del Ejército, como opíparamente y nadie sospecha nada. Es suficiente con que muestre mis documentos y rellene un vale con mi nombre y apellidos, falsos, por supuesto. «Roberto Laguna», dice mi documentación.

También he comprado ropa de paisano y me traslado a un hotel de tercera categoría. A partir de ahora pienso comer y vivir bien. Madrid, a pesar de los desastres de la guerra, es una ciudad alegre, con abundantes lugares donde un joven, si tiene dinero, puede divertirse. La gente quiere olvidar las desgracias que vive y a la hora de disfrutar no existen controles. Es precisamente en los países en guerra donde el hombre se aferra con mayor fuerza a la vida, porque teme que cualquier día puede perderla.

Con mi uniforme de comisario político subo a un autobús que me conducirá a Guadalajara. La gente me mira con respeto, y hasta un joven se levanta para cederme el asiento.

—Gracias, chico —le digo.

—¡A sus órdenes, señor!

Represento mi papel como si durante toda la vida no hubiera hecho otra cosa. Sé que si me pillan me costará caro, pero he tomado mis precauciones; es tiempo de despiste, hay muchas cosas de qué preocuparse más importantes que mi persona.

Las tropas entran y salen en la capital, unos de permiso, otros heridos; algunos jefes, para replantear ante el Ministerio de Defensa la batalla, que sigue inclemente. Nadie se fija en nadie y, en este ambiente, será muy difícil que descubran mi suplantación.

AMOR EN LA GUERRA

La familia Jiménez me recibe, como siempre, con los brazos abiertos. He venido varias veces a su casa, de Tórtola de Henares. Quieren que, en pocas palabras, les resuma lo que sucede en Madrid... ¡Es tan difícil...! Les doy mi versión personal de la guerra, y como sé que tienen un hijo que pronto va a ingresar en filas, les digo que la paz está cerca. Una mentira que les reconforta.

—Don Roberto, es usted un hombre importante. Nada menos que capitán y comisario político. Mi marido y yo hemos hablado de que, si usted quisiera, quizá pudiera hacer algo por nuestro hijo...

La señora Jiménez duda al hacer la petición. No es que tengan demasiada confianza conmigo, pero hemos intimado, nos tenemos afecto mutuo...

—¿Qué podría hacer...?

—Tiemblo ante la idea de que vaya al frente. Acaso un destino en Madrid...

—Haré lo que pueda.

—A cambio le daré una sorpresa —dice sonriente la mujer. Y sale a la calle.

Sé en qué va a consistir la sorpresa. Hace algunos meses me han presentado a una joven de diecisiete años, muy bella, de ojos negros penetrantes. Se llama María y es hija de un guardia de Asalto. Trabaja en un taller, en la confección de prendas militares. La señora Jiménez sabe que María me gusta...

—Hola, Roberto...

Es María la que, como esperaba, llega a la casa. Me saluda con cierta timidez. Es una joven dinámica, trabajadora, el tipo de mujer que yo busco. Después de conversar con los Jiménez, María y yo salimos a la calle y paseamos lentamente, sin atrevernos a decir palabra...

—¿Quieres que te presente a mis padres...?

—Mejor otro día. Hoy prefiero estar contigo. Los Jiménez me han pedido que ayude a su hijo y creo que voy a tener oportunidad de hacerlo. En mi hotel se hospeda un teniente del batallón ciclista, cuya misión consiste en preparar a los recién incorporados que posteriormente son destinados a las brigadas o al Estado Mayor. Se trata de destinos sin los riesgos del frente. Les he prometido hacer lo que esté de mi mano. Hablaré con él y vendré aquí dentro de dos o tres días con lo que me diga. Entonces, si quieres, me presentas a tu familia.

—Mi padre es un hombre serio... —Dice con voz de preocupación María.

—¿Se opondría a nuestra boda?

—¿Qué dices...? ¡Estás loco...!

Mi pregunta le ha sorprendido. Ha sido un disparo a la línea de flotación seco e inesperado. Una forma de declararme que ella no esperaba, aunque sabe que, desde que la conocí, la quiero. Cuando le cojo la mano no se opone... Me mira con ternura. De pronto se suelta y se despide...

—Adiós, Roberto. Hasta pasado mañana.

Me quedo en el centro de la calle viéndola correr. Tentado estoy de llamarla, pero cuando reacciono ya ha doblado una esquina...

Por la noche hablo con el teniente, que acoge con interés mi petición.

—No será difícil, capitán. Puede decirle a esa familia, que tanto aprecia, que le daré un destino cómodo.

Sus palabras me llenan de alegría. No esperaré dos días para volver al pueblo. Tengo una disculpa para ver mañana a María.

Vuelvo, en el primer autobús, con la felicidad en todo el cuerpo, dispuesto a pedir la mano de esta chiquilla que no me deja dormir. La familia Jiménez salta de gozo al saber que su asunto está resuelto. No esperaban que, algo que ellos creían complicado y difícil, pudiera solucionarse con tanta rapidez.

—Don Roberto, tiene usted mucha mano en Madrid... Sabíamos que nos daría esta alegría. Le voy a hacer una saqueta con unas cosillas para que muestre nuestro agradecimiento al teniente... Y nosotros lo celebraremos aquí. ¿No le parece?

Saca vino, jamón y unas latas de conservas para, como ella dice, «celebrar el doble acontecimiento». Imagino que María, que tiene mucha confianza con esta mujer, le ha hablado de mis deseos de pedir su mano, porque ¿a qué otro acontecimiento puede referirse, aparte de la solución al destino de su hijo...?

—Señora, voy a ver a María. Luego vendré a despedirme.

Con paso rápido salgo en busca de María, que me recibe sonriente.

—¿Ya estás aquí?

—Está solucionado lo de tus amigos. Ahora quiero hablar seriamente contigo. ¿Me quieres...?

—¡Qué impaciente eres!

—Dime, ¿sí o no?

—Lo he pensado detenidamente y todo me conduce a lo mismo: estoy enamorada de ti.

—Pues vamos a ver a tu padre.

—No estará de acuerdo con que me case contigo.

—¿Por qué...?

—No sé. Quizá por razones políticas...

—¿Y qué tiene que ver la política con el amor...? Vamos a comprobarlo.

Sus padres me reciben correctamente, pero sin calor. Cuando dejo la casa, ella me acompaña hasta la puerta y nota mi preocupación...

—¿Qué te sucede...?

—No me he atrevido a hablarles abiertamente de nuestro matrimonio. Estaban..., cómo te diría, distantes... Especialmente tu padre no me animó mucho. Me da la impresión de que no le he caído bien...

—¡Pero si no te conoce...! No te preocupes. Ya les hablaré yo. Es normal que nuestras relaciones les parezcan demasiado imprevistas y rápidas. A mí también me ha cogido de sorpresa; piensa que sólo tengo diecisiete años. Vete tranquilo y ya hablaremos de esto. Adiós, Roberto.

En casa de los Jiménez tienen preparada una maleta llena de víveres, que me entregan cuando salgo para Madrid. Como está la situación alimenticia en la capital, vale un dineral. El mercado negro aprovecha la circunstancia de la falta de alimentos, y el trigo, el aceite, las patatas se pagan a precio de oro... Yo necesito dinero urgentemente. La próxima vez que vea a María le diré que se venga conmigo, sin más requisitos. ¿Cuánto me darían por esta maleta...?, pienso. Por lo menos, cuatro o cinco mil pesetas... Lleva trigo, dos jamones, carne, embutidos..., un tesoro en estos tiempos. La maleta, que se balancea en la redcilla del autobús, me hace entrever la posibilidad de ganar mucho dinero. Cuando llego al hotel se la entrego al teniente y se me va el alma con ella.

Por la mañana último mi plan. El dueño del hotel asegura que si yo consigo alimentos, él se encarga de la distribución. El se queda el 30 por 100 y para mí el 70. Discutimos en torno a la cifra; pretendía que le diera la mitad, convencido de que el riesgo es el mismo. No le dejo hablar. ¡Cómo vamos a exponer igual! Yo no soy militar y si se enteran me juego la cabeza. Además, ¿quién ha tenido la idea? ¿O es que acaso las ideas no valen dinero? No me cuesta convencerle con este este

argumento, y hasta pienso que se frotará las manos con el acuerdo. A él le será muy fácil «colocar» la mercancía en hoteles y pensiones. Prácticamente por nada se va a llevar sus buenas pesetas.

En una semana he repartido favores entre cinco familias. Todos quieren lo mismo: que sus hijos no vayan al frente. Mi amigo el teniente me ayuda en lo que puede, que es mucho, ignorante de mis intenciones y, por supuesto, de mi falso grado. Poco a poco el «negocio» se va convirtiendo en una red hábilmente montada, pues el teniente me presentó a sus amigos, estos a otros y así sucesivamente. Creo que dispongo de cinco tenientes, dos sargentos, dos capitanes y hasta de un comandante. A este último, por el momento, no lo he utilizado. Lo reservo para algo auténticamente importante. La familia Jiménez, por su parte, también me hace buena propaganda: ya me han visitado numerosas personas de Tórtola y pueblos de las cercanías, recabando mi mediación para un hijo o pariente que se va a incorporar a filas y que desea mejor destino o unas vacaciones. Procuero no pedir favores a la misma persona más de una vez y voy consiguiendo éxitos notables. Hay días que atiendo a media docena de familias al mismo tiempo. Todas desean manifestarme su agradecimiento, pero yo doy la sensación de un hombre incorruptible que, por otra parte, vive sobradamente bien con su paga.

—No, señora, no puedo aceptar regalos. Lo hago con total desinterés y porque lo creo un caso de justicia. Unicamente, si ustedes quieren compensar al teniente que ha hecho posible el traslado, puedo hacer de intermediario y entregarle cualquier detalle con el que ustedes le demuestren su agradecimiento.

En «detalle» es siempre comida. Yo procuro llevarles a la idea de que con un jamón, unos chorizos o unos litros de aceite queda suficientemente pagado el favor recibido.

En dos meses he reunido más de cien mil pesetas, cantidad que me decide a hablar con María y proponerla que definitivamente se venga a vivir conmigo. No parece que su padre se haya ablandado. No dice nada y es evidente que, con su silencio, se opone a nuestro matrimonio. Por una parte lo comprendo: su hija es muy joven y apenas nos conocemos. Pero en estos meses se están uniendo miles de parejas, apresuradas por la guerra, que se enamoran un día, no quieren esperar y confían su suerte al destino. Con este pensamiento llego a Tórtola de Henares. María me escucha, a la vez temerosa y alborozada.

—¿Quieres que nos vayamos hoy mismo?

—¿No podríamos esperar unos días, tratar de buscar otra solución...? —Me dice.

—Sabes que no la hay. Tu padre no se doblegará así como así. Sería seguir perdiendo el tiempo. Ahora puedo venir a verte, pero la guerra está dando muchas vueltas y un día nos encontramos con que no es posible. O tienes confianza en mí o no la tienes. Si la tienes, vente hoy... —le digo para forzar una respuesta.

—¿Por qué no intentas convencer a mi padre...?

—Sería inútil.

—Sí, puede que sí... —Dice pensativa.

—Me voy a comer a casa de los Jiménez. A las cinco te espero junto a la ermita de la carretera. Si estás de acuerdo, prepara tus cosas y vente. Si no, dímelo ahora.

Su respuesta es un beso inesperado que lo dice todo. Después corre alocada camino de su casa. Sé que vendrá. Yo me encamino a casa de mis amigos... No les diré ni una palabra de nuestros proyectos. Son gente de confianza, pero pueden interpretar nuestra acción como una chiquillada y

crearnos problemas.

Como el torero en el burladero, veo impaciente cómo las manecillas del reloj se acercan pausadamente a las cinco de la tarde. Faltan tres minutos. El camino está silencioso y vacío; ni una persona por estos parajes. Caen unas gotas y me refugio bajo el alero de la ermita. A un mismo tiempo pienso muchas cosas. Ahora me espera el momento difícil en que tendré que decir la verdad de mi vida a la que va a ser mi mujer. ¿Cómo reaccionará cuando sepa que no soy más que un soldado desertor...? ¿Y cuando le diga de dónde sale el dinero...?

Una mujer corre como una gacela hacia la ermita. Luce un sencillito vestido de percal, festoneado con dibujos rameados, y toca su pelo con un pañuelo azul. En la mano derecha trae una maleta. Es María.

—He sido puntual —son todas sus palabras.

—Sí, amor mío, has sido puntual —tomo su maleta y de la mano bajamos hacia la estación.

—Tenemos que darnos prisa. El tren está a punto de llegar. ¿Has tenido problemas? —le pregunto, mientras nos acercamos al ferrocarril.

—De milagro no me sorprendieron haciendo la maleta. Después la dejé en el corral y me senté a la mesa, como todos los días, para que no notaran mi nerviosismo.

—Eres una mujer valiente —le digo, y acaricio suavemente su mano.

Cuando el tren parte, los dos sabemos que iniciamos otra vida, seguramente más feliz, pero también más complicada. María dice adiós con la mirada a los paisajes que ha recorrido a pie. Después se apoya en mi hombro, cierra los ojos y ninguno de los dos habla. Yo procuro no moverme y me acompaso al balanceo del tren porque parece que está dormida.

Nos instalamos en un hotel de la calle del Príncipe, junto al teatro Español, en una pequeña habitación de la tercera planta, que tiene un armario, dos mesas de noche y un mueble con lavabo... Al día siguiente, por la mañana, cada uno con sus mejores galas, entramos en el Comité Político de Prosperidad. Ardo en deseos de tener algún documento que acredite nuestra unión para evitar los problemas que me creará el padre de mi novia si me denuncia por raptó. Si no legalizo la situación podrían descubrirse otras cosas todavía más graves que, cuando menos, me conducirían a la cárcel por muchos años... Mi uniforme resplandece. María ha pasado la mañana con el cepillo y un trapo humedecido en gasolina y lo dejó nuevo. Ella viste un traje negro, brillante, y por todo adorno se ha puesto un broche en el pecho.

Un civil de la C. N. T. nos deja ante el delegado político. Es escueto al presentarnos.

—Quieren casarse —dice.

La ceremonia es simple y rápida. Los dos manifestamos el deseo de vivir juntos y lo ratificamos con nuestras firmas. El delegado nos entrega un documento acreditativo del acto, que guardo, a espera de lo que pueda suceder. En el hotel no decimos ni una palabra. Se imaginarán que ya estábamos casados o que es mi novia... En estos tiempos a nadie le preocupan tales cosas.

Estamos en una terraza de Ventas donde la gente olvida sus cuitas y se echa un baile. Hay soldados y civiles mezclados en la aparente alegría; muchos de los soldados son extranjeros, que han venido a luchar con los republicanos. Es sábado y por el ambiente nadie sospecharía que es ésta una ciudad poco menos que sitiada. Toledo, al igual que Avila y Segovia, está en manos de las tropas nacionalistas; de la provincia de Madrid y Guadalajara han caído ya dos tercios, y por Teruel se abre

una inmensa cuña que poco a poco pretende aproximarse al Mediterráneo... Mal ruedan las cosas para los nuestros. Después de la accidentada muerte de Mola, el general Dávila, que ocupa el puesto de comandante en jefe del Ejército del Norte, entró con sus tropas en Bilbao, donde ha hecho 14000 prisioneros... Bilbao es un centro de vital importancia y con su rendición las fuerzas republicanas perdieron un importante centro industrial y el mejor puerto del Norte. Una a una van cayendo las demás ciudades del Cantábrico, la última de ellas Santander, a finales de julio de este año de 1937. Por el Sur han tomado Málaga y avanzan por la costa granadina hacia Almería... Sólo nos queda Cataluña, Levante, parte de Aragón, Murcia, Albacete, Cuenca, Ciudad Real, Almería y gran parte de las provincias de Granada, Córdoba, Badajoz, Toledo, Madrid y Guadalajara... En Madrid las noticias tampoco son buenas. Después de la pérdida de Brunete, donde han sido diezmados los mejores hombres de las Brigadas Internacionales, que manda el general Miaja, se lucha pueblo por pueblo, monte por monte, cota por cota y desde la capital ya oímos el tronar de los cañones o divisamos en el cielo cercano los aviones de uno y otro bando, que se buscan... Muchos de los nuestros se han pasado al Ejército nacional; los unos, por convicción; otros, porque adivinan la derrota. Mientras bailo con la que desde hace pocas horas es mi mujer, al tiempo que mentalmente hago repaso de lo que ha sucedido y está sucediendo, pienso que cuando pueda también me pasaré...

María adivina, por mi silencio, que algo me preocupa. Con una mirada me pregunta qué pienso.

—Esto cada día se va a poner peor. Tendremos que buscar un sitio más seguro para los dos. Dentro de pocos meses Madrid será un infierno, y no quiero que te sorprenda dentro... —le digo.

—¿Qué puedes hacer tú, sino obedecer a lo que te ordenen tus superiores...?

Tentado estoy de contarle la verdad, de desdecir mis embustes y que sepa quién soy, mi auténtico nombre y apellidos. Pero, de hablarle, he de descubrirle todo, incluso de dónde procede el dinero, y un nudo me atenaza la garganta y me siento incapaz de romper el encanto del momento. Temo que la desilusión sea tan fuerte que me abandone para siempre. Lo dejaré para más adelante, cuando nos conozcamos mejor, vea mi lado bueno, comprenda los porqués de mi actuación y sepa perdonarme.

Transcurre un mes en nuestras vidas y prácticamente no he hecho nada. Salgo todos los días, con la disculpa de mi trabajo en el cuartel; recorro los mentideros de la villa, donde se habla de lo divino y de lo humano... En un bar he conocido a un matrimonio de Ciudad Real, que vinieron a Madrid a visitar a su hijo, destacado en la 148 Brigada. Son amigos de un amigo y no dejan de insistir en que los acompañe en la visita a su hijo. Piensan que yo les puedo ayudar a conseguir un permiso y a pesar de mi negativa no cesan en su propósito. Trato de evitar el compromiso, ante la posibilidad de que surja alguna complicación que me deje al descubierto, pero es tanta su insistencia que termino por acceder.

Los tres llegamos al cuartel. Pregunto por el suboficial de servicio y le manifiesto el deseo de ver al muchacho. No lo duda. A los pocos minutos regresa con el soldado y... con el capitán que manda el cuartel. Ya no me queda más remedio que mostrarme seguro y tratar de obtener un permiso extraordinario.

—Capitán, ¿habría la posibilidad de que disfrute de unos días este muchacho? Sus padres son buena gente, amigos míos, y me lo han pedido con gran interés...

—Es suficiente con que tenga usted interés, capitán. El permiso está concedido. Puede irse ocho días con los suyos.

No me puedo quejar de la suerte. La familia me lo agradece e insisten en conocer a María. Juntos nos dirigimos al hotel donde mi mujer está pasando unos meses difíciles, de adaptación a la nueva vida, de horas de soledad, mientras yo «trabajo»... Los últimos días observo que está pasando por una crisis. No le digo nada, pero adivino que extraña a sus padres y hasta es posible que se haya arrepentido de la forma en que los ha dejado... Yo procuro mostrarme cariñoso con ella, estar pendiente de todos sus deseos, hacerla feliz a mi lado.

El matrimonio vive en Navalpino de los Montes, un pequeño pueblo de la provincia de Ciudad Real.

—Venga a pasar una temporada con nosotros. Es un lugar tranquilo, lejos de los frentes... —Me dicen.

—Ya saben que no puede ser.

—No puede ser para usted, don Roberto, pero su señora sí que podría venir.

Les he dicho que sí, pensando que a María le vendrá bien. Al día siguiente los despiden en la estación, seguro de que ella podrá descansar con esta familia que tan buena impresión nos ha causado. Parece gente buena, sencillos, deseosos de corresponder a mi intervención con su hijo.

Llevo una semana solo en Madrid, que aprovecho para, por el medio que sea, conseguir dinero. Por la noche, vestido de paisano, asalto dos carnicerías y reúno dinero para respirar unos días. También he robado cincuenta y siete mil pesetas de una importante tienda de ultramarinos del centro. Ahora estoy planeando un asalto a una familia pudiente... Será el último golpe, por el momento. Después me iré unos días a ver a María.

Han llamado de una forma violenta en la puerta de la habitación. Estos días de asaltos vivo con el alma en vilo. En cualquier momento pueden sospechar de mí, descubrirme, detenerme... Cojo la pistola de la mesa de noche y, con ella amartillada en el pasillo, abro la puerta.

—¡Victoriano...!

Mi sorpresa es enorme: frente a mí se halla la persona que menos pudiera imaginar. Se trata de mi hermano Luis, del que hace un año no sé nada...

—¿Cómo tú por aquí...? Pasa, pasa... Dame un abrazo, hermano... —le digo.

No nota que llevo la pistola en el bolsillo...

—Me enteré de tu dirección por una carta que me escribió madre al pantano. La pobre quisiera acercarse a Madrid, pero no puede hacerlo ahora. Ella está en zona nacional; nosotros, en la republicana.

—¿Nosotros...? ¿Dónde vives tú...?

—Ya no trabajo. Ahora lucho en las afueras de Madrid. Hace un mes me dieron un tiro en la mano derecha... Observa.

Le faltan tres dedos de la mano. Dice que se los han amputado en el hospital...

—¿Cómo no has acudido a mí?

—No me ha sido fácil localizarte. Vine dos veces y no estabas. También estuve en tu anterior hotel, pero allí ignoran por dónde andas.

Ve mi uniforme en la percha y se sorprende.

—¡Pero bueno! ¿Es que te han ascendido...? ¿Es tuyo este uniforme...? —Dice.

—Luis, eres mi hermano y debo decirte la verdad. Comenzaré por el principio. Me fugué del

batallón, he desertado...

—¿Has desertado...? ¡Qué locura...!

—No soy el único, hermano. Ya sabes que estamos sufriendo días de enorme despiste. Hace meses que vivo de esto..., de este uniforme; tuve que conseguirlo para no volver al frente... después ha sido mi medio de vida. Poseo una documentación falsa a nombre de un tal Roberto Laguna... Soy comisario político y capitán. No lo olvides, porque puedes comprometerme... Soy el capitán Laguna...

—¿Y si te cogen...?

—No creo que suceda. Es un riesgo que tengo que correr. Cualquier cosa antes que coger el fusil. No quería hacer patrullas por los montes, ni ver más muertos... Además, ahora está María. Me he casado con la hija de un guardia de asalto, que no quería dar su consentimiento. Ahora está pasando unos días con unos amigos en un pueblo de Ciudad Real... Tenía ganas de hablar con alguna persona de estas cosas. María no sabe nada. También para ella soy el capitán Laguna... Ahora habla tú, cuéntame tu vida, de nuestra casa...

—Mis noticias también son variadas. Las hay buenas, las hay regulares y... las hay malas. Me he casado también. La conoces, es la hija del encargado de la oficina de Cíjara... ¿La recuerdas...? Isabel.

—Sí, perfectamente. Estando yo en el pantano ya salías con ella.

—En casa, madre sigue bien. Lo sé por compañeros de la provincia de Avila. Nos reunimos todas las semanas. Viene un chico del Arenal, que se pasó de los nacionales. Dice que allí han sucedido cosas horribles. El marido de madre sabes que era muy de izquierdas. Fue fusilado. También murió nuestro hermanastro Pedro. Le alcanzó una bala perdida, cuando tomaron el pueblo...

Tengo que sentarme. No es que las palabras de Luis me sorprendan, porque estoy habituado a oír todos los días conversaciones similares. Todos han perdido gente en esta guerra, de uno y otro lado... Pero cuando la persona desaparecida ha convivido con uno, ha comido en la misma mesa... y lleva la misma sangre, resulta insoportable.

—Madre habrá sufrido mucho...

—Puedes imaginártelo. Se ha quedado sin marido y sin un hijo y... no sabe de nosotros. Pensará que también hemos muerto.

Seguimos charlando de diversas cosas. Luis me recomienda legalizar nuestro matrimonio, con el permiso del padre de mi novia. Evitaría complicaciones y situaciones enojosas...

Para seguir el consejo de Luis, muy de mañana salgo hacia Ciudad Real. María se encuentra en la galería de la casa, conversando con nuestros amigos, que la colman de atenciones. Con ellos hay otra persona que desconozco y que me saluda.

—Señor Laguna. Encantado de conocerle. Había hablado con su esposa para pedirle un favor, pero ya que está usted aquí prefiero hacerlo personalmente...

Apenas tengo tiempo de saludar a María. Me gustaría estar solo con ella, pero adivino por su gesto que le agradaría que atienda la petición que me están haciendo...

—... Mi hijo ha sido herido en el frente y quedó inválido. Como usted sabe le corresponde una paga, pero no hemos tenido noticia de ella. Yo he estado en Madrid para solucionar el asunto y me dicen que ha de ser en Albacete...

—¿Ha reclamado usted...?

—Sí, lo he hecho, y no conseguí nada.

Quieren que me traslade a Albacete para gestionarle la pensión. A media tarde lo hago solo, con una tarjeta en la que apunté los datos del herido. Entro en la ciudad al día siguiente y encuentro las calles abarrotadas de movimiento y de gentes. Han llegado columnas de las Brigadas Internacionales: están formadas por italianos, alemanes, polacos, húngaros, checos... Hay hombres de todas las nacionalidades, la mayoría de los cuales se encontraban trabajando en Francia o en calidad de exiliados. Cada columna luce un uniforme diferente, ya se trate de comunistas, socialistas, anarquistas o trotskistas. También, al igual que en Madrid, veo mujeres voluntarias.

Los soldados que se cruzan conmigo en la calle me saludan disciplinados. Algunos observan con ojos de envidia mi uniforme e insignias, acaso sorprendidos de que un muchacho de mi edad posea tal rango. Cuando entro en los pasillos del edificio destinado a Comandancia Militar, yo mismo estimo que me estoy extralimitando; hay jóvenes sargentos y tenientes en las diferentes dependencias, pero no veo a ninguno tan joven como yo con el grado de capitán. Unos y otros me tratan con deferencia. Cuando les digo lo que deseo me acompañan a un gran salón, en el que conversan las personalidades políticas de la provincia. En un sillón descansa un hombre, con aspecto extranjero, que se levanta al verme y me saluda...

—Capitán Roberto Laguna —le digo.

—Comandante José Brosz. ¿Puedo ayudarle en algo?

Se trata del célebre «Tito», uno de los hombres que han organizado el paso de voluntarios de Francia a España. Personaje serio, misterioso, que, aunque no suele acudir al campo de batalla, se mueve en la sombra de las Brigadas Internacionales.

—¡Oh! No vengo a nada importante; tan sólo a interceder por un muchacho inútil de guerra, que espera se le solucione lo de su pensión.

—Yo le ayudaré.

El que fue «camarada Walter» y «Tomanek», uno de los líderes socialistas más importantes de Europa, el yugoslavo «Tito», con paso marcial se dirige conmigo hacia la oficina de la Comandancia Militar. Habla poco el español, con un acento extranjero fuerte y seco. Me dice que acaba de llegar de Barcelona, donde la situación está tranquila.

—No problemas, no problemas —añade.

En la oficina ordena que se arregle la petición del «compañero», refiriéndose a mí. Llevo más de media hora en el edificio, sabiendo que me juego la vida si me descubren. «Si saben quién soy me fusilan en el momento», me digo. «Tito» espera a que esté todo resuelto y se despide afectuoso. Es un hombre maduro, de unos cuarenta y cinco años, fuerte, de cara angulosa y ojos penetrantes. Se va, otra vez con paso marcial, resonando en el mosaico sus altas botas claveteadas...

A la semana siguiente me presento en Navalpino con mi hermano y su esposa, Isabel. La línea de ferrocarril está cortada por las bombas y hemos tenido que salir de Madrid en un camión... María no sabe a qué venimos y cuando se lo digo se lleva una gran alegría. Mi hermano y cuñada se ofrecen a acompañarnos a casa de su padre para tratar de arreglar la situación. Entre los cuatro difícil será que no ceda.

Otra vez en camión, por carreteras de segundo y tercer orden, lo más lejos posible de las líneas

del frente, nos dirigimos a Tórtola de Henares. Nos paran numerosas veces y todas ellas es suficiente con mostrar mi documentación y la de Luis. Ya por tierras de Guadalajara oímos disparos de cañones a escasos kilómetros. Segundos después sobrevuela nuestras cabezas una escuadrilla de aviones. El camión se ve obligado a hacer un rápido viraje y se coloca debajo de un árbol...

—¿De qué lado son? —Pregunta Isabel.

—No sé, no he podido verlos. Van demasiado rápido —responde mi hermano.

Los padres de María se sorprenden cuando entramos los cuatro. Luis, con serenidad, expone nuestros deseos al padre de mi compañera, quien, aunque al principio se niega de plano a que su hija continúe viviendo conmigo, termina por acceder y nos exige la promesa formal de que nos casaremos inmediatamente.

—María debe quedarse aquí. Madrid está a punto de estallar. Mañana, dentro de un mes, cualquier día, se van a poner las cosas mucho peor.

—Prefiero terminar los días de descanso en Navalpino. Aquello está todavía más tranquilo que esto —dice ella, siendo la que toma la decisión sobre su futuro.

Otra vez quedo solo en Madrid, aunque ahora con la compañía de mi hermano, con el que acudo a las reuniones de combatientes abulenses. Ayer conocí a la hermana de un amigo de Luis, le propuse pasear por Madrid y aceptó. Hemos estado en un cine nada más, pero mi hermano, con sus exageraciones, me recomienda prudencia. Hoy he vuelto a salir con ella; es una mujer con gran afición por la política, doctrinal y dogmática; una Dolores Ibarruri en bruto. Me preguntó si estoy casado; le he dicho que no. Mañana estamos citados en una cafetería de la calle de Alcalá.

Los dos llegamos al tiempo al lugar de la cita y bebemos un café malísimo... ¡Cuánto tiempo hace que no tomo buen café! Cuando salimos, la llevo cogida del brazo hacia la Puerta del Sol, para comprar un periódico y saber cómo están las cosas en el frente. Un vendedor vocea «El Sol». Voy a pedirle un ejemplar cuando me doy cuenta de que un hombre me mira detenidamente... Yo también lo observo y vuelve la espalda. He tenido tiempo para darme cuenta de que es el padre de María.

—¡Oiga, oiga...!

Acelera el paso. No hace caso a mi llamada. Vuelvo a gritarle y se va todavía más aprisa. Estoy convencido de que me ha oído... ¿Qué pensará ahora este hombre...? Mi amiga está sorprendida de lo que sucede.

—¿Quién es...?

—Un desconocido.

—Pues te ha puesto nervioso.

Dice bien, me ha puesto nervioso. ¡También es mala suerte...! ¿Será coincidencia o me habrá estado vigilando el viejo...? El otro día dijo al fin que sí, pero su autorización me pareció forzada, impuesta más por el hecho consumado que por nuestras razones. Pero no mostró en ningún momento simpatía, ni menos alegría, porque su hija se vaya a casar conmigo. El no ve con buenos ojos estos matrimonios de guerra, sin cura ni juez. Sabe que yo jamás me casaré por la Iglesia y sólo accedió cuando le di mi palabra de que pasaremos por el Juzgado para legalizar nuestra unión.

¡Y ahora este maldito encuentro...! ¿Qué se imaginará el viejo? El hombre que vive con su hija, del brazo de una bonita mujer por la calle de Alcalá. ¡Cualquiera le convence de que no es más que una compañera..., una amiga! Es un hombre de ideas antiguas, incapaz de comprender que una mujer

y un hombre puedan ser sólo amigos. Como decía «Capalagartos»: «Para una vez que comí un gato, me llaman matagatos». Lo que es peor yo no me he comido ningún gato. ¡Vaya enredo...! No me queda otra solución que hablar con él...

Han pasado dos días cuando me presento en casa de los padres de María. Le conté a Luis lo sucedido y piensa, como yo, que no hay otro camino para tratar de arreglar las cosas. Mi suegro, sentado en una mesa camilla, con un libro delante, trata de aparentar indiferencia cuando me ve. Pasan unos minutos y soy yo el que rompo el silencio. Le pide a su mujer que salga del salón, me mira con fijeza...

—El otro día le llamé y no me hizo caso —le digo, rompiendo el silencio.

—Sí, no te hice caso.

—No me extrañaría que usted haya interpretado las cosas mal...

—Dices bien: he interpretado las cosas mal.

Su indiferencia está a punto de alterar mis nervios. Tengo que contenerme para calmarme... Seguramente él también se esfuerza en conseguirlo... No puede ser natural tanta frialdad y dominio... Estoy dispuesto a darle mi versión del asunto cuando es él el que secamente dice:

—Qué, ¿quieres embaucarme como a mi hija...? ¿No es suficiente con que la hayas engañado a ella...?

¡Será imbécil! No puedo dejarlo expresarse en estos términos...

—No hable de engaños ni suelte más tonterías... ¿Qué quiere decir...?

—Sabes bien que te he visto del brazo de una mujer una semana después de rogarme que te dejara casar con mi hija. ¿Hay engaño mayor que éste...? La mandas a un pueblo para hacer lo que te da la gana. Te aprovechas de que María es una cría...

—No continúe así..., déjeme hablar. He venido para darle una explicación sincera... El otro día lo llamé para decírselo allí mismo... ¿Cree usted que si tuviera algo que ver con aquella mujer le hubiera llamado delante de ella...? Es una amiga, una compañera de la oficina donde trabajo...

—No es motivo para llevarla así, como si fuera tu novia... o tu mujer...

—¿No pensará usted...?

—... De ti no pienso nada bueno. Puedes dar la explicación que quieras, que no te creo. Es más, te voy a decir algo muy serio: tampoco he creído nunca que trabajes en esa «oficina» de la que hablas.

Estas palabras me preocupan. ¿A dónde irá a parar al referirse en ese tono a la «oficina»...? Ha deletreado sílaba por sílaba, con un tono guasón y despectivo... Insisto, pero no me vale de nada. Es imposible convencerle de aquello en lo que no cree, y es evidente que no cree en mí... Temo que su suspicacia me pueda acarrear problemas; debo de estar a la expectativa con este hombre...

Los primeros disgustos no tardan en venir. Pocos días después, a la hora de comer, me llama el dueño del hotel.

—Señor comisario. Una conferencia urgente.

Es María. Algo raro tiene que suceder, porque jamás me ha llamado. Para evitarle esperas en la centralita del pueblo, hemos quedado en que siempre la telefonaré yo... Hoy, por vez primera, mi mujer pide la conferencia...

—¿Qué sucede...?

—Estoy en Tórtola. Te llamo desde casa de una vecina...

—¿En Tórtola? ¿Dices que en Tórtola...? ¿Cómo has ido ahí...?

—Es que...

La oigo llorar a través del hilo telefónico. Intento una y otra vez que me cuente qué ha pasado, pero no le resulta fácil recuperarse. ¿Habrá sucedido algo grave...?

—Serénate, María; dime qué ha sucedido...

—Mi padre... ha ido a buscarme en un coche. Está muy enfadado contigo... No acaba de decirme por qué. Se lo he preguntado muchas veces, pero dice que vengas tú para aclarar unas cosas... Quiere que vengas lo antes posible.

¡Qué hombre más duro de mollera! Ya sabía yo que iba a traerme quebraderos de cabeza el paseo de la calle de Alcalá... El otro día no he conseguido convencerle y creo que no lo voy a lograr nunca... Parece que todavía no ha hablado del asunto a mi mujer. Para más recochineo quiere decírselo estando yo delante... No me inquietan sus delaciones; no tengo la menor duda de que María será más comprensiva que él y lo comprenderá.

—Dile que voy inmediatamente. Esta misma tarde estaré allí...

—Gracias, Roberto. Estoy muy preocupada...

Seguía sollozando cuando colgó el aparato. Voy a dejar de una vez para siempre arregladas las cosas... No quiero que mi suegro se interponga entre María y yo simplemente por unas sospechas sin fundamento.

Digo en el hotel que tengo que hacer un viaje urgente a Toledo y salgo hacia Guadalajara. La hermana mayor de María me recibe fríamente cuando abre la puerta.

—Hola; pase. Le están esperando.

La escena parece arrancada de una comedia dramática. Cada uno está en su sitio, según su papel: María, que llora sentada en un sillón del comedor, se levanta y me besa; su padre está de pie, con una rigidez y seriedad forzadas; la madrastra baja la escalera y se queda parada mirándome... La hermana sale de puntillas del cuarto... Soy yo el que debe actuar en primer lugar. Ando unos pasos, acompaño a María, la ayudo a sentarse y dirigiéndome a todos digo:

—Bien, ya estoy aquí. ¿Qué pasa...? ¿Qué sucede para que María esté llorando...? ¿Y usted por qué se la ha traído sin contar conmigo...?

—¿Y tiene la cara dura de preguntarlo...?

—Procure moderar sus palabras o me verá obligado a perderle el respeto que le tengo y responder en los mismos términos. Yo no le he insultado.

—No se insulta cuando se dice la verdad...

—Hablemos claro. Antes de que usted lo haga quiero contarle yo a María que me vio usted por una calle de Madrid del brazo de una compañera de trabajo... Corrijame si digo algo que no sea verdad... ¿No es así?

—Es así, pero no es todo. Lo de la chica aquella me parece importante, pero hay algo más grave...

—¿De qué se trata...?

—Diga la verdad, ¿quién es usted...?

Aunque la pregunta me coge desprevenido no dudo un solo segundo:

—Usted lo sabe. Se lo dije el primer día... No entiendo esa pregunta.

—Quiero saber su nombre, su profesión, sus ideas...

—No puedo añadirle nada nuevo. Me llamo Roberto Laguna soy capitán y comisario político. Ya hace tiempo que conoce mi cargo y dónde trabajo...

—Eso es precisamente lo que no sé, porque me he preocupado de hacer indagaciones para comprobar que todo es falso...

—Pero, oiga...

—No me enrede más; no sé quién es, pero sé quién no es...

—Usted no sabe nada de nada. Se ha inventado una historia de indagaciones porque desde el primer momento le caigo mal y pretende alejarme de su hija. ¡Pues no lo conseguirá...! Si quiere seguir sus averiguaciones, le invito a que me acompañe a Madrid...

Llaman a la puerta. Los dos hemos subido el tono de voz, pero nos callamos de repente. La hermana de María entra en la habitación con dos policías militares uniformados... El padre dice, al tiempo que me señala:

—Este es el hombre.

No salgo de mi asombro. Uno de los policías se me acerca y dice:

—¿Me podría mostrar la documentación?

—Dirá usted: capitán, ¿me podría mostrar la documentación? ¿O es que no distingue a un superior...?

—Bien, mi capitán. ¿Me permite la documentación...?

—Aquí la tiene.

Saco la documentación del bolsillo interior y se la entrego sin vacilar. Tengo que hacer valer mi uniforme hasta donde me sea posible, ya que aún no he sido detenido, ni acusado de cargo alguno... El militar observa la documentación... Mira a mi suegro y parece desorientado...

—El salvoconducto es legal y esto parece estar en regla...

Es mi suegro el que responde, violento:

—Léalo usted bien. ¡No puede ser! Me han asegurado que este hombre no es capitán, ni comisario político, ni nada. Es un farsante y usted tiene la obligación de detenerlo...

Aparento sorpresa al escuchar al padre de María. Los dos policías están cada vez más confusos; parece evidente que no saben qué hacer. Tengo que aprovecharme de su duda si quiero salir bien de esta endiablada situación.

—Este hombre hace tales insensatas acusaciones porque no quiere que su hija viva conmigo. Ha intentado otras tretas, ninguna le ha valido y ahora inventa esta historia...

—De todas las maneras debe acompañarnos para aclarar esto...

—¿Aclararlo en dónde?

—En Madrid.

—¡Pero todo esto es absurdo!

No se avienen a razones. Mejor que crear una situación violenta será hacerles caso. Quizá, ya en el tren, me será más fácil convencerlos. Aquí está mi suegro, que trata por todos los medios de que me lleven, «que cumplan con su deber...».

—Está bien, iré con estos señores. No tengo nada que ocultar; tú no te preocupes, María, te

llamaré en cuanto llegue. Todo es un error en el que lamentablemente se ha envuelto tu padre. Espero que me pida perdón por esto.

Ninguno de los dos responde; ella parece que no sabe a quién creer; su padre está seguro de que tiene razón; yo me esfuerzo en aparentar indignación. Mal asunto éste... En un coche militar me llevan hacia Madrid... Intento convencerles de mi identidad, pero una y otra vez se limitan a decir que cumplen órdenes, que no pueden dejarme... Habrán de conducirme ante sus superiores... No es que duden de mi palabra, pero órdenes son órdenes...

—Me van a crear ustedes un serio problema. Debía cumplir un servicio y lo he demorado. Una cosa sin importancia... Les ruego que me acompañen hasta mi hotel... Después de zanzar mi misión voy donde ustedes quieran.

La respuesta sigue siendo la misma: «Cumplimos órdenes». La posibilidad de huir ahora tengo que desecharla... ¿Cómo podré salir de este embrollo...?

El vehículo se detiene ante un edificio militar de la calle de Serrano. Es una casa de dos plantas, ante la que monta guardia un centinela armado... Subimos al primer piso y entramos en un despacho, en el que se encuentra un comandante.

—Señor, se trata del comisario al que usted nos ordenó buscar...

—Así que usted es...

Los dos soldados salen. El comandante y yo quedamos frente a frente.

—Soy Roberto Laguna, capitán del Ejército y comisario político destacado en esta ciudad...

—Ya... ¿Me quiere enseñar sus documentos?

—Sí, señor.

Alargo los documentos, que él acerca a la luz de una pequeña lámpara, sobre una mesa. Pasa media hora mirando los sellos y firmas con una lupa y fija sobre ellos la punta de un lapicero... Le va a resultar difícil comprobar que no son verdaderos; la falsificación es perfecta... o... casi perfecta.

—¿Quién le ha dado este salvoconducto...?

—En la oficina.

—¿En qué oficina...?

—En la Comisaría Política.

—¿Admite usted que son falsos...?

—No.

—Bien, espere unos minutos.

Sale de la habitación con los documentos en la mano. Supongo que habrá ido al laboratorio para comprobar su falsedad. Me acerco a la puerta, a ver si hay posibilidad de escaparme... La abro y en cada lado hay dos soldados, armados con fusil. No estaban cuando llegué; los ha tenido que poner el comandante. Cierro otra vez la puerta, esperando la respuesta. Por vez primera intuyo la gravedad de lo que está sucediendo... Si pudiera avisar a Luis.

—Es inútil que siga mintiendo —dice el comandante, que regresa otra vez con los papeles en la mano—. Todo es falso, de manera que será mejor que hable detalladamente... Acaban de registrar su habitación del hotel y encontraron estos sellos de caucho, estos papeles timbrados...

En sus manos aparecen los sellos que yo guardaba celosamente en un segundo fondo de la

maleta...

—Empecemos por el principio... ¿Cómo han llegado estos documentos a su poder? ¿Quién se los ha entregado...? Parece usted inteligente y no se le escapará que existen suficientes pruebas como para que le podamos acusar de varios delitos, entre ellos el de espionaje... Si me dice quién le ha proporcionado estos documentos procuraremos ser benévolos...

—¿Dice espionaje?

—Sí, claro; será uno de los cargos. Espionaje en favor de las tropas enemigas.

No tengo escapatoria. Si no consigo escapar, difícil será que me salve de ser fusilado. Me entra un escalofrío, un cosquilleo indefinido. Tengo que hacer lo imposible por huir de este edificio, aprovechar el menor descuido... lo más pronto que pueda. Si me encarcelan, la vigilancia será más cerrada...

—¿En qué se basa usted para acusarme de espionaje...?

—Yo, por ahora, no le acuso de nada, pero las pruebas de que disponemos son bien claras. Será, sin duda, el cargo más importante contra usted. Bueno, sigamos... ¿Quién le entregó los papeles?

—Los robé.

—¿Dónde?

—En un hospital, en el que convalecía.

—¿Todos?

No quiero mencionar a la falsificadora, gracias a la cual me he movido por donde me ha dado la gana. No dudo al responder.

—Sí, todos.

Tampoco doy mi verdadero nombre, sino el primero que se me viene a la memoria: Antonio Ramírez Velázquez. Escojo uno sencillo para recordarlo si me vuelven a preguntar... Sentado ante la máquina, el comandante prosigue el interrogatorio. Una hora dura el cerco de preguntas, pasado el cual ordena a los dos soldados que me trasladen al calabozo...

—¡Espere, espere un momento! Esto no le pertenece.

Arranca con gesto violento mis emblemas de comisario político. También me despoja de la gorra. Por la misma escalera los soldados me conducen hacia los calabozos. Cuando paso a dos metros de la puerta de salida adivino una oportunidad, posiblemente la última. Los soldados van armados... Al otro lado de la puerta sé que hay otro, sería muy difícil... En un segundo pasan veloces por mi cabeza diversos pensamientos, uno con más fuerza que los otros: la posible acusación de espionaje. Es lo que, en el último instante, me decide. En una décima de segundo golpeo fuertemente con ambas manos a cada uno de los soldados; los dos caen al suelo. Me abalanzo hacia la puerta, que abro con celeridad; salgo y la cierro tras de mí. El soldado que está en la calle se da cuenta de que huyo y se echa el mosquetón a la cara... Intenta apuntarme; le doy un golpe y no le dejo. Forcejamos un poco, consigo desasirme de él y corro cuanto puedo calle adelante. Oigo varios disparos y las balas que golpean en las paredes de las casas, muy cerca de mí. Nuevos disparos. Ni siquiera sé si me han alcanzado. Cuando doblo la primera esquina aprieto aún más el paso. No estoy herido... Milagrosamente he conseguido escapar. Salgo corriendo y, cada vez más lejos, oigo las botas de los que me persiguen. Ahora deben de ser seis o siete soldados los que lo hacen, con la idea fija de alcanzarme. Me encamino hacia el Retiro, torciendo de calle en calle con el

fin de despistarlos... Cuando llevo media hora corriendo, sudoroso y jadeante, creo que me he librado de ellos, aminoro el paso, cambio el rumbo hacia Cibeles y minutos después, muy lejos ya del edificio militar, me detengo. ¿Adonde puedo ir ahora...? Tengo que olvidarme del hotel y de la casa de mi hermano. Serán los primeros sitios en donde busquen. A María tampoco puedo llamarla. No creo que ella adivinara las intenciones de su padre... Cuando nos despedimos sollozaba con gran sentimiento... No sé qué hacer... Me han despojado de la cartera y no poseo un céntimo. Otra vez cambio de rumbo, ahora hacia Atocha...

He pasado varias horas deambulando de un lugar para otro, huyendo siempre de las patrullas militares y de milicianos. No veía solución inmediata y me he metido en una alcantarilla, dispuesto a aguantar el mal olor y las ratas que chapotean en el agua... Estoy agotado, no tengo un sitio de confianza a donde dirigirme. Pasaré aquí la noche; siempre será mejor que en el calabozo, con la amenaza de la acusación de espionaje...

Cuando salgo a la calle es mediodía. Una mujer me ve salir de la alcantarilla, pero no sospecha nada, pues sigue tranquilamente su marcha y ni siquiera vuelve la cabeza. No he podido dormir en toda la noche, tengo hambre y sigo con la misma incertidumbre. El panorama que se abre ante mí es bien negro: delante, sin salida; detrás, la Policía Militar y la certeza de un juicio severo. Habré de tomar una decisión antes de que me echen la mano encima o me muera de hambre. Iré a ver a la falsificadora de la calle de Carretas; quizá ella pueda ayudarme.

La mujer me reconoce en cuanto me ve. No le oculto mi situación; es la única forma de que me ayude.

—¿Qué le sucede?

—Me han detenido y conseguí escapar. Supongo que me buscarán por todos los sitios. De momento necesito una documentación a nombre... de... puede ser a nombre de Miguel Gutiérrez López. Ahora no tengo dinero; le pagaré en cuanto pueda.

Salgo de la casa con la documentación. He solucionado el problema, pero quedan otros muchos... Sigo sin dinero y sin casa. Aunque quiera, no puedo telefonar a mi hermano; carezco de unas monedas para entrar en un bar y hacerlo.

Han pasado cinco días desde la fuga. Todos ellos he dormido en la alcantarilla y ya casi he conseguido habituarme a la presencia de las ratas. Anoche sentí una que pasaba por encima de mi cuerpo. Estuve a punto de gritar y correr... Me quedé quieto y el animal se alejó... Después dormí intensamente. Lo de comer lo tengo parcialmente resuelto: he localizado unos comedores de caridad y por ahora me han dado sopa y un trozo de pan. Procuero pasar inadvertido en la larga fila, no llamar la atención. Mi ropa está sucia y rota, tengo barba de una semana y mi aspecto debe de ser el de un mendigo, porque nadie me dice nada.

Son las seis de la tarde cuando rondo a un centenar de metros de la casa de Luis. Espero que entre o salga de la casa para ir a su encuentro. Sé que no debo acercarme al piso de ninguna manera. Pasan las horas y Luis no aparece; tampoco su esposa. Todavía dejo pasar dos horas más y me retiro, otra vez hacia mi alcantarilla... Bajo por la calle de Atocha, que está negra como la boca del lobo. Apenas si me cruzo con dos o tres personas en la acera, que regresan de sus trabajos. Un coche se ha parado no lejos de mí... Parece que baja gente de él, pero no distingo bien, apenas se ve. Oigo una voz que me deja de piedra:

—¡Alto o disparamos!

Cuatro hombres armados se acercan. Intento salir corriendo y un fusil se apoya en mi espalda...

—¡No se mueva! Vamos hacia el coche... ¿Es éste...?

Un hombre me coge del brazo y me vuelve hacia la escasa luz de una farola de gas. Es uno de los soldados que guardaban la puerta del comandante.

—Sí, es él. Vamos...

A gran velocidad el coche entra en la calle de Serrano. Esta vez me bajan directamente al calabozo, una habitación pequeña, con la ventana cubierta de tela metálica y dos barrotes en cruz. Me echo en la cama, respiro hondo. Es más cómodo que la alcantarilla, pero... tengo que escapar otra vez. Si sigo aquí se descubrirá todo, me juzgarán, me acusarán de espionaje y puede que me condenen a muerte. Las leyes son muy severas con los espías..., y aunque yo no he hecho ningún tipo de espionaje, si están convencidos de su acusación me va a ser difícil demostrar lo contrario.

Es una noche de pesadillas. No he dormido profundamente un solo minuto. Cuando, por la mañana, me encuentro más a gusto en la cama, se abre la puerta y entra un soldado con un vaso de aluminio, que deja en el suelo.

—Su desayuno —se limita a decir. Sale y cierra otra vez la pesada puerta.

Es café con leche, que saboreo lentamente, mientras pienso en lo que me espera si no consigo ingeniármelas para salir de aquí. «Yo espía... Tiene gracia... ¿Por qué se les habrá ocurrido una cosa así? ¿Será por los sellos de caucho... o por el uniforme...?». El día pasa rápidamente. No cruzo una palabra con nadie. D veces vuelve a abrirse la puerta, una con la cena, otra con la comida. En las dos me dieron judías con lentejas. He preguntado al vigilante que dónde puedo orinar. Dice que no le han dado instrucciones; que si tengo necesidad lo haga en la celda. También le pregunté si sabe qué va a ser de mí. No puede darme respuesta.

La segunda noche también transcurre con horribles pesadillas; se mezcla la figura de mi suegro con los disparos de fusil y el silbido de las bombas, exactamente igual que cuando las oí sobre mi cabeza en alguna calle de Madrid. Mi madre también aparece, vestida de blanco, el rostro pálido y aguileño, los ojos húmedos de haber llorado; se aproxima, toma mi cabeza en su regazo y, al tiempo que pronuncia palabras de consuelo, me acaricia.

Esta mañana recibo una visita que no esperaba. Juan, el camarero del hotel de la calle del Príncipe, se presenta sonriente en mi celda.

—¿Cómo sabías que estoy aquí...?

—Yo me entero de casi todo... Don Roberto. Me gustaría devolverle los muchos favores que nos ha hecho.

Se refiere a mi silencio. Juan es fraile y somos muy pocos los que lo sabemos: el dueño del hotel, su esposa y yo... En el establecimiento viven numerosas personas de derechas, que tratan de ocultar su ideología, y hace meses, cuando los milicianos estaban preparando una enorme gresca, irritados por la comida, tuve que hacer uso de mi uniforme para serenarlos...

—No lo olvido, don Roberto. Usted nos evitó muchos problemas. Ha sido difícil conseguir que me dejaran pasar... ¿Puedo hacer ahora algo por usted...? Me han dicho que va a ser procesado por falsificación de documentos y uso indebido de uniforme.

—Esta mañana presté declaración ante el juez militar y me aseguró que van a retirar el cargo de

espionaje... Comprobaron que actué por mi cuenta y riesgo. No creo que pueda hacer usted nada... Únicamente le daré una carta, para que trate de hacerla llegar a mi mujer. Mañana me trasladan a la prisión habilitada de la Ronda de Atocha, en donde esperaré la fecha del proceso...

Juan conversa conmigo más de media hora. No he logrado que me diga cómo se enteró de mi detención y por qué razones le han dejado visitarme. Sabe él más que yo de mi proceso, hasta tal punto que por él me informo de los pasos anteriores al día en que fui hecho preso. La celada que me tendió el padre de María fue preparada de acuerdo con un primo suyo, policía militar, sin que mi mujer sospechara en ningún momento que pretendían detenerme...

Muy temprano me meten en un coche para ingresarme en la prisión de Atocha. Han requisado todas mis cosas y sólo me dejan una manta y un calendario en el que, con la uña, anoto la fecha: estamos a 9 de julio de 1938... Ahora gozo de mayor movilidad. Me dejan salir al patio, donde me entero que somos cuarenta los detenidos, todos por cuestiones políticas. La cárcel está muy vigilada y he sido incomunicado. Intento por todos los medios enviar una nota a mi hermano, a ver si puede hacer algo por mí, pero no lo consigo. La única esperanza es que Juan haya mandado mi carta a María y que ésta informe a Luis del lío en que estoy metido. Aun exponiéndose a tener problemas, intentará sacarme de aquí; no me extrañaría que a raíz de mi detención le molestaran; lo que parece evidente es que no sabe dónde estoy.

El domingo algunos compañeros reciben visitas; los demás somos autorizados a salir al patio de la cárcel... Recorro paso a paso el recinto, mido con la mirada los muros, busco alguna ventana, posibles fallos en la vigilancia y... nada. Sólo hay una ventana y delante de la cárcel permanece inmóvil un vigilante. ¿A dónde dará la ventana? Un compañero, que lleva cuatro meses encarcelado, dice que a otro patio... «¿Y ese patio...?».

—Eso ya no lo sé. Nunca he podido asomarme; ni siquiera acercarme. Siempre hay uno o dos hombres ahí.

Habrà que esperar un descuido de la guardia, cualquier imprevista oportunidad. Tiene que haber alguna manera de fugarse de este viejo caserón, que antes de la guerra fue convento de los padres Salesianos... Se trata de un edificio macizo, sólidamente construido, con muros de hasta un metro de espesor. Los techos son altos y las ventanas del interior se encuentran a más de dos metros del suelo. Yo no puedo acercarme a las que dan a la calle. Me dicen que han sido protegidas por barrotes de hierro. Durante semanas no pienso en otra cosa que en la evasión. Tengo un plano del edificio, dibujado con las versiones que de él me hacen los que llevan más tiempo aquí, y cuanto más vueltas le doy al papel es peor. Si el edificio hubiera sido levantado como cárcel no lo habrían hecho mejor. Las salidas están distantes de la zona destinada a los presos, los muros parecen inaccesibles, las celdas están al fondo de un pasillo fácil de dominar. Una sola persona armada, si está atenta, puede controlar a los cuarenta internados.

UNA EVASION COMPLICADA

Hoy es el día. En mi calendario hace veinticuatro horas que lo he señalado como la fecha clave. Si fallo será la primera y la última oportunidad. Todo está calculado al milímetro: el horario, los presos, los vigilantes, las visitas. Confío que no surja algo inesperado que eche por tierra mi

complicado programa. La vigilancia es exagerada para el número de presos: en las salidas y en el exterior hay guardias de asalto, no he podido saber cuántos; dentro, en vez de funcionarios de Prisiones hay seis policías. Es 18 de julio, segundo aniversario del comienzo de la guerra; espero que el festejo altere en algo la disciplina... El desayuno nos lo han dado en el comedor común y creí notar algo indescriptible que me hace concebir esperanzas, como si no fuera igual a los días anteriores: los vigilantes nos saludan de manera diferente, la ración es más espléndida, los policías hablan entre ellos... y la alegría va subiendo poco a poco de tono. Ante nuestra presencia los vigilantes beben algo de vino y brindan por la paz victoriosa.

Hemos estado casi toda la mañana en el patio. El vigilante de la ventana sigue allí, tan serio como todos los días. Me aproximo a él y me aleja con la mano. Pasa un rato e insisto:

—¡Atrás, atrás! —Me dice.

—Buenos días; sólo quería saludarle.

—Hola, buenos días. Hoy es una fecha importante para todos, también para vosotros. ¿Qué haces...? ¡No avances y sigue donde estás!

—Sólo pretendo acercarme a usted y charlar un rato.

Mira a lo lejos y ve otro vigilante. Yo sólo quiero ponerme a su lado, ver qué hay detrás de la ventana. Parece que va a consentirlo, pero no.

—Atrás, atrás... Espera...

Es él quien se aproxima a mí. Charlamos un rato. Procuro convencerle de que me deje aproximar a la ventana, pero no se fía. Paseo a su lado y fija la mano en el gatillo, a un metro de mí. No permite que me acerque más, pero en una de las vueltas diviso tras la ventana una marquesina, y cerca, otra ventana. Esta última debe ser la que da al patio...

—Vamos, muchachos, a comer. Hoy tenéis buen rancho.

Tiene razón. La comida es mucho mejor: entre las patatas he pinchado un trozo de carne... Después nos dan un vaso de vino, que bebo despacio. ¡Hace tantos días que no lo pruebo...! Por la tarde, otra vez a la celda y nueva salida al patio. Mis compañeros pasean de un lado para otro; se les ha contagiado la alegría de los guardianes, charlan en voz alta y comentan la situación de los frentes. Cada uno cree adivinar un final favorable a sus propias ideas. Y si no lo creen, lo dicen, para convencerse o convencer a los demás. Yo no quito ojo de la ventana. Su vigilante está menos pendiente de ella que por la mañana; incluso se permite un pequeño paseo por el patio. Intento situarme detrás de él, pero da la vuelta; afortunadamente no adivina mis intenciones, pues me uno rápidamente a un grupo que pasea. A última hora de la tarde, cuando están a punto de encerrarnos, el vigilante se separa como diez metros de la ventana y conversa con otro guardián... De espaldas me acerco decidido a la ventana. Mis compañeros no se han enterado y los vigilantes parece que tampoco. Procuro no hacer ruido, doy un salto, me sitúo en la marquesina, me dejo deslizar hacia afuera, camino hacia la otra ventana... Siguen charlando en el mismo tono... Miro hacia la ventana y veo, de espaldas, al vigilante; ahora está en su sitio, pero... ya es tarde. He logrado encaramarme a la segunda ventana, que tiene una de las dos hojas abierta. Me dejo resbalar hacia el otro lado, cuidando no hacer el menor ruido... Falta como medio metro para el suelo. Si suelto las manos, que tengo asidas al bordillo, me oirán. Veo debajo de mis pies unas planchas metálicas; parecen restos de automóviles desguazados. Tengo que aguantar, no puedo dejarme caer... Pasan diez o quince

minutos, me duelen las manos y los brazos... «Un poco más, un poco más». Ahora los llevarán a la celda, se irá el vigilante y podré saltar. Soporto en esta postura media hora larga; las voces de mis compañeros van cesando, los oigo caminar; el vigilante cierra la ventana y se va... No puedo más, me dejo caer, hago un pequeño ruido y quedo tenso, esperando. Otra vez dejo pasar algunos minutos. Parece ser que nadie me ha oído. Estoy rodeado de chatarra, piezas de coches desmantelados. El patio, antes de incorporarse a las dependencias de la prisión, ha sido garaje o almacén de algún taller contiguo... Lo recorro con la vista, aprendiéndolo de memoria, antes de que se haga de noche. Está rodeado de muros tan elevados como los del patio interior; me va a ser difícil saltarlos. Habré de buscar una pieza que me permita encaramarme... Pasan dos o tres horas; con grandes precauciones miro entre la chatarra. No hay un trozo alto y reúno varias chapas que coloco junto al muro hasta que forman un montón de cierta altura que me ayudará en mis propósitos. Me subo a él, cruje un poco, pero en derredor todo es silencio... Apoyo los brazos en la parte alta del muro, alzo la cabeza y veo la calle solitaria.

Subo a pulso el muro, me aplasto sobre él y observo la calle. Sólo veo a un guardia a una cincuentena de metros, en una puerta de la prisión. Me quito los zapatos, para no hacer ruido, y los pongo encima del muro. Otra vez me dejo caer en silencio... El guardia ni se ha movido. Muy pegado a la pared, para no hacer sombra, me alejo despacio...; después me lanzo en precipitada carrera. ¡Soy libre!

Otra vez en la calle, sin dinero y sin documentación y, además, descalzo; pero no me quedaré en Madrid sin saber a dónde ir. Cuando planeé esta fuga tenía una meta concreta: iré a Tórtola de Henares, a casa de mis amigos; les diré toda la verdad. Les he hecho favores y espero que sepan ocultar mi engaño.

Salgo de Madrid, camino de Torrejón de Ardoz. Camino lejos de la carretera, con los pies descalzos... A trechos oigo disparos lejanos. El frente está a una veintena de kilómetros. En algunos lugares veo fuegos encendidos y gente que se mueve. Son trincheras republicanas, que procuro sortear sin ser visto.

Después de dormir al aire, cerca de Torrejón, muy temprano reempiendo camino hacia Tórtola. Cuando llego a la casa de mis amigos miro mis pies sucios, hinchados; el pantalón, destrozado en sus bajos. Llamo a la puerta con temor. La mujer abre y me mira con ojos de espanto.

—¡Pero hombre de Dios! ¿Qué hace usted así...? Pase, no se quede parado. Algo le ha debido de suceder para que llegue en tal estado.

Entro y me siento avergonzado.

—El caso es que he estado detenido unos días...

—¿Detenido...? ¿Le han cogido los de derechas...?

—Me han cogido los de izquierdas.

—¿A usted...? No me lo explico...

El instinto me dice que esta gente no me va a delatar y le cuento la verdad, desde el principio hasta que fui detenido... A mitad del relato llega el marido y he de comenzar otra vez. Pido perdón a ambos por mi comportamiento, pero no me dejan seguir...

—Para nosotros ha sido usted una excelente persona y no nos importa lo que haya podido hacer. No queremos más explicaciones. Pase al cuarto de baño y lávese. Ahora le buscaremos ropa...

Tendrá hambre, ¿no? ¿Qué le han hecho en la cara...? Pero si es una herida...

—Al principio sospechaban que era espía y un hombre me golpeó con la culata de su pistola... Han sido unos interrogatorios muy duros... Ya ven, ¡yo, espía de los nacionales...!

—¿Qué brutalidad...! ¿Cómo pueden pegar de esta manera...?

—Ya ve, señora, son cosas de la guerra...

—Sí, la guerra. Bueno, olvídense y lávese mientras le preparo algo de comer. Tome algodón para la herida, no se le vaya a infectar...

Me lavo y la mujer me ayuda a limpiar la herida de la cara. El marido, igualmente amable, me ofrece sin condiciones su casa.

—Estará aquí hasta que quiera. Ahora lo buscarán y no le conviene hacerse visible... Si es necesario vivirá con nosotros hasta que finalice la guerra. Confío en que no tardará mucho...

Les digo que no quiero comprometerlos. Estaré un par de días para reponerme. Después... pasaré a los nacionales... Me preguntan por María y no puedo eludir la respuesta. Creo que, si no está en el pueblo, vivirá en algún lugar de Madrid, con sus padres.

Una noche se presenta en casa el primo de mis amigos, Antonio, experto, según me dicen, en pasar al otro lado de las trincheras. Va a ayudarme en mis propósitos. No quiero volver a Madrid; he sopesado mi decisión de pasar al otro lado y no dudo. Entre otras cosas, me anima la posibilidad de abrazar a mi madre.

Con una bolsa de víveres, salgo una noche en dirección a la carretera de Guadalajara-Zaragoza. Antonio me acompaña los primeros kilómetros. Aunque insiste en llegar conmigo hasta la línea del frente, le convengo de que haga un mapa detallado. Nos separaremos cuando se adivine el peligro. Observo con detenimiento el mapa y sigo el consejo de Antonio de romperlo una vez fijo en mi memoria. Andamos tres horas sin descanso. Antonio se para en un altozano, desde el que se divisa una buena extensión...

—Aquí es: siga por esa vaguada, recto; luego, antes de llegar a aquel monte, doble a la izquierda... No se olvide del plano. Un poco más adelante oírás cerca los disparos... A partir de ese momento esté atento a todo, tenga mucha precaución.

Le doy un sincero apretón de manos. La suya es recia, sencilla, la de un trabajador del campo...

—Gracias, Antonio. Nunca olvidaré su ayuda y la de sus familiares. Adiós.

—Adiós.

Baja corriendo el cerro y después se pierde por entre los matorrales, como una liebre concedora del terreno. Yo sigo sus indicaciones: metido siempre por las zonas más umbrosas me acerco al punto fijado... Miro el reloj: son las siete menos cuarto de la tarde. Dentro de una hora comenzará a oscurecer y será el momento de atravesar las líneas. Llego a unas piedras, con silueta humana, que Antonio había marcado con una cruz en el dibujo... Después, unos árboles, cerca de los que hay varios cráteres abiertos por la artillería o la aviación. Aquí se ha luchado y se sigue luchando duro. Sigo avanzando y escucho los disparos... Espero una hora; amaina un poco la lucha. Se estarán preparando ambos bandos para otro ataque... Casi a gatas avanzo nuevamente y diviso un cerro en donde se ocultan las barricadas de la retaguardia republicana... Ahora el terreno aparece despoblado y he de reptar materialmente pegado al suelo... A veces diviso soldados y me oculto donde puedo. Faltan como unos doscientos metros para llegar a la cueva de la que me habló el guía.

La intuyo en un lugar donde no parece haber gente. Me aproximo a ella y cuando entro me encuentro más tranquilo. Ahora queda la segunda parte: atravesar la primera línea hacia las avanzadillas nacionales.

Descanso durante media hora, guarnecido en la cueva, y, con las mayores precauciones, salgo hacia el pueblo del que habló Antonio. Se trata, al parecer, de una aldea abandonada, centro neurálgico del frente. A su vera pasa la carretera Guadalajara-Zaragoza. Rodeo un pequeño monte hacia el pueblo. Los disparos se oyen ahora muy cercanos... Avanzo agachado y oigo el impacto de una bala, en un árbol, a mi lado. Pienso que han podido disparar contra mí, pero no, es una bala perdida... Detrás de una casamata escucho conversaciones; no sé de qué bando serán. Prefiero esperar, hasta que compruebo que son trincheras republicanas. Lo sé por una bandera que ondea sobre los restos de un cañón. «Si me sorprenden seré fusilado en el acto». Sé cómo se trata a los desertores, pero no tengo tiempo a tener miedo, prefiero concentrarme en lo que estoy haciendo. Rodeo ésta y otras trincheras, que se van quedando a mis espaldas. En otro montículo diviso el fogonazo de los disparos: pueden ser las avanzadillas nacionales. Grito y no me oyen. Sigo otro centenar de metros y nuevamente pruebo fortuna...

—¡Quiero pasarme, quiero pasarme! —grito con todas las fuerzas de mis pulmones.

Tampoco responden. Habré de exponerme más, aproximarme.

—Puedes pasar. Hazlo con los brazos en alto dando palmas... —Me dicen enfrente.

No quieren correr riesgos innecesarios. Sigo su indicación y me encamino hacia la casamata. A los pocos minutos, de improviso me siento rodeado por varios soldados que me encañonan y ordenan que siga avanzando con las manos en alto. Uno me mete el cañón de su fusil en la espalda. Parece que me llevan a la caseta, hecha de troncos y piedras, que imagino será un puesto de mando. Dentro, un capitán me interroga: de dónde procedo, por qué huyo de Madrid, mi nombre... Le digo la verdad y no sé si estará muy convencido. A la mañana siguiente me trasladan a Jadraque, donde el propio general de la división repite las mismas preguntas.

—Parece que lo que dice es cierto. Esta misma tarde iré a Sigüenza, donde se halla el Servicio de Información. Si comprueban todo no tendrá el menor problema.

El tercer interrogatorio, más exhaustivo y concienzudo, dura horas y horas. En otra mesa cercana pasa por la misma situación un huído que, lógicamente, ha de tener menos problemas que yo, ya que trae consigo su documentación militar. Pasan dos días y me dicen que comprobaron que muchas de las cosas de mi narración son ciertas; pero faltan otras por verificar y en tanto no lo hagan seré internado en Santa Clara, un campo de concentración de Soria. En el fondo estoy tranquilo, pues veo que todo se va desarrollando normalmente y sin sobresaltos.

Santa Clara está en la misma capital del Duero. Es un campo de barracones con más de tres mil internados, destinados en gran parte a las diferentes prisiones de la zona nacional... Hay desertores, presos comunes, evadidos. También hombres que pueden salir a trabajar a la calle y que al atardecer vuelven por su propio pie al inmenso campo... La mayoría son gentes de izquierdas, por lo que procuro ocultar que he desertado, no sea que me lo echen en cara o tenga dificultades. Un hombre que se pasó de las líneas republicanas puede caer mal en este ambiente, así que invento una historia para no correr riesgos. Procuro pasar inadvertido, no hablar con nadie, a la espera de que se solucione pronto mi situación.

Llevo veinte días en el campo de Santa Clara. Es sábado cuando me trasladan a la prisión provincial de Soria, en la misma plaza de la ciudad. ¿Qué habrá sucedido? Esperaba quedar libre y me internan en una cárcel. Imagino que habrán pedido informes a mi pueblo y no serán favorables... La cárcel está abarrotada de presos políticos; tantos, que tenemos que dormir en los pasillos, arracimados los unos cerca de los otros. Al igual que en el campo de concentración, oculto mi personalidad y procedencia... Hay gentes de izquierdas que cometieron delitos de sangre. Algunos días, por la mañana, entra un funcionario con una lista y se llevan a varios detenidos para ser juzgados. Algunos regresan; otros, no. Hay miedo y angustia en el ambiente. Llegan noticias de la guerra y por los rostros de la mayor parte de los detenidos es fácil adivinar el avance en todos los frentes de las tropas franquistas.

Recibo una carta de María en la que dice que está embarazada. Por sus líneas se adivina que ha recibido la noticia con cierto regocijo; yo me emociono al leer sus palabras, pero no me alegro. Es mucha la incertidumbre en torno a mi futuro, el no saber qué puede suceder mañana... ¿Estaré con mi mujer el día que nazca nuestro hijo? Faltan cinco o seis meses... ¡Ojalá que entonces se haya acabado la guerra y todo esto sea como un sueño..., que yo sea el padre de familia de un hogar tranquilo, sin sobresaltos...!

—Venga conmigo. Van a tomarle declaración.

Me lo dice el vigilante. Hace once días que estoy en esta cárcel... ¿Habrá alguna buena noticia...? Un comandante del Ejército y dos ayudantes me esperan. Desde el primer momento recibo un trato amable que me anima a contar todo lo sucedido desde hace dos años. El comandante consulta unos papeles que tiene encima de la mesa; su rostro se abre en una sonrisa y me habla.

—Dentro de pocos días saldrá de aquí. Confíe en mí y no se preocupe. Personalmente le ayudaré en lo que pueda.

Las palabras del capitán me infunden esperanza y cuando regreso al patio siento la seguridad de que me esperan días felices o, al menos, mejores que los que estoy viviendo. Ya hay una persona que ha tomado interés por mi caso, y, a poco que haga, llegará a la conclusión de que no debo estar en una cárcel.

Javier, uno de los contados hombres con los que hablo, me espera en la entrada del patio.

—¿Qué ha pasado...?

—Me aseguran que saldré pronto.

Javier es por naturaleza desconfiado. A él le esperan muchos años de encierro y cree que a mí también. No puedo convencerlo de que su caso y el mío no tienen nada que ver; ha llegado a la conclusión de que todos estamos condenados y esta idea fija le produce satisfacción...

—Eso se lo dicen a todos. Para calmarnos. No les creas, Corral; mejor no hacerse falsas ilusiones. Todo lo más, que te llevan a otra cárcel o a un campo... Ya verás...

Afortunadamente las palabras agoreras de Javier esta vez van descaminadas. Pasan unas semanas y otra vez me llaman a la presencia del comandante, que me recibe con gran cordialidad. Ha llevado mi expediente a la superioridad y, al no existir cargos contra mi persona, soy libre.

—Muchas gracias —es lo único que sé decirle.

—Se trata de un acto de justicia. Mañana saldrá hacia Zaragoza, con una expedición, para incorporarse a la Caja de Reclutamiento. Podrá elegir entre las milicias y el Ejército.

En Zaragoza elijo el Ejército, que me destina al Regimiento número 19 de Galicia-Jaca. Rápidamente comienzan los entrenamientos, la instrucción, el manejo de armas. Yo no tengo problemas: aprendí todos los secretos del fusil y la pistola en zona republicana; en los tiros al blanco figuro el primer día entre los más destacados. Jaca es un pueblo frío y aburrido. Por las noches nos cubrimos con dos mantas que me hacen recordar la cárcel de Soria, en la que escaseaban las ropas y colchones y donde algunos días tuve que dormir casi descubierto, en el suelo. Por la tarde solemos ir a los bares, donde gastamos los dos reales diarios que ganamos.

He conseguido ponerme en contacto con mi madre. En la última carta me dice que uno de mis hermanos ha muerto... Estaba con las ovejas en la sierra cuando fue sorprendido entre dos fuegos... Tenía catorce años... Mi madre cuenta el hecho con las palabras mínimas, como no queriendo hacerme sufrir. Su carta escueta y ordenada parece un parte de guerra, pero yo adivino entre líneas su tremendo dolor. Todavía no hace muchos meses perdió a su marido y a otro hijo y la guerra todavía no ha terminado, aunque cada día oigamos que falta un mes, que hay contactos para firmar la paz, que las fuerzas nacionales toman pueblos que se entregan apenas sin resistencia...

Cuando recibo la noticia de que soy padre estoy a punto de saltar. Hace unos minutos un soldado me entregó un telegrama: «María, bien; una niña». María está en zona roja y yo con los nacionales; el telegrama lo ha puesto por medio de la Cruz Roja Internacional... Por el mismo sistema le envío respuesta en la que le expreso mi alegría y esperanza de verla pronto. No lo firmo con mi nombre, para evitar problemas. Lo hago con el de mi madre y ella se dará cuenta de lo que le quiero decir: «Encantados por la niña. Todo pasará y nos veremos pronto. Victoriano, bien. Abrazos, Benita».

Germán, un extraordinario muchacho de mi compañía, sabe que no tengo dinero y se adelanta a pagarme el telegrama.

—Tenemos que celebrarlo, Victoriano. Vamos a «Casa Ángel», que te vas a llevar una sorpresa.

Con Germán y otros cinco compañeros me encamino a la taberna. ¿Cuál será la sorpresa? Aquí las noticias vuelan. Cuando entro en el bar, Ángel sale a abrazarme y felicitarme.

—¡Qué callado te lo tenías, muchacho! Ni siquiera nos habías dicho que tienes novia y ahora sales con que eres padre. ¡Vamos, seguidme a la bodega...!

Por una escalerilla descendemos a un sótano oscuro, iluminado por una vela colocada encima de una cuba. En unos platos hay chorizo, carne, patatas, queso, pan..., un verdadero festín...

—Pero... ¿de dónde habéis sacado esto...?

—Siempre hay reservas para las grandes solemnidades —dice Germán—. Pero esto no es todo. ¡He aquí la sorpresa...! Vamos a brindar por tu mujer y por tu hija con... champán...

Como por arte de magia aparecen en sus manos dos botellas de champán... Me acerco a tocarlas, porque no lo creo. Hace como tres años que no veo una copa, y he aquí que, en lo más apartado del mundo, este Germán, como el malabarista de un circo, se saca de la manga unas maravillosas botellas.

—¡Ah, Germán, qué grande eres...! Esto sí que no me lo esperaba. Todas las sorpresas en el mismo día: una hija y dos botellas de champán...

Ángel las abre con devoción, no sea que se derrame una sola gota. Para evitarlo, uno de los amigos tiene su copa debajo, pendiente de la salida del corcho... Imagino que las botellas las tendría el tabernero ocultas como oro en paño y el inquieto Germán habrá dado con el escondrijo... Germán

tiene dinero, que le envía su familia, y gracias a él podemos permitirnos este lujo inmenso y otras inesperadas sorpresas gastronómicas...

Hemos pasado un mes de instrucción. Dentro de dos días saldremos para un batallón de primera línea, a combatir en las trincheras. No lo han dicho de una manera oficial, pero el pequeño rumor inicial se ha ido acrecentando y nadie duda que cualquier mañana nos comunicarán el traslado. La media docena de amigos de nuestro pequeño grupo confiamos que nos toque a todos en el mismo sitio. La dureza de la batalla, el dolor y el miedo serán más llevaderos.

El día ha llegado. En los pabellones nos esforzamos en meter en los sacos nuestras pertenencias. Hay una emoción contenida en cada uno de los rostros; es algo indescriptible que enfervece al hombre que sabe va a entrar en batalla. Los más jóvenes hacen preguntas, al tiempo que se echan al hombro los fusiles... «¿A qué frente vamos?», «¿Cuándo comenzará el fuego?», «¿No te preocupa disparar contra otro hombre?». La mayoría arde en deseos de dejar explotar sus nervios contenidos, de oír el fragor de la batalla desde una trinchera y ser protagonistas de lo que tantas veces han oído. Todavía no ronda entre nosotros el fantasma inevitable del miedo... Eso suele suceder más adelante.

—¡Victoriano Corral! Que se presente al coronel del regimiento...

Estoy sorprendido por la llamada y, sin reaccionar, sigo preparando mis cosas. Germán se da cuenta y me da un golpe en el hombro...

—¡Vamos, Victoriano, muévete, que te llama el coronel...!

Salgo con paso rápido. El coronel me recuerda algo que había olvidado. Hace quince días le pedí permiso para visitar a mi madre, a la que no veo desde el comienzo de la guerra. Le conté todas mis peripecias para pasarme al Ejército nacional, la trágica muerte de tres familiares... El coronel me escuchó aquel día en silencio y hoy da respuesta a mi petición. Precisamente cuando menos lo espero.

—Aquí tienes un pasaporte para llegar a Ávila. Dispones de veinte días de permiso...

—Pero, ¿cuándo me voy?

—Ahora, ahora mismo.

—¿Ahora?... Bien. Muchas gracias, mi coronel. Muchísimas gracias.

He convencido a mi madre de que, cuando acabe la gran batalla, nos iremos todos a vivir a Madrid o a Barcelona. Será un mes de prueba, y si nos va bien nos quedaremos. En caso contrario iremos a Francia, a olvidar las tragedias de la guerra. Hoy hemos discutido sobre quién desea con más fervor que esto acabe pronto. Ella insiste en que ha salido peor parada que yo...

El Arenal está igual que siempre, aunque la gente aparece más triste. Cerca de doscientas personas perecieron en este caos bélico, cifra desproporcionada para un pueblo tan pequeño... Prácticamente en todos los hogares han perdido a algún ser querido y las gentes enlutadas caminan en silencio hacia la iglesia o el cementerio.

Estoy dispuesto a cambiar, a comenzar una nueva vida justo el día en que nos llegue la paz. Cometí chiquilladas y errores, inicié una carrera por una pendiente pronunciada; si no me retiro a tiempo más tarde será difícil hacerlo, acaso imposible. En mi conciencia encuentro justificación a todos mis actos; es la circunstancia que me rodea la que me ha impelido a este tipo de vida de tan escasos beneficios. El hambre, la miseria, las patadas inesperadas, la dificultad de abrirme camino...

Mi madre me prepara un jersey de lana; de cuando en cuando levanta la cabeza y me mira con seriedad. No me extrañaría que esté cavilando lo mismo que yo; es como si cada uno adivinara los pensamientos del otro.

—Ahora tienes una familia en quién pensar; ya no estás solo en la vida. Dicen que esto no va a durar muchos meses... Gane quien gane, peor no se va a poner. Estamos deseando vivir en paz, sin bombas y sin miedo. Habrá posibilidades para todos y también para ti.

—Madre, ¿sabes lo que he pensado? Me gustaría alistarme voluntario en la Legión. Llevo quince días de permiso y me queda muy poco para tener que dejaros... En Talavera hay un banderín de enganche donde se apuntan muchos mozos de la provincia.

—¿Y por qué la Legión?

—Adivino que ha de ir mejor con mi espíritu de aventura. Hay en ella gentes que, por su vida y forma de ser, tienen mucho que ver conmigo. Hay otra razón: en la Legión se gana más dinero. Ahora cobro dos reales diarios y en la Legión la paga asciende a más de tres pesetas. Hablé hoy con un sargento, novio de una chica del pueblo. Dice que me ayudará. El único inconveniente es que tengo que darme de baja en el Regimiento, pero eso es fácil de solucionar.

—A mí me es igual. Haz lo que más te guste. Aunque tengo entendido que es mayor el peligro...

—... Igual. ¿Qué más da? En el frente se puede morir en cualquier sitio.

Están a punto de cerrar la oficina de enganche de Talavera cuando entro en ella.

—¿Qué deseas? ¿Alistarte al Tercio?

—Sí.

—Ibamos a cerrar, pero no te preocupes.

—Soy soldado en el Regimiento Galicia-Jaca número diecinueve —le digo.

—Tendrás que darte de baja allí para ingresar con nosotros.

—Ya lo he hecho.

Le miento, porque mi amigo me aseguró que hoy mismo escribirá al Regimiento comunicando mi entrada en la Legión. No hacen falta otros requisitos y espero que esto no me traiga problemas. Hoy se cumplen los veinte días de permiso; a la hora en que debía presentarme en Jaca estampo la firma que me compromete por tres años, el tiempo mínimo exigido a los voluntarios.

En el almacén me dan ropa y equipo completo, con armamento. Me cambio en una nave de la compañía, donde me asignan un armario y litera. Cuando salgo me saluda el centinela de guardia y me siento un hombre importante. Camisa verde claro arremangada, los pantalones de dril, la gorra de larga borla roja y las botas con leguis. El legionario es hombre con fama de temerario e intrépido, sin miedo a la muerte. Siempre que los veo desfilar, con su vigorosa marcialidad y paso firme, me impresionan... Me han comunicado que seré trasladado al campamento de San Gregorio, en Zaragoza. He oído que cubren las bajas que se van produciendo en el frente...

En Zaragoza estoy el tiempo suficiente para hacerme a la disciplina y estilo del Tercio... Apenas un mes. Milito en la 18 Bandera, 71 Compañía de la Primera Legión, mandada por un valiente, el comandante Castañeda, que goza del fervor de sus soldados. Cubrimos el río Segre, el nordeste de Lérida y las proximidades de Balaguer. El frente republicano se está desmoronando por la región catalana; son inferiores en número a los nuestros, peor armados, desmoralizados por la pérdida diaria de pueblos y ciudades y huyen en desbandada hacia la frontera francesa, empujados por cinco puntas de lanza de las tropas nacionales: hacia Puigcerdá, Camprodón, La Junquera, Figueras y Port Bou. Es tan rápido nuestro avance que, en los primeros meses de 1939, recibimos orden del Estado Mayor de unirnos al frente constituido en la provincia de Cáceres, en un pequeño pueblo llamado Galisteo. En Cataluña las tropas seguían incontenibles su avance y ya no es imprescindible la presencia de nuestra Bandera.

Hace quince días que llegué a este frente y no pasa nada. Casi toda la provincia está en manos nacionalistas y nuestra función es, en realidad, la de una especie de retén, para ser requeridos en caso de urgencia. Estoy viviendo los días más tranquilos de la guerra, que ahora se adivina claramente que va a terminar. La defensa de las tropas republicanas se concentra en diez o doce puntos y es cada día más endeble y vulnerable. Se habla de los intentos de pacificación del coronel Casado y Besteiro, que no tienen eco en los grupos más extremistas de la zona republicana.

En un pueblo cercano tengo una buena amiga, Lucía, que se ha ofrecido a ser mi madrina de guerra. Acepté encantado; es una mujer imponente y, además, simpática. Enviudó en las primeras refriegas y no se ha hecho a la idea de vivir sin un hombre.

—¿Tú eres casado, Victoriano?

Es la hora del atardecer; desde la ventana de su casa se ven los soldados que van y vienen por la calle... La gente camina con alegría; es como si intuyeran el final...

—¿Eres casado...?

—No, mujer... Soy joven para eso.

Necesito alguien a quien aferrarme y con quien hablar, que me ayude a enterrar estos últimos años. Lucía me hace olvidar demasiadas cosas, incluso que una mujer me está esperando. Se aproxima a la ventana y, apoyada en mí, mira al cielo. Después pronostica:

—Tú no estarás aquí en primavera...

—¿Por qué no? ¡Qué remedio me queda...! Faltan tan pocos días...

—No sé por qué, pero me ha dado la corazonada de que cuando se abran las flores y sean los días más relucientes y largos te habrás ido... Yo soy para ti un capricho de soldado, tu madrina de guerra.

Cuando nos despedimos me encuentro fatigado, como si hubiera pasado todo el día caminando por las montañas. Tengo el tiempo justo para coger el camión en la plaza, que me llevará con media docena de soldados al cuartel.

Al día siguiente por nuestra compañía corre veloz la noticia que nos hace saltar, reír, llorar y abrazarnos...

—¡Muchachos, la guerra ha terminado...! ¡La guerra ha terminado!

Ni siquiera me puedo despedir de Lucía... No he tenido tiempo de decirle que volveré un día o... que no volveré. Acabo de dejar una tarjeta en el buzón del pueblo con unas líneas: «Nos vamos. Creo que a Tarancón, en la provincia de Cuenca... No sé nada más. Victoriano».

Mis compañeros no cesan de cantar durante el viaje. Se sienten felices y sueñan que muy pronto podrán abrazar a sus familiares... Se mezclan los cantos populares de los frentes con los aires regionales. Es una euforia diferente a la que conocí y viví hasta ahora, una alegría sin nerviosismo, rebosante y consciente. Miro por la ventanilla y veo tierras sin sembrar, restos de obuses, casas derruidas... «La guerra ha terminado...». Menos mal...

—¿Qué piensas, Victoriano? No pareces satisfecho.

Es Fermín, un labriego navarro, duro como una roca, el que pregunta. Me echa la mano por encima del hombro con gesto amistoso y paternalista.

—Estoy muy contento, pero siento temor a comenzar otra vez. Tú, Fermín, volverás a tus tierras, a tu familia. Yo todavía no sé qué voy a hacer... —le digo.

—Tienes mujer, una hija y una madre, de quienes tanto me has hablado.

La imagen de María me acompaña el resto del viaje... No me hago a la idea de cómo será nuestra niña. Ni siquiera me ha dicho a cuál de los dos se parece. Sólo hemos podido cruzar unos telegramas y había que economizar palabras. Imagino que tendrá los ojos negros de mi esposa...

La ocasión de ver a los míos parece cercana. Después de unos días en Tarancón emprendemos camino hacia tierras de Guadalajara. Con el telegrama en el que María me anunció el acontecimiento en la mano entro en el despacho del capitán.

—Necesito diez o quince días para ver a mi mujer y conocer a la niña...

—Ahora no es posible; espere unos días.

Insisto, pero no hay nada que hacer. Dice que son muchos los que piden permiso y que todos tienen igual derecho. Es cosa de aguantar dos o tres semanas... Pero yo no estoy dispuesto a esperar. En cuanto se presente la primera ocasión me iré... Sólo pienso en María y en la niña.

Hemos salido de maniobras a las seis de la mañana. Yo estoy situado hacia el final de la Bandera cuando avanzamos por una carretera de Guadalajara... Procuro que no se den cuenta, aminoro el paso, hago como que ato los cordeles de mis botas y me voy rezagando del grupo. Después salto tras unos matorrales y los veo alejarse, hasta que son un punto diminuto en el horizonte... Me hago idea de la orientación; a mi derecha, bastante lejos, ha de estar Alcalá de Henares, donde pretendo pasar

la noche. Como tantas otras veces, monte adelante, camino horas y horas. Puede más la ilusión que el cansancio y cuando me encuentro a escasa distancia de Alcalá me dispongo a cubrir la segunda etapa. A las primeras señales se detiene un camión, cuyo conductor asiente al pedirle que me lleve a Madrid.

Nadie responde cuando llamo en el piso de mi hermano, en el barrio de Ventas. Imagino que habrán salido. Bajo las escaleras. Volveré dentro de media hora... En el portal entra una jovencita.

—¿Vives en esta casa...? —le pregunto.

—Sí.

—Yo soy hermano de Luis, el del segundo. ¿Los has visto hoy?

La chica pone cara de susto y se va sin responder... Sigo tras ella y le pregunto otra vez...

—¿Se ha ido de la casa?

Su rostro me impacienta. ¿Le habrá sucedido algo a mi hermano?

—Oye, ¿tú le conoces...?

—Le conocía.

La cojo del brazo, a punto de estallar...

—¿Qué quieres decir con «le conocía»? ¿Es que ha pasado algo...?

—Bueno..., yo he oído decir que lo han detenido.

La respuesta de la chica, aunque no debiera cogerme de presa, supone un rudo golpe. Luis ha pertenecido al Ejército republicano y en estos momentos parece normal su detención Sin embargo...

—¿Y mi cuñada Isabel? ¿Se ha ido a vivir a otra parte...?

—La señora Isabel ha muerto hace ya bastante tiempo...

Me llevo las manos a la cara, apesadumbrado. La chica, antes de irse, dice algo.

—Siento haberle dado estas noticias, señor. Lo siento mucho.

No he tenido tiempo de responderle. Cuando quiero darme cuenta oigo su taconear escalera arriba.

¿Qué hacer ahora...? Otra vez solo sin saber a dónde ir... Parece lógico que me encamine a casa de María..., pero habré de enfrentarme otra vez con mi suegro. Si antes no quería oír hablar de nuestras relaciones, ahora me echará en cara una hija nacida sin legalizar nuestra situación... Sólo deseo traer a las dos a Madrid, podremos vivir juntos... Después me presentaré en la Comandancia. Espero que se pueda solucionar fácilmente mi ida sin el correspondiente permiso. «Si lo hago pronto todo se quedará en un arresto...», pienso.

Cuando estoy delante de la puerta de la casa de María todavía no sé qué hacer. He venido en el tren, luchando los últimos minutos con mis indecisiones... No tenía otro camino. Golpeo dos veces con los nudillos. No quiero usar el pesado llamador de hierro, no sea que esté dormida la niña y la despierte...

—¡Victoriano!

María, que trae en brazos a la niña, envuelta en una toquilla blanca. Abrazo a mi mujer y retiro con nerviosismo la ropa de la carita de la pequeña...

—Pasa, no te quedes en la puerta.

Sus palabras me parecen frías y distantes. Había imaginado muchas veces un recibimiento entrañable y cordial y su serenidad me sorprende.

—¿No te alegras de verme?

—Claro que me alegro.

El padre de María está sentado ante la mesa del comedor, leyendo una revista. Al verme se quita las gafas, deja la revista, se levanta y me saluda efusivo. Por ahora todo sucede al contrario de lo que yo imaginaba.

—Voy a llamar a mi mujer. Se alegrará de verte. ¡Inés, Inés, baja...! ¿A que no sabes quién está aquí...?

Desde la puerta de arriba la mujer responde:

—¿Quién dices...?

—¡Victoriano, mujer!

—Bajo corriendo.

Tal como lo dice, lo hace. Mi suegra me abraza también, dice que se alegra de verme y me besa en la frente.

La sorpresa sigue. María, silenciosa, es el único rostro serio de los tres. Su padre no deja de hablarme.

—Tendrás muchas cosas que decirnos, muchacho... ¿Has visto a tu hija? Es una hermosa criatura... Se parece un poco a los dos... ¡Fíjate...!

Me acerco a María y observo detenidamente a nuestra hija, un precioso bebé de ojos pequeños, que parecen pardos. Casi con temor acaricio su carita, que sonrío...

—¿Qué día nació? —pregunto a mi mujer, al tiempo que tomo a la niña en mis brazos.

—Pasado mañana cumple tres meses.

Su respuesta es seca, cortante. Indudablemente ha cambiado. Me gustaría preguntarle el porqué, pero prefiero hacerlo cuando estemos a solas: desde que llegué esquivo mi mirada y no dice palabra; sólo responde a mis preguntas. No lo entiendo, pero tiene que haber una explicación... Mi suegro, por el contrario; pretende que en unos minutos le resuma los últimos años, la vida de las trincheras...

—¿Habrás pasado lo tuyo...? —Me pregunta con curiosidad.

—No han sido días cómodos, pero ya han pasado. Me han dado el tiempo justo para venir a verles, conocer a nuestra hija y... volver a Madrid, con María.

María ni pestañea; imagino que estará pendiente de mis palabras, aunque aparente indiferencia...

—¿Piensas llevarte a la madre y a la niña? —Pregunta la madre de mi esposa.

—Creo que es lo mejor. Aquí sería más difícil venir con frecuencia. Trataré de acomodarlas bien en Madrid; después tendré que reincorporarme a mi Bandera. Desde que recibí el telegrama estaba deseando conocer a la pequeña... Lo peor de la guerra es que se imagina uno lo peor de la gente que quiere. Nos acostumbramos tanto a ver desgracias, que la falta de contacto con los familiares se interpreta como que ha sucedido algo grave. Menos mal que a través de la Cruz Roja pude recibir algunas noticias, si no, sería horrible.

—Ahora a olvidar, Victoriano...

Es el padre de mi mujer el que habla. Repite dos o veces la misma frase «a olvidar». ¡Como si

fuera tan olvidar!

—¿Cuándo piensas marchar...?

—Esta misma tarde. Cuanto antes solucione lo del aloja miento, mejor.

Trato de encontrarme con la mirada de María, pero no lo consigo. Ella baja la vista al suelo y se mantiene largos segundos sin mover la cara, como si aceptara resignadamente, y, por supuesto, sin el menor entusiasmo, mis proyectos. No se niega a venir conmigo, acaso porque lo considera su deber, algo que tiene que hacer porque forma parte de la costumbre... ¡Maldita sea! No podré soportar por mucho tiempo esta situación... En cuanto dejemos la casa hablaré claro y me dirá lo que sucede... Es normal que haya pasado días difíciles, a la espera de un hijo, y con un marido que no es marido luchando en los frentes, pero ya llegamos al final de este largo drama... Un final que para nosotros debe ser el principio de una nueva vida... Porque si ella tiene que olvidar, yo también habré de alejar de mí los fantasmas de esta guerra, los cañonazos, los disparos desde las trincheras, el amigo que se echa la mano a la cara y cae muerto en nuestros brazos..., el miedo constante que te hace sentir indefenso...

—Victoriano, ¿traerás alguna vez a la niña...? —Me dice mi suegro.

—Cuente con ello.

Es lo único que se ha dicho en toda la comida. Los padres de María sienten que su hija se vaya por segunda vez. Y ahora es peor, porque con ella se lleva la niña que ellos han cuidado como si fuera suya... Comprendo su tristeza y haré lo que esté en mi mano por mitigarla. Cuando me sitúe vendremos alguna que otra vez para que vean a su nieta. María acaba su comida y se levanta para preparar la maleta... Tentado estoy de ir a su habitación y hablar a solas con ella... ¿Habrá sucedido en estos meses algo que yo no sepa...? ¿Otro hombre...? ¡Bah, qué tontería!, me digo alejando el pensamiento.

Cuando caminamos hacia la estación todavía no me atrevo a decirle una palabra. Lleva la niña en brazos y una bolsa en la mano. Yo me he colgado el fusil al hombro y en cada mano sostengo una pequeña maleta. Ya en el tren, el uno junto al otro, surge inevitable el tema.

—¿Qué te sucede, María...? Te encuentro rara, como si te molestara mi presencia...

—No me molesta, pero estoy arrepentida de nuestras relaciones. Sólo me han traído infelicidad.

Mejor hubiera sido no preguntar. La respuesta, seca y cortante, me deja helado. Haré lo posible por hacerla olvidar los malos momentos. Somos jóvenes, con tiempo para empezar otra vez...

—Procuraré que no tengas queja de mí. Tenemos una hija de los dos. Y yo considero válido aquel matrimonio... —Añade.

No volvemos a cruzar palabra en todo el viaje... ¡Y yo que pensaba contarle que deserté de la Legión para conocer a nuestra hija...! El tren entra en la capital, entre tanques averiados, armas abandonadas, trincheras cubiertas de barro; son los restos de la batalla fratricida. Muchos años han de pasar para que Madrid recupere su alegre fisonomía... En una vieja pensión de la calle de Las Tres Cruces nos alquilan un cuarto. En los hierros del balcón, en las ventanas y en las paredes exteriores hay impactos de la metralla.

—Por aquí cayeron muchas bombas —dice la posadera—. Las lanzaban sobre la Telefónica, que está muy cerca. También llegaban los disparos diarios de los cañones, instalados en la Casa de Campo. En los últimos días tuvimos que dormir en los sótanos, porque parecía que en cualquier

momento podía venirse la casa abajo... ¡Qué angustia!

Veo, al fondo de la calle, la silueta erguida de la Telefónica, el edificio más alto de Madrid. Dice la mujer que no se vino abajo porque, al igual que al Palacio de Comunicaciones, de Cibeles, la cubrieron con sacos terreros... Así pudieron salvar muchos edificios importantes de la ciudad en el largo sitio...

Instalados en nuestra habitación, le digo a María que voy a recorrer algunas prisiones para intentar localizar a mi hermano. Si ha salvado la vida, como parece ser, pues en casa no han recibido ninguna notificación, habrá sido internado. En conventos habilitados para presos políticos, en hospitales y cárceles recibo la misma respuesta. Nadie sabe de Luis. He de seguir buscando durante toda la tarde. En algunos lugares me piden la documentación y la muestro sin que surjan contratiempos... Ya desespero de hallarlo cuando en un convento, un hombre que conoce a mi hermano dice que cree que lo han llevado a la cárcel de Porlier. Ya recorrí una docena de centros penitenciarios: Yserías, los Salesianos, un convento de la calle de Atocha, el Cisne, Las Comendadoras, la de Santa Rita, en Carabanchel Bajo; Torrijos... Cuando entro en Porlier, en el «*hall*» un funcionario me atiende:

—¿Qué desea...?

—Ver a mi hermano. Luis Corral. Me han dicho que está aquí...

—Dígame el segundo apellido.

—Serrano.

—Sígame, por favor.

Me acompaña hasta la oficina, donde explica a otro funcionario el objeto de mi visita. Toma un libro grande, con la lista de todos los internos; va pasando hojas hasta que llega a la C...

—Corral. ¿Dice Corral...?

—Sí, Luis Corral Serrano.

—Aquí está. No tiene cargo concreto. Está a la espera de unos informes de su pueblo natal...

Puede verlo, si quiere.

Me conduce a la sala de comunicar. Diez minutos después se acerca a la ventanilla mi hermano, triste, algo más delgado que la última vez, con el rostro demacrado...

—¡Victoriano!

Me saluda con voz apagada. Da la impresión de que está enfermo.

—Hola, Luis; me ha sido difícil localizarte. Recorrí todas las cárceles de Madrid para dar contigo... ¿Qué tal te encuentras...?

—Bien; ayer estuvo a verme el juez militar encargado de llevar mi asunto. Es un capitán. He sido recluido, preventivamente, por haber pertenecido al Ejército republicano... Dicen que están a la espera de unos informes de El Arenal. Si no son malos saldré inmediatamente... ¿Sabes lo de Isabel...?

—Sí; fui un día a veros a casa y me lo dijo una vecina... Yo me pasé en el treinta y ocho...

—Estaba informado. Has tenido más suerte que yo.

No le digo lo de mi marcha de la Legión para no preocuparle más. Prefiero que tenga de mí la imagen de un hombre sin problemas que puede echarle una mano, si le hace falta...

—¿Qué harás cuando salgas?

—Quizá me vaya a Francia. Muchos conocidos se han pasado allí en los últimos meses. Aseguran que no es difícil encontrar trabajo. ¿Qué sabes de madre...?

—Iré a verla mañana o pasado. He ido primero al pueblo a buscar a María. Ahora me espera, con mi hija, en una pensión de la calle Las Tres Cruces...

—¿Una hija...? ¿Tienes ya una hija?

—Nació estando yo en el frente. Tiene tres meses.

—¿En qué vas a trabajar...?

—Todavía no lo sé. Ahorré algunas pesetas, muy pocas, y con ellas iré tirando hasta que encuentre algo. Si no resulta fácil puede que me vaya contigo a Francia...

Salgo de la cárcel y ando, calle adelante, a través de una ciudad que comienza a cicatrizar sus heridas. Por los bares de la plaza de Atocha las gentes toman sus raciones de callos o caracoles, bocadillos de calamares, chorizo y sardinas. Son raciones recortadas, escasas, con poco pan, un pan apretado. Subo la calle de Atocha, hasta Antón Martín; me cruzo con numerosos militares que patrullan o pasean. Cerca de Sol, las calles están más animadas; hay escaparates con luz y ofertas tentadoras para los que durante tanto tiempo hemos tenido que privarnos de tantas cosas...

—Lotería. ¿Quiere lotería...? Es la de la suerte...

La mujer, una gitana cuarentona, despeinada, sucia, que lleva un niño descalzo de la mano, me pasa el décimo por la cara...

—¡Lotería, lotería...! —sigue pregonando.

Automáticamente meto la mano en los bolsillos, saco unas monedas y la llamo.

La mujer no me ha oído.

—¡Lotería, llevo el gordo en la mano!

Me apresuro hacia la gitana, que va a entrar en un bar.

—¡Parece que no quiere vender! La estoy llamando y no me hace caso. Deme diez pesetas —le digo.

—No le había oído. Si quiere le vendo toda. Me estreno con usted. Aquí no hay quien saque un real a nadie... Tome, y que toque.

Atravieso la Puerta del Sol, por la calle de la Montera, camino de la pensión. Junto al teatro Madrid, en un puesto, venden periódicos y revistas atrasadas. Me gasto otras monedas. Si tuviera dinero en abundancia subiría a por mi mujer y la invitaría al teatro; otra vez será. Abro una revista y releo lo sucedido en las últimas semanas...

Al llegar a la pensión le digo a María que he estado con Luis y que me voy al pueblo a ver a mi madre. Está intentando dormir a la niña y me hace una señal con el dedo en la boca para que hable más bajo...

—¿Cuándo te vas...?

—Mañana.

—¿Puedo acompañarte? Lo prefiero a quedarme sola.

Aunque lo dice en el mismo tono apagado de estos días, me alegran sus palabras. Sus silencios y alejamientos me tienen desmoralizado, como si se hubieran venido abajo mis ideales... He soñado tantas veces con estos días... En el frente acariciaba noche tras noche su fotografía, y su presencia constante era lo que me animaba a seguir. Ahora somos como dos personas extrañas, dos

desconocidos condenados a vivir juntos. Si intento romper el muro que se interpone entre nosotros, se encierra todavía más en su mutismo, como si lo que le digo no le interesara. Después, en la cama, es un témpano, insensible a mis requerimientos, lejana. Es una situación que me saca de quicio, pero no quiero discusiones ni peleas; prefiero luchar por ella, intentar reconquistarla. Me hace tanta falta...

Mi madre no cabe en sí de gozo. Todos nos reciben con alegría en El Arenal, pero mi madre está exultante de emoción y no deja de festejarnos a los tres. La entristece un poco saber que todavía he de cumplir año y medio en la Legión; me alisté por tres y restan dieciocho meses. Demasiado tiempo para un hombre que espera iniciar una nueva vida, aunque no sea mucho comparado con las horas eternas de las trincheras.

He pasado una semana con los míos y me dispongo a dejar el pueblo. María parece aceptar con agrado la idea de quedar en casa de mi madre. Yo iré a Arenas de San Pedro; de allí, en autobús, me trasladaré a Ávila para presentarme en el Gobierno Militar y exponer con sinceridad el abandono de mi bandera... Lo correcto hubiera sido localizar la bandera en Guadalajara, pero confío que así se solucione también mi falta.

He venido a pie hasta Arenas de San Pedro. Frente a un bar, una larga cola espera el autobús de Ávila. Algunos portan cestos con verduras, quesos y carne, que venden en el mercado de abastos. No hay billetes, me dicen. Confío que al verme con el uniforme y el fusil, los del autobús crean que estoy de servicio y me dejen subir. El coche llega lleno hasta los topes; los que tienen billete, muy pocos, son autorizados a subir. El cobrador, pegado a la puerta, me dice, al ver que trato de colarme:

—Lo siento; si no tiene billete no puede entrar.

Hago como que no le oigo y asciendo al autobús. Ahora son dos personas las que me gritan: el cobrador y el conductor.

—Haga el favor de bajar. ¿Es que no ha oído la primera vez...?

—¿No ve que está hasta los topes...? —Tercia el conductor.

El vehículo está abarrotado; se han cubierto los asientos y una veintena de personas se apiñan en el pasillo, con cestas y sacos entre las piernas. Será mejor que no responda. Cuando pasen unos minutos abonaré el importe del billete... ¿Qué les puede molestar una persona más? No tengo ganas de regresar a El Arenal y venir otra vez, a pie, mañana, con el fusil y el saquete a cuestas.

—¿Quiere bajarse o no?

El cobrador deja su puesto de vigía y se acerca a mí. La gente me mira y cuchichea. Tampoco respondo.

—Es la última vez que se lo digo. Vamos, que no quiero problemas.

—Pero es que... —Intento decirle.

—Nada, nada, no admito excusas. No puede ir en este coche. Está demasiado lleno y es imposible. Nos está haciendo perder el tiempo.

—Cobre y déjeme. Tengo prisa.

—Son muchos los que tienen prisa. ¡Abajo de una vez...!

Me coge del brazo y trata de llevarme hacia la puerta. El conductor se levanta del asiento y parece que viene a ayudarme. Antes de que cumplan su intento de bajarme del coche, cojo el fusil y, encañonándoles, les digo:

—Está bien, ya que no quieren por las buenas será por las malas. Usted tome el volante y arranque. ¡Vamos, no pierda un segundo!

El coche se pone inmediatamente en movimiento. El cobrador, acaso temiendo un atraco, se va hacia el fondo del vehículo, con la caja metálica en la que guarda el dinero. Se hace un silencio sepulcral entre los viajeros... Les asusta mi gesto y me miran con desconfianza. Cuando ven que vuelvo a colocar el arma en bandolera hay una distensión y comienzan a cuchichear por lo bajo... Me da la impresión de que interpretan mi acto unos a favor, otros en contra. El cobrador mira asustado el cañón del fusil cuando me acerco con unas monedas en la mano:

—Vamos, cóbrese el billete. Se hubiera ahorrado el susto si me hubiera hecho caso desde el principio —le digo.

Maquinalmente cuenta las monedas y me entrega el billete. El autobús sigue hacia Avila por una carretera de polvo. Se detiene en dos pueblos, en los que desciende el cobrador. El conductor sigue en su asiento. Los dos han callado, como si hubieran olvidado mis amenazas. Antes de Avila hacemos la última parada, en una venta del camino. Más de media hora esperamos a que el coche arranque. No bajo, como hacen algunos viajeros, para evitar nuevas discusiones. El vehículo se pone nuevamente en movimiento y no tardamos en divisar la silueta, a la vez activa y recogida, de la ciudad amurallada. ¡Cuánta belleza, cuando el sol pálido del atardecer cae sobre las históricas piedras dándoles un tono bicolor...! Es la hora de la tranquilidad, cuando se agota el día y las cosas adquieren otro relieve, acariciadas por un sol anaranjado, a punto de desaparecer. Avila, con sus almenas, sus puertas macizas y sus torres, me parece, a medida que nos aproximamos, un inmenso convento que custodia silencios y soledades.

Sigue el coche por unas callejuelas de la ciudad hasta desembocar en la más ancha, donde está la terminal. La gente baja de prisa; yo lo hago calmamente, dejándoles ir delante, con sus cestas de mimbre, maletas y sacos. Con el único equipaje de mi saquete y el fusil me apeo. Un cabo del Ejército y dos soldados, que no sé de dónde han salido, se me acercan.

—Tiene usted que acompañarnos al Gobierno Militar —dice el cabo.

—¿Por qué...?

—Es una orden, lo siento.

—¡Pero, bueno, habrá una explicación, un motivo...!

No puedo imaginar que me hayan identificado y que conozcan lo de la deserción. La respuesta del cabo, hasta cierto punto, me tranquiliza...

—Ha amenazado con el arma al conductor y cobrador en Arenas de San Pedro, ¿no es cierto?

—Ah, ¿es por eso...? En realidad no les amenacé. Tan sólo dije que tenía prisa... Como han visto que estoy armado, se habrán asustado.

—Esto se arreglará en el Gobierno Militar. Si es como usted dice, no tendrá problemas.

Los soldados se ponen a mis flancos y el cabo marcha delante. Me informa de que el cobrador telefoneó desde la venta para denunciarme... Afortunadamente no han buscado testigos entre los viajeros del autobús; será mi palabra contra la del cobrador y el conductor. Espero que se solucione rápido.

Un centinela hace guardia en su garita, a la entrada del recio edificio del Gobierno Militar. Los soldados le saludan y me conducen ante el teniente de la oficina del «oficial de guardia».

—¿Eres tú el legionario que, por las bravas, viajó en el autobús...? ¿A dónde ibas con tanta prisa...? Supongo que sabrás que no se puede hacer uso del arma así como así... El cobrador asegura que le has amenazado con el fusil... ¿Cómo es que vas armado en coche civil...? —Me dice el oficial.

—Tengo un parte para entregar en la Comandancia Militar. Me lo ha dado el capitán de mi bandera —le digo.

Se sorprende que le hable de una bandera de la Legión. «Por aquí no hay ninguna», afirma.

—La bandera está destacada en la provincia de Guadalajara y, antes de entregar el parte, me acerqué al pueblo a ver a la familia... Hace meses que no saben de mí, mucho antes de acabar la guerra.

Muestro la documentación militar y prometo comprobar cuanto le digo. Después llama a un cabo que me presenta en el cuerpo de guardia, donde me despojan del arma, machete y municiones, para meterme seguidamente en un calabozo... Es una pieza amplia, de seis metros de ancho por diez de largo. Hay otros cuatro soldados, tumbados en petates, que ni se han movido cuando entro... Me dedico a recorrer con detenimiento la pieza: la puerta tiene la cerradura afuera, como observé antes de entrar; hay una ventana de regulares dimensiones, con barrotes cruzados. Miro el reloj: son las siete y diez. Dispongo de poco tiempo, calculo que todo lo más cuarenta y ocho horas, lo que pueden tardar en obtener los informes de mi bandera.

Uno de los soldados se levanta y me mira. Está aburrido y espera pegar la hebra conmigo.

—¿Me quieres contar qué te ha pasado...?

—Nada de importancia...

—No meten a la gente en los calabozos por «nada de importancia». ¡Algo habrás hecho...!

No le respondo. Se da cuenta de que no tengo ganas de charlar sobre las causas que me han conducido aquí...

—Por lo menos me darás tabaco...

—Toma el que quieras... —le digo, al tiempo que le ofrezco mi petaca.

—Gracias, hombre.

Sin prisas lía un cigarrillo. Dice que le han arrestado por llegar tarde cuando pasaban lista. No sé si creerle o no. En realidad me da lo mismo. Por mi cabeza rondan ideas diferentes que conducen al mismo sitio. Lo que quiero es fugarme y éste poco podrá ayudarme...

—Estaba con una chica. Tú ya sabes, después de tres años de guerra, se te pone una mujer a tiro, ¿qué vas a hacer...?

—¿No salís de la celda en todo el día?

—Por la mañana, después del desayuno, nos sacan a los cuatro para hacer la limpieza de las oficinas. ¿Por qué lo preguntas...?

—Por nada.

Intentaré fugarme solo. La historia de los otros será similar a la que éste me ha contado: una semana o dos de arresto, todo lo más. No les merece la pena escapar. Lo mío... puede ser más grave. Entre unas cosas y otras, mi vida se ha ido complicando... No tengo otra solución que huir. Después me presentaré en Guadalajara y ya veremos en qué termina todo. Será año y medio, incluso menos. Es de suponer que tendré los permisos normales para ver a los míos. También es posible que, una

vez acabada la movilización de guerra, limiten el período voluntario y se reduzca en algunos meses mi prestación militar. Procuraré no cometer más estupideces; ya está bien de hacer las cosas a medias. Lo mejor será dar nuevo rumbo a mi vida; claro que si las cosas no ruedan como espero habrá que hacer algo. Algo grande, bien planeado, que me saque de apuros. María no me perdonaría que me lance otra vez pendiente abajo. Ahora tenemos una hija... Dos personas por las que merece la pena luchar. Los últimos días parecía más amable y pendiente de mí. No es que se mostrara cariñosa, pero sí menos huidiza. Es posible que espere a ver qué hago... A partir de ahora me estará observando...

Cuando abren la puerta son las siete. Los cuatro arrestados salen. A mí no me han dicho nada. Doy cuerda al reloj, al tiempo que pienso que si había alguna posibilidad de fuga se ha esfumado. Por la puerta, imposible salir; me encaramo para ver la ventana... Los barrotes son ciclópeos. Ni entre los cinco podríamos arrancarlos. Además, no cuento con los otros compañeros y, lo que es peor aún, en el supuesto de que pudiera quitar los barrotes, tampoco habría conseguido mucho. Es posible que en uno o dos meses de estudio de las características del edificio y de las guardias encuentre algún punto vulnerable, pero en tanto tiempo se habrá descubierto el pastel y lo lógico es que me trasladen a una prisión militar.

Estoy sentado en la cama, cuando se mueve nuevamente la puerta.

—Vamos, legionario; tú también tienes que hacer la limpieza. Sígueme.

Me lleva a un cuarto donde barren los otros arrestados y me da otra escoba, con la que me pongo a barrer, disciplinado. Un rato después pasamos a las oficinas. Al tiempo que barro, mido con la vista la habitación. El soldado aparece por dos veces con su mosquetón al hombro. Debo seguir buscando... Una vez que hemos barrido, volvemos al cuarto donde estuvimos al principio. Dejamos las escobas y cogemos unos trapos y cubos de agua para repasar los pisos de los despachos y los pasillos... En el cuarto, la única puerta comunica con el pasillo en el que se encuentra el soldado. Otra posibilidad eliminada... Si al menos tuviera una ventana. Observo y pienso. A primera vista también parecía imposible la fuga de la prisión de Madrid...

Cuando acabamos, pasamos por última vez al cuarto en el que iniciamos la tarea y dejamos el material de la limpieza. Ya en el calabozo, me dejo caer junto al soldado que parece más locuaz.

—¿Quieres tabaco...?

—Gracias, compañero... —Dice, y toma mi petaca—. Verás que no es mucho el trabajo que tenemos que hacer.

—¡Qué va! Lo que me parece excesivo es la vigilancia. El hombre no nos quitaba la mirada de encima. Ni que fuéramos presos peligrosos.

—Ninguno somos peligrosos y los centinelas lo saben. El de hoy es nuevo, pero normalmente el que nos saca nos deja solos mientras trabajamos... Si quisiéramos, sería fácil fugarnos... Ellos saben que no nos merece la pena. Los quince días o la semana de arresto podrían convertirse en un año o más... Nadie es tan imbécil como para intentarlo.

—Tienes razón. A mí me han puesto dos semanas. Si fuera más tiempo trataría de fugarme..., si es que hay alguna posibilidad.

—Hombre, haberla, la hay. Uno de los despachos que limpiamos tiene dos puertas: una da al pasillo; la otra, a un «water» que no se utiliza y que comunica con un patio, donde estaban antes la

centralita y la emisora. Para más facilidades, el patio da a la calle.

—¡Quédate la petaca!

—¿Qué dices...?

—Que te la regalo. Es un recuerdo mío.

—Hombre, pues te lo agradezco —dice, al tiempo que me mira sorprendido.

Durante una hora larga jugamos al parchís. Hablan de los días que les faltan para salir; dos lo harán dentro de tres días; a otro le queda una semana. Yo no vuelvo a mencionar la hora de la limpieza para no levantar sospechas, pero no ceso de pensar en lo que haré desde el momento en que nos vengán a buscar. Si me ordenan salir, es que todavía ignoran mis antecedentes; si no lo hacen..., mejor no pensarlo. No creo que haya muchas posibilidades; la de mañana, si me toca barrer, puede ser la última.

—Oye, mueve esa ficha. ¡Pareces pasmao!

—Sin insultar, que te parto la cara...

—¡Caramba con el novato! Tienes genio. No es para ponerse así, hombre.

Mi respuesta les coge de sorpresa. No quiero más parchís. Me echo sobre la cama a esperar que pasen las horas... Después de la comida duermo un rato y ellos siguen jugando... Cuando despierto miro el reloj: son las cinco y media... Ya falta menos. Como sea, tendré que meterme en el despacho del que me hablaron; después, veremos si hay vigilancia o no en el patio.

Cuando abren la puerta para darnos el desayuno, soy el único de los cinco que está despierto. Media hora después pasa un soldado que nos ordena salir a hacer la limpieza. Respiro hondo al comprobar que no me excluye; disimulo mi ansiedad y camino despacio, por el pasillo, con los cuatro compañeros de calabozo. En el cuarto cada uno coge su escoba; después pasamos a la habitación grande; otra vez al cuarto a por los cubos y bayetas... Al salir veo que uno de los soldados se me adelanta y va a entrar en el cuarto que me interesa...

—Esto lo limpio yo —le digo.

—¿Por qué...?

—Porque me da la gana...

Le molesta mi respuesta. Es el mismo al que ayer amenacé con partirle la cara. Se va, no sin antes decirme:

—Me parece que la has tomado conmigo, y a mala leche vamos a ver quién tiene más...

No le respondo; una discusión ahora puede tirar por tierra todos mis planes. Es por aquí, el segundo cuarto de la izquierda. Al fondo del despacho hay una puerta que debe dar al retrete... Oigo unos pasos a mi espalda. Es el vigilante. Noto su vista clavada en mí y sigo con la limpieza. Después me vuelvo con naturalidad...

—¡Ah!, ¿estaba usted aquí...?

—Frota más y usa el agua. Luego vendré a ver cómo lo has dejado.

Se va. Sin perder un segundo me dirijo al retrete. No sé lo que puede tardar en volver, pero no será mucho; dispongo incluso de menos tiempo del que me imaginaba. La puerta está recia, hará mucho tiempo que no la abren. Empujo un poco, lo intento por segunda vez y cede con un pequeño chirrido. Espero un minuto, quieto, por si me han oído. Los otros continúan limpiando. Oigo sus comentarios y el roce de las escobas y bayetas. Ahora queda la segunda puerta, la que comunica con

el patio; la empujo y se abre.

Nadie en el patio. En una de las ventanas se ven luces, pero no parece haber soldados cerca... Cruzo despacio el recinto, muy pegado a la pared situada debajo de la ventana con luz... La puerta de la calle está cerrada con un pestillo que levanto sigilosamente. Tiro de la puerta; ni un alma en la calle. Es una calle secundaria, en la parte de atrás del edificio. Camino por ella a grandes pasos. Constantemente vuelvo la cabeza; una de las veces veo detrás, a escasos metros, a dos soldados. No parece que se dirijan hacia mí, pero, por si acaso, entro en un bar... y pido un café. Detrás del mostrador hay un calendario. Miro la fecha, porque no estoy seguro del día en que vivo. Es 2 de julio de 1939.

Pasan los soldados, que siguen calle adelante. Pago el café y me encamino hacia la estación. Esta vez no me pondré en la cola de la taquilla para pedir billete, ni pasearé por los andenes. Recuerdo demasiado bien el día que me detuvieron en la estación de Talavera cuando salía de los servicios. En un santiamén subo a la cabina de un tren de mercancías. Me agazapo junto al asiento levantara del guardafrenos, atento a cualquier ruido, dispuesto a saltar por la puerta del otro lado si a alguien se le ocurriera subir a este coche. Una hora después, la máquina lanza un pitido y el tren se pone en movimiento...

A la altura del Puente de los Franceses, cuando el mercancías comienza a aminorar la marcha, camino de la estación del Norte, me dejo caer... Después ando por la Ciudad Universitaria, hacia Argüelles, y subo a un autobús que me deja a escasa distancia de la representación del Tercio. Un suboficial de servicio dice, cuando le pregunto por mi bandera:

—Desde hace unos días está en Tarancón, en la provinci de Cuenca.

—He de ir, me han dado unos días de permiso y se acaban mañana.

—Pues casualmente esta tarde sale para allí un camión con varios legionarios, al mando de un oficial.

Dice que puedo incorporarme a la expedición, y a las seis de la tarde salimos en dirección a Cuenca. En las afueras de Tarancón está el campamento. Minutos después de nuestra llegada nos forman y ordenan que sigamos hacia una explanada. Un teniente lee en voz alta todos los nombres. Cuando llega al mío, se detiene unos segundos... Algo le debe de decir porque me ordena salir de la formación y me ordena que espere. Mientras lo hago imagino lo que puede suceder. Nadie me quitará unos días de arresto; lo peor será cuando pregunten por mi armamento. Eso es grave y puede complicar las cosas. Diré que lo he perdido, pues si cuento la verdad difícilmente saldré bien parado de este asunto... Cuando acaba de leer la lista, el teniente me llama.

—A sus órdenes —digo al tiempo que me cuadro.

—Sígueme. En la oficina me explicarás dónde has estado.

Ando tras él hacia el pabellón de las oficinas. Mi resolución está tomada. Si las cosas se arreglan fácilmente, bien; si se complican más, antes de que sea demasiado tarde, huiré de nuevo. Aquí no me será difícil y si lo dejo para más adelante puede que me metan en una prisión fuertemente vigilada. Veremos qué sucede... Por mi parte, confío que el haberme presentado facilite las cosas.

Se sienta ante su mesa de trabajo y me hace la pregunta que yo espero:

—¿Por qué te has ido? ¿Dónde está el armamento...?

—Mi mujer dio a luz una niña. Tenía muchas ganas de verla. Pedí permiso y no me lo dieron...

—Sus razones tendrían...

—La verdad es que me dijeron que me lo darían más adelante. Reconozco que fue una precipitación por mi parte, pero hacía tanto tiempo que no estaba con los míos...

—... Que desertaste.

—En ningún momento pensé desertar. Ya ve que he vuelto. Antes me presenté en Madrid.

—¿Y para eso era necesario llevar tu armamento? El fusil, el machete, las municiones..., todo ello complica tu situación.

—Sucedió así porque aproveché unas maniobras en la provincia de Guadalajara. Todos llevábamos fusil...

—¿Dónde lo tienes...?

—Antes de marcharme lo enterré debajo de unas matas, cerca de la carretera...

—Supongo que recordarás el lugar exacto.

—Es muy difícil, allí todo es igual. Sólo aproximadamente... Eran unas matas, al lado de la carretera.

—Bien, de momento vamos junto al juez para que prestes declaración, Luego entrarás en el pelotón de castigo...

—Yo... me he entregado.

—Te hubiéramos cogido igual. Bueno es que te hayas entregado, pero mejor hubiera sido que no huyeras armado. Has cometido dos faltas muy graves.

El juez oye la misma versión, en la que omito nuevamente lo de la detención en Avila, al tiempo que trato de envolver en nebulosa la localización del fusil y el machete. Después de advertirme que estoy procesado por deserción con armamento, paso al pelotón de castigo. La acusación me parece seria y pregunto sobre ella al teniente, que me conduce a una caseta apartada del resto de la tropa.

—Lo siento, Corral, yo no puedo hacer nada. No es asunto mío. Lo que no debo ocultarte es que has cometido una locura y que puedes pasarlo mal. Te dije antes de que te interrogara el juez que se trata de dos faltas muy graves.

—Pues si lo hubiera sabido...

—¿Qué...?

No me atrevo a decirle que si supiera que mi falta iba a tener tales consecuencias no me hubiera presentado... Entro en la caseta del pelotón de castigo, un pabellón oscuro, con la única ventilación de un ventanuco... En su interior hay varios arrestados, uno de los cuales me saluda:

—¿Arrestado...?

—Claro, no voy a venir aquí voluntario...

No tengo ganas de hablar ni de que me pregunten. Pero el hombre, aunque se da cuenta de mi mal genio, insiste...

—¿Qué has hecho...?

—Eso es cosa mía.

—Te aburrirás, como nosotros, y también te gustará que te contemos lo nuestro.

—Si quieres, te digo que he matado a mi padre, a mis hermanos y a una primita pequeña...

—Tienes muy poca gracia. ¿Sabes lo que te digo? Que te vayas a la mierda. Menos mal que aquí solemos estar poco tiempo y no tendré que aguantarte. Resultas un tipo antipático.

No le respondo, aunque ardo en deseos de que explique lo que ha dicho: «Aquí solemos estar poco tiempo»...

Me levantan a las cinco y media de la mañana. Cargados con picos y palas, nos encaminamos a los alrededores del campamento, donde realizamos obras tales como construcción de pabellones secundarios, letrinas, etc. El trabajo es duro y continuo, hasta tal punto que alguna noche me echo en la cama sin ganas de probar bocado. Llevo ya cinco días. Sólo nos dejan descansar a la hora de la comida, cuando nos dan agua o si pedimos permiso para hacer nuestras necesidades. La comida la tenemos que hacer de pie, dando vueltas en torno a un círculo previamente marcado en el suelo.

—Vamos, Corral, te llaman.

Me ha venido a buscar un soldado. Después de cuatro horas inclinado, bajo el sol, me cuesta enderezarme. Tiene que ser despacio, poco a poco. Si pretendo hacerlo de repente, los músculos y los huesos crujen con un sonido siniestro.

—¿Quién me llama?

—El teniente.

El teniente encargado de mi expediente aparece más serio de lo que es normal en él. Se me queda mirando unos segundos antes de hablar.

—Corral, hemos recibido un exhorto del Juzgado del Regimiento Galicia-Jaca número 19, por el que quedas procesado por desertión...

—¿Qué dice...? Yo ingresé después en la Legión...

—Ya sé que ingresaste en la Legión, pero ¿presentaste la baja en ese Regimiento?

—Quedaron encargados de hacerlo. Estoy seguro de que ha sido presentada.

—No asegures nada, no la presentaron. Lo que no me explico es por qué te apuntaste en la Legión sin tener la baja en el Ejército. También pudiste solicitarla después del ingreso; se vería clara tu buena voluntad... ¡No se pueden hacer las cosas peor! En fin, tienes un nuevo proceso. Podrás argumentar con la inmediata alta, pero, de momento y hasta que se aclare esta situación, eres un desertor también ante ellos. Hoy mismo enviaré tu declaración al Regimiento y vamos a ver qué contestan. Nada más, puedes retirarte...

Otra vez el vigilante camina a mi lado, ahora hacia el pelotón de castigo. ¡La situación no puede ser peor...! ¡Bonito porvenir me espera! Si no me hubiera presentado... Ahora soy un doble desertor; me imagino que cuando salga de este pelotón pasaré al del Regimiento que me ha abierto proceso. Ha sonado la hora de mi fuga. No puedo continuar aquí ni un minuto más... Me escaparé, y esta vez será para siempre; después, ya veremos qué hago.

Cojo la pala y la hundo con desesperación en la tierra... ¡Está visto que nada me sale bien! Ahora tendré que recuperar mi ánimo, no deprimirme de ninguna manera, dedicar toda la atención a buscar la oportunidad de huir... Hay un soldado que el primer día me dijo que piensa intentar la fuga... Ya en el calabozo, antes de que se eche en el camastro, me aproximo a él...

—Hola, Juan. ¿Qué tal van tus proyectos? ¿Sigues con la idea de escaparte...?

—No.

Intento que no se aperciba de la desilusión que me producen sus palabras. Juan lleva un mes soñando con darse el piro y su experiencia podría valerme de mucho.

—Mira, Corral, dicen que saldré pronto y, por tanto, no merece la pena exponerme a que me

cacen. Pero si estás dispuesto a irte puedo ayudarte... ¿Piensas fugarte?... No respondes. Veo que no tienes confianza en mí. Es igual. Mira, sólo hay una posibilidad. Es al mediodía: procura estar al lado del vigilante cuando ordene ir por las perolas de la comida. Si estás cerca, seguro que te llama. El os acompaña hasta la cocina y queda esperando junto a los fuegos. Entonces tenéis que entrar en un cuarto donde están las perolas. Después vienes con ellas a donde está el vigilante, para llenarlas de comida... ¿Comprendes...?

—Algo. ¿Cuándo es el mejor momento...?

—Veo que no lo has entendido. Mientras entras al cuarto por las perolas dispones de dos o tres minutos... Yo no sé si serán suficientes. Ese cuarto tiene una puerta, normalmente cerrada, por la que puedes intentarlo. Yo le he dado muchas vueltas y nunca me decidí. Una vez entreabrí la puerta y vi a un soldado, a treinta metros, en una garita. Si hubiera salido me podría freír a disparos...

—¿No hay otra posibilidad...? ¿En el barracón, en las letrinas...?

—No lo sueñes. Ahí la vigilancia es cuatro veces mayor. He estado meses y meses pensando en el asunto y sólo se me ocurrió lo que te digo... Me siento en la obligación de decirte que un compañero lo intentó hace unos meses...

—¿Lo consiguió?

—No, lo cazaron.

Sin mucha confianza, al día siguiente, procuro situarme entre los primeros de la zanja. Debo estar en forma para la huida, no cansarme. Sólo entierro de firme la pala cuando el vigilante se fija en mí. Si se da la vuelta, la dejo sobre la tierra, respiro profundo y me estiro. También me froto las muñecas y me doy un ligero masaje en las piernas y manos. El compañero que cava a mi izquierda parece sorprendido.

—No manganees, que lo podemos pagar todos.

Cuando el cabo da la orden de descanso, soy el primero en dejar la herramienta y disimuladamente me sitúo a su lado...

—Vamos a ver. A por las perolas, tú, tú, tú... y tú.

Me señala en última instancia. Los cuatro marchamos en doble fila... «Uno, dos, uno, dos...». Aprovecho la cancioncilla para, a su ritmo, ejercitar los pulmones. Estoy mejor que otros días, he dormido de un tirón toda la noche y mi cuerpo me obedece mejor que en otras ocasiones.

—¡Alto!

A la voz del vigilante permanecemos firmes. Esperamos que nos ordene entrar por el rancho. Lo hace y los cuatro penetramos a un tiempo en la cocina. En la parte central, sobre el enorme fogón, están los recipientes que contienen el rancho de la tropa. A los cocineros les brilla el torso desnudo, sudoroso...

—Dos de vosotros ir a ese cuarto a por las perolas —dice uno de los cocineros.

Soy uno de los que obedecen su orden. Como me indicó Juan, el vigilante espera junto al fogón, en conversación con los cocineros. Nadie me presta atención cuando me dirijo hacia la puerta de salida... Como un gamo doy un salto y me coloco fuera. ¿Habrá algún soldado observando...?

Ya es demasiado tarde para volverme atrás; una vez más he de confiar en mi suerte. Sin pararme a reflexionar corro campo a través... Tropiezo con un montón de leña, pero sigo sin perder un segundo... Después cambio la trayectoria y desciendo una pendiente pronunciada que me deja fuera

de la vista del edificio. Sin bajar el ritmo me paso la mano por la frente para secar el sudor... y continúo la carrera durante diez o quince minutos... No parece que me sigan, así que aminoro el paso y vuelvo la cabeza... No veo a nadie detrás. A un kilómetro hay un bosque providencial y me encamino hacia él. Desgraciadamente es pequeño, pues lo cruzo en pocos minutos... Después me interno en el monte, siempre recto, confiado en que no me falle la orientación. Creo que voy bien hacia Guadalajara. Como a unos quince kilómetros distingo unos cerros conocidos... La carretera está a un cuarto de hora. Iré hacia ella: será más rápido.

Marcho por la carretera, todo lo ligero que me permite mi cansancio. Me vuelvo cada pocos segundos y al fin diviso un camión. Me echo en la cuneta, bien oculto tras una piedra, a esperar su paso. Tarda poco en llegar a gran velocidad, envuelto en una nube de polvo. Ni siquiera he podido distinguir si es o no un vehículo militar. No me asomé en el momento de su paso y cuando lo hago se encuentra lejos.

Guadalajara está a mi alcance. Iré a la estación y desde allí a Madrid. Paso media hora rodeando la ciudad, tratando de orientarme. De pronto oigo una bocina a mis espaldas; es un coche particular el que se acerca. Otra vez me escondo en la cuneta y veo un automóvil, un Citroen negro, aplastado contra la carretera, que viene muy despacio. Doscientos metros antes de mi refugio distingo su matrícula. Es de Madrid...

Me coloco en medio de la carretera y le hago señales, con los dos brazos en cruz. Muevo sin cesar los brazos, con grandes aspavientos, no sea que pase sin detenerse. Viene solo una persona, el conductor; no creo que haya problemas...

—¿Qué pasa...? Retírese de la carretera...

—¡Pare, por favor!

—Ya paro, hombre, ya paro. Pero no es necesario que se ponga usted en el medio, que he estado a punto de atropellarle.

Efectivamente, los frenos chirrían a escasos metros de mis pies.

—¿A dónde va?

—A Madrid.

—¿Podría llevarme...? Me haría un favor inmenso.

Mira el uniforme antes de responder.

—Estoy en un campamento cercano. Esta mañana llegó un telegrama diciendo que mi madre se encuentra muy enferma. Iba hacia la estación, pero si usted me lleva... ganaré mucho tiempo.

—Suba.

El automóvil corre alocadamente por la carretera. La enfermedad de mi madre, que en última instancia le ha convencido, le espolea ahora a ayudarme a ganar tiempo. Dice que es agente comercial; vende jabón, pimentones, cacao, chocolate. Es hombre hablador. Al ver que le presto atención me cuenta las habilidades que hay que tener para colocar la mercancía, las visitas inútiles, los tantos por ciento. Este camino lo hace todas las semanas desde que acabó la guerra. Tiene clientes fijos, pequeños comerciantes de estos pueblos. Vende al detall, sobre todo, venta al detall. Algún día la cosa se da mejor y coloca diez o doce cajas de jabón a los almacenistas al por mayor, pero sucede pocas veces. No hay dinero, los comerciantes insisten en que les dé crédito, pero él, ¿qué puede hacer...? Sólo está autorizado a aceptar letras a treinta, sesenta y noventa días... Dentro

de dos años la competencia va a ser feroz. Claro que él tiene firmas de prestigio...

—Mi padre ya vendía el chocolate Matías López. ¿Lo conoce? Naturalmente, ¿quién no ha leído el anuncio de «gordos y flacos...»? Antes y después de comer el chocolate Matías López... ¡Ja, ja! ... Buena propaganda... Yo conservo los clientes de mi padre, incluso me hospedo en las mismas pensiones... Sigüenza, Jadraque, Brihuega, Humanes... Conozco los pueblos como la palma de la mano... Sacedón, Pastrana, Arandilla del Arroyo, Cañizares... Lo mismo la provincia de Madrid que las de Guadalajara y Cuenca. Lo que pasa es que durante la guerra tuvimos que echar el cierre. Un día tiré, coche adelante, a visitar a unos clientes de esta provincia y a punto estuvieron de alcanzarme las bombas de los aviones... Se acabó, me dije, y no salí de Madrid ni de broma. Ganaba menos, pero estaba más seguro... Claro que yo pude hacer dinero con el estraperlo, antes y ahora. Pero para eso, ya sabe, hay que tener estómago... y yo no lo tengo. Prefiero esta vida, de pueblo en pueblo, de fonda en fonda... No me puedo quejar... También surge algún que otro amorío. ¡No se vaya usted a creer...! El viajante es parecido al marino: no hay puerto fijo, sólo abrigos momentáneos para resguardarse del temporal... Y usted, ¿qué hará cuando deje el Ejército...?

La inesperada pregunta me coge de sorpresa. Le estaba escuchando con los ojos entornados, dejándome adormecer por el vaivén del automóvil...

—¿Qué haré? No lo sé, no lo sé.

—Pues dése prisa en pensarlo, que va a haber mucha competencia en todo. Lo de agente comercial no se vaya usted a creer que es fácil: hay que moverse, visitar clientes; después, algunos no pagan...

Sigue hablando, sin parar. Yo no le interrumpo. Cuando se divisan las luces de Madrid sé de su vida casi tanto como él. Su padre, su hermano, Brihuega, Humanes, los clientes, el chocolate Matías López... Su pregunta me la repito yo también, al tiempo que entramos en las calles mal iluminadas de la ciudad: «¿Qué haré ahora...?».

La luz de la linterna hace un círculo redondo y brillante sobre la puerta metálica, verdeoscura. Llevo minutos enfrascado en mi tarea, sin pensar en el tiempo ni en lo que me rodea, atento sólo a hacer saltar la puerta; observo el círculo y no me hace gracia lo que veo: el círculo se mueve de arriba para abajo y hacia los lados insistentemente, tembloroso, con nerviosismo...

—¡Vamos, «Rata», estáte quieto...!

—Es que esto dura más de lo que esperaba. Acaba de una vez...

—Esto no es hacer churros, imbécil. Tardo lo que tengo que tardar. Sujeta bien la «chivata^[4]», y déjame trabajar.

El «Rata» está cada vez más nervioso... ¡Condenado novato! Apenas si puede sujetar la linterna. Aunque el círculo es grande y alumbra suficientemente la zona que me interesa, no puedo soportar el temblor de su mano que se refleja en el círculo que ilumina la caja fuerte. Algo de razón sí que tiene; yo pensaba que la puerta iba a ceder antes. He venido bien provisto de ganzúas; la caja parece vieja, pero es como esos ancianos que se mantienen erguidos y potentes, sin enterarse del paso de los años. Meto bien el hierro, apalanco, hago fuerza y no hay forma de que ceda...

—Dame un cigarro, «Rata»...

—¿Un cigarro, ahora...? ¿Estás loco?

—Sí, un cigarro. Y tú fumarás otro. Hazme caso, nos hace falta.

Es necesario serenarse, reposar unos minutos, adivinar por dónde he de hincarle el diente a este mastodonte metálico. La última vez que la vi fue esta mañana, cuando abrí una libreta a nombre supuesto. El cajero me daba las espaldas, pero no consiguió cubrir toda la puerta. En el estante de arriba había una bolsa de dinero y grandes fajos de billetes de cien. Era el último ensayo de este atraco, que estoy estudiando desde hace dos semanas. Conozco, como si fueran mis amigos, a cada uno de los empleados de la entidad bancaria: al director, un hombre grueso con cara de bonachón; el oficial mayor, que debe ser el experto en cuentas; las cuatro veces que entré en el banco le vi con el libro grande, punteando en el haber y el debe de los clientes. El cajero parece hombre desconfiado, no se fía ni de su padre: hace montoncitos con el dinero, lo cuenta, primero muy rápido, después repasa uno por uno los billetes, entre el índice y el pulgar... Cuando entrega el dinero te mira a los ojos. Estoy seguro que si alguien intenta un atraco será el más peligroso: echará mano de una pistola, se arrojará al suelo, comenzará a gritar. El cajero no se quedará quieto: defenderá el dinero con uñas y dientes, como si fuera suyo. No hay más que verlo cuando lo cuenta y recuenta, que lo acaricia como si se tratara de su hijo pequeño...

—¡Vamos, «Rata», que esto es cosa de hombres...!

Ahora cojo yo la linterna y le ilumino las manos: está intentando liar el cigarrillo, sin conseguirlo; las manos le tiemblan ostensiblemente, el tabaco se le cae al suelo...

—Trae, trae acá...

Tomo el paquete y el papel y pausadamente preparo dos cigarrillos, uno para él, otro para mí. Me

mira con ojos asustados, veo que le cuelgan gruesas gotas por la frente... A este novato tengo que impresionarle, convencerle de que soy un especialista... Hace una semana me lo presentaron y me pareció hombre aprovechable; le hablé del asunto: setenta por ciento para mí, que soy el cerebro del atraco, el que ha de forzar la «maría^[5]»; él va que chuta con el treinta.

La verdad es que ni lo ha discutido, pero si llego a saber que es un cagalera, no le ofrezco más que el diez, o, lo que hubiera sido mejor, no estaría conmigo.

—¿Cuántos años tienes, «Rata»...?

—Diecisiete...

—¿Será ésta la primera vez...?

—No, hombre...; yo soy licenciado.

Ahora me doy cuenta de que ha mentido. Seguro que jamás participó en un golpe serio. No hay más que verle, que se está tragando el cigarrillo... Este, todo lo más, habrá robado un bolso, una cartera en el «Metro»... ¡Vaya tío me he buscado de socio...! En fin, habrá que aprovecharlo..., ahora ya no tiene remedio. ¡Quién sabe...! A lo mejor dentro de un año «zumba^[6]» mejor que nadie.

—¡Ya he acabado, Julián...!

—¡Has acabado...! ¡Ojalá te atragantaras...! ¡Si has liquidado el cigarro en tres chupadas...! Vamos, manos a la obra. Apunta aquí y no muevas la linterna un centímetro.

Tanteo otra vez la puerta y con la ganzúa, que ya tengo colocada, hago «puente» para situar la segunda. Al cuarto intento consigo meterla... Tiro de las dos a un tiempo, siento que la cerradura se resiente, pero no salta...

—Aquí hace falta más fuerza. «Rata», ayúdame con la de abajo... ¡A la una, a las dos y... a las tres!

Tampoco se ha abierto. ¡Si tuviera una poca dinamita...! Las ganzúas están perfectamente colocadas, debe de ser el cerrojo de la cerradura grande el que se resiste. Mi reloj marca las tres y media de la madrugada. No hay mucha prisa, todavía dispongo de dos horas y media a tres. He husmeado algunas noches delante de la puerta del Banco y comprobé que no tiene una vigilancia especial; lo más difícil, entrar, lo hemos logrado por medio de un agujero abierto a la altura del portal del edificio...

—Tú alumbra. Déjame otra vez a mí, a ver qué pasa.

Ahora pretendo profundizar un poco más con las ganzúas. Quizás no tenga base suficiente para apalancar. Aprieto con todas mis fuerzas y la luz de la linterna me permite ver que la de abajo entra un centímetro más. Voy a empujar otra vez... «A la una, a las dos y... a las tres...».

—Lo has conseguido, Julián, lo has conseguido.

—Sí. Habla bajo. Apunta aquí y echa una mano...

—Métete todo el dinero en la saqueta que hemos traído.

No sé cuánto habrá, tiempo tendremos de contarlo. Hay también cheques y valores, pero no interesan. Cuando está todo el dinero en el saco, le digo a el «Rata» que apague la linterna. Orientándonos con la escasa luz que entra por una ventana nos encaminamos hacia la salida. Yo, delante, con el dinero en la mano izquierda; en la derecha, una pistola. Si hubiera problemas no me sacaría de muchos apuros: sólo tiene dos balas. Además, de ningún modo dispararé contra un hombre. Todo lo más servirá para amenazar o para tirar al aire; no quiero pasar la vida en la cárcel.

—No hay nadie, sígueme. En la calle, cada uno tiene que hacer lo previsto: tú hacia un lado y yo hacia el otro. Nos veremos debajo del puente. A estas horas, en la pensión, levantaríamos sospechas.

—Julián, ¿me puedo fiar de ti...?

—Lo has hecho otra vez y no te dio mal resultado, ¿no?

—Lo otro era una pequeñez, comparado con esto... Ahora debe de haber mucho dinero.

—No lo creas. De todas las maneras no es el momento de discutir; haz lo que te he dicho, puedes estar seguro de que yo estaré en el puente...

No añade una palabra más y se larga calle arriba. Yo lo hago en dirección contraria, ocultando el pequeño saco debajo de la chaqueta. La calle está iluminada de trecho en trecho por faroles de gas. Me meto por donde hay menos luz, pegado a las paredes, debajo de los árboles... Ando sin prisa, para no hacerme visible. Las dos últimas veces que me cogieron fue de una forma tan estúpida e inesperada que prometí prestar más atención a los detalles que parecen insignificantes. La primera fue después de robar en la tienda de ultramarinos de un estraperlista de Vallecas, al que dejé sin un buen pellizco. Me llamó la atención un comercio que estaba al lado. Al día siguiente, por la mañana, merodeaba por sus alrededores para trazarme el plan de asalto... Serían las once cuando bebía un vaso de vino en un bar, desde el que divisaba mi objetivo. No llevaba allí más de diez minutos, cuando oigo el frenazo de un coche y veo que descienden rápidamente de él tres hombres que entran en el bar. Dos se echaron sobre un chaval y antes de que se diera cuenta le colocaron las esposas. El otro nos miró uno por uno a los pocos clientes que estábamos allí; yo debí palidecer o hacer algún gesto extraño porque se acercó y me pidió la documentación... «No la tengo aquí», le dije... Me preguntó el nombre y profesión. «Soy militar». Su segunda pregunta me dejó boquiabierto: «¿No serás el compañero de ése?», y señalaba al detenido. «Yo a ese hombre ni le conozco». Me dijo entonces que tenía que acompañarle a la Dirección General de Seguridad, «cosas de rutina»... «Siendo militar, sólo me puede detener la Policía militar». No ha podido contener una carcajada... «Sí, claro, tienes razón... Pero, ¿dónde está tu uniforme y la documentación que lo acredite...? ¿No la tienes? Pues tendrás que venirte con nosotros... No estoy muy seguro de que no seas el compinche de ese ladronzuelo. Ayer robó con otro una verdulería por aquí cerca... Tendrás que demostrar que no has sido tú. Veremos qué dice él cuando le preguntemos». De nada valieron mis razonamientos... ¡También era mala suerte...! Me llevaron por un delito que no había cometido. A las veinticuatro horas descubrieron el robo en la tienda de ultramarinos y mi doble desertión del Regimiento de Galicia y de la Legión... Por una maldita coincidencia fui a parar a la prisión habilitada de Yeserías, en la calle Juan de Vera... No quiero recordarla. Eramos cerca de diez mil reclusos, la mayoría por delitos políticos... Dormíamos amontonados, muchos sin mantas; la comida era de hambre; algunos días reunían a un grupo de presos condenados a muerte y los llevaban al amanecer cerca del cementerio del Este... Menos mal que, gracias a un falsificador y ladrón de ganado, pude fugarme... Esteban fue el que me habló de cierto armario con llaves numeradas... «Tienes que coger la llave que tiene un cartelito que dice “Paquetes”. Con ella puedes abrir la puerta de una oficina con una ventana que da a la calle... No te será difícil... Yo estaré cuatro o cinco meses... Cuando salgas, ya sabes la dirección de mi casa; me gustaría trabajar contigo...». Le caí bien a Esteban...; también él a mí. Es un hombre experimentado; aparenta unos sesenta años y ha estado pocas veces en la cárcel. Meses después trabajaría en su banda... Cosas de robo de ganado en gran escala. Hicimos algunas

operaciones cerca de Madrid y ampliamos campo en la provincia de Jaén. La cosa marchaba, había dinero en abundancia, yo podía girar lo que quería a mi mujer, que seguía con mi madre... Todo iba bien y yo no exponía más de lo necesario, pensando que son tantos los hombres sobre los que hay orden de búsqueda y captura en estos momentos, que sería difícil se fijen en mí... Pero las cosas, por segunda vez, se enredaron; un compañero y yo nos liamos con dos putas en una sala de fiestas de Ubeda, bebimos más de la cuenta, pegamos a dos camareros... Total, un proceso por escándalo e internamiento en la prisión de Ubeda. Allí a los condenados a muerte los metían en capilla a las once de la noche y los fusilaban en un cementerio próximo a la prisión a las cuatro de la tarde... A mi compañero le dijeron que la elección de hora tan extraña se debía a que cuando los fusilaban por la madrugada hubo un intento de evasión de varios condenados. Pasaron los días, el juez de Instrucción pidió mis antecedentes penales y se descubrió todo el tomate... Del Regimiento de Galicia me reclamaron para responder, en Jaca, de un consejo de guerra por evasión. Fue una conducción lenta y curiosa. Duró veinte días, pues me llevaron en tren y hacíamos noche en las cárceles del trayecto: Linares, Alcázar de San Juan, prisión del Cisne de Madrid, que había sido convento Guadalajara, Zaragoza y, finalmente, Jaca... Pude escapar de los calabozos con relativa facilidad: mis compañeros estaban arrestados por faltas leves y la vigilancia, aunque se dobló los primeros días en atención a mi llegada, disminuyó después. Un día que me sacaron al retrete me tiré por la ventana al exterior... Llevaba conmigo una buena cantidad de dinero, el reloj y los anillos de un compañero. El día de mi fuga se le ocurrió esconderlos debajo del petate, mientras yo me hacía el dormido...

A ORILLAS DEL MANZANARES...

«El Rata» me hace una señal, con la linterna, desde debajo del puente. Dos fognazos cortos, rápidos; quiere decir que no hay peligro. Ha llegado antes que yo y espera con impaciencia... El lugar elegido no es muy cómodo, pero en cualquier sitio buscarán, menos aquí. Hay acampadas en torno a los tres puentes de la zona varias familias de gitanos: ellos andan a la que salta y las mujeres tejen cestas de mimbre; la vestimenta hecha a propósito de harapos, el sombrero con lustre del tiempo, el bigote, nuestra tez morena, harán que nos consideren miembros de alguna de estas familias. Los últimos días, cuando elegí el lugar para pasar las horas anteriores y posteriores al atraco, hablé con algunos de los gitanos y comprobé con satisfacción que no levantaba sospechas; tampoco entre las pocas personas que merodean los alrededores.

—Al fin has llegado; creí que te había pasado algo —me dice el «Rata».

—Vine dando un rodeo por el parque del Oeste y luego crucé las vías; no he topado con una sola persona. ¿Tú has visto a alguien?

—Tampoco.

—Ya podemos decir que tenemos suerte. Apaga la linterna, no la necesitamos para nada. Se ve suficiente con la luna.

Me echo sobre una manta, al lado del «Rata». No se oye ni un murmullo; ni siquiera el del agua de este Manzanares, escaso y maloliente. Los gitanos más cercanos están a unos doscientos metros; sobre el puente hay una farola encendida que proyecta su lánguida luz sobre el río; las otras no lucen, las habrán roto a pedradas los chavales. Mi desconfianza se ha desatado con las últimas detenciones

y miro una y otra vez en todas las direcciones. No se mueve una hoja, no se oye un ruido, ni siquiera pasa algún tren despistado por las vías de la estación del Norte.

—Victoriano, ¿repartimos...?

—Espera, coño, que estoy pendiente de si pasa alguien. Vete encima del puente, echa una mirada y baja...

Mientras el «Rata» sube, agazapado, los escalones que conducen arriba, levanto una piedra que hay detrás de mí en el muro, saco la pistola, la meto en el hueco y vuelvo a poner la piedra. Sé que no viene nadie; a estas horas oiría un mosquito, pero he querido quitarme de encima al «Rata» mientras me libero de la pistola. La piedra, sin sobresalir, encaja perfectamente. Es un refugio seguro, bien disimulado; vendré a por ella si me hace falta. Ahora, al deshacerme de ella, me quito un peso de encima; si me cazan, que sea desarmado.

Baja el «Rata» y procedemos a hacer el reparto. Prepara una especie de tiendecilla de campaña con la manta y alumbra dentro con la linterna para que no se divise de lejos la luz. Yo hago los montones, el suyo con el prometido treinta por ciento. Cuando acabo le digo a mi socio:

—Prepara las bolsas.

—Ya están aquí.

En la más grande meto mi parte, en la otra la de el «Rata». Antes de que se la entregue me la arrebató de las manos...

—Tú vas a tener problemas por nervioso, muchacho. Eso es lo que te he prometido, ¿estás de acuerdo...?

—¡Qué remedio...!

—¿Qué quieres decir...? ¿Acaso no he cumplido mi palabra?

—Sí, pero te llevas la parte del león.

—Esa es tu manera de agradecer lo que estoy haciendo por ti, ¿verdad? ¿Sabes lo que te digo? Que busques otro jefe que pague mejor que yo. Lárgate y olvídate de mí...

—Victoriano, no me has entendido. Me parece bien mi tanto por ciento... Tú has planeado la idea, yo soy... tu ayudante y me llevo una buena tajada.

—Es que es ya la segunda vez que me hablas del mismo asunto. No dijiste nada cuando te ofrecí participar, y ya me estás fastidiando con tanta ambición.

—Olvida lo que te he dicho y cuenta conmigo para otras cosas. Me gusta como has planeado todo, no podía salir mal. ¿Lo has olvidado?

—De momento, da lo mismo. En unos meses no convie que nos vean juntos; después, ya veremos. Si preparo otra cosa sé donde te puedo localizar. Vamos a descansar un rato, a ver que hora es... Las cinco. Tú puedes echarte una hora...

Me lío en mi manta y observo que el «Rata» hace lo mismo con la suya. Las cosas se están desarrollando conforme a la táctica prevista. Dentro de una hora, a las seis en punto, él se irá con su carrito de traperos, que hemos dejado arriba; yo haré lo mismo, más tarde, con el mío. ¡A este mastuerzo no lo vuelvo a ver en mi vida! Es obediente e interpreta las cosas bastante bien, pero lo he visto nervioso cuando forzábamos la caja. Además, la próxima me pediría más dinero. Por otra parte, no sé cuándo daré otro golpe ni está decidido el rumbo que tomaré; lo mismo vuelvo con Esteban que busco a un par de chavales despabilados para actuar por mi cuenta.

Deben ser las seis, porque el «Rata» se levanta y está cogiendo sus cosas.

—Victoriano, ¿estás despierto...?

—Sí.

—Pues adiós.

—Adiós, «Rata».

Ha subido las escaleras. Ahora estará poniendo su bolsa en el fondo del carro, debajo de los trapos y papeles. Me río de la artimaña... ¿A quién se le va a ocurrir buscar el dinero del banco en el carro de un traperero...? El carro se ha puesto en movimiento, pasan unos segundos y veo a mi socio en la calle, al otro lado del río, muy serio, tirando de la mula. Me tapo otra vez con la manta; estoy cansado y no me vendría mal otra cabezadita...

Cuando despierto son las ocho menos cuarto. Un poco tarde... Imagino que el «Rata» habrá llegado a su casa del Puente de Vallecas. Yo me levanto, cojo la saqueta con el dinero y otro fardo en el que guardo la ropa nueva. La primera la coloco en el fondo del carro, el fardo encima, para cuando sea oportuno. Después me pongo en marcha, subido en el pescante, y recuerdo los tiempos en que conducía los carros en los días de la siega. En las manos llevo las bridas y del bolsillo de arriba de la chaqueta sobresale una trompetilla de metal amarillo que saco de cuando en cuando para hacerla sonar y decir después:

—¡Traperoooo!

Hay que hacer todo con naturalidad, sencillamente como si ésta fuera mi profesión de toda la vida...

—¡Trapos, papeles, sillas viejas...!

Me he informado de lo que vale una silla sin patas, el kilo de papel de periódico y hasta una máquina de coser vieja. Las mujeres se acercan y, casi sin parar, echan los cubos de la basura sobre el carro. Las más sólo dicen «buenos días», algunas creen traer cosas de valor y quieren sacar unas perrillas. Yo les doy lo que marca la tarifa, que no suele ser mucho: dos o tres perras de cobre, unos reales, unas pesetas... Esto no es negocio para nadie, ni para mí...

—¡Traperoooo!

Estoy a unos pasos de mi pensión. Ato el carrillo a un árbol y entro en un portal con el fardo de mi ropa. En un santiamén me cambio, echo en el carro la vestimenta vieja y me voy hacia la pensión con el saco del dinero... Más tarde volveré para llevar el carro hacia el mercado de Legazpi, donde lo compré, a ver si consigo venderlo...

En la pensión saco los billetes que tengo en el trasfondo de la maleta y hago cuentas. No me puedo quejar: tengo dinero para vivir como un rey una larga temporada. Con lo de esta madrugada y lo de los últimos días, mi capital suma un cuarto de millón de pesetas... Ahora lo repartiré en diferentes bancos, no sea el demonio que me vuelvan a atrapar y quede sin nada. Jamás he visto tanto dinero junto y me resulta difícil contener la alegría. Lo primero que haré será traer a María y a la niña a vivir conmigo. Como mi mujer ignora de dónde sale el dinero que le envío, para que no descubra su procedencia, descansaré uno o dos meses y me dedicaré a la familia.

Desde que me cogieron en Jaén no sé de Esteban y estoy deseando que me complete las lecciones sobre falsificación de documentos y guías. No vi a nadie preparar los sellos de caucho como él, ni quien haga tal variedad de letras, todas ellas perfectas y con personalidad.

Llamo en la puerta de su casa e imagino un mal recibimiento, pues no sé cómo habrá reaccionado cuando nos detuvieron en Ubeda al muchacho de Jaén y a mí. Afortunadamente no es así; Esteban, que adivina en mí un continuador de su obra, pues es viejo y necesita a alguna persona leal que sepa interpretar sus ideas, me da un fuerte abrazo.

—Esteban, ya sabes que nos cazaron en Ubeda. ¿Pensarías que te dejamos plantado...?

—No me digas nada, sé lo que sucedió. Me lo dijo el que se emborrachó contigo.

—¿Le has visto...?

—Vino otra vez y trabajó para mí durante un mes, hasta que le mataron...

—¿Le mataron...?

La afirmación de mi amigo me deja sorprendido. Aunque he visto muchas veces rondar la muerte en torno a mí, no puedo evitar un sobresalto cuando me dicen que ha muerto una persona conocida.

—A tiros. Actuaba con otro en la provincia de Segovia. Los cogieron con las manos en la masa y el de Jaén no tuvo tiempo de escapar; el otro, sí. Bueno, a otra cosa. ¿Qué ha sido de tu vida?, porque tú, currar, nada...

—He dado algunos golpes, hice dinero. Ahora quiero traer a mi mujer y a la niña, que están en el pueblo con mi madre. Después, a empezar otra vez...

—¿Connmigo...?

—Tú verás...

—Eso es cosa tuya... Te asigno a uno y esta misma noche podéis empezar. ¿De acuerdo...?

Esta noche, no. Quiero descansar una temporada. Más adelante vendré a verte.

Esteban y su esposa, Luisa, me acompañan hasta la calle. Me han dado la dirección de una pensión de confianza, a la que traeré a María... A ver si esta vez normalizamos nuestras relaciones, tan frías y distantes. María es puntual en la correspondencia y me cuenta todo lo relativo a nuestra hija, pero de ella apenas escribe. Me gustaría decirle la verdad de mi vida, que sea ella la persona que necesito para desahogarme en horas difíciles. Más de una vez he estado tentado de largarme a El Arenal y confesarle cuál es mi profesión en los últimos meses; siempre me vuelvo atrás: no estoy seguro de su reacción. La última vez que estuvimos juntos no pude convencerla de que he conseguido un trabajo estable; María conoce mi pasado y no será fácil que se fíe de mí. Todo lo contrario de mi madre, cuyo cariño le hace adivinar las mejores cosas de su hijo. «Madre, me han ofrecido un puesto en una oficina importante... La semana próxima comienzo mi labor en plan de prueba... No, no es difícil; conozco perfectamente el trabajo. Además, el director ha sido compañero de trinchera en el frente. Ya sabe, en la guerra se hacen amistades eternas... Me ha dicho que con él tendré un extraordinario porvenir...». Mi madre lo cree. Se me hace un nudo en la garganta cuando la miento, pero soy tan feliz si la veo feliz a ella...

Esta mañana llegué a Madrid con María y la niña. Por vez primera me siento protagonista de una familia; la habitación me parece un hogar. Observo cómo se mueve mi mujer de un lado para otro, colocando ropa, metiendo una fotografía en el marco, vaciando las maletas... La niña ha crecido mucho y dice las primeras palabras. Hoy le compramos la ropa más bonita y cara. A propósito de esta compra surgió el primer «*round*» de un combate que a buen seguro acabaré por perder. María dice que no cree que yo esté trabajando y quiere que le diga de dónde procede el dinero. Salgo lo mejor que puedo de la conversación, pero ella no está convencida. Adivina que hay algo raro, que paso muchas horas en casa, que tengo demasiado dinero. Yo le cuento que he trabajado duro durante su ausencia y que soy hombre de pequeños gastos..., pero insiste y no me queda más remedio que ir preparando para la verdad, al tiempo que estudio cómo la recibirá el día que se la descubra.

—No te digo que se trate de un trabajo normal. He hecho un poco de todo, trabajillos...

—¿Honrados...?

—Mujer, hay hombres que realizan trabajos llamados «honrados» y otros opinan que no lo son. Es difícil definir cuándo un trabajo es honrado y cuándo no.

—Para mí la cosa está bastante clara.

—Sabes que muchos personajes han conseguido su dinero engañando a los demás, con intereses abusivos, con el estraperlo, robando en el peso y en la medida.

—No trates de embarullarme, que sé muy bien lo que me digo. Ya sé que estos hombres de que hablas no son honrados, pero yo me refiero a otra cosa. ¿En qué puedes trabajar tú, si estás huido de varios sitios...? En cualquier lugar que des tu nombre correrás peligro. Supongo que todo tu dinero tendrá mala procedencia, de otro modo no puede ser. ¿Por qué no te entregas, pagas tu culpa y después empezamos otra vez...? ¿Crees que el día de mañana a nuestra hija le gustará saber que su padre es...?

Se queda callada y es peor que si hubiera hablado.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, prefiero no hablar más de este asunto. Si te empeñas en callar, yo haré lo mismo.

Coge a la niña y la abraza contra su pecho. Estoy a punto de contarle todo, pero prefiero esperar unos días. Quizás más adelante, cuando llevemos unos meses viviendo juntos, resulte más fácil decirle que soy... un ladrón..., un asaltante de comercios y bancos, un experto en forzar puertas y cajas fuertes un cuatrero...

—Ya hablaremos, María, ya hablaremos. En la vida no es uno siempre lo que quiere: te vas enredando y cada esfuerzo que haces te hunde más, te deja más asido a la red.

Salgo a ver a los amigos. En un bar de el Rastro se suelen reunir ex compañeros de profesión y algún que otro «perista^[7]». Antes visitaba con frecuencia el bar; ahora lo hago menos porque me han dicho que en las últimas semanas, cuando menos lo esperas, se presentan allí los de la «pasma^[8]», y, aunque no han pedido la documentación, tienen sus enlaces y pueden andar buscando algo. Yo estoy

tranquilo con lo del banco. Ni los más íntimos se enteraron y «El Rata», por la cuenta que le trae, tendrá la boca bien callada. Me preocupa más lo de las evasiones. Si decido trabajar con Esteban habré de preparar unas cédulas de identidad que me tengan al amparo de que en cualquier momento puedan detenerme y salga a relucir lo de las fugas de la Legión y del Ejército. No siempre voy a tener la suerte que hasta ahora; hay prisiones de las que es casi imposible escaparse...

Antes de entrar en el bar observo bien en el interior y no distingo a nadie que pueda preocuparme. Arrimados al mostrador hay cinco hombres, tres de ellos conocidos; los otros dos tienen aspecto de clientes habituales, de los que empiezan a beber a media tarde y, vaso tras vaso, se echan al cuerpo tres o cuatro litros por barba. Entro y mis conocidos me saludan. Ahora soy Julián para todos. Desde que a un compañero de la «trena^[9]» le dio por llamarme «Julián el loco», se han olvidado de mi verdadero nombre, cosa que me satisface y cultivo. A los nuevos conocidos yo mismo me presento como Julián, pues con el nombre de Victoriano tengo muchas cosas que me conviene ocultar.

—Hola, «Perillán». ¿Invitas a una copa?

—Toma lo que quieras.

«El Perillán» es uno de los muchachos de Esteban, un experto en moverse de noche con varias yuntas de muías de la mano. Trabajé alguna vez con él y he llegado a la conclusión de que ve mejor por la noche que por el día. De día está lento, pesado, anda como si no supiera a dónde dirigirse; por la noche se transforma, es elástico, rápido, intuitivo, jamás choca con las matas o con las piedras y encuentra fácilmente los caminos.

—¿Brindamos por tu vuelta?

—Sí, amigo, que falta me hace. Esta última temporada estoy seco, como la mojama.

—Ya sabes que con Esteban se gana dinero...

—Por eso vuelvo con él.

Me interesa que «El Perillán» se convenza de que económicamente estoy en las últimas; no tardará en hacerlo llegar a Esteban... Los recientes golpes son cosa mía, que guardo en el mayor secreto, para cuando vengan mal dadas. Ahí tengo un dinerito que, bien custodiado, me será útil más adelante.

—¿Conoces a esos tipos, Julián...?

Me vuelvo para observar a dos hombres que acaban de entrar. Bien vestidos, elegantes, con pinta de matones, miran en derredor como si el bar fuera suyo. Es la primera vez que los veo. Se han situado en la barra, a nuestro lado, y piden una botella de coñac...

—Vamos, tráenos bebida de hombres —dice uno de ellos con voz fuerte, en la que noto que está un poco bebido.

Por el gesto de «El Perillán» imagino que no son gente recomendable. Ha entornado los ojos y los mira con asco e indiferencia. Ellos tiran de un golpe las dos copas y se sirven el coñac en grandes vasos.

—¿Quiénes son...? —pregunto muy bajo a mi amigo.

—Dos tíos de mierda... Andan al «tope^[10]» y les va muy bien.

—¡Vaya!, son topistas y se dan tantos humos... ¿Sabes lo que te digo...? Que yo a esta gente la desprecio.

Mejor es no chocar con ellos. Son camorristas profesionales. Ya los he visto dos o tres veces metidos en peleas. A ellos les es igual; como nunca les echan más de dos o tres meses... Se pasan la vida entrando y saliendo de la cárcel.

No me merecen demasiado respeto los delincuentes de segunda categoría. Topistas, carteristas, timadores. No parecen auténticos profesionales. Cuando se hacen las cosas hay que hacerlas bien. La delincuencia es como una carrera universitaria: hay especialidades, categorías y grados. Cada uno que haga lo que le dé la gana, pero a cada uno lo suyo. ¿Dónde se va comparar un cirujano capaz de hacer las mayores filigranas con un bisturí con un hombre que sólo sabe poner inyecciones...? ¿Y cómo va a ser igual el que planea con dedicación e inteligencia un atraco o el que hace de la fuga una operación aritmética sin fallos posibles, que el que le quita el bolso a una mujer y sale corriendo...? El valor, el riesgo, el cálculo, la contención son virtudes, se apliquen donde se apliquen... Yo envidio a los especialistas del golpe maestro, que no abundan en nuestra tierra. En Estados Unidos, en Inglaterra, alguna que otra vez en Francia, salen a la palestra esos fuera de serie de la delincuencia con un atraco sensacional e inobjetable. Saltan a las primeras páginas de los diarios, son la noticia base de todas las emisoras de radio del país, sus vidas pasan a los periódicos y revistas y, en ocasiones, dan motivo a que un escritor construya un libro... Aquí, tenemos que reconocerlo con humildad, en términos generales, sólo salen delincuentes de segunda. Sí, ya sé que ha habido y hay algunos de cierto relieve internacional; admitamos que pocos. Los latinos somos más dados al ruido que a la efectividad, al tiroteo que al planeamiento limpio, perfecto, sin sangre. He comprobado que por estos pagos hay presuntos delincuentes que, para robar a un ciego, han tenido que utilizar una pistola... ¡Qué diferencia con esos ladrones de guante blanco de Londres, que se llevan un montón de joyas, valoradas en muchos miles de libras esterlinas, y dejan a propósito un rastro o una huella como desafío a la policía...! En resumen que, en mi opinión, este no es un país de delincuentes, al menos no lo es de delincuentes de primera. Hay ahora algún muchacho que apunta buenas formas, estilos más modernos y pulcros. Esperemos que, si quieren prosperar, se olviden del genio latino, arrollador e impaciente, y admitan el colonialismo de la serenidad, la cautela y la precisión. ¡Otro gallo les cantarí...!

—¿Quieres coñac?

Uno de los dos topistas mantiene un vaso, repleto de coñac, a la altura de mi cara y me mira desafiante. Lo va acercando lentamente y el cristal casi me roza los labios. Yo estoy inmóvil, fijo en sus ojos respondiendo al reto de su mirada. Han debido pasar como dos minutos y ninguno de los dos dice nada. «El Perillán» tampoco se mueve, aunque he visto que echa la mano al sobaco, quizás para coger una navaja.

—No, no quiero, gracias —y aparto con mi mano la que sostiene el vaso.

Reflexiono un segundo. Ahora no me interesa la pelea porque he visto la decisión en los ojos del que, con voz seca, me ofrece coñac. Mi compañero, que tuvo al principio una reacción instintiva, retira la mano del sobaco, respira hondo y dice:

—Gracias, muchachos; estamos tomando vino.

—A ti no te invito, «Perillán»; es al «señor» al que le he ofrecido un vaso de lo que beben los hombres.

Deletrea con mucho cachondeo lo de «señor» y lo de «hombres». Aunque siento que me hierve la

sangre, me contengo por segunda vez. Cojo mi vaso de vino y, sin perder de vista a los topistas, lo apuro lentamente...

—¡Camarero, otro tinto...!

El dueño del bar no se aparta del fondo del mostrador, donde se ha situado expectante. Parece adivinar las intenciones de los dos chulos porque sólo se atreve a decir: «Si queréis gresca, a otro sitio», y a partir de entonces espera con los brazos cruzados, muy cerca del teléfono. No me extrañaría que si nos liamos a tortas, que es a lo que huele en el ambiente, se lance de inmediato sobre el teléfono y llame a la policía, lo que ya es una razón importante para que yo haga lo posible para evitar el encuentro. Desde el momento en que me pone el vaso de coñac delante de la cara adivino lo que pretende.

—¡Qué!, ¿tomas el coñac, «palomita»...? Anímate, hombre, que no te hará daño; hoy los niños también beben...

Vuelve a coger el vaso y me lo acerca otra vez a la cara. Comparado conmigo, que soy bajito menudo, resulta un gigante. Lo mido de arriba abajo con la mirada: tendrá alrededor de treinta años, seis o siete más que yo; los hombros cuadrados, parece macizo y fuerte...

—«Mellado», no me obligues a que te tenga que decir que te vayas a la calle —dice el camarero.

No me había dado cuenta de que tiene una cicatriz profunda debajo de la oreja izquierda. Cuando se vuelve amenazante hacia el dueño del bar, la veo y comprendo el porqué del apodo.

—Tú, a callar. Prepara otra botella de coñac, que ésta la acabamos el «amigo» y yo. ¡Vamos, bebe, es gratis...!

Me roza con el vaso, que coloca debajo de mi nariz. Su compañero se aproxima, con los brazos cruzados, a la espera de lo que pueda pasar. Yo siento un cosquilleo en las manos, un agarrotamiento en los músculos, que me trae recuerdos de las trincheras, cuando faltaban segundos para el ataque. Ya que no me es posible evitar la pelea, será mejor tomar la iniciativa.

—Trae, «Mellado». ¿Es así como te llamas...?

—Sólo para los amigos...

Cojo la copa de coñac, la acerco lentamente a la boca y de pronto lanzo su contenido a la cara de «El Mellado». Se lleva las manos a los ojos, que le escuecen. Aprovecho el momento y, con toda la fuerza de que soy capaz, le doy un puñetazo en el estómago que le hace doblarse; le coloco otra vez el puño, ahora en la cara, le largo una patada en las partes bajas y «El Mellado», lanzando un alarido, cae espatarrado tan largo como es. El propietario del bar y «El Perillán» no se han movido; me observan con los ojos muy abiertos, como sorprendidos... Dueño de la situación, me acerco al «Mellado», le cojo por la solapa, le incorporo un poco...

—¡Eres un cabrón...! ¡Toma, cerdo! —Dice y me escupe en la cara.

—Te lo has buscado —respondo, al tiempo que le doy un puntapié en la cara que le abre una brecha al lado de la nariz—. Sabes que no tenía ganas de pelea, pero te has puesto tan pesado, que no me queda más remedio que darte una lección.

—¡Cuidado, Julián! ¡A tu espalda...!

Me vuelvo y veo al amigo de «El Mellado» que se abalanza sobre mí, esgrimiendo una silla. Intento detenerlo y no tengo otra defensa que poner los dos brazos delante de mi cara... Aunque consigo amortiguar el golpe, siento el impacto tremendo de una de las patas de la silla que se me

incrusta en la cabeza... Inmediatamente la sangre me cae sobre la frente, se desliza sobre las mejillas y gotea sobre mi ropa. El compañero de «El Mellado» sigue con la silla en la mano, dudando entre darme o no otro golpe, momento que aprovecho para propinarle una patada en el tobillo y arrebatarse la silla...

—Ahora me toca a mí, robaviejas... Espero que será la primera y última vez que os metéis conmigo.

Le doy un silletazo en mitad del cráneo que suena de una manera extraña... Adivino que se tambalea, pues la sangre me impide distinguirlo bien. Busco el bulto y descargo otro golpe, todavía más potente... El dueño del bar me advierte:

—¡Cuidado, muchacho, que lo matas!

Le doy dos o tres golpes más, hasta que cae como un fardo, encima de su amigo.

—Creo que ya tenéis bastante. ¡Hasta la próxima...!

Salgo con celeridad y entro por una calleja, seguido muy de cerca por «El Perillán». Cuando llevamos recorrido un buen trecho, mi amigo me coge del brazo, pues se da cuenta de que no veo bien y camino con dificultades... Siento un dolor intenso en la cabeza que me mareo...

—Te estás poniendo muy pálido, Julián. Tiene que verte urgentemente un médico.

—Un médico, no. Llévame a cualquier parte que no sea a mi casa; si mi mujer me ve en semejante estado se muere del susto...

—Cerca de aquí hay una casa de socorro. Es indispensable que te hagan una cura de urgencia. Estás perdiendo mucha sangre...

Me dejo guiar porque no tengo otra solución. Además, las piernas apenas responden, me tambaleo al andar y siento que el cuerpo me pesa.

—¿Falta mucho, «Perillán»? —pregunto a mi compañero.

—No, apenas doscientos metros. Ya estamos llegando, aguanta un poco más, vamos..., camina, camina...

Tengo que apoyarme en el hombro de mi amigo, que me transporta casi a rastras.

—Ya estamos Julián. Sube la pierna... Ahora, la otra.

Automáticamente, pero con grandes dificultades, asciendo los dos escalones de la casa de socorro. «El Perillán» hace sonar el timbre; sale un hombre vestido de blanco...

—¿Qué le ha sucedido? —Dice al verme.

—Se ha caído...

El practicante ayuda a «El Perillán» y, en brazos, me conducen entre los dos al interior. Casi inconsciente, me doy cuenta de que me colocan sobre una mesa cubierta de blanco... Encima hay una luz, cuyo foco me taladra los párpados...

—¡Por favor, esa luz...!

—Está muy débil... Ha perdido bastante sangre. Vamos a ver, es una «caída» un tanto extraña...; más bien parece una patada de una mula o... que le han dado un fuerte golpe con algún objeto contundente...

—«Perillán», llévame a casa de Esteban.

—Sí, espera a que te curen.

Ha debido pasar bastante tiempo. Cuando abro los ojos sigo en el mismo sitio. También están el

practicante, «El Perillán» y un médico. Me llevo las manos a la cabeza. Noto que me la han vendado. La cara la tengo limpia de sangre...

—Ya abre los ojos. Comienza a recuperarse —dice el médico. Y añade—: ¿Qué tal se encuentra?

—Me duele la cabeza, me siento sin fuerza...

—Está pálido, pero no creo que surjan complicaciones.

—¿Es grave? —pregunto angustiado al doctor.

—No lo parece. Cuénteme a mí ahora lo que ha sucedido y olvídense de la historia de la caída que comenzó a narrarle al practicante. ¿Cómo se llama...? ¿Dónde vive...?

—Estoy muy fatigado, espere un poco, por favor...

—Su amigo no ha querido identificarse ni facilitarme la filiación de usted. Comprenderá que en una circunstancia así tenemos que avisar a la Policía...

—Lo comprendo perfectamente y no me preocupa. No tenemos nada que ocultar, ya lo comprobará cuando le explique; pero, por favor, espere... Después podrá hacer lo que quiera, incluso... avisar a la Policía.

Pasa como una hora. Cierro los ojos y únicamente los abro un poco para comprobar que nadie ha salido de la habitación... Me han puesto una inyección y poco a poco voy recobrando la lucidez. La cabeza me sigue doliendo, aunque menos, quizá porque me han suministrado algún calmante. «El Perillán» está sentado en una silla, muy serio, pendiente de mi rostro; el médico escribe en un recetario y el practicante coloca en un estante diversos medicamentos. Intento llamar a «El Perillán» muy bajo, para que no me oigan los demás, pero mi amigo no se entera. Abro los ojos y con la mano le hago una señal de que se aproxime. «El Perillán» lo entiende. Con cuidado de que los demás no le vean, coloca su cabeza cerca de la mía...

—¿Qué pasa...?

—Tenemos que huir de aquí... Diles que me levanten y, cuando se descuiden, salimos corriendo...

—Pero tú no puedes...

—Lo intentaré...

—No es posible...

—Peor será que nos eche el guante la Policía... Estate pendiente de mí...

El practicante ha dado la vuelta y al ver al «Perillán» a mi lado también se aproxima.

—¿Qué, ya está recuperado...?

—Un poco mejor, gracias a ustedes...

—Todavía muy débil... —Me dice.

—¿No estará mejor de pie? —Pregunta «El Perillán».

—Si lo soporta, sí —interviene el médico—. Vamos a ver, tiene mejor cara. Lo importante es que no haya sufrido lesiones internas en la cabeza, y eso no lo sabremos hasta dentro de veinticuatro horas. Ayúdame a levantarlo, Andrés.

Entre el médico y el practicante me incorporan poco a poco. Siento que la cabeza me da vueltas y estoy a punto de marearme otra vez, pero me esfuerzo en mantenerme consciente. Sé que en ello me pueden ir cosas muy importantes. Cuanto más tiempo esté aquí mayor peligro corremos mi amigo y

yo... Me ayudan a dar unos pasos, pero me tengo que apoyar en una silla...

—Todavía está flojo, amigo... Bien, siéntese y vamos a tomarle los datos. ¿Cómo dice que se llama...?

—Hasta ahora no había dicho nada. Me llamo Pedro Armendáriz...

—¿Qué más...?

—Pérez.

—Vive en...

—Madrid, en la calle... ¡Oh, me vuelve loco este dolor...! ¿Me pueden ayudar a pasear...? Estoy como enmohecido...

—Ayúdele usted, Andrés, yo seguire apuntando.

El practicante me coge de un brazo y «El Perillán», a una señal mía, del otro. Comienzo a dar pequeños paseos para asegurarme de mis fuerzas. Aunque me duele la cabeza, creo que estoy en condiciones de llevar adelante mis proyectos. El médico vuelve a preguntarme en qué calle vivo, pero hago como que no he oído y sigo paseando, cada vez más rápido y seguro.

—A ver, Pedro, dígame la calle...

—En Atocha, treinta y cinco. Vivo con mi hermana, que está casada. Yo soy de Huesca, nací en Canfranc...

—¿Cómo ha sido lo de la cabeza...?

—Ya se lo he dicho, un accidente, una caída...

—No me venga con cuentos. Sé perfectamente cuándo se trata de una caída y cuándo no. A usted le han golpeado con un palo o con un hierro...

—Bajaba unas escaleras, resbalé y me caí... Fue... en el portal de mi casa. El amigo venía conmigo y me acompañó hasta aquí...

—Pues no me explico cómo no lo ha llevado a la Casa de Socorro de Atocha, que estaba más cerca...

Rozo con el brazo al «Perillán», dándole a entender que en cualquier momento hemos de salir corriendo. Sigo caminando, ahora hacia la puerta. El médico insiste...

—Comprenderá que no trato de meterme en su vida privada. Yo con curarlo cumplo con mi obligación, pero debo rellenar estos datos. A mí puede engañarme, pero a la Policía o al Juzgado le va resultar más difícil.

—Yo le agradezco mucho lo que ha hecho por mí, pero no pregunte más, por favor.

Al decir esto me desprendo del practicante, abro la puerta y seguido de mi amigo, salto a la calle... Todavía alcanzo a oír la voz del médico, preocupado por mi reacción...

—¿Qué hace...? Está usted loco. Espere..., no se vaya así.

Se asoma a la puerta y, aunque ya estamos a un centenar de metros del centro, le sigo oyendo:

—Vuelva, Pedro; lo que está haciendo es suicidarse... ¡Vuelva...!

No nos siguen. «El Perillán» me agarra del brazo y me ayuda a correr por entre el dédalo de estrechas callejuelas del Madrid antiguo...

—¿A dónde vamos, Julián? ¿A tu casa...?

—Ya te he dicho que allí no.

—¿A la mía?

—Si no está lejos, sí...

La casa del «Perillán» está en Vallecas, pero él hábilmente me conduce por calles poco frecuentadas, hasta que llegamos a una parada del tranvía. Cinco minutos después llega un vehículo que, por lo que puedo leer, va a Vallecas. Al ver mi cabeza vendada, la gente me cede el paso y soy el primero en subir al coche. Un viajero se empeña en dejarme su asiento. Acepto su atención porque estoy agotado. Un sudor frío me cubre la frente y todo el cuerpo...

«El Perillán» vive en un cuarto modesto y oscuro de un tercer piso. Abre la puerta una muchacha de unos diecisiete años, que no puede contener un gesto de asombro al contemplarme.

—Es un amigo, Angela, no te asustes. Se llama Julián.

—¿Julián «el loco»?

—Sí.

—Me han hablado mucho de ti —dice al tiempo que me da la mano.

—Está herido de cierta importancia y tenemos que curarlo. Es un buen compañero.

—Ya sé que es buen muchacho, te lo he oído decir muchas veces. Haremos lo que podamos.

¿Qué te ha pasado...?

—Me pegué con unos chulos, dos topistas que se empeñaron en provocarme. Uno de ellos me golpeó con una silla.

Me han curado en la Casa de Socorro, pero como estoy buscado por robos y desertión tuvimos que huir.

ANGELA, UNA CHICA DE DIECISIETE AÑOS

En cuanto la vi me ha dado la impresión de que está enterada de muchas cosas sobre mí. Vive sola con «El Perillán», porque los padres de ambos han muerto en la guerra, alcanzados en un bombardeo. Angela es la que manda en la casa, la que lleva la contabilidad de las ganancias de su hermano y, en ocasiones, la que discute con Esteban los tantos por ciento. La vida la ha hecho valiente, luchadora e irascible. No me gustaría tener problemas con ella; he asistido a algunos conatos de enfado y parece una fiera a punto de saltar. Es, por otra parte, una mujer hecha y derecha. Aparenta bastantes más años de los que tiene. Sus rasgos son recortados, duros, pero de gran belleza. Es una belleza salvaje, sin domesticar. Yo no dudo que, si encuentra la horma de su zapato, también sabrá mostrarse dulce y dominable. Conozco a muchas de estas mujeres, que han tenido que abrirse camino en la vida a base de mantener con uñas y dientes su prestigio y personalidad; casi todas son después las más tiernas amantes.

Llevo tres días en la casa y paso las horas hablando o discutiendo con Angela. Más que una enfermera es... un carcelero. Me aplica los vendajes con gran habilidad, como si fuera algo que lo haya estado haciendo toda la vida; me convence para que tome los ricos caldos que prepara, pero vigila mi herida como si se tratara de un prisionero y no admite en modo alguno que me levante de la cama. De María nada sé. Hasta que no esté curado no pienso presentarme en casa, pues si se entera de lo que ha pasado podrían agriarse más nuestras relaciones. Ya está acostumbrada a mis inesperadas ausencias y, si esto no se prolonga mucho, le parecerá tan normal como las otras.

Esta mañana, cuando sale «El Perillán», Angela, con una bata azul, se sienta encima de la cama y

me habla con menos dureza que otros días, como si bajara la guardia. Se detiene más tiempo de lo normal en la cura, coloca las vendas con gran parsimonia, me limpia la frente con el algodón y, al final, parece que no sabe retirar las manos de mi cara.

—Eres un bravo, Julián.

Se va silenciosamente, como si con estas palabras hubiera querido decir muchas más cosas. Yo creo que ya estoy en condiciones de levantarme; se han multiplicado por cuatro las veinticuatro horas de vigilancia de las que me habló el médico y me encuentro en forma. Cuando pasan unos minutos, un poco sin saber por qué, pero con una disculpa en la punta de los labios llamo a Angela.

—Creo que puedo levantarme, estoy perfectamente y debo entrenarme para cuando salga a la calle. ¿Quieres ayudarme...?

—Bueno.

Es la primera vez que no responde con un exabrupto a mis requerimientos. Al contrario, se acerca, me ayuda a levantarme y apoyado en ella doy unos pasos por la habitación. Con una mano rodeo el cuello y me afianzo en su hombro; ella cruza la suya por mi cintura y así, muy juntos, pasamos horas y horas recorriendo la habitación... Noto que su piel late bajo mis manos, que se estremece cuando la aprieto en alguna parte, que está a mi merced. Llegamos junto a la ventana, nos detenemos, sin soltarnos el uno del otro. Casi sin darnos cuenta nos hemos besado...

—Julián...

—¿Qué...?

—Nada.

Yo sé lo que espera o lo que quiere, pues los dos pensamos lo mismo. Cuando le retiro el pelo de la cara veo por vez primera a la chiquilla de diecisiete años, con los ojos humedecidos, los labios temblorosos; a la hermana del amigo que tan bien se ha portado conmigo, y reacciono de una forma que a mí mismo me asombra.

—Estoy muy cansado. Déjame un rato, por favor...

Me echo sobre la cama y ella, que es sensible y se da cuenta de mis encontrados pensamientos, no dice palabra; sale de la habitación y cierra, sin hacer ruido, la puerta.

A la hora de comer me siento a la mesa con mis amigos. «El Perillán» me informa de que Esteban me busca. Quiere saber de mí y le extraña no dar con mi paradero. Yo le había pedido a mi amigo que no dijera a nadie, ni siquiera a su jefe, una palabra de lo sucedido; creo que ha cumplido al pie de la letra su promesa.

—Anoche estuve a punto de saltar. Esteban no cesaba de hablar de ti y dijo que te necesita para un asunto importante que prepara. Nos preguntó a todos si te habíamos visto. Y tuve que mentirle otra vez.

—¿De qué asunto se trata...?

—No lo ha dicho todavía, pero imagino que algo relacionado con el ganado. Ya sabes, es lo que le va.

—En eso es el número uno. Yo le he prometido trabajar para él hace algunas semanas, pero la maldita pelea lo ha complicado todo. Cuando me recupere iré a verlo...

—¿Por qué cuidas con tanto esmero que no se sepa lo de la pelea? Te va a ser muy difícil guardar el secreto: están el dueño del bar, los dos topistas, los de la Casa de Socorro...

—No me encuentro en condiciones de correr riesgos. Si me cogen pagaré por muchas cosas más que por la pelea.

—Pareces algo exagerado...

—Amigo mío, he cometido bastantes errores en mi vida y siempre me ha costado caro. Ya no me fio ni de mi sombra. Siempre te «trincan^[11]» porque sale alguna cosa mal, y yo me he prometido seguir el mejor camino para hacer el mínimo de cosas mal.

Cuando entro en casa, María me recibe como otros días. He tapado con el pelo la cicatriz de la cabeza y gracias a los días transcurridos al cuidado de Angela mi aspecto físico vuelve a ser el de antes. Juego un rato con la niña, ayudo a mi mujer mientras le da la comida, y después de acostar a la pequeña nos sentamos, el uno frente al otro..., dispuestos a esa larga conversación que los dos esperamos y tememos, pero que un día inevitablemente tenía que surgir.

—¿Me quieres, María...?

—Claro.

No esperaba mi pregunta. Ni yo mismo sabía un segundo antes que iba a hacérsela. Dejo pasar los minutos atento a sus ojos, trato de ponerme en su situación y comprender la tragedia de vivir conmigo. Al tenerla a mi lado no me pesa la quijotada cometida en casa del «Perillán». Algunos me llamarían tonto si supieran que he dejado escapar «viva» a Angela, una chiquilla hermosa, joven, ardiente. Obré conforme a mi código, que en aquel momento me indicaba diáfano lo que debía y no debía hacer. Angela también lo habrá comprendido.

María me mira y respeta mi silencio. Me fijo en su piel fina, tan blanca; en su pelo largo, peinado con raya al medio; en sus ojos, casi siempre tristes... Estoy seguro de su amor, de su preocupación e interés por mí. Ha dejado a su familia, me siguió sin pedir explicaciones, vive pendiente de todo lo que me afecta, pero yo intuyo que no cesará hasta acercarme al ideal del compañero que ella se ha forjado, tan lejano a mi vida y proyectos. Le doy la mayor parte del dinero que gano; sólo conservo el del atraco para lo que pueda suceder, pero pensando fundamentalmente en ella y la niña; es ella mi meta más importante: también yo me he expuesto por seguirla; pero hay algo indefinido, del que apenas hemos hablado en los últimos meses, que se interpone entre ambos. Quiere que yo cambie. Le asusta menos el hambre y la miseria que el miedo y el no saber qué va a suceder mañana.

Soy yo el que rompe el silencio.

—María, ¿tú imaginas de dónde procede el dinero...?

—Sabes que sí.

—¿De dónde...?

—¡Para qué atormentarnos! Sé que no ha sido ganado honradamente y eso es bastante.

Un nuevo silencio, esta vez roto por ella.

—¿Es como te digo, Victoriano?

—Es dinero robado, pero de momento vamos a dejar que sigan las cosas como hasta ahora. Después... ya hablaremos. Confía en mí y yo lo haré en ti.

—¿Qué quieres decir...? No pensarás que voy a delatarte.

—Algunas veces lo he temido; ahora tengo confianza en ti. Eres mi mujer y no dudo de tu amor. Algún día, más adelante, legalizaremos la situación y serás mi esposa con todas las de la ley. No quiero que ni tú ni la niña tengais en el futuro problemas.

—Pero... ¿no hay manera de que cambies de vida...?

—Quizá algún día. ¿Qué puedo hacer ahora y dónde podría ganar el dinero que necesitamos...? Soy un hombre fichado, con la cárcel a mis espaldas, y no quiero pasar la vida encerrado. He de luchar por huir de los que me buscan. Además..., cada uno tiene su destino.

Aunque no la convenzo, parece al menos resignada. Ultimamente se va haciendo cada vez más a mi vida, a mis gustos e ideas. Ella lo que no quiere es sufrir inútilmente, pasar las horas en vilo, tener que visitarme en la cárcel... Está segura de que si yo cambiara podíamos ser muy felices y es en esto en lo que no coincidimos; María encuentra fácil salida a mi futuro; yo no lo intuyo por ninguna parte.

Por la noche, cuando llego a casa de Esteban, sentados a la mesa, a ambos lados del jefe, se encuentran una mujer y un hombre desconocidos.

—Buenas noches, Esteban.

—Bien venido. ¡Ya es hora de que te dejaras ver por aquí! ¿Dónde has estado?

—Asuntos de... ya me entiendes.

—Puedes hablar. Te presento a la esposa de uno de los nuestros, detenido hace algunos días; éste es también de la casa. Trabaja conmigo en lo de las guías. No has podido llegar más a punto: necesitamos dinero urgente para pagar la fianza del marido de esta mujer. Estaba preparando un plan que nos puede dar para eso y mucho más.

—He venido para ponerme a tu disposición.

—Pues no perdamos tiempo. Te explicaré: esta mujer hace la limpieza en casa de los propietarios de un taller de mecánica. Gente modesta hasta el otro día, en que les ha caído un buen pellizco en la lotería. Ya ves, ¡hasta de la lotería se puede sacar dinero! ¡Y yo que no me fío un pelo de ella! Total, que Carmen sabe en dónde lo ocultan; dice que han hecho un hueco en la pared de una de las habitaciones y allí han metido una caja pequeña con la pasta.

—¿Cómo tienes planeado el asunto?

—Muy sencillo: lo podéis hacer vosotros dos. Yo os preparo unos documentos que acrediten que sois policías y la orden de registro del domicilio por sospechas de que guardan algún objeto de estraperlo. Carmen sale de la casa a las doce de la mañana; el marido y sus hijos llegan a comer a las dos. Disponéis de noventa minutos, de doce a una y media, para salir con el dinero. Si me dejáis solo, dentro de un par de horas os tengo preparados los documentos y podéis dar el golpe mañana.

—¿No te parece un poco precipitado?

—Corremos el riesgo de que metan el dinero en el banco.

—Me parece que conviene estudiar con más detenimiento el asunto. Dime, Carmen, ¿es fácil llegar hasta el dinero?

—Creo que sí. La caja la tapan con un armario que, aunque pesado, podréis retirarlo entre los dos.

—¿Es asustadiza la mujer...?

—Me parece que no. Es serena y entera. Tiene unos cincuenta años. Si actuáis prudentemente, no creo que sospeche nada.

—¿Tiene familiares que suelen llegar de improviso a la casa?

—Sí, pero lo hacen a la hora de comer, cuando está reunida toda la familia, o por la noche.

—¿Hay alguna comisaría cerca? ¿Tiene portero la casa?

—Ninguna de las dos cosas.

—¿Les han atracado alguna vez?

—Jamás me han hablado de eso. Lo que sí puedo asegurar es que no ha sucedido desde que yo sirvo en la casa.

—Bien, no se hable más. Por mi parte no hay objeciones; si el compañero necesita dinero podéis contar conmigo, aunque hubiera preferido preparar todo a mi gusto, sin precipitaciones. ¿Cuánto necesitas para la fianza de tu marido?

—Me han dicho veinte mil pesetas.

—Supongo que sacaremos algo más para repartir. ¿No es así, Esteban?

—Espero que sí.

Salimos a tomar unos vinos en un bar cercano. A Esteban le gusta estar solo cuando se dedica a lo que nadie hace tan bien como él. Lo mismo para preparar guías de ganado que documentos de todo tipo no existen en Madrid manos tan habilidosas como las de mi nuevo jefe, al que los íntimos conocemos como «El Manitas». Esteban es un auténtico profesional de la falsificación. Vive para eso, no cesa de ampliar conocimientos, pues está al día si salen nuevas tintas y papeles, posee una colección impresionante de plumillas, lapiceros y todo lo necesario para su trabajo.

—Es como una vocación —me dijo cuando lo conocí en la cárcel—. Claro que cuando era niño soñaba ser un gran pintor; después me conformaba con entrar a trabajar como dibujante o caricaturista en uno de los periódicos o revistas, algo así como Xaudaró... Finalmente me quedé en esto.

Por la mañana nos dirigimos al Puente de Vallecas, donde está situada la casa. Cuando estamos a un centenar de metros entro en un taller de bicicletas, desde el que se divisa el portal. Mi compañero me sigue, algo sorprendido. Le digo que haga como que le interesa alguna bicicleta. Durante unos minutos cuelga y descuelga modelos, mientras yo estoy pendiente del portal. Veo salir a Carmen de él y le hago una seña.

—Volveremos otro día. Esta es muy ligera y me gusta. Me dejará usted probarla.

—Claro, señor; vengan cuando quieran.

Llamo al timbre y abre la puerta una mujer madura. Representa los cincuenta años que ha dicho Carmen, pero yo pienso, al verla, que es más ingenua de lo que su sirvienta me hizo creer. Le enseñamos las credenciales y la orden.

—Ustedes me dirán qué quieren.

—Asunto de trámite, señora —le digo—. Sentimos molestarla, pero hemos recibido una denuncia sobre estraperlo de objetos de mecánica. Otros dos agentes han ido al taller de su esposo.

—¡Somos gente honrada, no comprendo cómo han podido denunciarnos!

—Alguna persona que les querrá mal. No se preocupe, porque recibimos cientos de denuncias; la mayor parte de las veces se trata de acusaciones sin fundamento. Pero, ya sabe, nuestra obligación es la de registrar la casa.

Confiada en que esta vez se trata de una falsa alarma la mujer nos pasa al interior. Cada uno por un lado, mi compañero y yo miramos superficialmente muebles y cajones, con la mente en la habitación de la que ya tenemos referencias. Procuramos dejar cada cosa en su sitio para

tranquilizarla.

—Le repito que es asunto de rutina, señora —le dice ahora mi amigo.

—Hagan lo que tienen que hacer. Lo único que les rogaría es que me den el nombre de la persona que ha hecho la denuncia.

—Eso es imposible —le respondo—. Claro que si usted visita al comisario de distrito puede que acceda. Vamos a ver en esta habitación. ¿No queda más, verdad?

—No, ya han recorrido toda la casa. Este es nuestro dormitorio. No hay más que las mesillas, el tocador y el armario. ¡Pues no va a reírse mi marido cuando le cuente esto...! Menos mal que son ustedes muy amables y se esfuerzan en no ponerme patas arriba toda la casa.

Para no levantar sospechas, y conforme al plan previsto, mi compañero comienza por las mesas de noche, que remueve para ponerlas nuevamente en su sitio. Yo abro el armario y hago como que compruebo su contenido; después lo intento correr y no puedo.

—Échame una mano.

Entre los dos retiramos el mueble y detrás aparece el agujero con la caja metálica.

—¿Qué es esto? —he preguntado a la mujer, con la voz más dura y metálica que hasta ahora, como si sospechara que trata de ocultarme algo—. Dígame, ¿qué hay dentro de esta caja...?

—Es el sitio en el que guardamos el dinero, nuestros pequeños ahorros.

—Bien, miremos por otra parte.

Continuamos durante unos treinta minutos el registro de la habitación. Al acabar aparento la mayor naturalidad y me dirijo a la mujer:

—Tiene que abrir la caja para comprobar si sólo contiene dinero; lo demás está en orden.

—Créame, no guarda más que dinero. Yo no tengo aquí las llaves; tendrán que mandar aviso a mi marido.

—Si no tiene inconveniente, nos la llevaremos a la Comisaría, y cuando su marido regrese puede pasar a recogerla. Esté usted tranquila, que no le faltará una sola moneda. Le voy a firmar un vale en el que consta que tenemos la cajita. Que lo lleve su marido cuando vaya a la Comisaría.

En ningún momento sospecha. Está convencida de que somos policías y no se atreve a contrariarnos.

—De acuerdo, señores. A las tres irá mi marido a por ella.

Hago un garabato en un papel y, muy correctamente nos despedimos. En la calle mi amigo y yo nos damos la mano. Después tomamos un taxi, del que bajamos a prudente distancia de la casa del «Manitas».

—¿Qué tal ha ido?

—Bien.

Con Esteban nos esperan su esposa y la mujer del compañero detenido. Deposito la caja encima de la mesa y el jefe la abre con solemnidad delante de todos... En su interior hay setenta mil pesetas, documentos y algunas facturas.

—Estas veinte para la fianza; cinco para ti, Carmen, que falta te han de hacer. Mañana por la tarde tu marido puede estar en libertad.

—Gracias a todos.

Cuando Carmen sale, «El Manitas» reparte el resto, a partes iguales, entre los tres. Después

quema, en nuestra presencia, los documentos y recibos.

—La caja me encargaré de hacerla desaparecer. ¿No habréis dejado algún rastro?

—Ha salido todo como lo planeamos.

—Esta tarde os espero aquí a las cinco. A Carmen la he citado también.

Cuando estoy en la calle hago tres montoncitos con las quince mil pesetas que me han correspondido y los distribuyo por los diferentes bolsillos. Después entro en un bar y calmo la sed con una caña.

Carmen llega al tiempo que yo al portal de casa de Esteban. Mi reloj señala las cinco en punto, la hora de la cita con el jefe.

—Me alegro de encontrarme a solas contigo, Carmen; quería pedirte una cosa...

—Dime, Julián...

—Si algo sale mal, te ruego que no mezcles para nada a Esteban; él ni sabe una palabra de esto ni ha participado en el reparto. Seguro que la Policía te interrogará. Trabajas en la casa y es normal que lo hagan. Tú, serena, sin aspavientos ni voces. Ellos dan siempre la impresión de que sospechan de todo el mundo, hacen preguntas difíciles y vuelven una y otra vez al mismo sitio para liarle. Responde a todo dando la impresión de que quieres ayudarles, pero si por cualquier circunstancia te ponen al descubierto, olvídate de Esteban.

—No temas, ya me había hecho a la idea de que esta noche o mañana se presentará la Policía y sé como contestarles.

Esteban ha hecho desaparecer la caja de caudales; la reunión no tiene otro objeto que prepararnos para lo que pueda venir y rogarnos que no pisemos su casa en quince días. Para entonces tiene planeado otro golpe de mayor envergadura que, según él, puede hacernos ricos a todos.

Cuando llego a casa, María me entrega carta de uno de mis hermanos, que huyó a Francia al acabar la guerra. Es la primera que recibo, y aunque sé, por las que ha escrito a mi madre, que no le ha sido difícil hallar trabajo, me alegra leer que las cosas le van cada vez mejor... Dice también que confía que me anime un día y vaya a Toulouse con mi compañera y los niños; él tratará de colocarme en una fábrica y, en tanto lo consiga, viviré en su casa. Le hablé del asunto a María; ella prefiere quedarse en España, que yo intente situarme en Madrid; no conocemos el francés, no hemos salido jamás de nuestras fronteras, y si aquí tenemos problemas, en Francia serán todavía peores...

Nos acostamos hablando del tema. Apenas descanso en toda la noche con estas y otras preocupaciones; por eso oigo con nitidez la llamada repetida en Ja puerta. Enciendo la luz, miro el reloj: son las seis y media de Ja mañana. María y Ja niña no se han despertado. ¿Quién será a estas horas? ¿No se habrán equivocado? Dejo pasar unos segundos por ver si se repite la llamada, y otra vez el doble golpe de los nudillos en Ja puerta. Me levanto me echo una bata encima y abro. Dos hombres, con el cuello del abrigo subido, me preguntan si soy «Julián el Loco». Parecen policías, pero no creo conveniente negar...

—Sí, soy yo. ¿Qué desean...?

—Acompáñenos a la Comisaría de Vallecas; su esposa también tiene que venir.

—Mi esposa. ¿Por qué...?

—Pesa sobre usted la acusación de robo de una pequeña caja de caudales haciéndose pasar por policía..., y sobre su esposa, la de complicidad.

—¿Qué cosa más extraña...!

—Lo aclararemos en la Comisaría.

Espera conmigo en el descansillo de la escalera mientras María, que está totalmente al margen del robo y no acaba de salir de su asombro, se viste. En la Comisaría está la sirvienta; también Esteban. Sin dejarnos cruzar palabra nos incomunican en diferentes celdas y comienzan los interrogatorios. Supongo, por las primeras palabras de los policías, que Carmen ha cantado. De nada le sirvieron mis consejos. Ha dado el nombre de Esteban y en casa de éste su esposa facilitó mi dirección. Al compañero que trabajó conmigo en el robo no han podido localizarlo; ni siquiera el jefe sabe en dónde vive.

Yo no digo palabra, aunque imagino que no va a servir de mucho, pues saben perfectamente lo que ha sucedido. Pretenden de mí que les proporcione el paradero del hombre que me acompañó.

—Lo siento, no sé nada —les digo.

—Es inútil que niegues, dentro de un rato pasará a reconocerte la dueña de la casa. Dinos dónde está tu amigo.

—No sé de qué me hablan.

Trato de ganar tiempo, pero no lo consigo. Antes de lo que yo esperaba entra en la Comisaría la mujer, que no duda un segundo en reconocerme como uno de los hombres que se llevó su dinero...

—Es éste, sin duda. Precisamente él llevaba la voz cantante y aseguró que eran policías... Habráse visto caradura mayor... Llegó a decirme que se presentara aquí mi marido, que ustedes le devolverían el dinero. Según él, sólo se trataba de unas diligencias.

La mujer está enfurecida, y todavía se pone más cuando digo que no sé dónde está el dinero. Reconozco, porque no me queda otro remedio, que soy uno de los falsos policías, pero, dado que mi compañero no aparece e ignoran su paradero, creo conveniente decir que ha sido él quien se llevó la caja.

—Habíamos quedado en reunimos esta tarde en un café para repartir. Sólo él y yo somos responsables de lo sucedido; mi mujer no sabe absolutamente nada.

—Pero usted conoce a Esteban, ha trabajado en otras ocasiones para él.

—No puedo negar que le conozco; pero él no tiene ni idea de este asunto. He sido yo el que lo planeó, de acuerdo con la sirvienta.

—¿Cuánto dinero había en la caja...?

Trata de envolverme, de equivocarme, para después echarse encima.

—No lo sé. Le he dicho que hasta esta tarde no pensábamos repartírnoslo entre mi compañero y yo... Esteban y mi esposa son inocentes, de eso pueden estar bien seguros.

Una y otra vez insisto en los mismos puntos con la intención de no desviarme de ninguna manera. ¡Estaría bueno que María se vea ahora envuelta en este asunto...!

Poco a poco me van apretando los tornillos y, ante mi negativa a proporcionar otros datos, me golpean con una porra de goma en los dedos de las manos...

—Danos la dirección de tu compañero.

—Les repito que la desconozco.

Durante más de dos horas sigue el interrogatorio. Imagino que también habrán tratado de sonsacar a Esteban sobre el paradero de mi compinche, pues de otro modo no insistirían conmigo. Durante dos días continuamos en Comisaría. He dado un nombre falso del compañero huido y, con toda la seriedad de que soy capaz, les aseguro que jamás he sabido en donde vive. Al tercer día a Esteban y

a mí nos ingresan en la prisión de Las Comendadoras; a Carmen y María las internaron en la cárcel de mujeres de Ventas... María ha podido llevarse a la niña; según la ley, los hijos menores de cinco años pueden vivir con su madre en la prisión.

Nos procesa el Juzgado Militar de Alcalá de Henares. Esta mañana se lo han comunicado a Esteban y espero que muy pronto me lo digan a mí. Lo sé por medio de terceros, porque he sido incomunicado en el llamado «túnel», un subterráneo donde están los penados a muerte, los castigados y los peligrosos. Durante los primeros días no podré salir al patio; después, depende de mi comportamiento. La prisión es un antiguo convento situado en la plaza de las Comendadoras, abarrotado de presos, la mayor parte acusados de delitos de tipo político.

Hace una semana que estoy aquí. Hoy me han dicho que el sumario está montado por robo y tenencia ilícita de armas. Registraron nuestra casa y, además de la vieja pistola del 22, encontraron el dinero que me había correspondido en el reparto, más quince mil pesetas que guardaba mi compañera. A Carmen la sorprendieron con las veinte mil pesetas y está procesada como autora indirecta del robo. A Esteban le han dado libertad provisional y está pendiente del juicio. Sin embargo, María será procesada como cómplice. Si fuera mi mujer no sufriría proceso, pero al no legalizar nuestra unión, no le será posible hurtarse a la acusación. Ella vive conmigo, debe conocer mi vida y actos y es responsable indirecta de lo que yo hago.

Esta mañana he salido al patio. Llevo diez minutos paseando, con las manos en los bolsillos, atento a la estructura del edificio y a la vigilancia. Veo soldados armados en las zonas elevadas y funcionarios en todas partes; de aquí no me será fácil evadirme. Las paredes son gruesas y altas; las puertas, pocas, y hasta ahora no he visto ninguna que comunique con el exterior o con algún departamento que dé a la calle. Un joven preso se me acerca y me llama por mi nombre.

—Sí, soy Julián. ¿De qué me conoces...?

—He sido internado hace dos días. Soy amigo de tu jefe; dice que no se olvida de tu comportamiento y que te ayudará en cuanto pueda. También me encarga que te entregue esto...

El muchacho mira en derredor y, al comprobar que nadie nos observa, me alarga un fajo de billetes. Sin contarlos los guardo en el bolsillo.

—Son dos mil quinientas pesetas. Dice que cuando necesites más aproveches cualquier ocasión para comunicárselo. El piensa mantenerse en contacto contigo.

Hago ademán de sacar dinero, pero el muchacho me detiene.

—Gracias, no me hace falta. Tengo suficiente.

—¿Por qué te han apresado?

—Robé unas maletas en la estación. Es un trabajo que he hecho más de una vez, pero en ésta me llevé las de una señora y contenían joyas de bastante valor; denunció el asunto y se ha chivado el que consideraba mi mejor amigo. ¡Cuando salga me las pagará...!

—Olvídate de él. Si tuviéramos que liquidar a todos los soplones no dejaríamos de darle al gatillo. Hombre..., yo no te digo que una buena paliza... Pero hay que hacerlo con prudencia, sin testigos... No merece la pena que te vuelvan a encerrar por partir la cara a un soplón.

«El Maletas» es mi mejor amigo en los meses de encierro en Las Comendadoras. Le he puesto este apodo porque en la cárcel no se acostumbra a llamar a nadie por su nombre. A él no le parece mal que le denominen así; hasta parece orgulloso. Con el dinero que ha traído y algún otro que

consigue pasar Esteban mejoramos nuestra ración de comida, que buena falta nos hace. Hay mil maneras de comprar pan, verduras y hasta un plato de sopa; la más sencilla es cambiarlo por tabaco o dinero. Algunos consiguen meter grifa y comercian con ella, pero la vigilancia es, en este aspecto, muy intensa y los castigos rigurosos. Una noche me dio por probar un cigarrillo de grifa en los dormitorios; sabía a demonios y tuve que tirarlo. No entiendo qué encuentran algunos en ella; dicen que tienen sueños hermosos, que desaparecen los dolores y preocupaciones. Para mí es todo cuento o sugestión, y en lo que se refiere a mi única experiencia me pareció un tabaco malo, por supuesto mucho peor que los «Ideales». La grifa, para los moros...

Han transcurridos dos meses, cuando me trasladan a la prisión de Alcalá de Henares, la antigua y temible «Galera». También recluyen en la prisión de partido, habilitada para mujeres, a María y a Carmen, pendientes ambas del juicio que se va a celebrar en este pueblo. Intento que me dejen hablar con mi mujer, pero no lo logro. Sé que está preñada, a la espera de nuestro segundo hijo. El director de la cárcel, un hombre bastante amable, me dice que María se encuentra bien, aunque desanimada y con ganas de salir a la calle. Mi madre, que se ha enterado de lo sucedido, pudo visitarla y me envía una carta en la que cuenta toda la conversación. Asegura que la niña le ha preguntado por mí y que María no quiere oír mi nombre. Me considera culpable de su desgraciada situación.

Ya pasaron cuatro meses desde el día en que la Policía llamó a casa. Estoy en mi celda estudiando la forma de fugarme, y por más vueltas que le doy no hallo la manera siquiera de intentarlo. Más que por mí me preocupa por mi mujer, que dice bien cuando me juzga responsable de lo que está pasando; y me preocupa por mi hija, condenada también a vivir en una cárcel. ¿Qué puedo hacer...? Un funcionario abre la puerta y me llama por mi auténtico nombre. Doy un respingo a la espera de sus palabras.

—Has sido reclamado por el Regimiento Galicia, de Jaca para comparecer a la celebración de dos Consejos de Guerra, el uno pendiente por deserción y el segundo por robo de dinero y alhajas a un soldado.

JACA, 2 DE ENERO DE 1941

En la oficina de la prisión civil de Jaca, un oficial apunta en un libro mis datos personales y la fecha de ingreso; hoy es 2 de enero de 1941. Me imagino que me han traído aquí, y no a los calabozos del Regimiento, porque esta cárcel goza fama de segura. La he examinado al descender del coche con gran atención, procurando guardar su imagen en mi memoria. Es un edificio pequeño, con ventanas enrejadas a la calle y sin recinto. En las torretas cuento hasta cinco soldados, armados de mosquetón; veo otro en la puerta principal, y supongo que en el interior habrá por lo menos tres o cuatro funcionarios. La carencia de recinto me anima. Las celdas dan directamente a la calle; la posibilidad de fuga no se debe descartar.

—¿Sabes que vas a ser reo en dos Consejos de Guerra?

—Me lo han dicho en Alcalá. Lo que no me explico es la acusación de robo a un soldado... Aquel chico estaba completamente borracho cuando me fugué; ha podido romper el dinero o dárselo a alguien...

—Bien, bien; eso a nosotros no nos interesa. Habrás de contárselo al fiscal.

Estoy en una celda comunitaria y muy contento de ello, porque así no me faltará conversación. Aunque todavía no es de noche, me cubro con la manta que he traído y releo la última carta de María. En ella dice que ya me había advertido de adonde nos conducirían mis «calaveradas»... «Ya ves, Julián, embarazada de un mes y a la espera de juicio... ¿No es para lamentarse...? Afortunadamente no nos falta comida, pues me dan dos raciones, en atención a mi estado, y otra para la niña... Nadie sabe cuándo nos juzgarán. Una presa me ha dicho que, como las cárceles están llenas, hay juicios que tardan dos y más años... Dime si es verdad. Tu madre me ha visitado y dice que en la última carta le has pedido que no te envíe nada, que si dispone de algún dinero me lo dé a mí. Te lo agradezco, porque sé que en estos momentos falta comida en todas las cárceles, pero todo se pudo evitar si me hubieras hecho caso a tiempo. Mi porvenir no puede ser más oscuro; no te puedes imaginar lo que sufro al pensar que, si esto se demora, nuestro hijo nacerá en la cárcel... Porque será niño, sabes. Te abraza, María».

Me levanto del petate, cojo la carta y la rompo en pedazos. Después tiro con sentimiento los papeles en un rincón. Es la primera vez que veo todo negro, sin un camino que elegir; más bien, con la casi certeza de que cada día la vida de mi mujer y la mía se van a complicar más.

—¿Cómo te llamas?

—Julián.

Es un compañero de celda que me ha visto romper la carta. Debe de suponer por mi gesto las que estoy pasando, porque me echa una mano sobre el hombro, tratando de animarme.

—¿Necesitas algo?

—Por ahora, nada; gracias.

—Si vas a estar aquí mucho tiempo comprobarás que es una de las cárceles donde hay más compañerismo. Somos cerca de setecientos. La mayoría son huidos que cuando trataban de pasar los Pirineos fueron capturados; son presos políticos. Aquí hay algunos peces gordos, con nombres supuestos, que tienen serias responsabilidades; a estos puedes escucharlos, pero conviene preguntarles poco; no te responderían.

—¿Qué tal es la comida?

—Todavía peor que fuera. Nabos, coles, algunas patatas, poca cosa. Nos corresponden diariamente ciento cincuenta gramos de pan; hay días que no lo tienen y en su lugar nos dan cuatro o cinco higos secos. Ya sabes, estamos viviendo los años del hambre. No podemos quejarnos; en estos momentos faltan alimentos en todo el país. Tú vienes de la calle y sabrás algo de eso...

—Tienes razón. Hay días que no consigues comida ni del estraperlo. Dime otra cosa: ¿Ha habido fugas aquí?

—Es muy difícil, pero algunos lo han conseguido. Después nos enteramos de que cruzaron la frontera, por los montes de Visaurín, Somport o Panticosa. Aunque están muy vigilados, es imposible dominar todos los barrancos y desfiladeros. Los presos políticos reciben importantes ayudas al otro lado de la frontera y los sitúan en Pau, Toulouse, Burdeos o Marsella; para los comunes todas son dificultades, ni los franceses ni los españoles del Sur de Francia los quieren y son detenidos en cuanto cometen la mínima, o acaban por volver y caen aquí. ¿Tú eres común...?

—Sí.

—Pues olvídate de Francia y de la posibilidad de evasión; yo también lo soy y me he tenido que

convencer de que no hay nada que hacer. Cuando entraste me dijo un vigilante que eres especialista en fugas; no sé si aquí podrás ejercitar tus habilidades, pero sospecho que no; de todos modos, si se te ocurre algo bueno cuenta conmigo. Me llamo Fidel y puedes confiar en mí. No lo hagas con todos; son muchos los que te delatarían si se enteran de que quieres largarte.

Además de Fidel, junto a mi petate se acuesta Antón, un gigante con aspecto de subnormal que, en una discusión, mató a su padre; «El Mesié», falsificador de documentos, pasaportes, actas de matrimonio, partidas de nacimiento y de todo lo que le echen; con el tiempo comprobaré que «El Mesié», llamado así porque comenzó a «trabajar» en París cuando tenía diecisiete años, es tan bueno como Esteban en documentos oficiales, aunque no se especializara, como mi ex jefe, en la preparación de guías de ganado; Pedro, un contrabandista de un pueblo cercano a la frontera, con fama de avaro y mal compañero; Pedro maneja el dinero a espuestas y nos enseña los billetes con la insana intención de darnos envidia, después los dobla en cuatro trozos y los mete en una cartera de cuero que guarda debajo de la camisa; es tan malvado que prefiere tirar la comida que le sobra al retrete antes de dársela a un compañero; el quinto personaje de mi círculo íntimo es José, un rojo silencioso con cara de mala leche, según dicen por aquí especialista en «paseos». De José se cuentan cosas terroríficas; entre otras, que en una noche él solo mató por la espalda a siete personas de su pueblo; vive aterrorizado, con miedo a que un día le den una puñalada, pues le despreciamos todos, comunes y políticos. Aquí se admiten todas las ideas y se perdonan y olvidan los malos pasos de un compañero; hay asaltantes de bancos, expertos en explosivos y hombres que mataron a la novia o a otros hombres en un tiroteo; todo ello forma parte del que ha elegido el riesgo como camino o el que ha tenido un mal paso, un momento de obcecación, un arrebató o un ataque de locura; lo que no se tolera es al asesino nato, que mata por matar, de la calaña de José. Por último he hecho amistad con un muchacho de veinte años que fue detenido cuando lo sorprendieron gastándose la recaudación de un edificio público de Huesca, en el que trabajaba. Es un novato, arrepentido de lo que ha hecho y que supongo le servirá de escarmiento y no volverá a delinquir. Su mayor preocupación es que no ha tenido noticias de la novia que dejó en Huesca. Me ha hablado de su problema más de una vez. Le llamamos Pepe. Yo duermo a su lado y desconozco sus apellidos, que trata de ocultar como si con ello pudiera alejar el fantasma de su falta.

Llevo dos meses en esta ratonera. He dibujado un calendario en la pared y cada mañana, al despertar, lo primero que hago es poner una raya en el cuadrado del día que inicio; por la noche trazo otra raya, que forma una cruz con la de la mañana, símbolo que me reconforta y dice que me falta un día menos para salir. Me inquieta no saber cuándo se van a celebrar los Consejos de Guerra ni qué condena me espera. Es desesperante la sensación de que las horas no se mueven, que el futuro es algo en lo que no tenemos parte. Yo leo cuanto puedo, y ahora ha caído en mis manos un libro de otro ilustre preso que alegra mis horas vacías. Se trata de unos entremeses de Francisco de Quevedo en los que pone toda la vida interior y el sarcasmo del que, como él, ha tenido tiempo para cavilar. Siempre he pensado que los que somos carne de cárcel tenemos ventaja a la hora de narrar lo que pasa por nuestra imaginación. No son pensamientos fugaces; nacen, se desarrollan y maduran con lentitud. No se nos escapan para dejar paso a otros o porque tengamos prisa; están con nosotros día tras día, noche tras noche, a lo largo de meses y, en ocasiones, años. Yo podría escribir mis pensamientos o, lo que es lo mismo, escribirlos no con tanta perfección y gracia como el ilustre

clásico miope, que por cachondearse de su protector, el Conde Duque de Olivares, unió a sus muchas experiencias carcelarias, la más cruel de todas, los cuatro años de encierro en San Marcos de León. Yo leo porque me gusta, para distraer la soledad y porque acaso algún día me dé por hilvanar en libro las notas sueltas de un diario, hecho a ráfagas, en el que cuente, como Quevedo, lo que viví y me aconteció. Sus «Premáticas, desenfados y entremeses», que es el título de la obra que cayó en mis manos, está impreso el 25 de mayo de 1929, y habla del tiempo, de los necios, de la Corte, del matrimonio y hasta de los cornudos. Yo toco madera y hasta hierro, porque si algo cabrea al que vive forzosamente separado de su novia, su mujer o su amante, es que le mencionen la maldita cornamenta.

Cuando no leo o no escribo juego al parchís. Las cartas están prohibidas, pero hay expertos en dibujar barajas y cuando los vigilantes no están cerca nos jugamos unas pesetas o la ración de pan; formamos un corrillo en el patio o en los dormitorios dejamos a dos o tres la misión de alertar cuando se acerca el funcionario y se forma la timba. Un estornudo repetido quiere decir que hay peligro; entonces cada uno coje sus cartas y las guarda como puede. Yo he visto a Pepe pasarlas moradas un día que estuvo a punto de sorprendernos el vigilante; a todos nos dio tiempo de levantarnos y esconder las cartas. Pepe, que iba ganando, se entretuvo más de lo necesario en recoger sus ganancias y cuando quiso darse cuenta, el vigilante estaba a dos metros de él observándole. Entonces tomó una decisión heroica: se llevó la mano a la boca y se tragó ocho cartas y algunas monedas. El vigilante imaginó lo que había sucedido; le mandó abrir la boca y se la revisó como si fuera un veterinario; pero ya era tarde; lo que buscaba estaba en el estómago de mi compañero.

Esta mañana hay cierto revuelo en la prisión. Yo noto el ambiente tenso y cierto nerviosismo tanto entre internos como entre los vigilantes.

—Ha habido una fuga y están a punto de estallar. Conviene estarse quietos y no irritarlos —me dice Fidel.

Se han ido cuatro presos en la madrugada. Me dicen los nombres, pero no conozco a ninguno. ¡Lástima que no hayan contado conmigo! Trato de saber cómo se ha producido la evasión, pero nadie, por el momento, sabe nada.

—¡Al patio, vamos al patio, todos!

Nos forman en filas, después de cachearnos. Los vigilantes preguntan uno por uno si saben algo. Nadie dice una palabra.

—Se han escapado cuatro hombres. Y no han podido hacerlo sin la ayuda de alguno de vosotros. El que sepa algo que hable, porque si no vais a pasarlo mal todos.

El mismo silencio. Después nos interrogan en las oficinas y nadie dice una palabra. Deben comprender que los que huyeron lo hicieron por su cuenta y riesgo, porque no se toma ninguna medida disciplinaria. Únicamente esta tarde nos meten antes en los dormitorios y se refuerza la vigilancia. Durante el día el silencio en el patio ha sido sepulcral; por la noche se oye la respiración de los compañeros en el dormitorio.

Por la mañana, un funcionario entra con gesto triunfal. Todos sospechamos lo que ha sucedido y son innecesarias sus palabras.

—Han sido apresados los cuatro. No pudieron ir muy lejos. Cuando se acercaban por la montaña a Canfranc los capturó la Guardia Civil.

Los días siguientes sólo se habla de la fuga en todas partes. Hay como un ambiente propicio a un

nuevo intento, a pesar del fracaso de los cuatro. Dos muchachos, con los que no había cruzado palabra, se acercan con disimulo a mí en el patio.

—Julián, queremos hablar contigo.

—Vosotros diréis.

—Nos han dicho que eres un maestro de la evasión. Nosotros estamos preparando una fuga y queremos contar contigo. Si estás de acuerdo vete esta tarde, a las cinco, a los retretes del patio. En caso contrario será mejor que no digas una sola palabra o tendrías que lamentarlo.

—A mí con amenazas, no. No soy un soplón. Dejarme pensarlo; yo quiero largarme, pero no lo intentaré hasta que vea las cosas muy claras. El que fracasa una vez difícilmente tendrá ocasión de volver a intentarlo.

—Nosotros estamos decididos. Piénsalo con calma, y, ya sabes, a las cinco.

—De acuerdo.

Me alejo procurando no levantar sospechas. Hay que pensarlo mucho y, sobre todo, conocer los planes de los que preparan la fuga. No tomaré una decisión hasta que hable con ellos. En caso que lleguemos a un acuerdo les diré que cuenten conmigo y con Fidel, que más de una vez me ha dicho que no lo olvide el día que me largue. A las cinco entro en el retrete. Segundos después lo hace un hombre, que conozco únicamente de saludarlo. Se me queda mirando y al principio no dice nada. Sé que se llama Sebastián, que lleva bastante tiempo aquí... Más de una vez le he visto con los que me hablaron esta mañana. Aparenta unos cincuenta años, es muy delgado y bajo, un hombre aparentemente insignificante, pero su mirada dice mucho en favor de él. Lo imagino inteligente, calculador, decidido...

—Hola, Julián...

—Hola.

—Esta mañana no he querido hablarte yo, porque ya hace tiempo que algún soplón les ha debido decir que quiero fugarme y no dejan de vigilarme. Ya sabes de lo que se trata.

—Si eres hombre muy vigilado no va a ser fácil...

—... Está todo estudiado. ¿Has decidido?

—No lo haré hasta que sepa los detalles.

—Me parece bien; yo haría lo mismo. Hay un lugar del muro, con muy poca vigilancia... El soldado más próximo está a cincuenta metros y la luz es escasa. Tenemos guardado un cajón para subir al muro...

—¿Y cómo pensais llegar hasta él...?

—Hay un cuarto donde se guarda la leña. Hice copia de la llave; tardé más de dos meses en prepararla... Ya la he probado y funciona perfectamente. Lo más difícil es colarse en el cuarto; hay que hacerlo cuando salimos del patio, quedando entre los últimos. Tres compañeros, que no piensan fugarse, están dispuestos a ayudarnos para entretener a los vigilantes y a escalar el muro. Son chicos que saldrán dentro de poco y no quieren exponerse.

—¿Son todos gente de confianza?

—De total confianza. La prueba es que lo estamos preparando desde hace tres meses y nadie sabe nada. Fuera de los que estamos en ello, eres el primero en enterarte. Me han hablado bien de ti y puedes sernos útil.

—Yo soy partidario de las fugas en solitario, pero si es como dices, de acuerdo. ¡Chócala!

Con un apretón de manos cerramos el pacto.

—¿Cuándo...?

—Esta noche.

—Tengo un amigo que también quiere irse; es buen muchacho, no dirá una sola palabra. Se llama Fidel...

—Lo conozco. Somos muchos y no debemos aumentar el cupo.

—Le prometí que cuando decidiera fugarme contaría con él...

—Es imposible; la fuga ha sido planeada de tal manera que una persona más podría echar todo por tierra.

Insisto una vez más, pero Sebastián deniega con la cabeza. Entonces le digo que si mi amigo no participa, yo tampoco lo haré, aunque les ayudaré en lo que pueda. Han pasado dos o tres minutos desde que entré en el retrete, y para no levantar sospechas acordamos salir, primero él y después yo.

—Suerte —le digo.

—Gracias. Si cambias de opinión, contamos contigo.

La fuga ha tenido éxito. Como estaba previsto, Sebastián y los suyos pudieron saltar el muro y huir. Los funcionarios no se enteraron de su falta hasta que pasaron unas horas, lo que ha contribuido a que les diera tiempo a ponerse lejos de su alcance. Otra vez a formar, los cacheos y el nerviosismo. El director me llama a su despacho. Dice que no le extrañaría que yo estuviera de acuerdo con los que huyeron. Una y otra vez niego y le lanzo un desafío:

—A ver si conoce usted a una sola persona que me haya oído hablar con esos hombres. Puedo asegurarle que ni siquiera sé quiénes son. Me enteré hace media hora, cuando nos ordenaron salir al patio para los cacheos.

—No tengo certeza de lo que digo; se trata tan sólo de una sospecha. Lo que sí quiero advertirte es que como se te ocurra formar parte de algún intento de evasión serás castigado duramente.

Han aumentado la vigilancia. Lo compruebo desde la ventana de mi dormitorio: en la calle hay por lo menos cuatro o cinco soldados más que no cesan de andar en torno al edificio. El director parece seriamente preocupado y también es fácil adivinar la inquietud entre los funcionarios. La cárcel en los últimos años tenía fama de segura, y ahora, en poco tiempo, se producen dos fugas. El éxito de la última anima a otros grupos a nuevos intentos; en los dormitorios, en los retretes y en el patio, cualquiera que no sea un profano puede advertir que hay algo sutil y tenso en el ambiente. Este viejo edificio, metido en el mismo centro de Jaca, que ha debido ser convento o sede de algún organismo oficial, a juzgar por su estructura y dimensiones, encierra en estos momentos las ilusiones de por lo menos medio centenar de reclusos dispuestos a la aventura de la evasión. Hoy mismo, a la hora de comer, me tentaron unos presos políticos que dicen haber ultimado una fuga con todas las seguridades. No les he hecho ni caso; si fueran delincuentes comunes quizá les habría prestado atención, pero los políticos carecen de experiencia y, aunque creen que todo está calculado, es difícil que no dejen algún cabo suelto que dé al traste con sus proyectos.

Cenamos en los dormitorios. El caserón carece de comedor y normalmente lo hacemos en el patio, pero llueve insistentemente y han creído oportuno que comamos aquí. A mi lado se sienta el que ayer intentó convencerme de su idea de fuga. El plan parece bueno, pero yo cada vez me voy

haciendo más a la idea de que me iré solo, en el momento que lo crea oportuno. Esta psicosis de fuga tiene en vilo a nuestros vigilantes y supongo que, además de los que están al cuidado del edificio, en el pueblo y alrededores habrá muchos más. Los que se quieren ir son cuatro y duermen en la parte alta. El edificio consta de una zona baja, que da al patio, mucho más amplia y en la que están la vivienda del director, las cocinas, el almacén y las dependencias del cuerpo de guardia. Después hay un torreón de tres alturas, donde se encuentran la mayor parte de los dormitorios; el torreón es antiguo, pero recio, y tiene un reloj que da a la calle. Los cuatro fuguistas duermen en el tercer piso. Su ventana da a los tejados de unas viviendas vecinas.

Hoy es martes. La fuga tendrá lugar en la madrugada del sábado. Han serrado ya en casi todo su diámetro los barrotes. Uno de los que piensa escapar me ha dicho que dejan unos milímetros para que los funcionarios no se den cuenta de lo que están haciendo.

—También tenemos la cuerda para descender al tejado. Mide seis metros y es más que suficiente —me dice el que trata de unirme a la aventura, que no cesa en su intento de convencerme.

—Te lo agradezco mucho, compañero, pero no me voy. No me sería fácil subir por la noche a vuestra habitación y es posible que al intentarlo descubrieran el plan. Espera unos segundos, que te voy a dar una cosa que puede resultaros útil —le digo.

Entro en los servicios y saco del bolsillo una bola de masilla hecha con miga de pan; la froto con la cisterna oxidada y la masa va adquiriendo un color pardo, sucio y homogéneo. Cuando creo que tiene el tono que conviene regreso al patio y se la entrego.

—Sabrás que han pillado a muchos fuguistas cuando tenían los barrotes a medio serrar. Unta con esto los que estais cortando. Incluso podéis dejarlos serrados del todo bien pegados. Cuando os vayais no tenéis más que empujar un poquito.

—¿No se notará...?

—Imposible. Es un viejo truco. El color de la masilla es exacto al del hierro oxidado de los barrotes.

—Haremos lo que dices. Si conseguimos pasar a Francia buscaré el modo de hacerte llegar una carta con mi dirección, por si algún día decides ir.

—Es posible que cuando llegue tu carta yo no esté aquí.

—¿Tan pronto piensas irte?

—En cuanto me surja la primera oportunidad de hacerlo. Estoy cansado de esto.

—¡Que tengas suerte!

—Lo mismo digo.

Estos días vivo la inquietud solidaria de la fuga de los cuatro hombres. Sé el riesgo que corren, la posibilidad de chivatazo de alguno de los que se ofrecieron para sujetar la cuerda, cualquier fallo en la preparación, y me preocupa que fracasen tanto como si participara yo. El muchacho que quería que les acompañase me saluda en el patio, aunque procuramos que no nos vean mucho tiempo juntos. Ha utilizado mi masilla y dice que el resultado es sorprendente: ya serraron los barrotes y aun observándolos de cerca no se nota nada.

Estoy hablando con él cuando me llama a voces un funcionario. Trae algo en la mano para mí; parece un sobre. Efectivamente es una carta, con el remite de la cárcel de mujeres de Alcalá de Henares. ¡Cómo pasa el tiempo...! María dice que está encinta de siete meses... «Me fatigo mucho,

cada vez me muevo peor. ¿Qué te parece si envío la niña al pueblo, con tu madre? Mándame lo antes posible un documento firmado para que pueda poner tu apellido al niño que va a nacer...». Hoy mismo le contesto. Me parece bien que mi hija vaya a El Arenal, pues, aparte de María, nadie la cuidará mejor que mi madre; pero es imposible atender la segunda petición. El domingo pasado, al acabar la misa, hablé con el fraile para pedirle el certificado, y me ha dicho que no me lo da porque no estamos casados por la Iglesia. Los matrimonios celebrados en la zona republicana, no ratificados por la Iglesia al término de la contienda, no tienen efectos legales; por tanto, habré de casarme. El fraile dice que puede unirnos por poder, pero me he negado en redondo; si no dejan venir aquí a María no daré un solo paso. Ya nos casaremos cuando estemos los dos en libertad...

La noche del sábado no duermo un solo segundo. Poco a poco se ha ido quedando silencioso el dormitorio; algunos roncan con estruendo; otros se mueven entre las mantas con la inquietud de pesadillas. En este momento soy el único consciente de todo este montón de condenados. Miro en derredor y la luz de la luna, que se cuele por el ventanuco, me permite divisar en la penumbra el aspecto del dormitorio. Es mi remanso de paz en las veinticuatro horas del día. Ahora, los cuatro fuguistas esperarán a que el silencio sea total para llevar a cabo sus proyectos. Posiblemente todavía no han quitado los barrotes de la ventana. Dejarán pasar una, dos o tres horas, para estar seguros de que no les sorprenderá algún centinela al que dé por revisar los dormitorios. Yo sigo en vela, sin sueño, tratando de adivinar las emociones de los aventureros que están a punto de iniciar, dos plantas arriba, los primeros pasos de un plan que pude compartir. No me pesa no hacerlo. Miro hacia la ventana, observo dos estrellas, una diminuta, la otra grande y brillante, y les deseo suerte. Serán las tres o las cuatro de la madrugada cuando oigo un ruido sordo. ¿Les habrán sorprendido...? Pasan los segundos y otra vez el silencio es total. Si les han visto los soldados o los funcionarios escucharía la voz de alto o algún disparo, y pasan los minutos y las horas y nada se mueve ni se oye una pisada. El ruido puede haber sido ocasionado por alguna teja que se ha desprendido. Espero que los cuatro ya estén lejos...

Entran los vigilantes y nos despiertan a todos. Me cuesta desperezarme; apenas he dormido en toda la noche y ahora había cogido con ganas el sueño.

—¿Qué pasa...? —Preguntamos todos.

—Oiga, ¿por qué nos despiertan...?

Yo imagino el porqué, aunque no digan nada. Habrán descubierto los barrotes serrados, la cuerda colgando de la ventana..., aunque es demasiado pronto. Salimos pronto de dudas. Al tiempo que nos cachean un funcionario dice que ha habido fuga: tres hombres consiguieron huir y los están buscando; el cuarto cayó sobre el tejado, al romperse la cuerda, y parece que se ha fracturado las piernas... No le ha sido posible escapar, era el último del grupo...

—Lo está observando un médico. Tiene unos dolores horribles —nos dicen.

A mí me suponen complicado con los evadidos. Me vieron en el patio con uno de ellos, precisamente el que se le rompió la cuerda. El director y otros funcionarios me interrogan y niego que tuviera idea de que iba a producirse la evasión. Hablé con ese chico como con otros muchos.

—De verdad, no sabía nada —les digo.

Me encierran e incomunican en una celda de castigados. No se tragan lo de mi inocencia y me tendrán aquí quién sabe para cuantos días. No recibo cartas, ni visitas, ni puedo salir al patio.

También me reducen a la mitad la ración de comida. La celda carece de lavabo y no puedo salir al exterior... Tiene, en un rincón, un pequeño retrete, que es, con la manta, el único lujo. A las seis de la mañana me piden la manta; no quieren que pase el día durmiendo. Por la noche, cuando traen la cena, me la vuelven a entregar, y así día tras día. Pregunto cuánto tiempo va a durar el castigo; el funcionario dice que si me porto bien podré salir cuando cumpla veinte días.

Al principio protesté, porque no me dan agua para lavarme y por el número de piojos que cubren mi cuerpo, pero cambio de táctica inmediatamente: me muestro silencioso, hago lo que me mandan, como lo que me dan, no creo problemas... Parecen sorprendidos, ya que tengo fama de díscolo y follonero; después se acostumbran a mi comportamiento. Con ello consigo salir antes de lo previsto; un día, a las once de la mañana, cuando los compañeros juegan al frontón o pasean por el patio, se acaba la celda de castigo. La luz me ciega los primeros momentos, tengo que tapar los ojos con la mano y habituarme poco a poco a ella. El contrabandista me habla:

—Has desmejorado bastante. Procura recuperarte, porque así no irás a ninguna parte. ¿Tienes dinero...?

—No.

—Puedo ayudarte. —¿Tú...?

Me sorprende su ofrecimiento. Es el hombre más usurero de toda la prisión, a pesar de que se ha hecho rico con el estraperlo. Yo lo he visto dar las sobras de su comida al que le limpiaba los platos... Si me ofrece dinero será por algo, porque este ambicioso inmundo no puede regalar nada.

—¿Qué quieres a cambio? —le digo.

—Tú eres hombre culto, sabes leer y escribir, ¿no es así...?

—Culto no soy, pero sí leo y escribo.

—Yo no sé ninguna de las dos cosas. Lo único que te pido es que me pases las cartas para mi mujer.

El tándem se consolida. He observado el gesto de desagrado de mis compañeros de dormitorio, que no quieren saber una palabra de Pedro, pero no me parece faltar al compañerismo escribir las cartas de este cerdo. Además, me ayudará a mis planes... Es necesario que me recupere rápidamente, que coma con abundancia, y gracias al dinero del contrabandista puedo comprar la comida de otros compañeros, que prefieren el tabaco o el vino que entra clandestinamente. Todo lo condiciono a una única meta, la fuga, que toma cuerpo en mi imaginación y que, en su planeamiento, perfecciono día tras día. Me esmero en no crear problemas, en ser el más disciplinado, en llamar la atención de los vigilantes no como hasta ahora, por violento o desobediente, sino por mi trato afable y disposición a ayudarles en todo.

El plan da resultado. Me han hecho cabo de la limpieza y me muevo con mucha más libertad por las dependencias de la prisión. Incluso puedo entrar en un cuarto de la planta baja, donde guardan las escobas y otros útiles de limpieza. También almacenan en la dependencia alimentos que compran en grandes cantidades, tales como grano, patatas y alubias. Mis compañeros deben pensar que estoy loco y ninguno se imagina el porqué de mi comportamiento. No les he vuelto a decir una palabra sobre la idea de fugarme, porque no me fío absolutamente de nadie. Sé que son buenos muchachos, y la mayor parte de ellos, prudentes pero aquí la única diversión es hablar, comentar, murmurar y es muy difícil guardar un secreto, casi imposible. Uno le cuenta sus planes a otro; ése, a otro, y puede

que este último a un cuarto, que es el soplón que desbarajusta todo. Yo me he enterado en ésta y otras cárceles de fugas que tenían todas las posibilidades de seguir adelante; un día llegan los funcionarios, cachean a los presuntos fuguistas, les interrogan y acaban por cantar... No quiero que me suceda lo mismo; llevo demasiado tiempo aquí. Me lo recuerda la última carta de mi mujer, en la que cuenta que le faltan quince días para dar a luz. Ya no hay remedio: el niño nacerá en la cárcel...

—Corral, mañana se celebra tu primer Consejo de Guerra. Serás trasladado al cuartel del Regimiento.

Hablo con el teniente que me va a defender, el mismo que lo hizo la vez anterior, un hombre con fama de entendido y de poner toda su voluntad al servicio de los defendidos. Ha llegado un fiscal de la Capitanía de Zaragoza; preside el coronel del Regimiento y los vocales son capitanes. Me dicen que cada cuatro o cinco meses se celebran Consejos de Guerra. El mío tiene lugar el mismo día que el de algunos soldados que han delinquido en el Regimiento. El fiscal lee mis antecedentes penales y policiales, sin omitir detalle. Después narra mi desertión y las circunstancias que la rodearon... Saben más de mí de lo que yo podía suponer.

El teniente hace una defensa maravillosa y contrarresta hábilmente las acusaciones. Me pregunta el presidente si tengo algo que alegar, y repito lo que ha dicho mi defensor: que no se ha tratado en realidad de una desertión; ingresé en la Legión poco después de abandonar el Regimiento, luché en primera línea de fuego. Intento hablar con la misma convicción de mi defensor, aunque adivino que son argumentos insuficientes para justificar mi huida.

Al día siguiente el defensor me comunica la sentencia: he sido condenado provisionalmente a cumplir lo que me resta del servicio militar en un Cuerpo disciplinario de Africa; también a seis meses de arresto mayor y a pagar doscientas sesenta y nueve pesetas con setenta céntimos. Estamos a 14 de marzo de 1942. El juez me comunica que antes del traslado a Africa habré de purgar todas las responsabilidades pendientes; por tanto, tengo tiempo para preparar la fuga, hasta el segundo Consejo y antes de ser conducido a otra prisión.

Mi hijo nació hace una semana en la cárcel de mujeres de Alcalá de Henares. María me escribe una carta muy cariñosa en la que narra el acontecimiento; lo bautizaron en la capilla de la cárcel; han sido sus padrinos una reclusa y su marido, y fue inscrito con los apellidos de su madre. La noticia es otro acicate a mis deseos de fuga. Lo primero que haré, corra los peligros que corra, es ir a Alcalá y visitar a mi mujer y al niño.

Ahora me muevo por la prisión con relativa facilidad y el nuevo destino me permite buscar los lugares más idóneos para la fuga. Todas las mañanas, otros dos presos y yo sacamos la basura hasta unos metros del portón de salida. Minutos después llega un camión que recoge toda la porquería. Si no encuentro un sitio mejor intentaré aquí la huida, aunque me parece excesivamente arriesgado; jamás faltan de la puerta uno o dos soldados armados y los mismos conductores del camión podrían unirse a ellos en caso de intento de evasión. Acaso sea mejor hacerlo por el cuerpo de guardia; en la mañana limpiamos los dos departamentos del mismo, pared con pared con los servicios y el lavabo. He comprobado que estas pequeñas piezas, que están a unos metros de la escalera que asciende al torreón y de la vivienda del director, tienen un muro de escaso espesor en el que no sería difícil abrir un agujero. Durante una semana observo con detenimiento el lugar. Por el cuarto en el que guardamos las bayetas podría pasar a los servicios...; de éstos a la puerta de la calle hay una pequeña

distancia... Calculo los tiempos entre los soldados que se van y los relevos. Reloj en mano cronometro la operación: son quince o veinte soldados los que llegan, más dos cabos, un sargento y un teniente. Cinco se sitúan en los puestos de vigilancia, hacen los turnos en tres etapas; los que descansan, en ocasiones también recorren el edificio; el relevo tiene lugar a las nueve en punto de la mañana... Los observo desde una ventana y compruebo que, minutos antes de esa hora, los soldados salientes ya están preparados para el cambio. De los cinco soldados de guardia, cuatro se colocan en las esquinas del edificio; el quinto, en el torreón... Transcurren seis minutos y medio, exactamente el tiempo de que dispongo para intentar escapar.

He distraído un pico y un martillo y los oculto detrás de unos embalajes, en el cuarto de la limpieza. Según mis cálculos, con ellos tardaré tres minutos en abrir el hueco que me permita «pasar» el tabique. Para llegar a la puerta y salir a la calle dispongo de tres minutos y medio, doscientos diez segundos...

Fidel es el único que intuye que algo me preocupa. Pensaba hablarle de la fuga, pero según la he preparado no es posible que huyan dos personas. Cuando me cubro con la manta se acerca y dice:

—Julián, ¿qué te traes entre manos? ¿No estarás preparando la fuga...?

—¿Por qué me preguntas eso...?

—Estás raro, no hablas con nadie, pareces impaciente.

—Me han anunciado el segundo Consejo de Guerra... El teniente que me defendió en el otro ascendió y se ha ido. Ya elegí a un capitán y me da pocas esperanzas. Comprenderás que la cosa no es para reír...

—¿Qué día es el Consejo...?

—Pasado mañana.

—¿Por qué no me lo habías dicho...?

—No quiero preocuparte. Bastante tenéis con lo vuestro. ¡Cada palo que aguante su vela...!

—Esa forma de razonar no te va. Antes estabas más animado y pensabas en los demás. ¿No habrá más cosas? ¿Será por tu hijo...?

—Todo influye, Fidel. Llevo una temporada en que no me salen más que problemas.

Pasan los días y nuevamente me presento en el Regimiento para ser juzgado. Del robo sigo estando en negativa, pero mis antecedentes dicen poco en mi favor y el hombre que me va a defender reconoce sinceramente que es difícil que salga bien librado. El primer Consejo que se celebra es el mío; cuando me siento doy la impresión de un hombre derrotado, aunque por mi cabeza circulen más las imágenes de la fuga que lo que me rodea. Oigo que me piden seis años, diez meses y un día por el robo y la evasión, y no parpadeo ni me muevo. Estaba tan convencido de que iban a condenarme, que ya nada me sorprende ni inquieta. Mi mente está en el hueco que pienso abrir en la pared, y me veo a mí mismo cruzando la puerta, corriendo por la calle y, más adelante, por el monte, como un cervatillo libre que salta y brinca por donde quiere, o una liebre, o una perdiz.

La sentencia provisional se queda en la misma petición. Falta ahora el definitivo trámite: el de que Capitanía de Zaragoza envíe la sentencia en firme. Serán dos meses o tres de espera, el último plazo para intentar la fuga. Después ya no habrá nada que hacer...

Cinco o seis veces he fijado la fecha y hora de la evasión y todas ellas, por una u otra circunstancia, hubo que variar los planes. Unas, porque la vigilancia se ha intensificado; otras,

porque en el último momento surgieron contratiempos, y al final, porque cambiaron a uno de los compañeros de la limpieza y el nuevo es un charlatán que cuando acaba su trabajo le da por pegar la hebra conmigo. No quiero despertar su desconfianza, y cuando debía encontrarme picando en el tabique tengo que soportar sus parrafadas. No sé cómo quitármelo de encima; he inventado varios sistemas, desde ponerle mala cara a quedarme silencioso sin responderle, pero el hombre es duro de mollera y no se da por enterado. Esta mañana hago un intento desesperado que puede dar resultado. Cuando acabamos la faena, al recoger la herramienta, me acerco a él muy meloso y le echo la mano encima.

—¿Qué haces, Julián...?

—¿Pero no lo sabías...? —digo, y le acaricio abiertamente.

El no sabe qué hacer.

—¿Si no sabía qué...? —Me mira escamado.

—Que yo soy...

Simulo que me da rubor decírselo, pero él, por mis gestos, ha adivinado a qué me refiero.

—Lo que eres es un gran maricón. ¡Vete a freír puñetas y búscate otro...!

Se va como si hubiera visto al diablo. El truco dio resultado. Respiro hondo. ¡Al fin me lo he quitado de encima...! ¡Qué coñazo de tío...! ¡Mañana intentaré evadirme...! ¡Mira que si me sale de la acera de enfrente y responde a mis requerimientos...! No quiero pensarlo y me río recordando la cara de susto que puso al descubrir mis «intenciones»...

Dormí toda la noche de un tirón. Cuando me acosté me esforcé en no pensar en lo que voy a hacer y he logrado dominarme. Todo sucede igual que los días anteriores... La recogida de los artículos de la limpieza, la llegada de los otros compañeros, el recorrido de las dos dependencias... Sólo varía que el novato no me mira y tiene cara de muy mala leche. Ninguno de los dos nos saludamos y cada uno está a lo suyo. Son las ocho y media cuando acabamos... Se va el pelmazo, yo alargo mi labor y quedo rezagado para recoger el material. El pico y el martillo están en su sitio... Hay que esperar unos minutos; si golpeará ahora los soldados oirían el ruido. Estoy atento al reloj y observo con agrado que no me tiembla la mano. Nueve menos siete minutos... Miro por la ventana, sin acercarme demasiado a ella; justo en ese momento se va a producir el relevo. He de esperar todavía treinta segundos... Estoy pendiente de la pequeña manecilla del reloj...

Tengo ya el pico y el martillo al lado del muro. Justo cuando la aguja señala el paso del medio minuto comienzo a picar, primero despacio y, al comprobar que no he despertado alarma, más fuerte y con prisa. Procuro colocar bien los golpes del pico, no perder un solo segundo... Se han desplomado los primeros ladrillos, se agranda el hueco... Cuando acabo voy bien de tiempo, cruzo con ciertas dificultades el agujero, me acerco a la puerta y siento el aire frío de la calle. Siete de mayo de 1942, nueve menos un minuto de la mañana, hora en punto de mi libertad...

Corro por la calle hacia mi objetivo sin pensar si hay gente o no, como un poseso con la idea tantas veces escrita en mi memoria de lo que he de hacer. Tardarán unos veinte minutos, quizá tan sólo segundos en ver el destrozo en la pared. Visto el uniforme y las botas que compré por ciento veinticinco pesetas a un soldado recientemente encarcelado; así levantaré menos sospechas. Ya en las afueras de Jaca, me encamino por los montes de Navasa hacia Sabiñánigo, a una veintena de kilómetros. Los evadidos huyen a Francia por cualquier paso de los Pirineos y dentro de una o dos

horas la vigilancia por esos puntos será extrema. Esta es la razón de que yo elija, como primera meta, un lugar que imagino no estará vigilado, pues difícilmente sospecharán que huyo en esta dirección. Cerca de Sabiñánigo, entre Olot de Arriba y Olot de Abajo, hay un caserío que, aunque jamás lo he visitado, lo conozco como palma de mi mano: es la casa de Pedro, el contrabandista usurero.

La casa de Pedro es un edificio viejo, de piedra. Lo rodea en su parte posterior una verja, también de piedra, con huerta y recintos para el ganado. Lo recorro con la mirada y me parece la vivienda ideal de un contrabandista. Llamo a la puerta y sale una mujer de unos cuarenta años, con dos niños cogidos a su falda. Parece sorprendida de que un soldado acuda a su casa y me mira como preguntando qué deseo.

—Soy amigo de Pedro. No se asuste, señora. Le traigo un recado de él, una nota que me ha dado para usted.

Deja a los niños en el patio y pasa conmigo a un salón. Debe de ser miope, porque se acomoda unas gafas de gruesos cristales para leer el mensaje que preparé con la letra que ella conoce, la misma de las cartas que le escribí a su marido a cambio de unas pesetas. El texto dice: «Estoy muy bien y espero salir pronto. No te preocupes y haz lo que te diga el soldado que lleva la nota, un hombre de toda mi confianza. Besos a ti y a los niños. Pedro».

La mirada de susto de la mujer se torna en otra bondadosa y cordial.

—Usted me explicará qué tengo que hacer.

—A su marido lo trasladan mañana a la prisión de Huesca. Me ha dicho que necesita quince mil pesetas para entregárselas a su abogado. Es un pleito difícil, pero él confía que en uno o dos meses se solucionará todo. Soy vigilante de la prisión y esta noche estaré en Jaca. Su marido y yo somos buenos amigos; es un hombre encantador —le digo tragando saliva, pues no he conocido ser más despreciable que Pedro.

—Ahora mismo se las doy.

—Ha dicho también que me entregue una pistola, que usted sabe dónde está. Teme que hagan registros en la casa y me rogó que la tire lejos del pueblo.

—¡Menos mal...! Siempre me dio miedo ese arma en casa; no sabe cuánto me alegro poder deshacerme de ella.

Trae el dinero y la pistola, que estaba oculta entre un rintero de leña. Con ella hay una caja de municiones. Es del calibre nueve largo, un arma que conozco perfectamente.

—¿Podría acompañarle a Jaca y ver a mi marido...? —Me pide.

—Es mejor que lo deje, señora. Hice este viaje en secreto en atención a su marido; si la ven conmigo puedo tener problemas. Si quiere ayudarle, espere noticias en casa; cuando él lleve algunos días en Huesca podrá visitarlo.

—Muchas gracias. Tenga esto para usted.

Me ha entregado doscientas pesetas y un paquetito con comida, parece que chorizo y pan. Le deseo suerte, me despido y por un camino diferente al que he traído vuelvo a Sabiñánigo. Mi plan no puede salir mejor; ahora, a esperar que no surjan complicaciones imprevistas. La idea de la pistola se me ocurrió en la prisión, cuando Pedro dijo que la había podido ocultar antes de ser detenido. Con ella he logrado que Pedro no pueda denunciarme; no lo hará porque sabe que se expondría a un nuevo sumario por tenencia ilícita de armas.

A la salida de Sabiñánigo me echo a descansar en el suelo a unos metros del ferrocarril. Huele a tomillo y a romero, como en Jas montañas de El Arenal; miro en derredor con una sonrisa abierta; es como si la tierra y el cielo fueran míos en este inmenso silencio, sin nadie que me observe y vigile. He escogido un lugar apropiado, a la espera de que llegue el tren que baja de Canfranc hacia Zaragoza; hay una subida pronunciada en la que la locomotora se verá forzada a reducir la velocidad... Todo consistirá en un salto. A unos metros hay encinas bajas y espesas, buen lugar para ocultarme si veo a alguna persona antes que llegue el mercancías. En el planeamiento de la «operación fuga» no he dejado de estudiar este punto. Son las cuatro y, según mis cálculos, dentro de dos horas o dos y media pasará el tren. Para saberlo he tenido que sonsacar hábilmente a algunos detenidos de esta zona; todos ellos coincidieron en los horarios de los convoyes. Si falla éste dispongo de otro, mañana a las siete y media de la mañana.

Pasa sobre mi cabeza un bando de pájaros. Parecen estorninos, por su color negro y su vuelo recto y rápido. Recuerdo que en mi pueblo, cuando veíamos volar a muchos pájaros juntos, decíamos que iban de boda... Siempre marcha delante una pareja, que marca la ruta, no sé si elegidos por su edad, por su experiencia o porque son los más veloces. Detrás, abriéndose en triángulo, siguen los demás en formación marcial.

El tren me deja en Zaragoza entrada la madrugada, como yo esperaba. En el barrio de Delicias encuentro una habitación que me cuesta diez pesetas, y pago cincuenta por cinco días. Necesito descansar y ésta es una ciudad grande en la que me será fácil pasar inadvertido y adquirir ropa de paisano. Por la mañana giro dos mil pesetas con nombre supuesto a mi mujer; después compro alguna ropa y un kilo de naranjas, que pelo y como por la calle; disfruto con esta ilusión, para los demás tan simple, que es pasear, ver mujeres y hombres, viejos que toman el sol en los jardines, el muchacho que ofrece barquillos, los niños que echan trigo a las palomas en la plaza del Pilar, escaparates, bares, restaurantes, los carteles llamativos de las tiendas... Sin pararme a pensar en lo incierto de mi porvenir, me siento feliz porque la libertad es algo que se puede tocar y sentir. Cuando ha faltado mucho tiempo es tangible como el aroma de una flor o el cuerpo de la mujer amada.

He alquilado una amiga en la calle de la Sartén. Es joven, parece que con ganas de divertirme, justo lo que necesito para alejar el fantasma de los meses de obligada prisión. Antes de ir a su habitación pasamos por la plaza de España, el Coso, la plaza de la Independencia y terminamos en una sala de baile. Hacía mucho tiempo que no me divertía tanto. La chica es alegre, sin penas, y si las tiene parece que las ha olvidado. Acabamos en su piso, un apartamento en las afueras, en la carretera de Logroño. Dice que tiene una hija de tres años, que se la cuida una vecina; como casi todas las prostitutas, cuando encuentran una persona que les escucha cuenta su vida, y yo me fijo en su pelo largo, en su cuerpo joven, en su cara delicada, todavía no ajada por el vicio y los años...

Llevo tres días con Dolores. Sólo hemos salido a comer y a cenar. Es morena, guapa, dice tener veinte años. En la casa donde trabaja la llaman Dolores «La Gitana» y es famosa por su brío y ganas de vivir. Quiere saber de mí y le cuento una historietta que aparenta creer. Por la mañana, cuando despierto, le digo que me voy.

—Tengo que recoger el equipaje de la pensión y luego volveré por aquí. No salgas de casa, que antes de dos horas estoy de vuelta.

—¿Entonces hoy tampoco voy al «trabajo»?

—No te preocupes, Dolores, que yo te daré «trabajo» en abundancia. ¡Hasta pronto!

En la pensión de Delicias no está la patrona. Sólo se encuentra en el piso su hija, una chiquilla de doce años.

—¿Es usted el señor Corral...? —Dice al verme.

—¿Cómo Corral...? No; yo me llamo Prudencio; ya se lo dije a tu madre... ¿Quién te ha dicho lo de Corral?

La pregunta de la niña me pone con los nervios a punto de estallar.

—Es que han estado aquí unos señores preguntando por un tal Victoriano Corral... Por lo que he oído parecían referirse a usted. Le han pedido a mi madre que cuando venga usted los llame; dejaron el teléfono aquí...

Ya están tras mis pasos... Dejo que la niña siga hablando y salgo disparado escaleras abájo. Por una vez tengo suerte: la inocencia de la pequeña me ha salvado, al menos de momento... En un taxi me dirijo al barrio de Dolores, doy al conductor una dirección alejada de la casa y, haciendo un rodeo, llego al apartamento, en el que paso mi cuarta noche. Muy temprano me despido...

—He de irme. Tenía un telegrama en la pensión en el que me comunican que mi hermano está muy grave. Voy a la estación, que algún tren habrá a lo largo del día.

Le he contado lo de la estación para dejar una pista falsa. Sin embargo, salgo hacia las afueras de la ciudad y en una gasolinera, junto a un restaurante, me acerco al chófer de uno de los camiones aparcados.

—¿Va a Madrid...? Es que he perdido el tren y tengo mucha prisa en llegar... Soy estudiante, mañana he de examinarme en Madrid; le pagaré el importe del tren...

—No es necesario... Venga a la mesa, donde espera mi compañero... ¿Ha comido...?

—No, y les invito a ustedes con mucho gusto.

Aunque no querían permitirlo abono la cuenta. El camión arranca media hora después con los tres, y marcha lento, para la prisa y angustia que tengo. La primera parada es en Calatayud, donde tomamos unas cervezas. No hay vigilancia especial por la carretera. Ahora visto la ropa nueva, de paisano; la militar y la pistola la habrán cogido los policías en la pensión... Ni siquiera me he entretenido en comprobar si se las habían llevado o no. Mi libertad depende ahora de mi instinto y reflejos, puede que de un segundo tan sólo.

Guadalajara es la segunda parada, esta vez para repostar gasolina; después cruzamos Alcalá de Henares. Me da un vuelco el corazón... Muy cerca están mi esposa, mi hija y el niño que no conozco... Más adelante los visitaré; ahora sería un suicidio.

—¿Qué, va bien preparado...?

No esperaba la pregunta del conductor, sumido como estoy en mis pensamientos, y no sé qué decirle...

—¿Cómo...?

—¿Que si ha preparado bien el examen...?

—¡Ah, dice usted el examen...! Sí, he estudiado suficiente —le respondo con aire de despiste.

El camionero tiene un hijo que también estudia. Quiere ser abogado, y su padre, cansado de la carretera, le ayudará aunque se quede sin un céntimo. «Un hijo abogado...», dice con orgullo. Su ayudante no parece estar de acuerdo: «Ahora todo el mundo estudia para abogado, maestro o médico.

El futuro está en los negocios... Vendrán mejores tiempos. Ya ves cómo se están poniendo los que tenían una tierra con wolfran, ¡quién les iba a decir que vale casi tanto como el oro...! Yo fui el mes pasado con un camión a recoger wolframio de la mina de Casayo, uno de los primeros pueblos de Galicia, por la carretera de León... Aquello es California. Alemania se traga todo el wolframio que le echen. Me han dicho que lo utilizan para hacer cañones más resistentes... Yo cogí una piedra en el fondo de la mina, como recuerdo, y me ordenaron que la dejara donde estaba. Ya te digo, como el oro... Las carreras terminarán por ponerse muy mal; lo que faltan son especialistas en el transporte, buenos mineros...».

El conductor replica:

—Tú dices eso porque tus dos hijos no valen para el estudio. ¡Es que para estudiar no vale cualquiera, hombre...! ¡Dime de un notario, un juez o un registrador que pase hambre...!

La discusión se alarga hasta Madrid. Yo presto atención porque me interesa y divierte lo que opinan sobre un tema tan vivo. ¡Qué diferente a las disputas por nada que tantas veces teníamos en Jaca! Me apeo en Ventas... El conductor es hombre de criterio o un tozudo, porque al despedirse todavía me recomienda:

—Adiós, muchacho. ¡Haz caso de lo que yo te digo...! Lo primero, estudiar, estudiar...

Digo adiós con la mano a estos sencillos camioneros que no adivinan el favor que me han hecho.

Primer paso: huida; segundo, visita a casa de Pedro; tercero, viaje en tren hasta Zaragoza; cuarto, venida a Madrid; quinto, casa de Esteban. Todo va bien, sólo el tropiezo de Zaragoza, del que me libró la suerte. Subo las escaleras del domicilio de Esteban, del que hace un año perdí la pista. Su mujer aparece tras la puerta, enlutada, enflaquecida. Luisa es mucho más joven que su marido, debe de rondar los cuarenta...

—Victoriano, ¡qué alegría! ¿De dónde vienes...?

—De la cárcel.

—¿Todavía aquello...? —Dice con tono de culpabilidad, ya que tuvo que descubrir mi domicilio.

—Aquello y otras cosas. Estás de luto. ¿Acaso... Esteban...?

—Sí, murió hace cuatro meses.

—No sé qué decirte. Lo siento.

—Sé que lo sientes. Ya ves, vivo sola con cuatro hijos, el mayor de nueve años. ¿Qué es de María...?

—Sigue presa en Alcalá.

—¿Todavía...?

—Todavía... ¿De qué vives, Luisa?

—Algo que me dejó Esteban, vendo artículos de estraperlo, poca cosa... ¿Y tú, qué vas a hacer?

—No sé.

—Si no tienes donde vivir, puedes quedarte aquí. Tengo habitación y cama.

—He venido por eso, pero... al no vivir tu marido..., no sé qué hacer.

—Es lo mismo. Hoy te quedas; después verás lo que haces. Si vienes de la cárcel, no creo que tengas muchos sitios donde elegir.

—Gracias, tienes razón; me quedo. Me fugué hace cinco días de la prisión de Jaca. Andan

buscándome, pero no creo que se les ocurra preguntar aquí. En último caso, no tengo otro sitio.

—Si necesitas dinero, hay un campesino en Alarcón con el que tengo tratos de alimentos. Mi marido hizo negocios de caballerías con él y puede que quiera volver a comprar. Dispone de enlaces por todas partes y es de fiar. Yo conservo todo lo de Esteban: los matasellos de caucho, los papeles timbrados de la Fiscalía de Tasas, del Ayuntamiento y de la Guardia Civil...

A la mañana siguiente, a las diez, me presento en Alarcón, en casa del pera, quien al saber que trabajé con Esteban confía en mí y me pide muías y caballos. Recorro los pueblos de los alrededores, en torno a Torrejón de Ardoz, y me hago con diez pares de muías que paga bien el de Alarcón. Pasan unos días y cuando tengo una cantidad respetable de dinero, entrego parte a Luisa y me dedico a la falsificación, negocio productivo y menos trabajoso.

Han pasado quince días. He dado algunos golpes de poco relieve, pero productivos. Por Madrid apenas me dejo ver, para evitar que me reconozca algún antiguo compañero o la «madama^[12]». Prefiero que me sigan buscando por Zaragoza. Luisa se entiende bien conmigo; tanto, que desde ayer hemos empezado a acostarnos en la misma cama; es una mujer sola y ardiente, parece interesada por mí y no quiero defraudarla; con ella tengo alojamiento y mujer seguros. Mato dos pájaros al mismo tiempo y me quito dos preocupaciones de la cabeza.

ALCALA DE HENARES

Un taxi me deja en la plaza de Alcalá de Henares, frente a la vieja Universidad. Son las once de la mañana de un domingo, el día ideal para visitar a un recluso, pues pasas inadvertido entre los familiares que acuden a hablar con los suyos.

—Voy al Ayuntamiento. Puedo tardar de hora a hora y media. Espéreme, por favor —digo al taxista.

Metido entre la gente paso al interior de la cárcel. Un funcionario que está cerca de la puerta me saluda cuando le doy el nombre de mi esposa... Consulta el libro, hoja por hoja, y me dice:

—No está esa mujer. ¿Es una que tuvo un niño aquí...?

—Sí, mi hermana.

—Pues se ha ido, creo que trasladada a la nueva prisión de mujeres de Madrid, un antiguo hotel al lado del puente de Segovia, habilitado para embarazadas o las que tienen con ellas a sus hijos.

Digo al taxista que me lleve al puente de Segovia, sabiendo que el riesgo será mayor, pero no puedo resignarme a no ver a quien por mi culpa está encarcelada. También deseo ardientemente conocer al niño, quien tendrá algo más de dos meses. Antes de entrar en el hotelito compro de estraperlo alguna comida... Media hora después, al otro lado de las rejas, veo a María, con el pequeño en brazos; un niño rollizo, colorado, sano. Al verme mi mujer, corre hacia el locutorio con una alegría en el semblante que me reconforta...

—¿No te habrás fugado otra vez...? —Me pregunta a media voz para que no la oiga el funcionario.

—Pues, sí, me he fugado. Ahora dedicaré las veinticuatro horas del día para sacaros a vosotros.

Asegura que en este lugar se encuentra mejor que en Alcalá. Recibe tratos especiales, la comida no es mala, tiene a la familia más cerca.

—¿Cómo has conseguido huir, Victoriano? —Me pregunta.

—Es largo de contar..., hice un agujero en un muro, cuando me destinaron a hacer la limpieza...

Parece satisfecha de verme, pero mi fuga le produce tristeza. Así, cada vez será peor: más años de condena, mayores dificultades para vivir tranquilos...

—De verdad, Victoriano, que no sé qué sería más útil para ti, si pagar por tus delitos o estar condenado a huir toda la vida con nombre falso...

La dejo hablar. No le digo nada porque no estoy de acuerdo con sus palabras. Cualquier cosa antes que pasar años y años de cárcel en cárcel, de celda en celda. Si las prisiones nunca suelen resultar agradables, en estos tiempos, en que faltan los alimentos y los centros penitenciarios están llenos, la convivencia es más difícil e ingrata. El país acaba de salir de una guerra larga que dejó heridas, todavía sin cicatrizar; quizás más adelante el régimen penitenciario se dulcifique y sea más agradable, puede que un día cada delincuente sea estudiado como un caso particular, con sus problemas y circunstancias; ahora es imposible.

Haciéndome pasar por hermano de María, me persono en el domicilio de un abogado, quien después de escucharme visita el Juzgado de Alcalá de Henares y estudia el asunto. Dice que está de acuerdo en ocuparse de él, pero añade:

—Lo peor es que continúe en libertad el marido de su hermana.

—¿Por qué...? —le pregunto, inquieto.

—Al estar huido el autor del delito, es preciso esperar a que aparezca para terminar el expediente. ¿Habrá posibilidad de localizar a ese hombre...?

—Imagino que la policía lo estará buscando —le respondo con cinismo.

—Ya, es de suponer; creo que es un pájaro de cuidado. Lo que quiero decir es que cabe la posibilidad de que se presente a la familia, a usted, por ejemplo, que es su cuñado, o a otros. Ahora que está en libertad, tratará de ver a su mujer.

—No cuente con eso, le conozco y creo que es mejor pensar en otras soluciones.

—Sólo veo una: intentar pasar el caso de la jurisdicción militar a la civil y, por los indicios que hay de no culpabilidad, pedir que le den a su hermana la libertad provisional.

—Haga lo que crea más conveniente. Tenga diez mil pesetas para hacerse cargo de la defensa. Si logra la libertad provisional le giraré más dinero desde el extranjero. Yo salgo mañana para Lisboa y, por favor, no le diga a mi hermana que le he encargado su defensa; no nos llevamos bien.

—No quiero engañarle. Es fácil que en el juicio la saque absuelta, pero la libertad condicional la veo difícil. De todas las maneras intentaré que se cierre su expediente, dejándolo tan sólo abierto para el fugado.

Entro en el chalet-prisión y otra vez solicito permiso para ver a María, que sale con gesto de indiferencia y hasta de molestia que nada se parece al de la primera visita.

—¿Qué te sucede? ¡Anímate, que lograré tu libertad! —le digo.

—Tú lo que has logrado es que yo esté aquí. El abogado asegura que si tú no te presentas no se puede celebrar el juicio:

—Habrá otro sistema...

—Ninguno. Debes entregarte, ya que eres el único culpable de mi encierro.

—Ya hablaremos de esto, mujer. Pregunta al vigilante si me puede traer al niño.

La veo dirigirse al funcionario, que no sólo asiente, sino que él mismo coge al bebé y lo trae en brazos. Cuando beso por vez primera a mi hijo siento una emoción indescriptible, un nudo en la garganta que está a punto de hacerme llorar. Doy al funcionario mil pesetas para que las entregue a mi mujer; después se lleva al niño. María repite las mismas palabras en las que me considera culpable de su situación.

—Por favor, que si se dan cuenta me van a detener.

—Es lo que debían hacer. Te aseguro una cosa: si no te presentas, me veré obligada a denunciarte. No estoy dispuesta a seguir aquí por tu culpa...

Habla alto, hasta tal punto que me asusta. Le digo adiós y me voy rápido.

Con las manos en los bolsillos, paseo largo rato a orillas del Manzanares..., cerca del puente en el que repartí el dinero con «El Rata». También hay gitanos en esta tarde resplandeciente de primavera. Las acacias están ya cubiertas de brotes verdes y tiernos. Corretea alguna gallina por los márgenes del río, oigo un tren que lanza su pitido al entrar en la estación del Norte, dejo el río, sigo calle arriba hacia el Humilladero... Las gentes beben vino en las tascas y ríen o se dan palmadas de felicidad en la espalda; en un tugurio hay un campeonato de mus; un tranvía hace quiebros para entrar en una callejuela estrecha; me sonrían unas muchachas desde un taxi negro... La vida, a pesar de todo, sigue.

—Le he pasado a mi despacho para que podamos hablar a solas, sin testigos. Sé que cumple usted con su deber, pero me atrevo a pedirle que sea benévolo, piense que tengo hijos... Si levanta acta, la Fiscalía me pondrá una multa elevada. ¿Quiere una copa de coñac...? Un momento, vamos a hablar sin prisas... ¿No bebe? Bien, charlaremos; yo tampoco suelo beber. Por favor, no levante acta...

—Soy un empleado del Estado, compréndalo.

—Usted también tiene que comprender: son malos tiempos, falta de todo, los márgenes son muy pequeños...

—No me venga con cuentos. Está vendiendo usted las hogazas de kilo con ochocientos gramos; los bollos de ciento cincuenta gramos, con cien, y eso es un robo, una estafa...

—No lo mire usted así. Le prometo que si se olvida de esto no volverá a suceder; piense que sería mi ruina.

—Ya le he dicho que soy un empleado del Estado. También yo he de sujetarme a un sueldo, y no se crea usted que es alto... Si no fuera por la comisión de las multas que impongo, no podría vivir...

—Si es por eso...

—No es por eso.

—No se irrite; lo que quiero indicarle, sin ofenderle, es que podemos llegar a un acuerdo. Le daré la parte que le correspondería por las multas, incluso algo más...

—Sabe que eso es muy peligroso, tanto para mí como para usted. La gente se entera...

—¿Por qué cree usted que le he dicho que pasara aquí, lejos de los empleados? Le juro que quedará entre usted y yo. Además, siempre le estaré muy agradecido. Espere un momento, que ahora vuelvo...

El hombre sale rápido. Yo le espero, con la misma seriedad en el rostro que cuando entré, le mostré mi documentación y, sin dejarle reaccionar, le ordené que pesara los panes del estante. Lo hizo a desgana, y cuando argumenté su falta de peso ha hecho lo que yo pretendía: alejarme de sus empleados para comprarme. Estoy en una tahona de Vallecas, y aquí inicio, con mi flamante nueva documentación, otra etapa en mi vida delictiva: la de falso inspector de la Fiscalía de Tasas.

Ha regresado y, sin decir palabra, me entrega ocho mil pesetas. Yo también, sin hablarle, salgo del despacho, cruzo el establecimiento y me pongo en la calle. Me traslado a otra panadería del mismo pueblo de Vallecas y repito la operación: esta vez obtengo cinco mil pesetas. La prueba puede calificarse de sobresaliente. Por este procedimiento me haré de oro... Son bastantes los que abusan en el peso; el campo resulta, por tanto, amplio. Si compruebo que el peso es correcto, diré buenas tardes, y a otro lugar. El temor a la Fiscalía de Tasas de los que estafan, con el pan o con otros productos alimenticios, es inmenso; saben que es un organismo serio, con inspectores que recorren diariamente la geografía española y que imponen multas de gran cuantía... Yo me dejo caer con una frase que les incite a intentar comprarme...

Mi capital aumenta en pocos días. Por si alguien me ha denunciado, dejo Madrid por una

temporada. Me acerco a la cárcel de María y, sin pararme a saludarla, no sea que me denuncie, le dejo dinero. Después me dirijo a la estación cercana del tren de vía estrecha que me conducirá al pueblo toledano de Almorox; es un tren tipo Oeste, tan pequeño que parece de juguete. Me han dicho que en él no viajan policías de escolta; compruebo que suben gentes de los pueblos con cestas y sacos en los que han traído mercancías que venden en los mercados de Madrid. Me siento junto a la ventanilla para contemplar el paisaje y estar lo más apartado posible de los viajeros. Después de entregar el billete al revisor para que lo pique saco unos papeles de la cartera. Son falsas órdenes de la Fiscalía, extendidas a nombre de pueblos diferentes. Las han preparado en una imprenta de especialistas en estos trabajos, amigos de Esteban y, por tanto, gentes de confianza. Las órdenes dicen: «Autorizo al agente don Julián Pérez del Río para que se traslade, en comisión de servicio, y al objeto de realizar una inspección en las panaderías de los pueblos que pertenecen a la cabeza de partido de Escalona de Alberche, y para que conste, firmo la presente orden en Toledo a 22 de octubre de 1942». Está rubricado por el supuesto jefe de la Fiscalía de Toledo y, al lado, hay un sello de la Oficina. Otros documentos me autorizan para actuar en Maqueda.

El tren acaba su viaje en Almorox. Hay dos guardias civiles en la estación, dos «picos^[13]», como les llamamos nosotros. Paso con los demás viajeros a su lado, con indiferencia, creo que con algo de altivez y orgullo de no ser reconocido. «Si supierais quién soy, no estaríais tan confiados», me digo, y sigo andando hacia el centro del pueblo. En una panadería realizo una estafa, sin problemas; estoy dispuesto a repetirlo en otra, pero desisto porque en un bar oigo decir a un cliente, alarmado: «Están aquí los de tasas». En un taxi llego a Escalona donde, en una hora, consigo reunir veinte mil pesetas. Me parece buen terreno para hacer otra tentativa antes de proseguir hacia Maqueda. En una panadería de las afueras me recibe su dueño con gesto afable:

—¿Qué desea...? —Me pregunta.

Es un hombre regordete, congestionado, posiblemente de estar muchas horas soportando el calor del horno. A su lado vende pan una muchacha que, por el parecido, debe ser su hija. Un empleado entra y sale por una puerta de la parte de atrás, cargado con cestos de pan caliente.

Le hablo con voz baja, para que no me oigan la chica y el empleado.

—Soy agente de la Fiscalía de Tasas. Vea usted —le digo, al tiempo que le enseño mis documentos.

Hace lo que otros. Primero se queda lívido y después me invita a subir al piso. Sin consultarme, se presenta con dos tazas de café. Hablamos, discutimos cordialmente y llegamos a un acuerdo. Sale y vuelve de inmediato con el dinero...

—Tenga usted... Todos tenemos que vivir —dice, comprensivo.

Parece menos nervioso que otros estafados. Su serenidad y dominio de la situación me tienen un tanto preocupado. No es normal que se entregue con la exquisitez de este hombre una importante cantidad de dinero. La respuesta no tarda en llegar...

—¿Se puede...? —Dicen desde la puerta.

Un sargento y dos guardias civiles entran en la habitación. No me muevo. Observo que no echan mano de sus armas. Pudiera ser una casualidad... Cabe también que el mozo o la hija del dueño hayan corrido a avisarles... ¿Habrán tenido tiempo, en tan pocos minutos?

—Buenos días —dice el sargento.

—Buenos días —respondemos al unísono el panadero y yo.

—Nos han dicho que usted es de la Fiscalía. ¿Podría enseñarnos la documentación?

—Es para mí un placer —le digo y meto la mano en el bolsillo.

La conversación se desarrolla en el mismo tono sereno... Yo procuro no mostrar mi desasosiego... El sargento mira la documentación y la orden y se la enseña a los dos guardias...

—Verá que he sido enviado por el jefe superior de la Fiscalía...

—¿Quiere acompañarnos al cuartelillo...? Hemos de hacer las comprobaciones normales.

—Voy con ustedes.

Cualquiera que nos vea por la calle no sospecharía que soy un delincuente a punto de ser apresado... Caminamos con naturalidad, como si no hubiera sucedido nada. Ellos no quieren dar un paso en falso, marchan a mi lado sonrientes y no me llevan en el centro, como si se tratara de un detenido. Llegamos al cuartelillo y el sargento pide conferencia con Toledo. En quince minutos se descubre todo: mi falsa identidad, las estafas cometidas en Almorox, las dos primeras de esta villa...

—¿Quién le ha facilitado estos documentos?

—Manuel Alvarez, un amigo de Barcelona.

—¿Sabe dónde vive...?

—No.

El interrogatorio prosigue sin prisas. La primera jornada dura tres horas; la segunda, cinco ininterrumpidas... Pasan cuatro días entre pregunta y pregunta. Yo respondo lo mínimo y cuando lo hago doy nombres y direcciones supuestas... Ellos no se apresuran, saben que al final averiguarán todo lo que les interesa. Hechas las diligencias me recluyen en la prisión local, a disposición del juez de Instrucción. Más que cárcel, se trata de un depósito municipal, vigilado por los agentes del Ayuntamiento... Sólo hay un preso, un hombre de edad, detenido por hurto en una casa de campo y pendiente de traslado a la provincial. El depósito está en el mismo edificio del Juzgado... El preso suele pasar el día en el patio; a mí me incomunican en una celda y me dan diariamente una peseta y cincuenta céntimos para la comida. El carcelero me la pasa por una ventana: tomates, frutas, pan... El presupuesto da para poco, pero el carcelero es un hombre muy humano y nos procura restos de la comida que preparan en Auxilio Social a los menesterosos... Arroz guisado, verdura. Nunca olvidaré el gesto de este buen hombre...

El juez ya no sabe qué hacer. Como le he dado nombre supuesto, no le pueden enviar mi partida de nacimiento ni los antecedentes penales. Se suceden los días y todo sigue igual; la única diferencia es que ya me dejan salir a un pequeño patio con una tapia elevada, pero que me parece juego de niños coronarla... Unas maderas, un salto y me coloco encima del tejado de una casita contigua. Por la calle hay mucha gente... Paso a otro tejado, me bajo al patio de una casa; desde él entro en una cuadra y me oculto tras un montón de leña... Oigo las voces de mis perseguidores. No han tardado mucho en descubrir la fuga... Ahora hablan con los dueños de la casa... Nadie me ha visto...

—Pues tiene que estar por aquí... —Dice una voz desconocida.

Cada vez oigo más voces; además de los guardias civiles escucho la de numerosos niños y vecinos que curiosean o se han unido a la búsqueda. Las voces están cada vez más cercanas; las distingo en el patio, en la cuadra. Unos niños suben sobre la leña y un tronco se me hincan en el cuello, causándome dolor... Los pies de los niños hacen rodar algunos troncos; parte de mi cuerpo

queda al descubierto...

—¡Aquí está, aquí está! —Gritan alborozados los muchachos.

Dos guardias civiles me encañonan con sus pistolas... Todo está perdido.

—¡Vamos, salga con los brazos en alto!

Obedezco. Rodeado de un enjambre de personas, que gritan histéricamente, me conducen a la prisión. Después me atan fuertemente las manos a la espalda y me sacan a la calle, donde otra vez, entre el griterío y la sorpresa de las gentes, me conducen hasta el coche de línea que va a Toledo. Una persona, de entre la gente, dice algo que me llama la atención... y me hiere, como un dardo...

—¡Menos mal que se llevan al preso...!

Sigo con la cabeza baja y ni siquiera me vuelvo para mirarle.

En el coche me ajustan otras esposas en los tobillos... Yo continúo silencioso, ajeno a todo, y los guardias respetan mi silencio, incluso cuando el vehículo se pone en movimiento. Dejo detrás el Alberche, con más agua que nunca, gris y negra, con árboles a su vera en los que ya otoñean las hojas de los chopos.

Hay un montón de mujeres que lavan. Hablarán seguramente del preso... Puede que ellas también digan: «Ya se han llevado al preso». Cruzamos Maqueda, blanca de cal y polvo; Val de Santo Domingo... El autocar se detiene en Torrijos...

—Una hora de parada... —Anuncia el conductor.

Todos, menos mis vigilantes y yo, bajan del vehículo. Los civiles me miran, comprueban que las esposas están en su sitio y hablan entre ellos. Yo sigo en la misma postura, apesadumbrado, serio, triste... Arranca otra vez el coche y en cosa de una hora diviso Toledo, como una fortaleza encumbrada sobre el Tajo...

Hay tres cárceles en Toledo: la antigua, llamada La Provincial, cercana al río, y dos que han sido habilitadas: la de San Bernardo, una vieja fábrica, a dos kilómetros de la ciudad, y la Nueva, en la carretera de Madrid. Yo ingreso en La Provincial, la más segura y vigilada de las tres, levantada expresamente para prisión...

—Tengan cuidado con este elemento; es muy peligroso. Todavía hoy ha intentado fugarse de la prisión de Escalona —dice uno de los guardias civiles al dejarme en manos de los funcionarios.

—No creo que lo intente; hay aquí muchos como él.

Sólo conozco a un hombre entre todos los detenidos. Es un perista madrileño, al que hace años le había perdido la pista. Me encuentra cambiado, pero me reconoce en seguida. Es normal que haya sufrido alguna transformación; tengo ahora veinticinco años y la última vez que nos vimos rondaría la veintena. El «pera» es un hombre optimista. Me lee la cartilla de la casa y advierte que ni pensar en fugas. Dice que la comida no es buena; muchas veces, a falta de otra cosa, han tenido que comer nabos y calabazas, pero a él no le preocupa excesivamente: su mujer le visita con frecuencia y le trae paquetes. Además, sabe que dentro de ocho meses estará en la calle.

—Yo no quiero amargarme, amigo. Leo, canto, hago todos los días gimnasia, me animo a mí mismo. En estos sitios, el que pierde la moral va de culo. Lo sé por experiencia. Mi mujer se sorprende de verme siempre sonriente... ¿Tú tienes mujer...?

—Sí, debe de estar también en la cárcel.

—¿Cómo debe de...? ¿Es que no lo sabes con seguridad?

—Es posible que ya esté en libertad. El abogado me dio esperanzas.

—Pues procura enterarte y dile que te traiga alimentos; te harán falta.

—Es que... he entrado con nombre falso, y ni ella ni mi madre podrán saber que estoy aquí. Si descubro el pastel saldrán a la luz otras cosas que no me interesan. Me llamo Julián...

—De acuerdo, Victoriano o, mejor dicho, Julián... ¿Supongo que Victoriano sí será tu nombre verdadero...?

—Naturalmente.

Han pasado dos semanas. Hoy estoy desanimado, aburrido; es como si no tuviera metas, o como si tuviera muchas y no supiera por cuál decidirme, que es lo mismo. Siempre he sido cordial, hablador, el primero en apuntarme a una partida de parchís o de frontón. Ahora camino pensativo y no hablo con nadie o me siento en las esquinas de los muros del patio, como esas doncellas que andan por las calles muy pegadas a las paredes, ocultando su timidez. Pienso que algo influye en mi desánimo el hambre que me roe, como si estuviera vacío. No sé con certeza cuántos vivimos en esta prisión, amontonados en las salas, pues no hay celdas, acurrucados en el patio, economizando movimientos para no invocar al hambre. Dicen que es mejor sentarse, andar lo mínimo, no pensar. Si paseas, el estómago protesta, se revuelve, pide algo.

Algunos dicen que somos mil, otros que dos mil, otros que tres mil, otros que cuatro mil. Yo no sé cuántos, pero debemos de ser muchos, porque dormimos casi los unos encima de los otros, y ni en el patio hay lugar para todos. Hoy es un día como los demás. A las siete tocaron diana y ha habido los mismos follones y las mismas peleas de todas las mañanas porque escasea el agua para lavarse. Desayunamos agua caliente, oscura, con café. Yo antes dejé en su sitio mis propiedades: una manta, un plato, una cuchara. Después salimos al patio y pasamos la mañana sentados, en corrillos de rumores quedos... No puedo evitar el mirar con envidia a los que tienen suerte y sacan paquetes de comida que reciben de sus familiares. Si tiran al suelo algún hueso o la piel de un plátano o una naranja, hay bofetadas para apoderarse de ella... Algunos se provocan vómitos después de comer para masticar otra vez el rancho del día. Los hay que han llegado a situaciones peores, que narran sin recato: es tal su hambre, que no dudan en engullir sus propias deposiciones. El hambre es aquí el principal protagonista, algo que se siente, que se vive, que se padece...; yo diría que es algo que se ve. Sí, el hambre se ve en los rostros y los cuerpos de estos esqueletos vivientes...

Si sigo aquí unos meses estaré como ellos, con los ojos hundidos las mejillas flácidas, sin carne; las manos afiladas, caídas a plomo; los pies hinchados por la falta de vitaminas. Este es el peor síntoma. Cuando a un hombre se le hinchan los pies, va a la enfermería y le curan o se muere. Este hambre atroz que se padece en muchas latitudes del país, y de una manera muy especial en las cárceles, si no se remedia, arrasará vidas y vidas, como la guerra. Nos llegan noticias del bloqueo casi total que padece España. Las democracias europeas nos vuelven la espalda; también los Estados Unidos; también la mayor parte de los países de Hispanoamérica. No entra trigo, no entran patatas, no entra fruta, no entra carne. Ya se empieza a decir que éstos son «los años del hambre», como hubo antes «los años de la guerra», «los años de la República», «los años de la pérdida de las colonias», «los años de las conquistas»...

Esta noche desvarío. Comienzo a gritar y los que duermen a mi lado se levantan asustados. Aunque intento contenerme, no lo consigo. Gritar es algo superior a mí, como una necesidad, como un

desahogo, acaso como un alimento.

—Estará enfermo.

—¿No será que te estás haciendo el loco...?

Yo oigo todo muy lejos, como si no se refirieran a mí. Continúo gritando, cada vez más fuerte, y el funcionario, ayudado por dos presos, me reduce, me tapa con la manta y me pide que me calle. Por la mañana, tocan diana y no me levanto. Tampoco acudo cuando me llaman para comer. Me siento muy débil, la cabeza me da vueltas y siento la impresión de que tengo mucha fiebre. El «pera» se entera de mi estado y logra que lo dejen estar a mi lado.

—Toma, bebe agua; estás abrasado y te hará bien... —Me dice.

—Gracias.

—He hablado con un funcionario para que avise al médico. No lo han hecho ellos porque pensaban que te hacías el loco. Ya sabes que hay muchos que lo simulan para conseguir que los lleven a la enfermería, donde les dan mejor comida. Otros se cortan las venas o se dan una puñalada en el vientre, pensando que desde la enfermería les será más fácil fugarse...

—¿Dices fugarse? Yo quisiera fugarme...

—Habla bajo, que viene el médico.

Después de reconocermé detenidamente, el doctor ordena que me trasladen a la enfermería.

—¿Qué tengo...?

—Anemia.

—¿Sólo eso?

—¿Le parece poco? Ordenaré que le den una ración especial de lentejas y judías.

La comida, el alejamiento del enjambre humano, el dormir cómodamente, mi filosofía del mínimo esfuerzo, sólo el necesario ejercicio para mantenerme en forma, dan resultado. El espejo y los médicos me dicen que me estoy recuperando. En un mes he engordado dos kilos y, aunque sigo delgado, noto que la piel se rellena en la cara, en los brazos, en las piernas y en el vientre; también me siento más fuerte... ¡Qué maravilloso es comer alubias, lentejas y naranjas con zumo fresco...! La ración que me dan es, como norma, doble de la que reciben los demás presos; pero si el médico lo estima oportuno, incluso hay dietas extras para los que tenemos la suerte de estar enfermos e ingresamos en este pabellón.

Me encuentro tan bien, que otra vez pienso con insistencia en la evasión. Yo no soy hombre para vivir mucho tiempo la misma vida aburrida y sin alicientes; he nacido para correr de un lado para otro, imaginar nuevos métodos que me permitan darme la vida padre, tener dinero, mujeres, buena mesa y a la policía pisándome los talones. Yo nací para la emoción y la aventura y no me va a quedar más remedio que llegar a la conclusión de que viviré siempre al margen de la ley, aunque me detengan una y mil veces. Mi camino está trazado, en ocasiones cuesta arriba, otras cuesta abajo, las más serpenteando como esos riachuelos de montaña que se deslizan veloces entre rocas y quebradas. La vida es como una mujer casquivana e inteligente: ella elige a sus amantes, a sus víctimas. Yo soy víctima de mi propia vida, de mis primeros fallos, de mis temores, de mis vacilaciones y decisiones. Mi fatalismo no es un consuelo, aunque me consuele, ni una salida a tantas dudas; más bien es una creencia arraigada a fuerza de experiencias, de caídas, de sufrimiento. Yo soy un hombre, como el del salmo del Corán, «que lleva su destino colgado del cuello».

Es noviembre. Noviembre de 1942. Como hay enfermos más graves que yo y la comida escasea cada día más, me quitan la ración especial. Además de hambre, paso frío, un frío penetrante, que taladra y atonta. Tentado estoy de descubrir mi personalidad para que vengan a verme mi madre y María. Pero... es tan expuesto. Removerían mi pasado y nadie me quitaría ocho o diez años de cárcel. Mejor será esperar y pensar, otra vez, con los cinco sentidos, en la fuga. Pasan los días y nuevamente me debilito. También me vuelvo agresivo. Esta mañana me he pegado con un compañero y con un funcionario. Excusado es decir que recibí una paliza que me ha dejado baldado. No puedo más. Mañana daré el primer paso de un plan que puede conducirme a la libertad. Si dejo pasar más tiempo podría ser tarde.

Por la noche estoy desvelado y con los ojos abiertos. He tomado la decisión de hacerme el loco, para que me lleven al manicomio.

—¡Socorro..., socorro...! —grito con desesperación.

—¿Qué te pasa, Julián...? —Me pregunta un vecino del dormitorio.

—¡Socorro..., vienen a por mí...!

—¡Calla, que quien va a venir será el vigilante...!

—¡Los mataré...!

—¿A quiénes?

—A esos, a esos... ¿No los ves...? Vienen a por mí.

—No veo a nadie. Cállate de una vez y no nos compliques la vida.

Se aproxima y me pasa la mano por la cabeza, intentando calmarme. Otros compañeros también se levantan y forman un corro en torno a mí, al tiempo que ruegan que guarde silencio. Temen que vengan los vigilantes y que la cosa se ponga mal para todos. No quiero complicarles la vida; hago como que me he tranquilizado y finjo dormir. Por la mañana, todas las miradas se dirigen a mí. Parecen estar comentando lo sucedido... Difícil será que no haya llegado a oídos de los funcionarios. Ahora me toca llevar a cabo la segunda parte del papel, la más complicada y peligrosa. Camino hacia los servicios y recojo un envoltorio que guardé ayer sobre la cisterna. Desenrollo el viejo trapo y compruebo que nadie ha urgado en el envoltorio. El palo sigue en su sitio. Con pasos acelerados, ocultando todo lo que me es posible el palo, me encamino a la jefatura de servicios. El encargado está sentado detrás de la mesa. Noto que me mira, pero, antes de que diga una palabra, la emprendo a golpes con los cristales y el mobiliario...

—¿Qué hace...? ¿Está loco...? Estése quieto...

Ha echado mano a la funda de la pistola. Yo sigo golpeando los cristales y lanzo gritos desesperados. La puerta se abre. Entran funcionarios y presos. Ahora me apunta con el arma.

—No se mueva o disparo.

Uno, dos, tres... El jefe de servicios dispara por tres veces al aire. Al mismo tiempo, los que han entrado en el despacho se abalanzan sobre mí y me sujetan. Lucho todo lo que puedo, con desesperación y rabia.

—Este hombre es un loco. Anoche despertó a todo el dormitorio, diciendo cosas ininteligibles — dice uno de los presos.

Me inmovilizan entre ocho o diez hombres, cogiéndome por los brazos, las piernas, la espalda y la cabeza. Respiro jadeante y me revuelvo una y otra vez. Parecen estar convencidos de que sufro un

ataque de locura porque ninguno me pega. Entre todos me llevan en volandas a la enfermería, adonde llega el médico acompañado del director.

—Es un peligro que este hombre siga aquí. Sería conveniente trasladarlo al manicomio —dice el doctor, después de reconocerme.

Tengo que hacer grandes esfuerzos para no saltar de alegría. Por el contrario, me muevo inquieto una vez más y trato de morder a uno de los que me sujetan. El médico me pone unas inyecciones, con las que pretende tranquilizarme, y en pocos minutos noto que los párpados me pesan, que me entra un sueño profundo contra el que no puedo luchar. Los efectos del pinchazo son rápidos.

MANICOMIO DE TOLEDO

En los quince días que pasé en la enfermería han muerto tres compañeros. Uno de Segovia, otro madrileño, el tercero no podía hablar y no me enteré de su nombre ni origen. Hoy me internaron en el manicomio de Toledo, en una sala con otros cinco presos. Nos cuidan monjas que se preocupan seriamente por los enfermos, nos dan mejor comida e inyecciones de productos vitamínicos; el trato no difiere del que reciben los demás internados, dementes de todas las categorías. La verdad es que no puedo quejarme. Me siento superior a los demás, un cuerdo entre los locos, un hombre que puede pensar lo que quiere, observar sin ser observado... De vez en cuando lanzo alaridos, me quejo de dolores de cabeza o me revuelco en el suelo. Estudio los síntomas de los que me rodean y cuando pienso que me conviene lo imito a la perfección, no sea que se den cuenta de que me encuentro aquí con la única idea de escapar. El director médico sigue interesado en mi caso. El día que me internaron estudió el informe de la enfermería de la prisión, me miró de arriba abajo y dijo que lo único que tengo es una anemia muy fuerte, que en pocos meses estaré nuevo. Tengo, por tanto, tiempo por delante para preparar minuciosamente la fuga. El manicomio está formado por dos cuerpos: en uno residen las locas; en otro, en el que yo estoy, los locos. Apenas hablo con la gente. Todo lo más, unas palabras con los compañeros de dormitorio y con las monjas. Sor Teresa, la más simpática, parece muy amiga de uno de los enfermeros, llamado José. Algunos de los internos me han dicho que hay entre ellos algo más que amistad. Aseguran también que la echaron de una cárcel del Norte porque la pillaron con un preso. Yo no había visto nada sospechoso, pero esta mañana José se me acerca y dice:

—Tengo relaciones con ella. Tú me caes bien, así que si deseas parte no tienes más que pedírmelo...

—No te entiendo...

—El día que quieras te diré dónde me puedes sorprender con ella; no le quedará más remedio que acostarse también contigo.

No he sabido responder. Sor María me parece una mujer excelente y siempre me ha tratado con amabilidad; además, aquí no quiero el menor problema. No estoy para que me curen, porque me encuentro perfectamente, ni para amoríos... con una monja; lo que deseo es irme y ver a mi madre y a mi esposa, de las que no sé nada desde hace nueve meses. Este pensamiento me martiriza e inquieta. ¿Qué pasará en estos momentos por la mente de los míos...? ¿Habrán llegado al convencimiento de que me he ido al extranjero o que he muerto? No hay una sola persona conocida que sepa que estoy

tras estos muros, agazapado como un tigre que espera su oportunidad para saltar sobre la presa... Mi presa es una puerta de la parte de atrás del manicomio, a la que tendré que aproximarme para preparar una llave falsa. Calculo que en uno o dos meses me iré ganando la confianza de esta gente y que me dejarán pasear solo por el patio... Para lograrlo me esmero en el trato con los demás, aunque no descuido los síntomas de mi estado. Son dos cuestiones muy diferentes, casi antagónicas, y he de pisar con pies de plomo para no despertar sospechas. Cuando un loco peligroso se inquieta e incluso si llega al extremo de atacar a los demás, yo estoy entre los primeros para reducirle. Si hacen falta voluntarios para barrer o fregar o transportar alguna cosa, también me ofrezco. Nunca protesto, ni pido nada, ni me lamento, y dejo que me pongan las inyecciones pacíficamente. Sólo por las noches me quejo, cuando están cerca los enfermeros, y hago como que sueño despierto y «vivo» pesadillas horribles que les convencen de que, aunque mejoro, todavía necesito una temporada para recuperarme.

—¡Felices Pascuas, Julián! —Me dice una monja en el pasillo.

—Felices Pascuas, hermana. Felices Pascuas a todos.

Nos han despertado antes que otros días. Es veinticuatro de diciembre y también aquí amanece un día especial y las caras están más sonrientes y benévolas. Hay zambombas, hay panderos, hay un Nacimiento de figuras de barro, y locos y enfermeros nos unimos en coro a cantar villancicos. La comida es extraordinaria y también la cena. ¡Cuántos meses hacía que no probaba algo igual...! Patatas guisadas, ensalada de escarola, vino y cordero... Me parece increíble. Para mayor satisfacción he tenido la inmensa suerte de que mi vecino de mesa no bebe y me tomé dos vasos de vino... Pero aquí no acaban las sorpresas. Cuando finaliza la cena me dice José, el enfermero:

—¿Quieres venir a bailar...?

—¿Qué dices...? ¿Bailar?

—Que si quieres venir a bailar...

—Me parece que aquí el loco eres tú...

—Te hablo en serio. En el pabellón de mujeres comienza ahora la fiesta. Ha venido una rondalla de la calle.

—¿Pero baile... agarrado?

—Hombre, tanto como eso, no. Jotas, bailes sueltos de la provincia.

—Me parece bien. Vamos.

En un salón del recinto de mujeres hay como cuarenta o cincuenta internas de todas las edades y algunos compañeros que danzan al ritmo de una rondalla de jóvenes toledanos. Nunca he sido buen bailarín, pero tardo poco en dejarme arrastrar por la alegría de la música. Entre baile y baile, una limonada o naranjada. La gente está contenta... «Ha nacido el Niño Dios; venid todos a adorarle». Procuro serenarme entre los rostros que saltan a mi lado; son las caras distorsionadas de las esquizofrénicas, coloradas, con los ojos a punto de saltar de sus órbitas. «Arenal de Sevilla y olé...». Vaya, ahora les ha dado la vena flamenca. Hay una bandurria desafinada, pero es igual. La música y la danza siguen, las parejas sudan, las bebidas refrescantes se agotan. Una enferma joven, que sabe de esto, alza los brazos, taconeando sobre el entarimado de madera, da una vuelta graciosa, muestra con generosidad las pantorrillas... Las pantorrillas, ¿cuánto tiempo hace...? «Mamá, cómprame unas botas...». Dos enfermeros y algunos internos forman grupo aparte y tararean un

charlestón. Llevamos casi dos horas de holganza, el ambiente se alegra cada vez más... Yo salgo disimuladamente, bajo las escaleras, llego al patio, camino hacia la puerta de la parte de atrás, introduzco en la cerradura la masilla que guardo en el bolsillo. Transcurren pocos minutos, acaso cuatro o cinco. Entro otra vez en la sala, me mezclo con los que bailan... Nadie se ha dado cuenta de mi breve ausencia. Cuando regresamos a nuestro pabellón envuelvo la masilla en un papel de periódico y la oculto entre mi ropa.

Ahora cualquier momento es bueno. Con una punta y una lata de sardinas preparo una llave. La punta la he envuelto con la hojalata y le voy dando forma, cada día un poco, aprovechando los escasos momentos de soledad. Antes del intento definitivo conviene probar la «llave», no sea que no funcione. Tengo tiempo, pues sin dinero no puedo ir a ningún sitio. Desde hace una semana vendo mi ración de pan; calculo que para disponer de una cantidad que me permita dar los primeros pasos necesitaré dos meses y medio o tres. Me hacen falta unas cien pesetas para el billete del tren hasta Madrid y para dormir y comer unos días. Después echaré mano del dinero que guardo en un banco. Los primeros días puedo pasarlos en casa de Luisa. ¿Dónde estaré mejor...? Comida, cama y mujer, todo gratis.

Las monjas me dieron ropa nueva. Sor María dice que ha oído al doctor que el día 2 de mayo me llevarán a la prisión. Ya estoy bien, sólo necesito comer, serenarme, reposar. Hoy es 16 de abril, la fecha elegida para fugarme. Me levanto, como todos los días; paseo por el patio, me ponen la inyección, me dan la comida y he vendido el pan... Ahora debo echarme la siesta; hace buen tiempo, el calor es tibio hasta el atardecer, son muchos los que reposan durante una o dos horas... La llave sé que funciona; la he probado tres veces, de espaldas a la puerta, oteando si se acerca alguien.

No hay nadie en el patio cuando lo cruzo bajo el sol. Tampoco junto a la puerta. Meto mi llave, la giro y la cerradura cede. Todo muy fácil. No veo una sola persona en la calle; incluso la estación está casi vacía cuando me oculto entre una manada de corderos, en un vagón de mercancías. Al principio se asustan, pero yo me echo entre sus patas, quedo inmóvil y parece que se aquietan. El tren arranca y doy un respiro de satisfacción.

Luisa ha cambiado de casa. Los vecinos no saben adonde habrá ido. Es de noche, estoy solo, con poco dinero y oliendo mis ropas a ganado. Tengo unos parientes; él, empleado en la Compañía de Gas; si pudiera prestarme algo... Dos autobuses me aproximan a su casa; es él quien abre la puerta...

—Hombre, Victoriano, ¿cuánto tiempo sin saber de ti...?

—Estoy en apuros y necesito dos mil pesetas. Podré devolvértelas dentro de dos o tres semanas.

No duda. Yo también le presté a él dinero en varias ocasiones. Sin hacer una sola pregunta me entrega la cantidad, e incluso me ofrece una cama, pero sé que de ninguna forma puedo aceptar. Primero, porque no tardarían en localizarme, y segundo, porque les comprometería. Mi pariente sabe de mis andanzas, pues visita con frecuencia El Arenal, de donde trae frutas y hortalizas, pero no quiero preguntarle por mi madre ni por María. Ni acepto su invitación para tomar una copa; he de darme prisa en localizar una pensión segura.

En General Lacy, cerca de la estación de Mediodía, encuentro lo que busco. La patrona es una mujer viuda, con dos hijas de once y nueve años. La habitación es grande; la ropa de cama, muy limpia. Le he entregado trescientas pesetas de adelanto por un mes.

Son las once de la mañana cuando, en el servicio de información de la cárcel de mujeres, me

dicen que María ha salido libre hace ya seis meses. Imagino que estará con sus padres o en El Arenal. Sus padres viven en el barrio de la Prosperidad. Iré hacia la casa y la esperaré por los alrededores, pues de sus padres no me fío. Pero antes visito la imprenta de mis amigos. Pago tres mil pesetas —dice que es precio de amigo— y me hago con una documentación que me acredita como inspector de la Fiscalía de Tasas. Sé que no me conviene volver a la misma «profesión» que antes de entrar en la cárcel, pero necesito hacerme con dinero para llevar a María y a los niños a la pensión; después pensaré con más detenimiento qué puedo hacer.

En una panadería de la zona de Embajadores consigo «trincar» ocho mil pesetas. Tentado estoy de dar un par de golpes más, pero de momento me arreglo con lo que tengo, incluso sin tocar las reservas; nunca se sabe lo que podrá suceder más adelante y conviene estar prevenido. Ahora el tranvía me lleva hacia Prosperidad. Me apeo, doy un rodeo y me sitúo a un centenar de metros del piso de María. Debajo de la casa hay un almacén de madera; ellos no me conocen, pero sé que son amigos de los padres de mi mujer. Entro en el almacén con aire de despistado...

—Perdonen, busco a una familia que vive por aquí... No sé las señas exactas. El se llama Juan y tiene una hija...

—¿Cómo se llama la chica...?

—No estoy seguro...; creo que María. Es que les traigo un paquete de unos familiares...

—Es aquí, en esta misma casa, en el segundo piso. ¿Quiere que le acompañe...?

—No es preciso. Subiré yo, muchas gracias. La hija ¿vive con ellos...?

—Sí, pero ahora no estará en casa. Sale a las ocho de la mañana hacia el trabajo y no regresa hasta las siete de la tarde. Es una mujer muy inquieta.

—¿Qué remedio le queda...? Con el sinvergüenza de marido que le ha caído... Sabe usted, el marido, o lo que sea, la ha abandonado. Creo que es un ladrón de altos vuelos —interviene la mujer del dueño del almacén.

Con el paquete en las manos entro en un bar cercano. En el envoltorio llevo unas pastillas de jabón «La Toja» especial para el baño, unas medias, dos pañuelos bordados a mano y colonia añeja... Lo compré todo en «Sepu» para María. Espero que le haga ilusión. Sobre todo, las medias de seda; me han asegurado que son italianas.

A medida que pasan las horas aumenta mi impaciencia. He leído ya dos periódicos y una revista en cuya portada aparece Estrellita Castro ligera de ropa. Esta portada vale en la cárcel, qué sé yo, cuarenta o cincuenta pesetas... Recuerdo que en la de Jaca se pagaron mil pesetas por una baraja francesa con mujeres desnudas... No es mal negocio introducir este material en las prisiones, para satisfacer los sueños y represiones de hombres que pasan años y años sin ver a una mujer...

Dejo el bar. Son las ocho menos cuarto. Me alejo de la casa para hablar con María lo más apartado posible de sus padres. Hace media hora me aproximé hasta la puerta con la esperanza de que los abuelos salgan con la niña. ¿Me conocerá si me ve...? La verdad es que no he cambiado mucho; además, los niños tienen muy buena memoria. Una mujer con un bolso bajo el brazo rompe mis pensamientos... Al principio no estoy seguro, pero no tardo en apercibirme de que es María... Parece que tiene más kilos, el pelo más largo... Me acerco a ella con los nervios de un colegial.

—Hola, María... —le digo.

Se queda de piedra, incapaz de dar un paso, y su mirada es más de temor que de alegría...

—¿Qué haces tú aquí...? ¿De dónde vienes...? ¿Dónde has estado..., canalla?

—¿Qué dices...? No he podido comunicarme contigo. Me detuvieron en la cárcel todo este tiempo y era peligroso darles mi nombre...

—Eres una mala persona, un ser despreciable... Vete o grito. Tú estás bien donde estabas: en la cárcel... —Dice excitada.

La cojo del brazo fuertemente, para dominarla y evitar que grite.

—Suéltame, me haces daño. Eres un miserable, un miserable...

Repentinamente se pone a llorar con gran congoja. La cojo del brazo y trato de consolarla y calmar su nerviosismo.

—Suéltame, por favor. Vete o te denuncio. Tú eres el causante de que me hayan tenido tres años encerrada y... de la muerte de la niña...

—¿La niña...? ¿Qué niña dices...?

—Nuestra hija.

Ahora soy yo el que es incapaz de reaccionar. Las palabras de María me dejan inmóvil y siento un dolor extraño, profundo, tremendo, que me invade y desgarrar. ¿Será posible lo que dice...? ¿Será verdad que ha muerto la hija que tantas ansias tenía de ver y abrazar...?

—María, ¿qué dices...?

—¿No lo sabías...?

Me mira y se convence de que es la primera noticia que tengo de semejante desgracia, porque ahora es ella la que trata de serenarse y consolarme, de evitar que lo que acaba de decir me hiera tan terriblemente...

—Victoriano, la niña murió. Estaba con tu madre en El Arenal. No sé por qué te empeñaste en mandarla allí. Tu madre no la atendió como lo hubiera hecho yo...

—¿Pero de qué murió...?

—¡Que te lo diga ella...! —Responde, nuevamente con el tono seco y desabrido—. No creas que te voy a permitir ver a nuestro hijo... —Añade.

—Deja de llorar y explícame bien lo sucedido... He venido para que empecemos otra vez y vivamos juntos...

—Para que me vuelvan a meter en la cárcel. Tú eres un hombre que no puede vivir sin que le aceche el peligro...; tarde o temprano volverás a la prisión. Yo no quiero seguirte, bastante he sufrido por tu culpa...

—Ya sé que has perdido tres años en la cárcel, que indirectamente soy el culpable...

—¡Indirectamente no!

—Olvidemos esto. ¿Cómo fue lo de la niña...?

—¡Qué más da...! ¡Se ha muerto, la he perdido para siempre! Tenía cuatro añitos y me hacía mucha compañía. No quiero que ahora le pase cualquier cosa al niño. Vete, por favor; olvídate de mí...

—Yo te quiero y me gustaría que vinieses conmigo.

—Cualquier cosa menos eso. Ya tengo suficiente con lo que he pasado. Déjame y no vuelvas... Te lo digo por tu bien...

—¿Serías capaz de denunciarme...?

—Sí.

Lo afirma con energía, creo que con seguridad, y yo me voy sin decirle una sola palabra.

Hoy he escrito una carta a mi madre. Le ruego que venga el sábado en el coche de línea de Arenas de San Pedro, que traiga un cesto de fruta y diga que piensa venderla en Madrid; que sea prudente y no diga una palabra a nadie, ni siquiera a la familia. Los últimos días no he hecho nada. La noticia de la pérdida de mi hija y la postura de María me tienen abatido y sin ánimo. En realidad escribí a mi madre porque deseo hablar con alguna persona que me muestre cariño y sé que ella lo hará. He dejado los atracos, no pienso en nada. Cuando me levanto de la cama salgo a la calle y paseo por un jardín solitario o compro libros antiguos en la Cuesta de Moyano. Casi siempre termino en el parque del Retiro, donde juegan los niños con otros niños, las palomas con otras palomas... Estoy tan solo que añoro algunos momentos de la cárcel. Al menos allí tengo compañeros que me saludan y hablan: «Hola, Julián», «Buenos días...». «¿Tú piensas fugarte...?». Es siempre lo mismo, las mismas personas y las mismas palabras, pero no estaba tan solo...

Desde lejos veo cómo se detiene el viejo autocar. Bajan varios soldados, un matrimonio, dos sacerdotes, un niño y una mujer enlutada, delgada, firme como una roca, que mira a uno y a otro lado. Es mi madre. Observo en todas las direcciones y nada me parece sospechoso; por tanto, camino hacia esta mujer de pelo que ya blanquea y que sostiene una cesta grande y un saco. Parece más agotada, con nuevas arrugas en la frente, quién sabe si nacidas prematuramente por las preocupaciones que yo le ocasiono.

—¿Saben en el pueblo que ha venido...? —le digo al abrazarla.

—Los de casa y pocos más... Más de una vez ha estado la Guardia Civil, por si aparecías por allí. La última registraron las habitaciones y no sé qué hablaron de unas parejas de muías... ¿Qué estás haciendo que no sientas la cabeza...?

—Eso no importa ahora. ¿De qué murió la niña...?

—Colitis. El médico dice que debió de comer fruta verde. Murió dos meses antes de ser puesta en libertad tu mujer. Yo hice todo lo que pude, hijo.

—Ya lo sé, madre.

—Cuando María se vino a Madrid estaba enfadada. Creía que no cuidé bien a la pequeña. Tuve que llamar a unas vecinas para que le dijeran hasta qué punto estaba pendiente de la niña... Fue muy desagradable...

Salimos hacia la Casa de Campo para pasear tranquilos, sin testigos. Mi madre no se quita de la cabeza la desaparición de la pequeña, como si no estuviese del todo convencida de que no pudo hacer más por ella. Y es que cuando a una persona sencilla le repiten varias veces que ha hecho una cosa mal, llega a dudar de sus propias experiencias, de lo que ha vivido y conocido y nace esa duda constante y molesta que nos acusa como la propia conciencia.

—¿Se fue con usted María al salir de la cárcel...?

—Lo hizo inmediatamente, pero no podía vivir conmigo, me miraba siempre de forma acusadora...

—A quien en realidad acusaba era a mí, no a usted...

—También a mí. Tuve que llevarla al médico para que le explicara lo sucedido, pero no quedó muy conforme, porque no me ha escrito ni llamado. De todas las maneras, me gustaría abrazar a ella

y al niño.

—Yo todavía no lo he visto. No quiere traérmelo, porque cree que se lo voy a quitar.

—¿Qué piensas hacer ahora...?

—Vivir, esperar...

—¿Qué va a ser de ti, perseguido siempre por la justicia...? Sería mejor que te fueras al extranjero...

—Es posible que lo haga. Si no fuera por María ya estaría en Francia.

La Casa de Campo está verde y húmeda de las últimas lluvias. Salen ya, bajo las encinas, los primeros espárragos trigueros y el verde cubre las lomas y depresiones. Alguna que otra pareja pasean cogidos de la mano. También pasan un guarda a caballo y los niños de un colegio, agrupados delante de dos profesores. Ya es primavera y este parque, todavía con los cráteres y trincheras de los últimos combates de la guerra, florece como un jardín. Mi madre y yo caminamos, sin saber hacia dónde nos dirigimos, felices los dos de estar juntos después de tanto tiempo sin saber el uno del otro. Miro de reojo a esta mujer insensible al dolor y al sufrimiento, con el rostro coloreado por el sol y sin otro aparente recuerdo de la vivida tragedia que el traje y el pañuelo negros.

A la mañana siguiente el tranvía nos deja en el barrio de mi mujer. Trato de conseguir que mi madre traiga al niño y, si es posible..., a María. Durante más de una hora la espero en las cercanías de la casa con el corazón en un puño, pendiente del resultado de la visita. Cuando se acerca y me mira es innecesario que diga nada. La han recibido fríamente y no quieren que saque al niño.

—Tampoco me facilitaron la dirección del lugar donde trabaja tu mujer. Su padre dice que teme que la molestes. ¿Qué podemos hacer ahora...?

—Esperar a que venga María. Son las once de la mañana y no creo que lo haga hasta las seis o siete de la tarde. Para hacer tiempo podemos pasear, comer por aquí.

Mi mujer llega cuando menos la esperamos. Tenía que comprar ropa al niño y ha pedido permiso para dejar el trabajo. A mi madre la abraza con cariño; a mí ni me saluda, pero lo que no consiguieron mis palabras lo logran las lágrimas y ruegos de mi madre. Dice que mañana, que es domingo, irá con el niño a un restaurante de la Ciudad Lineal. El niño es de los dos, dice, y no puede evitar que yo le vea, aunque será mejor que no insista en pedirle que vivamos juntos...

LAS MUJERES QUE NO TUVE

El mantel de la mesa, los cubiertos limpios y brillantes, el vino blanco y tinto, abundantes; la comida espléndida, mi madre, mi mujer, mi hijo, todo me parece un sueño que se puede desvanecer con mi despertar. ¡Tantas veces he imaginado esta escena en las celdas frías de una prisión...! Para colmo de felicidad, al llegar María me ha besado, con naturalidad, como si hubiera surgido de una forma inconsciente. Ahora mira el plato mientras come, acaso ruborizada de mi presencia. No me atrevo a decirle una palabra para que no se rompa el encanto del momento. Lo mismo puede callar que repetir las mismas frases hirientes de hace unos días. Prefiero esperar y ver qué pasa. La quiero y haría muchas cosas por vivir con ella, pero no ignoro que me pediría que abandone mi profesión y acaso que me entregue. Después de comer salimos a pasear por un campo cercano. Hasta ahora nadie ha dicho nada importante. Mi madre, prudente, calla. Mi mujer espera que yo suelte la primera palabra.

Mi madre y el niño juegan a la sombra de un árbol. María y yo, casi sin esperararlo, nos hemos quedado solos y nos miramos a los ojos con la misma emoción que si acabáramos de conocernos... Aunque ella no lo diga, sospecho que me quiere; pero son tantas las cosas que nos separan...

—¿Qué vas a hacer, Victoriano? —Dice con voz tenue.

—No sé... Llevo una temporada de dudas.

—¿Piensas dejar lo tuyo...?

—De momento, no; acaso más adelante. Necesito dinero para empezar un negocio, cualquier cosa... Si tú quisieras, tengo una hermosa habitación en casa de una patrona muy agradable. Hay sitio para ti y el niño.

—Sabes que aunque quisiera eso no puede ser. No te voy a ocultar que me gustaría, eres el padre de mi hijo y el único hombre que ha habido en mi vida, pero no quiero vivir angustiada. Los últimos meses ha venido la Guardia Civil y la Policía varias veces a casa. Te buscan sin cesar, como si fueras una alimaña, y no podrás evitar que un día te cojan...

—¿Qué te han preguntado...?

—Siempre lo mismo: si sabía tu paradero. Por ellos imaginaba que otra vez habías huido. No sé cómo te las arreglas que consigues escapar de todas las cárceles.

—No me resulta fácil, pero como no pienso en otra cosa acabo por encontrar la forma de hacerlo. Es tan horrible la soledad de una celda...

—Ya lo sé... No me hables de eso.

Hemos quedado en vernos. La esperaré junto al tranvía, cualquier día. Ella teme que nos vean sus padres, y yo, que me ingenio para no dejar pistas a mis seguidores, pienso que María puede ser una pista. Pero no me importa, y no es que en ella busque tan sólo a una mujer, sino a una esposa. Mujeres en realidad me sobran. He hecho amistad con una chica de Santa Olalla que sirve en casa de un médico; también con una prostituta de la calle Echegaray, que siempre me recibe alegremente y me da trato de amigo. Después está Carmen, una muchacha de diecisiete años, rubia y esbelta, que limpia la casa de huéspedes en la que vivo. Carmen es simpática y expansiva y me gusta. Vive en el piso de arriba, con su madre y hermanos; el padre murió en la guerra y apenas comen de la pequeña pensión que les ha quedado. La madre no puede trabajar; tiene una tosecilla seca y constante y una palidez que me da mala espina. A Carmen no le he dicho nada, pero sospecho que su madre está tuberculosa. Las últimas semanas apenas podía andar y desde hace tres días se ha metido en la cama y enflaquece y pierde vitalidad como un pájaro herido.

Yo sigo mi vida. En diez días, diez golpes. Panaderías, carnicerías, tiendas de ultramarinos y alguna que otra confitería. La ola de estraperlo favorece mis planes. Mi bolsa, que estaba exhausta, se llena nuevamente. He descubierto un auténtico filón que explotaré hasta el final, o por lo menos hasta que me haga rico y pueda retirarme o montar un negocio seguro.

Entro en la pensión y me espera Carmen, de pie, en el comedor. Es mediodía, mi reloj marca la una; a estas horas no suele venir la muchacha. Debe de suceder algo.

—Hola, Carmen. ¿Cómo tú por aquí...?

—Te estaba esperando. ¿Puedes acompañarme a casa...?

—¿Qué pasa...?

—Mi madre está muy mal... Ha venido un médico y dice que lo que tiene es muy grave y que

urge internarla en un hospital o en un sanatorio.

Subimos la escalera. La enferma tiene fiebre y apenas puede hablar. Yacen sobre las sábanas sus brazos desnudos, muy delgados; el rostro aparece demacrado, con un color azulado. Cojo la mano a la muchacha y la saco de la habitación.

—Si sigue aquí se morirá... —le digo.

—Eso pienso yo...; tiene muy mal aspecto. Por eso te he llamado. Hay que internarla y me dicen que todos los hospitales están abarrotados. ¿Conoces a alguien...?

—No te preocupes, que lo arreglaré.

Salgo a la calle dispuesto a solucionar el caso. Le he asegurado que conozco a gente que puede ayudarla y no es cierto. Entro en el Hospital Provincial, en la calle de Santa Isabel, y pregunto por el médico de guardia. No tarda en salir un hombre alto, vestido con bata blanca. Me presento y le muestro mi documentación de agente de la Fiscalía. Estoy de servicio en Madrid; acabo de visitar a un familiar, que se encuentra gravemente enfermo...

—Viven muy cerca de aquí... Le ruego que vaya un médico a ver a esa mujer, por si es preciso internarla...

Se ofrece él mismo. Tendré que esperar, porque releva a las seis.

—En realidad me pilla de paso, lo haré con mucho gusto —dice.

A las seis salimos del hospital. Cuando llegamos a casa de Carmen, ella me mira con una sonrisa de agradecimiento. El médico reconoce a la enferma y no precisa mucho tiempo para darse cuenta de que es casi una moribunda. Me pide que le acompañe hasta el hospital, extiende una ficha de ingreso y ordena que una ambulancia vaya a General Lacy a recoger a la enferma. Cuando por la noche llego a la pensión otra vez me espera Carmen, que no puede contener su agradecimiento y me abraza emocionada.

Con María salgo algunas tardes, pero insiste en la idea de no vivir conmigo. Por las noches suelo acompañar a la prostituta de Echegaray o traigo a la pensión a la muchacha de Santa Olalla. Por vez primera las mujeres me sorben el seso de una manera total, como si no existiera otra cosa. Salto de una en otra, busco caras nuevas con una fiebre de amor que obedece a los largos meses de forzada abstinencia. Raro es el día que no me acuesto con una mujer, y cada vez me enfrasco más en este juego placentero, como si adivinara que en cualquier momento fuera a terminar, que llamarán otra vez a mi puerta para encerrarme alejado de las alegrías que proporciona el mundo. Es como si quisiera resarcirme de las mujeres que no tuve y las que acaso algún día tampoco podré poseer.

La patrona se ha unido a mi larga lista de mujeres comprensivas. Una noche me pide que la lleve al teatro Calderón, donde actúa Conchita Piquer; cuando regresamos al piso, a las dos de la mañana, casi sin darnos cuenta nos metemos en la misma cama. Me ha tratado tan bien, que siempre la he respetado y no se me hubiera ocurrido decirle una palabra, pero me da la impresión de que he caído en una trampa que ella hábilmente me ha tendido.

A Carmen la veo todos los días y la suelo acompañar hasta el hospital. Me gusta y se lo diría si no fuera porque puede interpretar que quiero cobrarle los favores que le he hecho y le sigo haciendo. Por medio de la patrona le entrego dinero, pues la situación suya y de sus hermanos es desesperada y apenas pueden atender a los gastos que ocasiona la enfermedad de su madre.

Esta tarde Carmen baja a la pensión para preguntarme si puedo ir con ella al hospital. Vamos a

pie por las calles, pues el edificio está cerca, y ella se apoya en mi brazo yo no sé si inocentemente o porque le agrada estar conmigo. Lo cierto es que después de ver a su madre no se me ocurre otra cosa que invitarla al cine...

—Estoy abrumada con lo de estos días y me vendrá bien —responde.

En el Metro nos trasladamos al cine Capitol, en plena Gran Vía. Nos sentamos muy juntos y siento cerca la respiración de la muchacha. La miro de soslayo: es una chica bonita y joven. Parece pendiente de la película, pero cuando mis manos acarician sus muslos no puede evitar un estremecimiento. Después la abrazo y la beso; ella sigue silenciosa, con el rubor en las mejillas y sin atreverse a decir una palabra. No me he enterado de la película. Cuando acaba le propongo dar un paseo por el Retiro, pensando llevarla a la zona umbrosa y tranquila que tan bien conozco. Dice que sí y tengo la sensación de que voy a hacer algo que no está bien, pero si ella quiere...

Estamos sentados en un banco del parque. No hay una persona por los alrededores y Carmen cede sin resistencia a mis caricias. Poco a poco la despojo de la ropa y recorro complacido su cuerpo. Ya es mía, estoy pensando, cuando de improviso la muchacha se pone a llorar...

—¿Por qué lloras...? —le digo.

—Soy una chica honrada. Jamás me ha tocado ningún hombre; si me entrego a ti ya sabes por qué es...

—¿Por qué...?

—Has salvado a mi madre y puedes hacer lo que quieras de mí...

Mi sangre se serena de repente. Me siento ridículo. Cuando me levanto del banco y ayudo a la muchacha a ponerse otra vez la ropa, ella mira hacia el suelo y no dice palabra. Yo tampoco soy capaz de romper su silencio. Le abrocho los últimos botones de la camisa y andamos los dos un tanto violentos camino de la casa. Cuando llegamos apenas sé qué decirle...

—Perdona, Carmen. Creo que es mejor que no pasara nada.

Ha subido la escalera silenciosa como una estatua. No sé si habré hecho bien o no, pero no me arrepiento de en última instancia haber respetado a la muchacha. La verdad es que no soy un hombre que presuma de sus conquistas, como el pistolero que hace muescas en su arma de los que va eliminando. Mi sed de mujeres obedece tanto o más que a mis apetitos sexuales, a las represiones que se han ido grabando en mi alma y a la soledad que vivo y me hace buscar una persona que me hable y me diga que me quiere. Carmen es una chica honesta. De ahora en adelante procuraré rehuirla, como a una flor que se marchita cuando se toca...

La mesa es digna de un rajá de la India. Y más en estos tiempos. Un cordero dorado que echa humo y olor agridulce por sus carnes tiernas y blanquecinas, huevos fritos con jamón, vino de la Rioja, con más años que «El Rengue»... ¿Por qué se me habrá venido ahora a la memoria este viejo chivato...? Lo conocí en la prisión de Toledo. Ha sido tan popular el hombre de mis recuerdos como «renguista^[14]», que ningún apodo podía venirle mejor que el que tiene. Dicen que en su juventud fue hombre valiente, buen compañero; ahora anda de prisión en prisión dándose el pico con los funcionarios y denunciando a todo el que se le ocurre provocar huelgas y protestas o soñar con la fuga. «El Rengue» está arrugado, camina muy despacio y encorvado. A mí, en el fondo, me produce tristeza contemplar a delincuentes que dieron que hablar y ahora languidecen en la cárcel como árboles caídos. Pero que le den por saco al «Rengue» y a su imagen que se me vino a la cabeza al hilo del vino; yo soy libre como mariposa, ante buena mesa y él está pagando en «beri^[15]» lo suyo.

Sobre el mantel hay también pan del estraperlo, de dos kilos la pieza. A mi derecha se sienta el alcalde del pueblo; a la izquierda, un amigo suyo, que participa del condumio. Nos sirve una guapa moza, que ronda los veinticinco años y es hija del alcalde, del que soy huésped. La cosa ha sido sencilla: esta mañana me dio por venir a ganar unas pesetas a este pueblo de la provincia de Madrid. Llegó a mis oídos que por estos andurriales se hace mucho estraperlo, especialmente de pan, y a las nueve de la mañana ya estaba «currando», con la documentación a nombre de un verdadero agente de la Fiscalía que conseguí saber. La primera operación no me ha ido bien: entré en una panadería, y la dueña me impresionó con sus problemas cuando me dijo:

—Comprenda que los impuestos son elevados. Si no hago trampa en el peso del pan no podremos vivir. Soy viuda y tengo siete hijos...

La dejé, pensando que no era honrado estafarla. Cuando salgo del despacho me encuentro a dos hombres, que me esperan. El uno se presenta como alcalde del pueblo; el otro, su amigo. No dudo ni un segundo. Sin que me lo pidan les enseño mi nombramiento, peso varios panes en su presencia y les digo:

—Ya ven, ni uno da el peso correcto. No hay derecho. Ustedes son los que tienen que vigilar esto y evitar que se defraude al cliente, y más precisamente cuando hay racionamiento.

El alcalde me ha dado la razón, y acto seguido me invitó a comer en su casa. «Todo se arreglará; en adelante no volverá a suceder», dijo. Están convencidos de que soy un verdadero agente y pretenden que no perjudique a los panaderos del pueblo. Una buena comida nos permitirá hablar, discutir, pactar... El alcalde ha matado el mejor de sus corderos en mi honor; yo no puedo desairarle. A los postres tenemos amigos comunes, hemos visitado las mismas ciudades, los mismos cines y teatros; la conversación es cordial. Acabamos el banquete en mi honor y me enseñan el Ayuntamiento, la iglesia, la plaza... Nos despedimos como buenos amigos y yo me dirijo a una de las panaderías, compruebo el peso del pan, anuncio que levantaré acta y el hombre me entrega doce mil pesetas. Salgo y me voy a tomar café con mis conocidos. En el Ayuntamiento converso con el

alcalde. Su amigo sale una y otra vez, a «asuntos del trabajo», dice. Coincidiendo con la última entra con él un sargento de la Guardia Civil. Tentado estoy de salir corriendo, pero no tengo seguridad de lo que puede pasar y espero... Me han presentado al cura, al maestro, quizá ahora me van a presentar también al sargento...

—¿Podría mostrarme su documentación...? —Me dice el guardia amablemente.

La revisa y cree en su autenticidad, pero aun así me ruega que le acompañe al cuartelillo. No hay duda: el estafado me ha denunciado.

—Con mucho gusto —le respondo en el mismo tono.

Entramos en el cuartel. El sargento me deja con dos guardias y sale, dice que «para hacer unas informaciones»; yo imagino que será para telefonar.

—¿Los servicios, por favor...? —pregunto a los guardias.

Uno de ellos me acompaña a un cuarto interior que tiene una ventana que da al patio. El guardia se queda fuera vigilando. Yo salto la ventana y me adentro en los sembrados; a trescientos o cuatrocientos metros me siguen, minutos después, algunos vecinos y el sargento. Sé que no tengo escapatoria, pero al menos estos momentos de libertad me permiten ir rompiendo en pequeños pedacitos los papeles que pueden comprometerme... Mis perseguidores se abren en semicírculo, tratando de cercarme. Algunos se acercan y opto por esperarlos. Los dos guardias parece que se quieren abalanzar sobre mí y su jefe los contiene:

—¡No le toquéis! Vamos, amigo...

Media hora después, en el cuartel, el sargento y los dos guardias ríen a mandíbula batiente recordando el cordero sacrificado en mi honor. Las diligencias se desarrollan tranquilamente, sin necesidad de que me sometan a los procedimientos usuales. Cuando a las cinco de la tarde me entregan en la prisión de Getafe, el sargento me recomienda serenidad y confianza y suelta otra carcajada...

—Lo del cordero no lo olvidaré en mi vida. Nunca me había ocurrido un caso así...

«En este establecimiento debe reinar la disciplina de un cuartel, la seriedad de un banco y la caridad de un convento». Esta frase lapidaria la he leído más de una vez. Suele estar escrita en la entrada de las cárceles, al lado del primer rastrillo. La entrega de lo que van a ser mis propiedades, Dios sabe por cuánto tiempo, también se repite: una manta, una cuchara, un plato. Después me cortan el pelo al cero...

—En esta prisión no se hace «período». En su lugar, y para evitar problemas sanitarios, tenemos por norma cortar el pelo a los nuevos reclusos —dice el barbero, al tiempo que poda en toda su extensión mi cabeza.

Me satisface librarme de los cuarenta días de período reglamentario que, según unos, se aplica por razones sanitarias y, según otros, por aclimatar al recién internado a la privación de libertad. Acompañado por un funcionario paso al patio. Hay como treinta reclusos, casi todos jóvenes raterillos y descuidados de la plaza de Legazpi, expertos en asaltar los camiones de alimentos que llegan al mercado por la madrugada. Como es habitual siempre que entra uno nuevo, se me acercan y preguntan de dónde procedo, cuál es mi delito y cómo he caído... Cuento misma versión que en la Comandancia y la que pretendo dar al juez, no sea que haya algún confidente que dé después el chivatazo... Soy un ladrón profesional y la documentación me la preparó un amigo de Barcelona...

—¿Cuál es tu especialidad...? —Me siguen preguntando.

—Dicen que soy un buen «espadista^[16]», pero últimamente me he dedicado a la estafa...

—Da más dinero, ¿no? —Quiere saber uno de los jóvenes rateros.

—Y más disgustos; hay demasiada competencia —les digo.

—A mí me parece que te he visto por el «foro^[17]» —dice el que parece tener más edad.

—No sería raro; también trabajé allí. Pero yo a ti no te conozco —le digo, aunque me parece que sí hemos coincidido en alguna parte. Prefiero no tener demasiadas confianzas con los compañeros en tanto que no los conozca y sepa con certeza de quién puedo fiarme.

La vigilancia no es mucha. Hay dos guardias, uno en la puerta de entrada; el segundo, en una garita, junto a la tapia del patio. Este último se retira de su puesto cuando nos meten en las celdas. La fuga no sería difícil si no fuera porque cuando entra un preso peligroso procuran enviarle de inmediato a la Provincial de Madrid. Yo procuro no hacerme el visto y portarme como es debido. Con los funcionarios soy cortés y obediente; con los compañeros, amable, pero distante... Sé por experiencia que las más de las veces los problemas vienen por fiarse de ellos.

La comida llega semanalmente de la capital, a excepción de las verduras, que compran en el pueblo. Este mediodía he visto cómo el director apartaba la ración de mañana. El cuarto de suministros es un almacén pequeño con una puerta cerrada con llave. Hablo del asunto a tres hombres de edad con los que he hecho confianza; podríamos sacar comida un par de veces a la semana.

—¿No se darán cuenta...? —Me dice uno de ellos, gallego de nacimiento.

—Si os interesa hay que exponerse. Como dejan guisar a los que reciben ayuda de la familia, es fácil que no se enteren...

—¿Te comprometes a abrir la puerta...?

—Podemos intentarlo mañana, cuando estén todos en el patio, en el supuesto de que estéis los tres de acuerdo —les digo.

—Por mi parte, adelante...

—Yo también estoy dispuesto.

—Pues por mí, que no quede —dice el tercero.

—Entonces ya lo sabéis, mañana, a las once...

ASALTO AL ALMACEN

A la hora convenida nos disponemos al asalto. Mientras los tres compañeros vigilan en el pasillo, tanteo la puerta y la cerradura, meto en ésta una llave que he preparado y no tardo en oír el «clic» que me dice que la cerradura ha cedido. Paso al interior y, sin dejar nada en desorden para no llamar la atención y acabar con ello con la gallina de los huevos de oro, meto en el talego patatas, arroz, fideos y fruta, todo en cantidades pequeñas.

La operación la repetimos durante varios meses, justo hasta el día en que el juez, cansado de esperar mi partida de nacimiento, da por concluido el asunto, en lo que a él se refiere, y me trasladan a la prisión de Torrijos, en Madrid. Me escoltan dos guardias civiles, y el viaje, a pesar de lo cerca que está Getafe de Madrid, dura dos horas por causa de la nieve, que alcanza hasta un metro de altura a ambos lados de la carretera. Tanto frío hace que bajo los árboles se refugian grupos de perdices

hambrientas, agotadas de buscar alimentos inútilmente. También corre algún conejo, hundiendo sus patas en la nieve. Madrid, desde lejos, se ve blanco y transparente y sólo asoman los ojos negros de las ventanas o el humo espeso de alguna fábrica; es como una postal navideña, el último recuerdo que queda en mis retinas de estos ciento veinte minutos de viaje; exactamente, siete mil doscientos segundos de libertad. En segundos la cifra parece más elevada, aunque no me consuela...

La prisión de Torrijos, en tiempos convento, da las últimas boqueadas... Dos días después de que me lleven a juicio (donde no sé por qué medios se han enterado de que me llamo Victoriano Corral, alias «Julián el loco») la cárcel es desalojada: la mitad de los reclusos son trasladados a Porlier; la otra mitad, en la que me incluyen, a Santa Rita, una cárcel habilitada de Carabanchel Bajo.

Hoy he escrito a mi madre. Poder hacerlo es el único beneficio de que me hayan identificado. También pensé enviar una carta a María y hasta he iniciado unos párrafos... «Querida esposa: por fin puedo comunicarte contigo...». Pero no. Parece ridículo. Creerá que la miento, que no he querido saber de ella en todo este tiempo. Nuestras relaciones de amor y desamor constantes no quedaron en buen momento la última vez que nos vimos... Rompo el papel cada vez en trozos más pequeños y paseo pensativo por la celda... Llevo quince días aquí y no conozco a nadie. La mayor parte son presos políticos y forman un grupo independiente, con escasos contactos con los delincuentes comunes, como yo. Tan sólo he hecho amistad con uno de ellos, Cipriano Mera, el famoso líder anarquista, que formó parte de la Junta Casado... Converso con él por la noche en el dormitorio, pues es albañil y sale para redimir penas por el trabajo, con otros de su profesión... Están haciendo la prisión Modelo de Carabanchel. Se van todas las mañanas y no regresan hasta el final de la tarde. Cipriano ha mandado los Ejércitos republicanos en Guadalajara y combatió en los Nuevos Ministerios. Al final, cuando veían todo perdido, se unió a Casado, en contra de los comunistas, para rendirse... Me ha dicho que tiene treinta años de condena, pero que cumplirá muchos menos gracias a la redención de penas. También me cuenta que lo capturaron los alemanes cuando tomaron París y que lo enviaron, junto con Companys, a España. Es un hombre simpático, luchador, con madera de revolucionario, e intimamos pronto.

Mi madre me ha visitado. A partir de ahora sé que alguna que otra vez vendrá a verme y traerá manzanas y alimentos del pueblo. Sigo sin tener muchos amigos en la prisión. Tan sólo a Mera y a un recluso que es médico y me curó cuando fui herido en la guerra. Trabaja en la enfermería, también para redimir condena.

—¿Por qué te han detenido...? —Me pregunta en el patio.

—Estafa y algunas otras cosillas. ¿Y a usted...?

—He provocado abortos... No han sido muchos, pero me denunciaron otros médicos. ¿Vas a estar mucho tiempo aquí...?

—No sé, estoy pendiente de juicio. Por cierto que algún día recurriré a usted para que me reconozca. Tengo fuertes dolores de cabeza. Siempre he padecido de los nervios y ya en otras cárceles me han tenido que trasladar al hospital por estas cosas... La última vez fue en Toledo. No diga usted nada de esto. Andan indagando en mi historial e imagino que les faltarán muchas cosas. No quiero dar pistas...

Mi amigo muerde el anzuelo. Todos los días, cuando me ve en el patio, me pregunta por los dolores de cabeza. Conviene irlo preparando, porque algún día, cuando me convenga, puede

ayudarme sin darse cuenta... Incluso le explico que en otros lugares me llamaban «Julián el loco». Cuento con la ventaja de que ya conozco algunos manicomios y soy capaz de imitar perfectamente los síntomas de un demente. Charla tras charla noto que se ha ido convenciendo de que mi sistema nervioso está desequilibrado...

Esta noche es la elegida. Espero a que todos estén dormidos. Mi reloj señala la una y media. Bajo la manta palpo una cajita, que abro sin hacer ruido. Meto la cabeza debajo, enciendo una cerilla, la acerco a un extremo de la manta y espero unos segundos. No me conviene que despierten hasta que la manta arda bien, escandalosamente... La llama se agranda. Creo que ya es el momento...

—¡¡¡Ay...!!! ¡Socorro...! ¡Quieren matarme...! —digo a voces.

—¿Qué sucede...?

—¿Quién grita de esa manera...?

—¡Fuego, hay fuego...!

Las luces se encienden y entran dos funcionarios. Uno de los que duermen a mi lado me señala acusadoramente:

—¡Es Julián, que ha prendido fuego a su cama...! Miradlo, todavía tiene la cerilla en la mano...

Los compañeros me sujetan antes de que se aproximen los funcionarios. Otros apagan el fuego con sus mantas... Yo trato de desasirme de ellos empleando toda mi fuerza, con el rostro congestionado y gritando desesperadamente...

—Es «Julián el Loco». Llévenlo de aquí o una noche nos quema vivos a todos.

El médico recluso también ha subido.

—¿Qué te sucede, Julián...? ¿Has sido tú...?

—Déjeme. ¿Quién es usted, que me quiere matar...? ¡Socorro, él también me quiere matar...!
¡Socorrooo...!

—Trasládenlo a la enfermería. Mañana lo verá el médico oficial. Está muy nervioso...

En la enfermería me atan los pies y manos a la cama. Dicen para que no me haga daño y que no se lo haga a los demás. Me pinchan por dos veces y me recomiendan que intente calmarme y dormir. A las diez me despiertan para el reconocimiento y sigo con mi comedia, pendiente de dar el mayor verismo a la representación. Muevo la cabeza a uno y otro lado, dejo caer saliva de la boca, desencajo la mandíbula y abro cuanto puedo los ojos... De pronto parece que me calmo y respiro profundamente, sin cesar, como si estuviera muy inquieto.

—Obsérvenlo con gran atención. Si es preciso habrá que mandarlo al manicomio o a la sala de dementes del Hospital Provincial —dice el médico.

Han pasado diez días. Esta mañana llegó la autorización del Juzgado para el traslado. Todavía no sé si me ingresarán en el manicomio o en el hospital. Me saca de dudas el médico recluso, que me mira con cierta pena...

—Muchacho, dentro de un par de horas te llevarán al hospital. Allí estarás mejor; ya verás como dentro de uno o dos meses puedes volver completamente recuperado.

Llevo siete días en la sala de dementes del Hospital Provincial. En el dormitorio está José, un conocido de Santa Rita, que me da la corazonada de que también se hace el loco. José es un buen «espadista», incluso con más experiencia que yo. Recuerdo que en Santa Rita me contó una anécdota curiosa que a los dos nos hizo reír. Se trata de la historia de un «espadista», conocido de ambos, tan

bueno para el trabajo que llegó a abrir las cerraduras «Yale». Cuentan que en una ocasión un ingeniero de la fábrica le ofreció una importante cantidad de dinero por que le dijera cómo se las arreglaba para forzar cerraduras tan complicadas y difíciles. El «espadista» no quiso descubrir su secreto. José acaso no sea tan bueno, pero yo le he visto abrir cerraduras a prueba de todo con una simple cuchilla.

Esta noche decido conversar con él. Noto que también me mira con una cierta suspicacia... Si la cosa es como creo, podríamos ayudarnos el uno al otro.

—José, quiero hablarte claro... ¿Tú tienes buen criterio de mí...?

—Siempre me has parecido de fiar.

—Yo también confío en ti. Seamos claros; me parece que los dos nos encontramos en las mismas condiciones. Ni tú ni yo estamos locos, ¿no es así...?

—¡Hombre...!

—Déjate de tonterías...; lo único que pretendes es escapar y por eso te has hecho el loco...

—¿Y tú...?

—Jamás he estado más cuerdo que ahora...

—Pues la verdad es que lo haces muy bien. A mí me habías convencido. Unicamente ayer se me ocurrió imaginar que hemos elegido el mismo camino.

—¿Quieres que intentemos la fuga...? No hay más que forzar una puerta del pasillo mientras los demás están en el patio. Afuera, si quieres, también podemos seguir juntos y probar en lo tuyo... No te creas que yo soy manco; lo mismo me da la «espada» que «salir al tope»..., aunque no sea esto lo mío...

—¿Cuándo pensabas irte...?

—¿Por qué no hoy..., José? Dentro de media hora es la salida al patio. Hace mucho frío y no les extrañará si nos quedamos en el comedor mientras los demás pasean. Lo he hecho dos días y nadie ha dicho nada... Puedo vigilar mientras fuerzas la puerta...

Me dice que sí con un gesto. A las once salen uno tras otro todos los internos al patio... Yo entro en los servicios para que no nos vean juntos. José espera en el comedor. Dejo pasar unos minutos y los dos caminamos, con todo tipo de precauciones, por el pasillo. Yo quedo atrás. El, con una pequeña ganzúa que como por milagro ha aparecido en sus manos, intentará abrir la puerta. Mete primero el pie debajo y la va levantando poco a poco. Después coloca la ganzúa y tira. Yo pensaba que la iba a abrir con una llave falsa o «espada»; no me imaginaba que disponía de la ganzúa. José demuestra que es un fenómeno en las dos especialidades, porque al segundo intento la cerradura salta fácilmente... Abrimos otra puerta y salimos al jardín, donde nos mezclamos con la gente que ha venido a visitar a los enfermos. Después, con la mayor tranquilidad, alcanzamos la calle.

—Vamos al barrio de Doña Carlota, en el Puente de Vallecas. Tengo allí una amiga que nos recibirá bien —dice José.

Como no tengo a dónde dirigirme apruebo la idea y lo sigo con paso rápido hacia la estación del Metro.

En el Rastro compramos un juego de llaves «en bruto», es decir, llaves huecas, que José «prepara» una por una. Son en total catorce y mi socio asegura que con ellas no se le resistirá una sola puerta. José va provisto siempre de una tiza y cuando prueba la falsa llave la tizna para

comprobar por dónde no pasa; le hace luego un pequeño arreglo, la «espada» cumple su cometido y la cerradura, las más de las veces, se abre. Hemos elegido un buen barrio para dar el primer golpe. Se trata de una casa de noble porte en las cercanías de la plaza de España. Pasamos delante del edificio un par de veces. Nos pareció el lugar adecuado un segundo piso que tiene las cortinas bajas y las ventanas herméticamente cerradas, lo que hace suponer que los dueños no están dentro. Es domingo, el día ideal para dar el golpe.

—¿Qué te parece, Julián...?

—Que está esperando que la «zumbemos». Es festivo, hace un sol extraordinario y los dueños estarán en el campo.

—Vamos a comprobar si es como dices.

Entramos y, sin que nos vean desde la portería, subimos los escalones hasta el segundo descansillo. José pega el oído a las puertas de las dos viviendas de la planta.

—Esta es la que da a la calle. Me parece que no hay nadie dentro.

Ahora pulsa el timbre dos veces seguidas. Si abren la puerta preguntamos por un nombre que se nos ha ocurrido y alegaremos que nos hemos equivocado. Pasan unos segundos. Nadie responde. José vuelve a llamar. Esta vez la espera es más larga. No contestan; ya no hay duda. Saca el manajo de llaves y, una a una, las prueba. Con la quinta se abre la puerta y pasamos al interior, corriendo el doble cerrojo por dentro, por si nos sorprendieran con las manos en la masa. Registramos con detenimiento todas las habitaciones y cargamos con las alhajas, el dinero que encontramos, no mucho, y con las bandejas de plata que hay en el comedor.

—¿Cuánto crees, Julián...?

—Poco. Entre todo, unas treinta mil.

—Vale eso, pero nos darán menos. Conozco a varios «peras» del Rastro de confianza, pero no debemos ir por allí. Mejor será un telefonazo.

José levanta el teléfono en una de las salas del piso y queda de acuerdo con el «pera» en llevarle las cosas a su casa. A José no le tiembla un solo dedo de la mano. Se mueve como si estuviera en su casa, sin aspavientos ni nerviosismos. Jamás he visto a un hombre tan tranquilo y dueño de la situación.

Tenía razón. Sólo conseguimos veinte mil pesetas, diez para cada uno, a base de discusiones y de regateos, porque el «perista» no quería subir de las quince «sábanas^[18]».

—Hay que tener cuidado con esta gente —me dice José al salir—. Aun los mejores te la juegan. Sabes que casi todos están fichados por la Policía. Si no le dejas el material por lo que ofrecen son capaces de delatarte.

Pasa una semana y damos dos nuevos golpes. Yo espero reunir unas pesetas; después intentaré localizar a María y, si está de acuerdo, nos vamos a Barcelona. José dice que también está muy visto en Madrid y que no le vendrá mal cambiar de aires. Yo le sugiero que deje la «espada» y trabaje conmigo en falsificaciones y estafas; más adelante, en Barcelona, incluso podríamos intentar el asalto de algún banco... Con lo suyo jamás se sale de pobre; hay que repetir una y otra vez suerte y es casi imposible que no te cacen en alguna. Pero José le ha cogido gusto a lo suyo y será difícil que lo deje. Como él dice, son muchos años de profesión, casi veinte, y está encariñado con ella.

Gozo como nunca de mi libertad. El que no conoce esta vida azarosa difícilmente puede

comprender hasta qué punto merece la pena exponerse en una fuga, a veces por semanas o por unos días de libertad limitada. Digo limitada porque el evadido de una cárcel sabe o sospecha que le buscan, que puede caer en cualquier momento y que no debe frecuentar los lugares que quisiera, sino esconderse como una rata de alcantarilla. Los teatros, los cines, hasta los espectáculos deportivos le están prohibidos, a no ser que tome precauciones excepcionales; pero siempre tendrá la impresión de que es observado, de que ese hombre con el que se cruza y lo mira, acaso casualmente, puede ser su perseguidor... También tiene que rehuir a sus familiares y amigos, a las personas que quiere, porque suelen estar sometidas a vigilancia y son las más de las veces el cebo que permite la captura. Pero aun así, estos momentos de libertad, saboreados después de una temporada de reclusión, suponen una felicidad difícil de describir. Yo siento que el aire es diferente y cuando camino por la calle me parece que mis piernas me conducen ligeras, como si tuvieran alas. Las plantas y las flores son más bellas, no me canso de oír a la gente que discute o se emborracha en los bares, me llaman la atención todas las mujeres que pasan a mi lado... De verdad que el que es libre no sabe lo que es la libertad. La libertad es en realidad la propia vida; y el que no tiene libertad siente como si la vida se le fuera escapando poco a poco, aburrida y lentamente...

La amiga de José me presentó a una joven bien aparente y salimos juntos los cuatro, alguna que otra vez, a cenar fuera o bailar. Esta noche hemos quedado en «garbear» de nuevo. Es domingo; después de comer entraremos en una casa de la calle de Serrano para conseguir un capital que nos permita dejar Madrid siquiera por una temporada. Mi socio y yo paseamos separados delante del edificio. En el primer piso no parece moverse un alma. La casa parece lujosa. ¡Si encontráramos una caja fuerte, algún lugar escondido con una buena cantidad de dinero...! José me hace una seña y entra en el portal. Yo lo hago unos minutos después... La operación se repite. La cerradura cede. Nos encerramos en el piso. Lo recorremos en todas las direcciones. No hay una sola peseta...

—¿Qué hacemos, Julián...?

—Irnos. Aquí no hay nada que mascar, ni dinero, ni joyas.

—No nos vamos a ir con las manos vacías. Mira estas dos maletas. Podemos llenarlas de ropa.

No me hace gracia la idea de robar ropa. Me parece rebajarnos de categoría, pero cedo. Metemos en las maletas mantelerías finas, juegos de cama, cacharros de plata, mantones de Manila, artísticos ceniceros, unos candelabros... Con todo este material bajamos la escalera y en un taxi nos encaminamos a casa del «pera». Como siempre, discutimos la cantidad hasta que llegamos a un acuerdo... Mil duros a cada uno...

—No merece la pena trabajar así, José. Para mí se acabó la «espada» —le digo.

—Menos da una piedra, no te quejes. Con varios golpes así podemos ir tirando y el día que menos lo pienses encontramos una «maría» que nos sacará de apuros para una larga temporada...

—Tenemos que planear algo serio y no estar a la que salta. Prefiero exponerme una vez, por una cantidad importante, que todos los días por cuatro perras.

De pronto todo se precipita. El martes, varios números de la Policía Secreta irrumpen en nuestro piso pistola en mano. El «pera» también ha sido detenido. Nos recluyen en la prisión de Santa Rita y diez días después me llaman al locutorio de jueces, donde me espera un cabo de la Guardia Civil para tomarme declaración por el robo de unas muías en Torrejón de Ardoz... Tengo que reconocer que tenemos frente a nosotros a gente que sabe trabajar. ¿Cómo se habrán podido enterar a estas

alturas de lo de las muías...? Días después me llaman nuevamente al locutorio. Se trata de un capitán del Ejército, un sargento y un soldado, que han venido a procesarme por exhorto del Juzgado número cinco de Zaragoza, por tenencia ilícita de armas y uso indebido de uniforme... Son tantos los acontecimientos de los últimos días, que reacciono con dificultad, sin reflejos. Lo único que sé hacer es negar, pero de poco va a valerme.

—No sé de qué me hablan... ¿Una pistola, un uniforme...?

El capitán me lee la declaración de la Policía: «Efectuado un registro en una casa particular de Zaragoza, con motivo de la orden de busca y captura de un delincuente, se encontró, en una de las habitaciones, un uniforme de soldado y una pistola del nueve largo, marca Astra. En uno de los bolsillos del uniforme había asimismo un certificado de vacunación a nombre de Victoriano Corral Serrano expedido en la prisión provincial de Jaca...».

—¿Quieres que siga leyendo...?

—Gracias, es suficiente. No esperaba esto...

Son tantas las causas que tengo pendientes, que el mundo se me viene encima. El Juzgado de Getafe me reclama para nuevas diligencias y por segunda vez ingreso en la cárcel de esta villa; días después se presenta el juez con mi partida de nacimiento verdadera y con los antecedentes penales, por robo y fuga del Regimiento Galicia. Toda mi vida delictiva, lo que en los últimos años he podido soslayar con estratagemas y silencios, es ya notorio. Me espera un futuro incierto de procesos y condenas. Serán muchos los años a cumplir y como hombre peligroso temo que me trasladen al terrible penal del Coto, en Oviedo; a Chinchilla, a Ocaña o al Puerto de Santa María. Me entran escalofríos al pensarlo. Sólo veo dos soluciones: pasar años y años de cárcel en cárcel o fugarme.

El director me ha llamado. Quiere leerme personalmente la cartilla.

—Si su comportamiento no es el debido —me dice— le incomunicaré en una celda o será trasladado a la prisión de Madrid. Sea prudente y no cree problemas. Nosotros cumplimos con nuestra obligación de vigilarlo y cuidarlo.

Me rebajan de toda clase de servicios para evitar que pueda andar por los pasillos y dependencias. Sólo puedo estar en dos sitios: en el dormitorio grande, con otros catorce presos, o en el patio. Los funcionarios están constantemente pendientes de mí y los compañeros recelan de mi presencia, acaso porque adivinan que estoy resuelto a fugarme. Uno me lo dice claramente en el patio. En tono amenazador me lanza esta advertencia:

—No se te ocurra fugarte. Y si lo intentas, por lo menos, olvídate de contar con nosotros.

—Yo no he contado contigo para nada, así que déjame en paz. Haré lo que me dé la gana...

Es un hombre grande, gigantesco, de los que creen que toda la fuerza está en los puños... Se acerca desafiante y yo echo mano al bolsillo. Ha quedado tieso, sin moverse. Estará pensando que tengo algún «corte^[19]» en la mano, porque retrocede sin volver la espalda.

—Mira, «Loco», mejor será que no choquemos..., por el bien de los dos. Sé que quieres largarte. Si lo haces deja a los demás, no nos compliques la vida.

—Te repito que haré lo que quiera.

Se va con el mismo rostro de desagrado. Ya sé que con él y con otros muchos no puedo contar. Esperan cumplir su condena, que es pequeña, y pretenden por todos los medios que desista de mi fuga cuando ni siquiera les he hablado de ella. No quieren ser sometidos a más cacheos de los

habituales, a una mayor vigilancia y a otras más graves complicaciones si un día me voy y sospechan que han podido ayudarme.

Día a día voy ganando a los de mi departamento, especialmente a un muchacho que ha cometido varios robos e ignora lo que le puede suceder. Es un chico miedoso y yo procuro incrementar su miedo. Le digo que le van a echar muchos años, que se pudrirá en una cárcel, que sólo le espera hambre y soledad...

—Aquí no estás mal, pero el día que te condenen te trasladarán a un presidio, y, ya sabes, hay mucha gente en la cárcel, no sobran alimentos, por cualquier cosa te dan una paliza... Aquí lo único que podemos hacer los que, como tú y yo, tendremos condena para rato, es escapar...

—¿Piensas hacerlo...?

—Pretendo huir. Ya lo he hecho de muchas cárceles. Te lo cuento a ti sólo; después, si se animan los otros del departamento, mejor. Sería más fácil. Pero no les digas nada; ya lo haré yo cuando crea llegado el momento...

—¿Puedo irme contigo...?

—¿Para qué crees que te lo he dicho...? Ya somos dos.

Han pasado dos meses. Quitando seis o siete compañeros los demás están dispuestos. Les ordeno que vigilen a los otros para que no hablen con ningún funcionario. No quiero soplos. El 23 de octubre es el día señalado para la evasión, en la que estamos juramentados ocho reclusos. El encargado de meter la sierra ha comunicado con su esposa. El domingo próximo intentará pasarla en el paquete de comida. Es una mujer que viene con frecuencia y no suelen cachearla concienzudamente.

Yo cuento las horas para el domingo. Un chivato, una frase cazada al vuelo, el nerviosismo de la mujer que traerá la sierra para cortar los barrotes, cualquier fallo, por pequeño que sea, puede tirar por tierra mis planes. Entre tanto mi futuro se va poniendo más negro. Todavía hoy me tomó declaración el Juzgado de Vagos y Maleantes, de Madrid... Si me aplican la Ley de Peligrosidad pueden echarme cuatro años de internamiento y cuatro de destierro, que se sumarían a las otras causas... A veces imagino los años que puedo pasar en la cárcel y me estremezco.

Es domingo. Ya es la hora de comunicar. Mi compañero se fue sonriente cuando le dijeron que ha venido a verlo su mujer. Antes lo cogí por el brazo y muy bajo le dije: «Suerte, muchacho... Muéstrate igual que todos los días, ni más contento, ni más triste...». No sé si habrán transcurrido quince o veinte minutos; ya he fumado cinco cigarrillos, que arrojo al suelo sin apurar... Cuando regresa, tan sonriente como se fue, imagino que las cosas han ido bien, pero no digo nada. Me encamino hacia el fondo del patio y converso con otros compañeros. Todos los que pensamos huir cumplimos nuestro cometido y vigilamos a los otros compañeros de habitación... Media hora después un ordenanza trae un paquete cuadrado, envuelto en papel, que se nota ha sido inspeccionado por los vigilantes... ¿Habrán encontrado la sierra? No puede ser. De haberla descubierto no traerían el paquete... Pasan unos minutos tensos; mi amigo se ha ido con el paquete al dormitorio. Después regresa al patio, pasa a mi lado y me dice sin detenerse:

—Todo arreglado. La sierra viene debajo de una paella, tal como le había pedido.

Siento una sensación de alivio. Observo de reojo a un destino que trabaja en la cocina y que tiene fama de chivato. Ni siquiera mira hacia nosotros. Mejor así. Los otros pasean o charlan. Cuando nos ordenan ir a los dormitorios le digo al compañero:

—Invítame en voz alta, que lo oigan los demás. Yo guardaré la lima. Mientras tanto, ni un comentario.

Cuando saca la comida del paquete ocho pares de ojos están pendientes de sus manos. Sólo se oye el roce de las manos con el papel; nadie parece respirar. La paella aparece ante nosotros incitante. En el fondo... está la lima. La cojo y no puedo evitar un suspiro de desilusión...

—Lo siento, amigos, no vale.

—¿Cómo...?

—¿Qué dice «El Loco»...? No bromees, amigo.

—Sí, muchachos, lo siento. La mujer la ha puesto en el fondo del cacharro al sacar la paella del fuego y la lima está destemplada... Podéis comprobarlo...

La lima pasa de mano en mano, al tiempo que dos hombres vigilan. La emoción de todo el día se convierte en desilusión. No puedo consentir que baje su moral; tengo que hablarles inmediatamente.

—No os preocupéis, dentro de una semana o dos estaréis en la calle. Tú comunica con tu mujer y dile lo que ha pasado. Si es posible, que el próximo domingo repita la operación. Si no, dentro de catorce días. Y, por favor, que ponga la lima debajo del arroz una vez que éste se haya enfriado.

—Así lo hará, Julián. Como tú dices, sólo se trata de un retraso.

Los siete hombres se dispersan entristecidos. Ahora me esperan unos días en los que tengo que mostrar mi habilidad para mantener vivo su ánimo. Son casi todos rateros de la plaza de Legazpi, que sueñan dejar su actividad de robar melones y sacos de patatas que arrojan de los camiones en marcha o que distraen de junto al mercado. Alguno me ha hablado de trabajar conmigo en cosas de más fruto y les he dicho que sí. Lo más difícil ahora es sortear al chivato, que ninguno se vaya consciente o inconscientemente de la lengua.

Pero, una vez más, el plan ha estado a punto de venirse abajo. Y todo por culpa de... las mujeres... En esta cárcel ocupamos la parte de abajo una treintena de hombres. Arriba, separadas de nosotros y sin posibilidad de comunicación, hay cierto número de presas... Deben de ser muy pocas, acaso siete u ocho. Una de ellas es hermana de un muchacho de Guadalajara, que también participa en los planes de fuga. Una de las ventanas del departamento de mujeres da a nuestro patio y, aprovechando los pocos momentos en que se descuida el funcionario, he conseguido hacerle llegar algunas notas por medio de un cordel que ella deja deslizarse hasta el patio. La chica también me ha escrito. Sus palabras son dictadas por la única ilusión de establecer contacto con alguien. Yo avanzo poco a poco y, como siempre, estoy a la que salta, y más aquí, que una mujer vale un imperio, le hablo de amor, de proyectos comunes. Las notas que me envía las rompo, y esta mañana, en la última, le pido que haga lo mismo. Por eso me sorprende cuando me llama el director y muestra una de las cartas que he escrito...

—¿Conoce esta letra...?

—No, señor.

—Pues yo tengo la sospecha de que la nota ha sido escrita por usted, violando el reglamento de este centro. Hace una hora que la funcionaria de la cárcel de mujeres se la ha quitado a una de las reclusas, detenida por robo de joyas en la casa donde servía. Escriba usted aquí...

Trato de hacer una letra diferente, pero de nada me sirve. Por la nota que escribo y otras cuartillas que guardo entre mis cosas comprueban que soy el autor de las prohibidas misivas. El

resultado es que me incomunican en una celda de castigo; un nuevo contratiempo, éste más serio, para la fuga.

Cuando me dan la cena le digo al funcionario que deseo hablar con el director. Una hora después se presenta éste en la celda.

—¿Qué quiere...?

—Pedirle perdón. Lo que hice fue una chiquillada. Ya sé que he violado las normas y por eso le ruego que me perdone. Por favor, sáqueme de esta celda; me desespera estar solo.

—Ya veremos lo que hago —responde y sale cerrando la puerta.

Aunque tengo hambre, dejo a un lado la comida y paso casi toda la noche paseando sobre los baldosines del cuarto. El funcionario mira alguna que otra vez por el chivato. Por la mañana, cuando me traen el desayuno, ven el plato de la noche sin tocar.

—¿Por qué no ha cenado...?

—Estoy muy nervioso, no puedo.

—¿Es que piensas hacer un plante...? —Me pregunta el funcionario.

—¡Oh, no! Es cosa de nervios únicamente.

A las nueve de la mañana del día siguiente, hora en que hacen el relevo los funcionarios, viene el director y me hace las mismas preguntas. Las respuestas coinciden con las que di al vigilante...

—No he podido dormir ni comer. Estoy muy excitado. Sáqueme de este aislamiento; le prometo que nunca volverá a suceder.

—¿Lo promete solemnemente?

—Sí.

—Bien, vaya al patio con el resto de los compañeros. Ya sabe que soy tan amigo de la disciplina, como de la caridad, como reza en el cartel del muro de entrada de esta penitenciaría. Usted ha faltado y yo lo perdono, no lo olvide. Espero que sepa cumplir su palabra.

El jueves mi compañero comunica nuevamente con su esposa y le explica lo sucedido con la sierra. La mujer ha quedado en venir el domingo con una nueva paella. Las escenas se repiten... Le llaman a comunicar, le esperamos expectantes, regresa sonriente... Esta vez sí: bajo la paella yace una espléndida lima en la que depositamos todas nuestras esperanzas de fuga. Una lima blanca, nueva, de dientes agudos. La envuelvo en un trapo y la oculto en el dormitorio.

—Esta noche, muchachos —les anuncio.

Nadie dice palabra, sólo asienten con la cabeza. Los domingos las gentes del pueblo se meten en el cine y las calles en torno a la prisión aparecen desiertas. Lo comprobamos desde las dos ventanas de nuestro dormitorio, ya que el edificio carece de recinto y da directamente sobre unas viviendas. De los quince que estamos en el departamento, cuatro no saben una palabra, ocho estamos decididos a evadirnos, tres conocen el plan, pero no piensan interferirnos ni ayudarnos... Comienzo a serrar uno de los barrotes despacio, pero fijando bien la lima sobre el hierro. En la otra ventana vigila un muchacho. La lima apenas hace un susurro, imposible de oír por el guardia de la puerta. Hay otro funcionario que vigila dentro de la prisión, en un lugar estratégico. Un tercero viene cada hora y media a revisar el dormitorio. Primero entra en el de al lado... Disponemos de hora y media. Uno de los nuestros está en la puerta, atento al menor ruido; hay otro situado cerca de él con la misma misión. Los dos tienen en las manos un «corte» y un hierro afilado. Los demás, en la cama, se hacen

los dormidos, pendientes de que yo sierre los barrotes. Sigo profundizando golpe a golpe... La lima es extraordinaria. Se hunde cada vez más en el hierro... Sólo me queda un lado y falta todavía media hora para que llegue el funcionario. Me detengo unos segundos, sudoroso.

—¿Algún ruido...?

—Nada, Julián. ¿Cómo va eso...?

—Es cosa de diez o doce minutos... Seguir en vuestros puestos. Si oyeseis algo, meteros en la cama y no os movais —les ordeno.

En la calle ladra un perro, lejano y quejumbroso. ¡Condenado animal, no se le ocurrirá acercarse por aquí...! Me veo a mí mismo colgado de una cuerda y un perro abajo ladrando como un desesperado. ¡Tendría gracia que de una forma tan estúpida se estropeará la fuga...! El barrote está a punto de ceder. Unos golpes más, un tirón...

—Julián, parece que andan en la puerta —avisa uno de los vigilantes.

Nos metemos los tres bajo las mantas. Yo sigo con la lima en la mano... Oigo un ruido, la puerta se abre.

Se enciende la luz. Los dos compañeros están a medio cubrir todavía.

—¡Arriba todos...!

Son tres hombres los que entran: un guardia civil y dos funcionarios. Los tres armados. Nos ordenan salir de uno en uno y nos encierran en un cuarto grande que sólo se utiliza cuando hace mucho frío.

—¿Qué ha sucedido, Julián...? —Preguntan los míos.

—¡Y yo qué sé...!

—¿Se habrán chivado...?

—Imagino que sí... ¡Maldito sea el cabrón que lo haya hecho! Unos minutos más y estábamos en la calle. Silencio, un momento... ¿No los oís...?

Por las voces sospechamos que han descubierto los barrotes casi serrados. El dormitorio también está siendo inspeccionado milímetro a milímetro. No nos dicen palabra en toda la noche, pero todos pensamos lo mismo. ¿Qué sucederá si encuentran los cortes y los hierros...? Yo me he hecho cargo de ellos, al igual que de la sierra y de alguna navaja, pero en este cuarto es imposible poner todo a buen recaudo.

—Muchachos, sólo nos declararemos como culpables tres. Los dos que estaban vigilando y yo. A ellos, porque los han tenido que ver cuando se metían en la cama y no podrán evitar la acusación; yo soy el que preparó todo y jamás rehuyo mis responsabilidades. Diré que induje a estos dos. Los demás insistir en que estabais durmiendo y no oísteis ni sabéis nada.

—No vais a pagar por todos —dice uno de los más jóvenes.

—Hacerme caso, amigos. Nosotros no tenemos solución.

¿Qué ganaríamos con vuestra complicidad...? Nada. En cambio, vosotros saldréis ganando. ¿Estáis todos de acuerdo...?

Uno tras otro terminan por decir que sí. Muy temprano se abre la puerta y nos sacan para declarar ante el director y los seis funcionarios que constituyen la plantilla. Cuando me llega el turno dice el director:

—No has sabido mantener tu palabra. Eres el máximo responsable, el que convenció a todos para

que te secundasen.

Yo callo y trato tan sólo de saber el nombre del confidente. Cada vez me hago más a la idea de que no ha podido ser otro que el «destino^[20]», que siempre me inspiró desconfianza. Duerme en la habitación de al lado, habrá oído o visto algo, a pesar de nuestras precauciones, y seguro que los ha puesto en guardia. Hallaron las navajas, los hierros y los «cortes». El asunto se está complicando. Veremos si conseguimos que nos consideren responsables tan sólo a los tres que nos declaramos culpables.

—¿Qué van a hacer...? —pregunto como cabecilla del grupo.

—De momento, quedan incomunicados en la celda que ocupan. He dado parte a Madrid. Cuando venga el inspector decidirá. Espero que no sigas enturbiando la tranquilidad de este lugar...

—Yo me reconozco culpable; he sido el que preparó todo. Sólo hay complicados dos hombres más.

—¿Y las navajas...? ¿Que pensabais hacer con ellas...? ¿Estabais dispuestos a utilizarlas contra los vigilantes, en caso de ser descubiertos...?

—Ya ve usted que no ha sido así. Las teníamos por si algún preso trataba de oponerse a la fuga.

—Eso dices ahora... Habrá que comprobarlo.

—Es así.

—Bien, llévenlo a la celda y que pase el siguiente.

—Señor director, quiero pedirle una cosa...

—¿Pedirme...?

—No por mí, sino por mis compañeros. Somos tres los responsables del intento de fuga. Espero que a los otros les levanten el castigo; ellos no tienen que ver en absoluto con esto, y no es justo que estén incomunicados.

—Su palabra no me merece crédito. Ha demostrado que no le resulta difícil violarla. Si se comprueba que efectivamente no participaron en nada, saldrán de la celda. De momento siguen los ocho donde están.

Permanecemos en la celda de invierno. El primer día nos dan la dieta normal; el segundo y el tercero, como castigo, pan y agua... Estamos viviendo el cuarto. Cuando nos entregan el pan decimos que no lo comeremos si no sacan a los que no se reconocieron culpables. El director, acompañado de algunos funcionarios, viene inmediatamente a la celda y me dice por el ventanuco del chivato:

—Salga y expóngame su petición...

—No es necesario que salga. Le ruego una vez más que levante el castigo a los hombres que no sabían de nuestro plan...

—Siguen todos incomunicados. Se está investigando y no parece claro que sólo sean tres los culpables. Mañana viene el inspector y él decidirá...

Ya sabemos cómo nos han descubierto. Al lado de nuestro dormitorio está el de los presos que tienen destino: el cabo de limpieza general, el de cocina, el llavero, el peluquero y el ordenanza de la puerta. El pequeño departamento que ocupan tiene una ventana que da a la calle y desde la que, en el silencio de la noche, pudieron percibir un pequeño ruido, como si alguien estuviese serrando un barrote. Uno de ellos avisó al funcionario de servicio cuando estábamos a punto de culminar una fuga en la que trabajé durante dos meses, primero para convencer a mis compañeros, después en la

elaboración del plan.

Una hora después de la conversación con el director dos funcionarios me sacan de la celda.

—¿A dónde me llevan...?

—No lo sabemos...

Tardo poco en descubrirlo. En las oficinas de la prisión me esperan un capitán de la Guardia Civil y dos números, que, después de ponerme unas esposas, con las manos en la espalda, me suben a un coche. Nadie me ha dicho cuál es mi destino, pero no me sorprende cuando después de una hora de viaje el automóvil se detiene ante la prisión Modelo, de Carabanchel Alto, un edificio recién inaugurado, todavía con algunas naves en construcción y en la que han sido concentrados los presos de Porlier y Santa Rita.

Mi mala conducta en Getafe y los antecedentes de fuguista peligroso determinan que me recluyan en el departamento de condenados a muerte y de hombres con muchos años de cárcel, peligrosos y expertos en la evasión. Aquí presencio escenas que no se borrarán nunca de mi memoria. ¿Cómo olvidar el rostro del que, con lágrimas en los ojos, te dice adiós para siempre y te pide que cuides de sus hijos y esposa...? Cuando llevan un hombre a capilla el silencio es total, gris, metálico, como si pudiera ser cortado con una tijera. Nadie se mueve en las celdas, nadie habla y hasta se contiene la respiración, como si cualquier sonido pudiera hacer estallar la tensión a la que estamos sometidos...

Hay un preso muy popular en la prisión y, en estos momentos, en todo el país. He leído el crimen que ha cometido en un «A B C» conseguido a precio de oro. La prensa no entra aquí; tampoco las revistas... Pero estamos informados de los espectáculos, de los deportes y de algunas noticias por un rotativo titulado «Redención», hecho por los reclusos de Alcalá de Henares y que llega a todas las cárceles. Mi «A B C» me ha costado cincuenta pesetas, cantidad con la que podría comprar durante un mes la ración de pan de un compañero necesitado de dinero. El recluso, con el que hablé en algunas ocasiones, se llama Antonio Ardines, pero le llamamos todos don Antonio, porque es médico. Es un hombre normal, incluso afable y simpático. ¡Cualquiera diría que ha matado a su esposa con inyecciones de estriquina...! Don Antonio estaba enamorado de una taquillera del Metro de la estación de Atocha. Sus ilícitas relaciones sólo tenían un obstáculo, su mujer, y para acabar con ella ideó algo tan maquiavélico que a mí, que lo conozco, me parece imposible imaginar: encargó a un practicante que pusiera a su esposa unas inyecciones intravenosas «para llevar mejor el embarazo». Lo que el practicante ignoraba es que el medicamento que inyectó durante días a la futura madre contenía un preparado venenoso. La mujer murió y el padre de don Antonio, también médico, certificó la muerte natural, ignorante de la verdad. Poco tardó en descubrirse el parricidio: el farmacéutico fue el que dio la voz de alarma y declaró que Ardines le había pedido la estriquina «para matar a un perro...».

Esta mañana, en el patio, no puedo menos que fijarme en el médico, sobre el que acabo de leer parte de su vida. Pasea con su aspecto imponente, de hombre serio, con un recluso muy amigo suyo y un tanto afeminado llamado «La Cañita». Tiene una ligera cojera y aparenta de treinta y cinco a cuarenta años. Yo me acerco con disimulo, con la intención de conversar con él, ya que es hombre comunicativo, aunque siempre evite hablar de su crimen y, sobre todo, de la que fue su mujer...

—Qué, don Antonio, ¿cómo van las cosas...?

—Bien, esperando...

—¿Esperando qué...? —pregunto inocente, aunque sé a qué se refiere.

—El fallo. Sabes que me han pedido pena de muerte, pero yo tengo bastantes esperanzas.

—Estoy seguro de que saldrá bien librado.

«La Cañita» se retira y seguimos los dos la conversación como buenos amigos. He conocido a don Antonio hace bastante tiempo, inmediatamente después de ser él detenido. Estuvimos juntos en la cárcel de Torrijos; después, en la de Santa Rita, y ahora, aquí... Nadie apostaría una peseta por su vida, aunque él presume de que, como tiene mucho dinero, dispone de buenos abogados e influencias. En un asunto tan grave las influencias no creo que le valgan de mucho. Por otra parte, ha sido tan terrible su crimen, que la opinión pública se le ha echado encima y clama porque sea ejecutado.

—Pues sí, Julián —me sigue diciendo, quizá porque tiene ganas de desahogarse con alguien—, aunque me condenen a muerte siempre estaré convencido de que llegará el indulto. Yo soy un hombre optimista.

En el fondo de su sonrisa se adivina cierta tristeza. Se dice que desde que entró en prisión hasta ahora no le han visitado sus familiares ni le han traído a sus dos hijos, no sé si porque él no quiere o porque los suyos están avergonzados de lo sucedido.

Es un hombre bien parecido, moreno, fuerte. Su amante era un monumento. Uno de los presos la ha visto por la calle y asegura que es una mujer esbelta, guapa, con algunos años menos que don Antonio. Se rumorea que en una ocasión comunicó con él, pero yo no tengo certeza del hecho...

—El otro día has sido muy hábil al hacerte el loco, Julián, pero a mí no me engañas... —Dice ahora con una sonrisa de complicidad.

—¡Hombre, don Antonio! ¡Qué cosas dice...!

—Sabes que digo bien. Eres hombre inquieto y no puedes parar en ningún sitio, ni dentro ni fuera de la cárcel. Tu única preocupación es la fuga y aquí te va a resultar muy difícil... Lo sabes y por eso comienzas a hacerte el loco; forma parte de tus proyectos, ¿no es así...?

—¡Qué le voy a decir yo que usted no sepa...! Me sorprende con lo que dice.

Me alejo de don Antonio, admirado de su sagacidad. No sé si otorgar más mérito a su esfuerzo por no admitir que puede morir en cualquier momento, dentro de unos meses, acaso dentro de unos días, o por la amabilidad con todos los que le rodean, hasta tal punto que hace buena la frase tan repetida y humana de «compadece al delincuente». Don Antonio es hombre digno de lástima, un reo a punto de ser ajusticiado. Yo no espero que escape de la última pena.

¡Y yo que creí que lo había engañado hace unos días, cuando simulé un ataque de locura...! El doctor Ardines actúa en la galería como auxiliar del médico oficial y cumple a rajatabla lo que se le ordena...

Don Antonio ha sido ejecutado. Hace unos meses confirmaron la pena de muerte. Lo ingresaron acto seguido en la celda de condenados, a la espera del indulto o de la capilla. Una tarde, a las cuatro y media o cinco, cuando le comunicaron que entraba en capilla, para cumplirse en la madrugada la ejecución, no se lo creía. Había llegado a convencerse de que se salvaría... La sentencia de muerte a garrote vil se ejecutó en un túnel de la quinta galería.

Se cuenta por la prisión que en una banca de doble fondo había escondido veneno para suicidarse antes de ser conducido a capilla. Si es cierto, no le dio tiempo.

Nunca he presenciado un silencio y tensión más totales en el patio. Son las cuatro de la tarde y en cualquier momento se abrirá el portón para dar entrada al jefe de servicios, acompañado de algunos funcionarios. Estamos todos reunidos a la espera de que lean una lista de nombres para trasladarlos al departamento celular, donde serán cerrados en celdas individuales... Mañana, en la madrugada, en el mismo ambiente de dramatismo, vendrán a por los condenados a muerte. Faltan unos minutos, acaso sólo segundos, para la gran fuga, en la que participarán cuatrocientos hombres. Cuando se lleven a los condenados a muerte, los asesinos y fuguistas, cargados con muchos años, nos lanzaremos en avalancha sobre los funcionarios, y en el patio general, próximo al nuestro, harán lo mismo con los que allí quedan los presos políticos. Después la suerte estará con el que más corra, pues habremos de pasar a la cocina, que comunica con el patio y que tiene una puerta que da a la calle.

Somos muchos y será muy difícil que tengamos suerte todos. Yo trataré de colocarme entre los primeros, pues no dudo de que alguno caerá en la escapada colectiva. Hace tiempo que desistí de intentar la evasión por mi cuenta. Ha habido varias fugas en la prisión, pero nosotros estamos estrechamente vigilados y hasta el momento ni una sola vez he vislumbrado la posibilidad de largarme. Ahora soy uno más, expectante y silencioso en el patio, en este día frío de finales de 1944...

Cuando se abre el portón nadie se mueve y todos los ojos se dirigen al mismo lugar: entran el jefe de servicios, los funcionarios y... detrás toda una compañía del Ejército, armados hasta los dientes, que se abren en abanico tomando posiciones y apuntándonos con los fusiles...

—¡Atrás, atrás todos...! Colóquense junto a la pared... —Nos dicen con energía.

Por si dudáramos en obedecer, también desde las terrazas que dominan el patio recibimos la imperiosa orden de situarnos junto al muro. En ellas se han apostado varios soldados que nos enfilan con ametralladoras, con el dedo en el gatillo, atentos a nuestro comportamiento.

—No tienen nada que hacer. Obedezcan rápido y esperen junto a la pared.

Seguimos las instrucciones que nos dan desde un altavoz, todavía silenciosos y con tanta desilusión como sorpresa. A los condenados a muerte se los llevan a las celdas bajas; a los fuguistas y peligrosos, al segundo piso, repartidos de tres en tres por celda, y a los castigados, a la tercera planta del departamento celular.

La vigilancia, como suele suceder en estos casos, se intensifica a partir de ahora; la disciplina se hace más dura y rigurosa y por mucho tiempo nadie se atreve a mencionar la palabra «fuga» en ningún lugar de la prisión. Cuentan que fueron dos anarquistas, acusados de grandes atrocidades, los que el día antes de la pretendida evasión se lo soplaron al funcionario que les acompañaba al locutorio, cuando iban a comunicar con sus familiares. Ellos niegan haber dado el chivatazo, pero lo cierto es que en el patio nadie se acerca a ellos y se les desprecia como si tuvieran la peste.

Yo he perdido otra oportunidad, pero me niego a reconocer que no haya solución a mis deseos de

huida. Nunca he tenido suerte en las fugas colectivas ni en los planes que preparan los demás, y otra vez tejo por mi cuenta los hilos que pueden conducirme a la libertad. Para ello recorro a un truco que, a pesar de ser conocido, suele dar buen resultado y en el que ya casi puedo considerarme un experto: me haré una vez más el loco. Lo primero que tengo que conseguir es que sean mis propios compañeros los que lleguen a la conclusión de que soy de verdad un demente, un hombre que no puede vivir si no es sometido a especiales cuidados y lejos de los demás.

Han pasado quince días. Yo procedo de forma irregular, me niego a comer, no hablo con los compañeros de celda ni con los otros reclusos en el patio y por las noches grito desesperadamente, como si estuviera convencido de que quieren matarme. Anoche me cambiaron de celda. Ahora estoy en una un poco más grande, con tres internos que se han ofrecido voluntariamente para vigilarme. Cuando, en la madrugada, despierto, sobresaltado, los tres hombres me sujetan e intentan inútilmente calmarme. Después, por la mañana, cuentan al director y al médico sus impresiones, que suelen coincidir en un punto: «El loco», que así me llaman, está pasando una grave crisis y convendría trasladarlo a un hospital o manicomio. Pero como suelen abundar los casos de reclusos que se hacen los locos, precisamente para que los trasladen, el doctor prefiere prolongar el período de vigilancia y ruega a mis compañeros que tengan paciencia y le cuenten absolutamente todo lo que hago y digo.

—Esta noche —le explica uno de los tres— era imposible soportarlo. Se pasó más de dos horas dando gritos y diciendo: «Unos hombres lo van a matar». No deja dormir a nadie en toda la galería; de verdad que está como una cabra...

Transcurre otro mes. Yo no desespero en mi comedia y, aunque procuro no extralimitarme, para que todo parezca normal, me esfuerzo en convencer a vigilantes y presos de que es un peligro que siga aquí. La cosa debe ir bien, porque me entero de que el médico ya ha recibido un permiso del Juzgado Militar de Jaca para que puedan internarme en el manicomio... Al parecer tienen el proyecto de llevarme al pabellón militar de la clínica de Ciempozuelos...

Se ha suicidado un muchacho. Esta mañana el funcionario que entró en su celda para darle la comida lo encontró ahorcado. He oído todo tipo de versiones sobre el asunto, pero la más generalizada es la de que se volvió loco. Yo no le conocía y ni siquiera me hago a la idea de quién puede ser, pero su inesperada muerte me va a ser muy útil en mis proyectos, pues mis tres compañeros de celda, asustados por lo del muchacho y porque yo no dejo de molestarles todas las noches, insisten una y otra vez en mi locura y peligrosidad y están deseando que me lleven a cualquier parte, con tal de que no esté con ellos.

Hoy se fue el director, al parecer trasladado al Puerto de Santa María. Ahora tenemos mandos nuevos, incluidos jefes de servicios y funcionarios. Ante estos cambios agudizo mis pretendidas crisis mentales, pues estaba convencido de que uno de estos días me trasladarían a Ciempozuelos, y sería de lamentar que el nuevo equipo directivo decida otra cosa. Pero el nuevo director, que parece un hombre con dotes para llevar el centro y que goza de fama de formar parte del «nuevo estilo», es decir, de un grupo de expertos en temas penitenciarios dispuestos a mejorar paulatinamente las condiciones de vida de los internados e incluso la dureza de la legislación y las antiguas ordenanzas, me visita con el médico y practicante y llega pronto a la conclusión de que debo ser enviado al centro médico, como estaba determinado, para que comprueben si efectivamente padezco trastornos mentales y, en ese caso, ser sometido a una más estricta vigilancia.

En la clínica de Ciempozuelos me atiende un teniente médico, un joven que ha comenzado hace poco tiempo su carrera de psiquiatra y que me somete a largos interrogatorios dos veces por semana. El resto de los días me cuidan varios enfermeros y un practicante, y los hermanos de San Juan de Dios, especializados en esta tarea de asistir a desequilibrados mentales.

Mis antecedentes de fuguista peligroso hacen que en ningún momento levanten la guardia en mi vigilancia. En la clínica militar somos unos doscientos internos, cantidad pírrica comparada con los casi cinco mil de la civil. Las dificultades para una evasión son grandes y la tapia que da al campo, acaso el único lugar por el que podría probar suerte, está guardada a cal y canto por enfermeros y frailes. No cabe otra solución que intentar la fuga por el departamento civil, al que acudimos las más de las tardes para rezar el rosario y todos los domingos y festivos para asistir a la misa.

Una tarde, al término del rosario, sin que se den cuenta, me despisto por entre los aligustres del jardín, donde me agazapo a la espera de que anochezca para saltar el muro. Sólo hay algunos enfermos civiles, que pasean bajo el sol de esta primavera de 1945... Uno de ellos se aproxima hacia el lugar en el que me oculto y habla en alto, con grandes aspavientos. No me ha visto y continúa su perorata, que lo delata como a un loco de atar. Para que no me localice, me aplasto contra el suelo, desde donde sigo oyendo sus frases y sus pasos que se acercan. De pronto comienza a gritar, supongo que porque me ha visto o porque se ha dado cuenta de que se mueven las ramas del aligustre. A sus voces acuden veloces unos frailes y el enfermero de servicio, que no tardan en divisarme.

—¿Qué hace usted aquí...? —Me pregunta uno de los hermanos.

—Me he perdido.

—Pero usted es del pabellón militar, ¿no...?

—Sí, vine al rosario y al salir, sin darme cuenta, me despisté...

—¿No será que pretendía escapar...?

—Oh, no, de ninguna manera. Quería ver las flores, se fueron mis compañeros y me era violento decir que me he extraviado.

Nadie cree la improvisada versión. Me llevan al departamento, me cierran en una celda individual y, para dominar mis impulsos, me ponen una inyección de aguarrás que me deja dolorido y sin fuerzas. Ahora me explico por qué a los caballos inquietos les suministran aguarrás y no dan una sola patada... Los primeros días apenas puedo caminar y para dormir me tienen que inyectar morfina... Han dicho que estaré en Ciempozuelos tres meses en observación; ya casi ha transcurrido uno, por tanto me quedan dos para fugarme. Los últimos días no pienso en otra cosa y, como siempre que hago los preparativos de una escapada, me encierro en mí mismo y, como un perro de caza, agudizo los sentidos en todas las direcciones con la esperanza de encontrar la solución.

En el patio hay una puerta que sólo se utiliza para sacar la basura, a la que no le quito el ojo de encima. No he podido acercarme a ella en ningún momento, pero sé que tiene una cerradura que me será fácil hacer saltar. Esta mañana he distraído una cuchara del comedor, a la que hoy moldeo para transformarla en una ganzúa. También me pude hacer con una pequeña barra de hierro que, si consigo llegar hasta la puerta, me ayudará en mis planes. Ahora sólo falta que surja una oportunidad; por breve que sea y me exponga a lo que me exponga, no estoy dispuesto a desaprovecharla.

Hoy es un día de calor. Es la hora de salir al patio, pero nadie lo hace. Prefieren jugar en el salón

al ajedrez y al parchís, a la espera de que el sol baje y salir entonces a dar un paseo. Yo echo una partida de ajedrez con un muchacho de Jaén que tiene fama de ser imbatible. Hace las jugadas clásicas: salida de peón cuatro de rey, ofensiva a base de caballo y alfil, para adelantar después la reina; yo, como un autómatas, pues estoy más pendiente de otras cosas, muevo las piezas simplemente como respuesta a su ataque. En seguida pierdo dos peones, después me amenaza un caballo... Mientras pienso qué pieza voy a mover miro en derredor. Parece que están todos aquí; es el momento de ir al patio. Para precipitar mi derrota, entrego el caballo y en dos jugadas más, como la partida no tiene solución, tiro el rey... Cedo el tablero a otro compañero y, sin que nadie se dé cuenta, paso al patio, me dirijo a la puerta, saco el hierro y la ganzúa y en pocos segundos la cerradura cede.

Nadie me ha visto. Ojalá tenga suerte y tarden en darse cuenta de mi falta, pues todavía siento grandes dolores por la inyección de aguarrás y no puedo correr tanto como quisiera. A campo a través me encamino hacia Valdemoro, a unos cinco kilómetros del manicomio. En las afueras del pueblo hay una gasolinera y con tan buena fortuna que carga combustible un camión, al que me subo en un descuido de su conductor. Una hora después se detiene en el pueblo de Vallecas, donde tomo un autobús hasta el barrio del mismo nombre.

Durante quince días ando a salto de mata; primero con unos amigos que conocí en Jaca, después en casa de unos familiares y finalmente me presento en el piso de Embajadores que tiene «El Viky» con su hermana. «El Viky», viejo conocido de la prisión provincial de Madrid, me recibe cordial y me presenta a su hermana.

—Este es «Julián el Loco»... Hablamos mucho en la cárcel y habíamos prometido que trabajaríamos juntos. ¿No es así, Julián...?

—Por eso he venido. Me evadí hace cosa de un mes...

—Ya lo sé. El manicomio envió tu documentación a la cárcel y te están buscando. Sólo hace unos días que salí de allí, pero puedo ayudarte en lo que haga falta. Te aseguro que no he vuelto a tomar la «batuta^[21]» y estoy ansioso de hacerlo.

—Mira, yo creo que a los dos nos conviene dedicarnos una temporada a la estafa. No nos interesa ahora dar «palanquetazos^[22]»; a mí, porque estoy fugado, y a ti, porque acabas de salir de la cárcel; por cualquier cosa te cargan años. Sin embargo, la estafa da más dinero y la pena suele ser pequeña.

—Tienes razón. Ahora por nada te aplican la Ley de Vagos y Maleantes y si te toca cumplir condena en Nanclares de la Oca vas «dao». De allí no ha escapado nadie.

—Entonces yo conseguiré documentación para los dos.

—De acuerdo, Julián. Estaba deseando entrar en calor y darle gusto a la «cacharra^[23]».

—Nada de «cacharra»; yo no tengo ganas de que me empapelen para toda la vida, que demasiadas cosas tengo encima.

Con «El Viky» las cosas marchan bien. Hemos dado media docena de golpes, uno de ellos el robo a un estanco de la calle de Barquillo, del que nos llevamos cincuenta mil pesetas. También inspeccionamos los domicilios de propietarios de tiendas... Normalmente yo hago el papel de jefe y «El Viky», mi ayudante, abre los cajones y armarios en busca del pretendido estraperlo. Cuando ya hemos recorrido toda la casa, en la última de las habitaciones, mi compañero me pide permiso para ir al servicio; yo se lo concedo y continúo la conversación con el dueño o dueña de la casa, a los que

doy todo tipo de explicaciones y mi enhorabuena porque la denuncia que les han hecho, seguramente alguna persona que no les tiene simpatía, era una falsa alarma... Entre tanto, mi socio se hace con el dinero o alhajas que ha visto durante el registro.

En ocasiones no resulta todo tan fácil. Esta misma tarde, cuando tratábamos de incautarnos de un importante fajo de billetes de mil, en el domicilio de un tendero, de pronto llegó su hermano, un hombre fuerte e irascible, que, sin darnos tiempo a reaccionar, telefoneó inmediatamente a la policía.

—Somos muy honrados y jamás nos hemos dedicado al estraperlo. Tendrán que responder ustedes por esta forma de avasallar...

—Yo cumplo órdenes, señor —le digo—. Y están bien claras; lea usted aquí: tengo que intervenir todo el dinero y artículos alimenticios que encuentre en la casa.

—Eso enséñeselo a la policía, que a mí no me interesa.

En un aparte recomiendo sangre fría a mi compañero. Cuando llegan dos policías al piso, soy yo el que les plantea el tema, sin dar tiempo al irritado comerciante a que diga una palabra.

—Aquí tienen ustedes nuestra documentación y la orden de registro. Podrán comprobar que somos agentes de la Fiscalía de Tasas.

Los dos agentes se quedan con nuestros documentos. Sin inclinarse por ninguna parte. Son muchas las estafas que se cometen con papeles falsificados y ellos prefieren avisar al comisario de guardia del distrito para dirimir el dilema.

—Sí, parece que están en regla —dice el policía por teléfono al comisario.

Yo intervengo entonces, para dar mayores muestras de seguridad:

—Me deja un momento el teléfono, por favor... Oiga, señor comisario, yo soy el encargado de efectuar un registro en este domicilio. A Fiscalía ha llegado una denuncia sobre la venta de diversos artículos de estraperlo y el dueño de la vivienda se opone a que cumplamos con nuestro deber. Mucho le agradecería que colaboren con nosotros en este asunto.

—Dentro de un momento envío ahí una pareja. Esperen en el piso —me dice.

Comunico a todos la inmediata llegada de nuevos policías, dispuesto a emplear una estratagema que me permita escapar antes de que sea demasiado tarde. Mi compañero ha ido al servicio y yo invito a los dos agentes a que bajen conmigo al bar a tomar una copa, mientras llegan sus compañeros. Como esperaba, me dicen que están de servicio y que no pueden beber.

—Entonces bajaré un momento, mientras mi compañero espera aquí. Ahora mismo vuelvo —digo y salgo de la habitación.

Intento avisar al «Viky», pero se encuentra en el retrete y no se da cuenta. Golpeo la puerta muy despacio, con los nudillos. Mi amigo no da señales de vida, no puedo esperar un solo segundo. Bajo la escalera, tomo el primer taxi que encuentro y me alejo del lugar. Después subo a otro taxi y pido al conductor que me acerque a la casa. Aparca a cincuenta metros del portal y, segundos después, veo salir a mi compañero con esposas en las manos. A su lado marchan dos policías armados y otros dos de paisano. Lo siento por «El Viky»... No he podido hacer más por él...

«EL TINERFENO»

María llega puntual con nuestro hijo. El lugar no es el más idóneo para una cita, pero precisamente

por eso hemos quedado en vernos, en esta tarde de domingo, en un paseo de cipreses del Cementerio de las Ventas.

—Este es papá, hijo, dale un beso.

El niño, que acaba de cumplir los cinco años, corre hacia mí y nos fundimos en un abrazo. Su madre nos mira con una sonrisa que no puede ocultar el gesto de tristeza y escepticismo.

—¿Le hablas mucho de mí...?

—Sí, no quiero que te olvide. Eres y serás su padre...

—¿Y en tu casa, siguen ignorándome...?

—Creen que continúas en la cárcel. Ya he dicho al niño que no cuente que hemos estado contigo.

—¿Tú qué tal estás, María?

—Bien.

¿Me traerás más veces al niño...?

—Precisamente mañana libro.

—Pues, si quieres, vente a verme a la pensión; estaremos mas tranquilos. Ahora vivo de patrona en un piso de la calle de la Magdalena, junto a Tirso de Molina.

Paseamos por entre las tumbas de mármol, cogidos de la mano, sin hablar, acaso un poco impuestos por el silencio del lugar. Podría convencerla de que se venga conmigo, pero ni siquiera se lo insinúo. Raro es el día que no cometo alguna estafa y quizás sea mejor que las cosas sigan así. Si me detienen otra vez puede pagar ella por mi culpa... Por otra parte, tengo más libertad de movimientos para cambiar de domicilio constantemente y no dejar fáciles pistas a mis perseguidores...

—¿Puedo telefonearte al trabajo...?

—Como quieras, Victoriano.

Les acompaño hasta la plaza de toros, donde ella y el niño suben a una camioneta que los dejará en casa de mis suegros. Hemos quedado en vernos con frecuencia. Más adelante es posible que todo se solucione.

Anoche, cuando salía de «Los Claveles», un bar de la calle Echegaray, me encontré con un antiguo compañero de profesión, un estafador de cierta categoría al que llamábamos «El Tinerfeño»...

—¿Qué alegría verte, Corral! Acabo de salir de la cárcel y estoy como atontado —me dijo.

—¿Necesitas algo...?

—La verdad es que no tengo un clavo.

—Toma mil pesetas. ¿Adonde ibas...?

—Viniendo de donde vengo, comprenderás las ganas que tengo de estar con una mujer...

—¿Después, tienes algún trabajo...?

—Hombre, ¿para qué engañarnos? Me dedicaré a lo mío.

—Si estás solo y quieres trabajar conmigo, puedes hacerlo.

«El Tinerfeño» se ha venido a mi pensión, pero yo no estoy tranquilo y quince días después cambiamos a otra de la calle de Espoz y Mina, cerca de la Puerta del Sol. El negocio no puede ir mejor; gano todo el dinero que quiero e incluso me permito hacer envíos al «Viky», que buena falta le hará en la cárcel. Mi nuevo socio ha empezado con ganas y en menos de un mes hemos cometido

más de quince estafas. Hoy le he propuesto hacer una «siria^[24]» que vengo preparando y que puede ser el golpe definitivo, pero el muchacho se niega en redondo. Dice eme debemos descansar una temporada o trasladarnos a Barcelona, donde somos desconocidos. Sé que tiene razón, pero no se la doy. Ahora que mis relaciones con María están en el mejor momento, hasta tal punto que uno de estos días pienso pedirle que se venga a vivir conmigo, no puedo admitir, siquiera como idea, el irme a la Ciudad Condal.

—Mira, «Tinerfeño», dejemos lo de la «siria» y sigamos con lo mismo. Más adelante hablaremos de lo de Barcelona.

—Ya estoy aburrido de estafas; de ninguna manera quiero que me atrapen, así que repartimos lo último y cada uno por su camino. Ya estoy cansado de trabajar...

—Tú lo que eres es un vago...

—Di lo que quieras, pero dame mi documentación.

—Soy yo el que ha obtenido las de los dos, así que son mías y me marcharé con ellas.

—Si haces eso, te denuncio a la «bofia^[25]».

—Si algún día te atreves a eso, te mato; fijate bien lo que te digo: te mato. Ahora vov a ver a mi mujer y al niño.

—¿No me quieres dar los documentos...?

—No. ¿Qué va a hacer con ellos un «chorizo^[26]» como tú? Eres un vago, un niño mimado que ha estado viviendo a mi cuenta y ahora te asustas y quieres dejarme solo... Ya hablaremos a la vuelta.

Doy un portazo, irritado con el comportamiento de este mozalbete, al que en ningún momento debí echar una mano. Comenzó a trabajar bien, pero ya en las últimas semanas viene racaneando, como si su único interés fuera dejarme... ¿No será que se ha comprometido con otros...?

En la salida del «metro» de la Red de San Luis, María pasea de un lado para otro... Me acerco por la espalda y la sorprendo consultando el reloj...

—Perdona, me he entretenido con un amigo. ¿Cómo no has traído al niño...? Dijiste que vendrías con él.

—Prefería que paseemos solos y hablar de lo que tantas veces has aplazado. Aunque no lo parezca, el chiquillo se entera de todo. Todavía anoche preguntó que «por qué no viene papá a casa». Se me hizo un nudo en la garganta y no supe responderle...

—¿Te vendrías conmigo...?

—Si cambias de vida, sí; pero ya no se me ocurre pensar que algún día será posible.

La cojo del brazo y, sin decir palabra, caminamos por la Gran Vía hasta la plaza de España, y después, por Ferraz, llegamos al Parque del Oeste. Yo estoy pendiente de ella, pero no puedo evitar continuos sobresaltos cuando algún hombre se me queda mirando o veo caras que me parecen conocidas. Entre policías, compañeros de las cárceles y gentes del hampa, son muchas las personas que, en cualquier momento, pueden reconocerme y dar la voz de alarma. María, que se da cuenta de mi nerviosismo, lo aprovecha para sermonearme.

—¿Crees que merece la pena vivir así...? No puedes entrar en un bar o en un cine, ni siquiera pasear como un ciudadano normal por una calle... Vas sufriendo y me haces sufrir a mí con tanto miedo. ¿No sería mejor que pagues de una vez, para vivir tranquilo después?

—Sería mucho tiempo.

—¿Cuánto...?

—No lo sé, María, pero mucho.

—Yo te esperaría...

—Eso lo dicen todas; después nadie espera. El tiempo borra todo, y más entre nosotros, que nunca hemos estado muy unidos.

—Tenemos un hijo.

—Eso no lo es todo.

—Pero es mucho.

—Sí, pequeña, es mucho y yo sería capaz de sacrificarme en bastantes cosas por los dos... En todo menos en pasar diez o veinte años en la cárcel.

—¡Veinte años...! No creo que te echaran tanto. Si te presentas lo tendrán en cuenta, serán comprensivos...

—¿Quién me lo asegura?

—Pides mucho, Victoriano, y no estás en condiciones de hacerlo.

—No me entregaré nunca. Puedo irme al extranjero, iniciar una nueva vida, ser un hombre honrado... Sé que me costaría, porque uno se acostumbra a todo, incluso a esto. Depende sólo de que reflexiones sobre ello y te decidas a acompañarme.

—No me puedo fiar de ti. ¡Me has engañado tantas veces...!

La verdad es que nunca pensaste venir conmigo. Hace algunos años te hablé de marcharnos a Francia y no quisiste aceptarlo.

—Tienes razón, pero no es porque me dé miedo irme contigo, sino porque estoy segura de que una vez en Francia, o donde sea, seguirás al margen de la ley... ¿Me prometes que si vamos al extranjero dejarás para siempre el robo y que serás un hombre honrado?

—Déjame pensarlo, es mejor. No quiero ilusionarte sin estar seguro de lo que prometo. Esperemos unos días y que cada uno por su cuenta le dé vueltas al asunto, a ver a qué conclusiones llegamos. En definitiva se trata de saber si tú estarías dispuesta a venirte conmigo, olvidándote de tu familia y de tu país, y si yo tendría la fuerza de voluntad suficiente como para enterrar para siempre el pasado y empezar una nueva vida.

Nunca habíamos hablado con tanta claridad. ¿Estaremos en el camino de una reconciliación sincera que acabe con la tortura de quererse y no poder vivir juntos o, por el contrario, esta conversación será el comienzo de un adiós definitivo? He dejado a María en el mismo lugar donde nos encontramos, en las escaleras del «Metro» de la Red de San Luis. Nos cuesta más que otras veces despedirnos y todavía ella se vuelve entre la gente para sonreírme. Me encamino a pie hacia la pensión, doy un rodeo por la Puerta del Sol para no encontrarme con los policías que entran y salen del Ministerio de la Gobernación, bebo unos vasos en un bar de la misma calle de Espoz y Mina y, con mil pensamientos encontrados, llamo en la pensión. Miro el reloj: son las nueve y media de la noche. María vive lejos y todavía no se habrá reunido con el niño.

Nada más entrar en la pensión me encañonan cuatro pistolas. Los cuatro hombres se identifican: son policías...

—¡Maldito «Tinerfeño»! Ha cumplido su palabra de perro...

—Deja de maldecir, que te vamos a poner esto... —Dice uno de los policías, al tiempo que se

aproxima para colocarme las esposas.

—Díganme una cosa, nada más. ¿Ha sido él quien me denunció?

Ninguno contesta. Mi habitación aparece revuelta, la cama abierta, con las sábanas y las mantas desordenadas en el suelo... Ya tienen preparada mi maleta, encima de la cama.

—¿Qué quieres meter en ella...?

—Algunas cosas, pero tendrán que soltarme las esposas...

—No hay inconveniente.

Preparo el equipaje: un pijama, dos toallas, el estuche de aseo con dos frascos de colonia, la maquinilla de afeitar y dos paquetes de cuchillas...

—¿Debes algo a la patrona...?

—Sí.

Me cachean y del dinero que encuentran pagan a la mujer lo que le debo. Después me trasladan en un coche a la Jefatura Superior de Policía. Me bajan por unas escaleras a los calabozos y paso a uno pequeño, con un banco de piedra y una manta... Media hora después se abre la puerta y me llevan al cuarto de interrogatorios, en el que hay como media docena de agentes prestos a hacerme cantar. Uno de ellos me advierte:

—Es inútil que te niegues a declarar porque hemos citado a muchos de los que estafaste y, como es lógico, te reconocerán. Mira, aquí tengo las denuncias del estanco de la calle de Barquillo y de una tienda de ultramarinos, sobre la que «El Vicky» cantó de plano. Al principio se negó, pero cuando le mostramos las fotografías a los perjudicados todos te reconocieron en el acto y aseguraron que tú eras el jefe. Al «Vicky» no le encontramos documentación encima, pero los perjudicados aseguran que les enseñasteis un carnet y la orden de registro... Vamos a ver, ¿de dónde sacasteis la documentación?

Me la vendió un «chorizo» de Barcelona..., pero no sé su nombre ni donde vive.

—Es una tontería que intentes engañarnos, pues al final sabremos la verdad. Mañana pasarán a reconocerte los perjudicados. ¿No te parece que es mejor que cantes?

Me niego a contestar, aunque sé que de poco me va a servir. Por una parte, temo que me apliquen el tercer grado; por otra, cuantas más cosas diga, peor será a la hora de los juicios. Ahora me explico por qué «El Vicky» entró en el retrete... Lo hizo para deshacerse de la documentación y que, en caso de ser detenido, todo quedase en una simple tentativa. ¿Por qué no habré hecho caso a la amenaza de «El Tinerfeño»? El gran traidor cumplió su promesa y a buen seguro que ni lo han apresado. Me imagino que telefonaría a la policía diciéndoles que yo me hospedaba en la pensión; después se daría el piro. ¡El día que lo encuentre, lo mato...! Ya se lo advertí y parece que no lo ha tomado muy en serio. ¡Y yo que le ayudé cuando no tenía nada...!

El interrogatorio continúa, pero como no contesto, me bajan al calabozo. Al día siguiente, a las siete de la tarde, me sacan nuevamente. En el despacho del jefe esperan de pie catorce o quince personas..., casi todos caras conocidas... Me colocan delante de una pared y un foco me ilumina. Después pasan de uno en uno todos los estafados...

—Mírenlo bien, de frente, de costado y de espaldas, y digan si lo reconocen. Por favor, no se apresuren y hablen cuando estén seguros de lo que dicen...

Durante media hora permanezco en la misma postura. Cuatro personas me han reconocido: el

dueño del estanco, el vendedor de una tienda de ultramarinos, los panaderos de la calle Segovia y la portera de otro estanco. Otros tres dudan y no se atreven a certificar que soy el que les estafó. Yo a dos de ellos los recuerdo, aunque finjo que no... Estos tres últimos observan una y otra vez y siguen con la misma inseguridad.

—Bien, Corral, como ves ya te han reconocido por cuatro delitos diferentes. Espero que ahora dejes de crearnos problemas y digas la verdad. Mañana empezaremos con las diligencias.

En dos días quedan cerradas las diligencias de cuatro delitos demostrados. «El Vicky» va a salir mejor parado, pues declaró que nunca tuvo documentación falsa y que me acompañó de buena fe, convencido de mi identidad como agente de la Fiscalía de Tasas... Por la tarde, un policía armado me conduce a un cuarto lleno de maletas; abro las mías y recojo la ropa y el material de aseo que pienso llevar a la cárcel. Las cuchillas tengo que dejarlas, pero antes escondo un par de ellas en el bolsillo. Ya en la celda, guardo una en el forro de la chaqueta y la otra en la suela del zapato.

Contra lo que esperaba, no me han trasladado. Han pasado ocho días y continúo en los calabozos, aunque los interrogatorios cesaron. Al día siguiente, por la mañana, en compañía de otros acusados, me conducen a las Salesas, a las celdas del Palacio de Justicia, a la espera del juicio. En el calabozo me encuentro con un viejo conocido, que cumple varios años de condena en el Penal del Puerto de Santa María y que ha venido a un juicio en la Audiencia de Madrid...

—¿Qué ha sido de ti todos estos años? —le pregunto.

—No he salido un solo día de la cárcel... ¿Y tú qué has hecho?

—Hubo de todo. Ultimamente he gozado de una buena temporada libre, pero parece que me van a echar muchos años. ¡Si pudiéramos huir! Sé que no resultará fácil, pero más difícil será en la prisión.

¿No pensarás evadirte del Puerto?

—De allí lo hacen pocos. Desde luego sería mejor intentarlo aquí... Tú eres un experto en esto; si tienes alguna idea, cuenta conmigo...

—Tengo bien guardadas dos cuchillas... Te daré una para que me hagas un buen corte en la barriga, después gritamos y discutimos para que crean que se trata de una pelea.

—Entonces conviene que tú también me pinches a mí, así nos llevarán a los dos a la enfermería...

—No es necesario. Con que lo hagas tú es suficiente, pues te procesarán por causarme lesiones y tardarás por lo menos cinco o seis meses en volver al Puerto; en todo ese tiempo no será raro que se te presente la oportunidad de huir.

Nos ponemos de acuerdo; me desabrocho la chaqueta y el hombre se dispone a cumplir su cometido... Yo cierro los ojos y aprieto los puños para soportar el dolor. Pasan unos segundos y mi compañero no hace nada...

—¿Qué pasa...?

—No me atrevo, Victoriano. Tengo miedo de herirte gravemente...

—No seas cobarde. Mira, raja aquí, en la extensión de una cuarta y profundiza un dedo; no pasará nada. Dentro de pocos minutos me asistirá un médico...

—¿No habrá peligro...?

—¡Qué va...! No es zona vital. Lo único que sucederá es que sangraré aparatosamente, que es lo que conviene...

—Bien, prepárate.

Siento un dolor profundo y lanzo un chillido...

—¡Auxilio, socorro...! ¡Vengan, por favor, que este canalla me mata...!

—Lo tenías merecido por soplón.

En pocos segundos la sangre me cubre todo el vientre y cae en grandes hilos por el suelo. Varios compañeros, con un pañuelo, tratan de contener la hemorragia. Los guardias de servicio abren la puerta.

—¿Qué ha sucedido...?

—El del Puerto, que hirió de muerte al «Loco»... Comenzaron a pelear y no pudimos hacer nada por evitarlo...

Yo me revuelco en el suelo y me quejo, como si estuviera mortalmente tocado. A mi agresor le ponen unas esposas y se lo llevan. Avisado el juez de guardia y el médico forense, después de la primera cura, este último ordena que me ingresen, en calidad de detenido, en el Hospital Provincial de Madrid...

—¿Es grave...? —Oigo que pregunta el juez.

—No mucho, pero es necesario que lo atienda un cirujano. Aquí no podemos determinar si ha interesado algún órgano vital.

Todo sale a pedir de boca. Me colocan encima de una camilla y cierro los ojos, como si estuviera desvanecido. La realidad es que siento unos dolores agudos y que todo me da vueltas..., pero en el fondo estoy satisfecho... Cuando me meten en la ambulancia pienso que ya tengo al alcance de mi mano la libertad... En la sala de cirugía del hospital me hacen una cura general. El médico comenta con un practicante sobre la herida, mientras me recupero de la anestesia:

—No es grave. Espero que dentro de ocho o diez días se encuentre bien...

Han pasado cinco días. Hoy es martes y comienzo a dar unos pasos por la habitación, ayudado por los dos enfermeros. La herida ha cicatrizado, me encuentro fuerte y con ganas de salir de aquí... Pero conviene que disimule para que se confíen. Me dejo caer a plomo sobre los dos hombres, me quejo como si estuviera partido por el dolor y les digo que no puedo andar, que, por favor, me dejen otra vez en la cama...

—Tienes que dar unos pasos... Ha dicho el médico que te conviene.

—No puedo, es imposible... Siento un dolor horrible, como si fuese a abrirse otra vez la herida. Que venga el doctor, yo mismo le diré que me deje quieto unos días, que me encuentro muy mal.

Los he convencido. Entre los dos me cogen en volandas y cuidadosamente me meten en la cama... Minutos después me hago el dormido y pienso en la fuga que, si no surgen inconvenientes, tendrá lugar mañana por la noche...

Llega la hora. A un metro de la cama hay una silla con mi ropa. Tiro de la alfombra y, sin hacer ruido, milímetro a milímetro, muy despacio, la acerco. Todo es muy lento, pero dispongo de tiempo para hacer las cosas bien, sin imprudencias. Ya tengo el pantalón al alcance de la mano; lo tomo y lo paso debajo de la cama para, poco a poco, írmelo poniendo. Después hago lo mismo con la camisa y la chaqueta y, por último, al comprobar, una vez más, que los dos vigilantes duermen profundamente, me calzo los zapatos y bajo de la cama. Acto seguido camino hacia la ventana, la abro y de un salto estoy en el jardín...

—¡Se ha escapado el preso, se ha escapado el preso...! —Oigo que gritan con gran algarabía.

Salto la tapia y, sin grandes dificultades, me pongo en la calle. Los nombres que me custodiaban, personas con bastantes años y poca agilidad, no han tenido tiempo de impedir que me escape.

LOS DIAS DEL MAQUIS...

Es una noche clara de verano, con la luna redonda, entera, espléndida de luz. A lo largo de la caminata me voy haciendo a la penumbra y, a un centenar de metros, distingo perfectamente un chopo de un pino, los melonares, un caballo atado, el brocal de un pozo. No son las condiciones más ideales para esta visita furtiva a mi pueblo, pero no podía aguantar más... Estoy deseando ver a los míos, después de tantos años de ausencia e inseguridad. Además, Madrid ya comienza a cansarme y estos días serán como unas merecidas vacaciones entre tanto ajeteo. Ni al «Chicharra» ni a su amigo «El Pera», los socios de mis últimas andanzas, les ha parecido bien que los deje por unos días, no sé si porque conmigo se están acostumbrando a ganar dinero de verdad o porque temen que durante esta breve separación me «trinquen» y los delate. Nos ha salido bien la estafa a un fabricante de aceite de la provincia de Toledo; también el asunto de la sacarina. Compramos algunos kilos de estraperlo a un gallego que la pasa de Portugal y la vendemos a determinadas fábricas de chocolates y galletas... «El Pera» es el encargado de la primera parte: él coloca la mercancía en las fábricas; después llegamos nosotros, sorprendemos la operación y amenazamos con levantar acta: «Hace tiempo que veníamos detrás de este famoso estraperlista. Tanto él como ustedes van a salir muy malparados por comprar sacarina de estraperlo...». «El Cigarra», al que conocí hace algún tiempo en la Provincial, hace las cosas bien; en ocasiones ha llegado a pegar a «El Pera»... «Teníamos ganas de cogerte con las manos en la masa...». Al final, casi siempre sucede lo mismo: el dueño de la fábrica nos ofrece una cantidad por silenciar el asunto...

Es aventurado andar solo a estas horas por el campo. Por los espesos montes de la Sierra de Gredos se ocultan bandas de guerrilleros o maquis; en los últimos días han asaltado dos haciendas y los guardias y grupos civiles, armados con escopetas, están apostados en los lugares más estratégicos a su espera. Yo lo sé y me muevo con la mayor discreción, silenciosamente, atento al menor ruido... Por un sendero llego a espaldas del Monasterio de San Pedro de Alcántara, a tres kilómetros y medio de Arenas de San Pedro; me meto por entre unos pinares y en tres horas diviso los tejados de las casas de El Arenal. Son las cinco de la madrugada. En derredor todo está tranquilo... Ahora ando más rápido por las tierras que tantas veces recorrí de niño. Salto la cerca del huerto de mi madre, cercano a nuestra casa, me oculto entre la hierba y espero horas y horas... Hasta las nueve de la noche no se aproxima una sola persona; es un mozalbete bajo, de pelo negro brillante, quien abre la cancela de la finca. Miro por entre la hierba y me parece una cara conocida... Ahora camina hacia el lugar en el que me oculto; distingo su cara y siento un agradable sobresalto: es mi hermano menor, un muchacho de quince años, al que hace cinco años que no veo...

—¡Oye...! Ven aquí, soy Victoriano —le digo, apagando la voz con las manos.

Se ha quedado tieso, con cara de asustado...

—No tengas miedo, soy tu hermano. Ven hacia aquí con normalidad, para que no se den cuenta...

Se acerca, nervioso, con lágrimas en los ojos, y nos abrazamos. Durante unos segundos ninguno

sabe qué decir. Es él quien rompe el silencio:

—Venía a regar las patatas... ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí...? Corres un gran peligro, pues en cuanto anochece montan guardia en el pueblo por si llegan guerrilleros...

—Ya lo sé, hermano, pero yo soy prudente, no te preocupes. He venido para ver a toda la familia...

—¿Sabes que nuestra hermana ha tenido una niña...?

—No, ahora iré a casa y me enteraré de todas las novedades. Veamos qué hacemos. De momento, avisa a madre y dile que venga ella sola hasta aquí; después estudiaremos la forma de entrar en casa sin que me vean.

—Haré lo que dices, Victoriano.

Se va y a los pocos pasos vuelve la cabeza.

—Hermano, me alegro mucho de que estés con nosotros.

Mi madre y la suegra de mi hermana llegan a los pocos minutos. Las dos están muy emocionadas, pero tienen miedo. El trecho hasta la casa es pequeño; si marchó a su lado, la gente, de lejos, no podrá reconocermé y creerán que soy mi hermano.

—Es mejor que te vayas por donde has venido, hijo. En los últimos días han estado varias veces en casa preguntando por ti... Esto es una locura...

—Estaré sólo dos o tres días con ustedes. Quiero ver a toda la familia. Ya sé que es muy difícil que no se corra por el pueblo que estoy aquí, pero si todos son prudentes no habrá problemas.

La suegra de mi hermana tiene una idea:

—Creo que es mejor que entres en el pueblo vestido de mujer. Yo puedo ir a por la ropa...

—No creo que haga falta... Únicamente tráiganme unas zapatillas y dejen la puerta abierta. Yo esperaré a que los vecinos estén dormidos y cuando crea que no me pueden ver voy a la casa...

Así lo hacemos. Dejo transcurrir dos horas y, sin problemas, entro en la vieja casa, de la que nunca debí haber salido. Mi hermana está en la cama, con la recién nacida; después llegan otros familiares... Apenas duermo en toda la noche y por la mañana, sin que podamos evitarlo, me visitan también algunos vecinos... Mi madre está angustiada, temerosa de que se corra por el pueblo que he venido...

—¡Hablar despacio, que las paredes son muy finas y ya sabéis quién vive al lado!

Pared con pared vive una conocida familia, que tiene un hijo de mi edad, compañero de juegos en la infancia, que es ahora guardia jurado en los montes. Está armado y forma parte del grupo que sale por la noche en las rondas de vigilancia. Yo no dudo de que si me encuentra me entregaría a la Justicia; por ello me inquieta el número de personas enteradas de mi presencia en El Arenal, las voces que dan y que forzosamente harán sospechar a los vecinos.

—Madre, creo que es mejor que me vaya. Por ustedes y por mí. Prepáreme comida, que esta misma noche saldré.

—Sí, hijo, es una locura que sigas aquí. Te acompañará tu hermano hasta Arenas.

A las cuatro de la madrugada, mi hermano y yo dejamos, en silencio, la casa. Andamos unos pasos y en seguida me doy cuenta de que el edificio estaba vigilado. A unos cincuenta metros, en una esquina de la calle, están apostados dos vecinos con escopetas. Miro hacia el otro lado y veo al guarda jurado con otros dos hombres, también armados. Camino en dirección a estos últimos porque

no tengo otra salida. Tienen las escopetas en las manos, los dedos en el gatillo...

—¿Adónde vas, Victoriano? —Pregunta uno de ellos.

—A Hornillos, a saludar a unos parientes.

Ahora tendrás que acompañarnos al Ayuntamiento —dice.

—Soy libre como tú y voy adonde me da la gana. He salido libremente de la cárcel y tengo los derechos de cualquier ciudadano.

Me apuntan las tres escopetas. Parecen decididos. Será mejor no discutir. Mi filosofía para estos casos hasta ahora me ha dado buenos resultados. Dice así: «La vara dura, rompe; la blanda se dobla». Yo me doblego, al menos de palabra, a lo que piden...

—Bien, vosotros ganáis, aunque es posible que tengáis un disgusto. Acompañarme a casa y os mostraré mi documentación; veréis por vuestros propios ojos que soy un hombre libre.

—Nos alegraremos de que así sea —dice el guarda jurado.

Entro en casa y ellos esperan fuera. Mi madre, que asistió desde la ventana, a la escena, llora desconsoladamente. Yo ni siquiera dispongo de tiempo para calmarla, los segundos son ahora preciosos... El edificio consta de tres plantas: la baja para el ganado, la primera es la vivienda y arriba está el sobrado. Subo por una escalera a este piso y, por una ventana, salto al tejado de una vivienda vecina, más baja... Corro por el tejado y de un nuevo salto me coloco en una calle que da a la parte contraria a donde me esperan los cinco hombres armados. Y otra vez, como tantas otras, corro campo a través, huyendo de la gente y de la soledad de una cárcel.

Después me enteraría de que mi vecino, cansado de esperar, entró con otros dos hombres armados en la casa, que mi madre los entretuvo cuanto le fue posible, diciéndoles que estaba en el sobrado buscando los documentos, que no aparecían... Mientras, yo corría hacia un pueblecito llamado La Parra, luego a Ramacastañas y después, en un camión, me llevaron hasta Talavera, desde donde me fue fácil trasladarme a Madrid.

No quiero saber de mis socios «El Cigarra» y «El Pera»... Por un amigo les envío aviso de que voy a Barcelona por una temporada, pues me pisa los talones la policía y no me queda más remedio que cambiar de aires. La verdad es que por fin he convencido a María de que se venga con el niño a vivir conmigo. En una habitación del Puente de Vallecas vivimos por vez primera una luna de miel reposada, sin sobresaltos ni problemas. Al niño lo llevó María, aun en contra de su opinión, a casa de mi madre; es incapaz de olvidar que en El Arenal, un día, hace ya bastantes años, murió nuestra hija...

María insiste en que cambie de vida. No le prometo nada seriamente, pero quedamos en que haremos un viaje por distintas provincias, para dedicarnos unos meses el uno al otro. La he jurado que en Avila, primera etapa del viaje, no haré ninguna estafa.

De pronto, mi diario se llena de notas cortas, rápidas, casi fugaces... Es como una película con imágenes que apenas se detienen unos segundos en la pantalla..., la película de parte de mi vida. En Avila somos unos turistas que admiran boquiabiertos cuanto de bello dejaron los artistas del pasado... Después, Salamanca, Segovia, Valladolid, Burgos, Logroño, Zaragoza... Necesitamos dinero para tanto gasto y no me resulta difícil obtenerlo mediante estafas. La que llevo a cabo en un importante almacén de Zaragoza está a punto de interrumpir estas felices vacaciones; me denuncia el dueño, me detienen, presto declaración ante el Juzgado de Guardia número 3 y me piden cinco mil

pesetas de fianza. María se da cuenta de la gravedad del asunto y deposita el dinero antes de que adivinen quién soy. Cuando les llega el expediente nos encontramos en Guadalajara. Después, Soria...

Estamos en la habitación más elegante del Hotel Comercio. En conserjería he dado nombres falsos. Me llamo Juan José Pérez, soy agente comercial...; mi mujer se llama Micaela y me acompaña porque no tenemos hijos y no le gusta estar sola en casa. Al tercer día de estancia en esta ciudad, cuando subimos las escaleras del hotel, dos hombres me saludan:

—¿Su documentación, por favor...?

Es la misma historia de tantas y tantas veces... Entrego los salvoconductos, nos piden que los acompañemos a Comisaría; transcurren tres horas y media de interrogatorios, cada uno en una habitación... Al final, supongo que porque se lo habrán sacado a María, saben mi nombre. Telefonean a Madrid y hasta mí llega la respuesta que los pone en movimiento:

—Cuidado con ese individuo, que es sumamente peligroso. Está reclamado por numerosos Juzgados y ha huido de varias cárceles. No se les ocurra fiarse de él.

María y yo ingresamos en la prisión provincial de Soria, ella en el departamento de mujeres. A los veinte días, cuando llega mi expediente, mi mujer es puesta en libertad. Yo salgo un mes después hacia Zaragoza, reclamado por Capitanía General por el uniforme y la pistola que encontraron en la pensión... Mi conducción es todo un espectáculo que presencian cientos de personas en las calles de Soria: me han esposado las manos a la espalda, llevo atada una cuerda a la cintura y de cada uno de los cabos va cogido un guardia civil. Así atravesamos toda la ciudad, camino de la estación. La gente mira, comenta y yo siento una profunda vergüenza...

Creí que me internarían en la prisión provincial, pero paso a la militar, un viejo castillo habilitado en el que sólo hay quince o veinte reclusos. Un moro, detenido porque mató a un sargento y que tiene veinte años de petición fiscal, al enterarse de que soy fuguista intenta convencerme de que planeemos juntos la evasión. Le dejo hablar sin decir palabra y no me fío de él hasta que han pasado unos días... Por supuesto que mi único pensamiento es el de fugarme, pues tengo por cumplir las condenas de la Audiencia de Madrid, siete años de cárcel por falsedad, usurpación de funciones y estafa, más otros doce de los juicios de 1942 por lo de Jaca; en total, casi veinte años... A ellos habría que añadir, si continúo aquí, otros treinta por los delitos de los últimos años, de los que no he sido juzgado.

Esta mañana no salgo al patio. He conseguido una sierra y tengo ya casi cortados los barrotes de la ventana cuando oigo los pasos del centinela. Guardo la herramienta y me meto en la cama. Con el centinela entra el cabo de guardia...

—¿Por qué no bajas...? —Me preguntan.

—Estoy enfermo.

—¿No será que estás tramando algo...?

En la mano, debajo de la manta, tengo una cuchilla de afeitar... Cuando el centinela se aproxima a la ventana, antes de que pueda darse cuenta del estado de los barrotes descubro la camisa y me doy un corte profundo en el vientre... Tiro de la manta y los dos hombres quedan sobrecogidos al verme envuelto en un charco de sangre. El centinela intenta taponarme la herida con una toalla, mientras el cabo de guardia corre en busca de socorro... Inmediatamente llegan el comandante jefe y un teniente

médico...

—Este hombre está loco... —Oigo que dicen.

En calidad de detenido ingreso en el Hospital Provincial. Hoy es 21 de diciembre. Estoy solo en una celda... Dicen que perdí mucha sangre y todos me atienden con amabilidad... El día de Navidad mis compañeros me ofrecen parte de su comida extraordinaria, pero no puedo aceptar, porque me encuentro muy débil y no tengo hambre. Veo que, al igual que en los centros de detención civiles, se respetan los tres grandes días festivos del año: Navidad, Año Nuevo y la Merced. Y los compañeros del hospital brindan con vino o cerveza por el año que va a comenzar.

El día de Reyes aprovecho que los calabozos están abiertos, me cambio de ropa y me acerco a la puerta del pasillo. Hay dos soldados de guardia, firmes y atentos a todo lo que sucede. Después, en atención a la fecha, entran los familiares de algunos enfermos. Me confundo con ellos y media hora más tarde, como uno más, paso entre la vigilancia...

A pie llego hasta Casetas, donde me subo al expreso Madrid-Barcelona... Al día siguiente, por la mañana, localizo a María, que se viene conmigo a una pensión...

Son días intensos, vividos nerviosamente y sin respiro. La verdad es que no sé qué hacer ni a dónde huir... Ahora ni siquiera tengo la esperanza de que no me detengan, pues la experiencia me está demostrando que mi vida es un constante entrar y salir de la cárcel, sin metas a largo plazo. Estoy aburrido de lo que hago. Quisiera cambiar, pero no acabo de animarme a salir al extranjero ni tengo el valor de entregarme, como me aconseja María. Es como si el destino jugase conmigo y yo careciese de esa decisión final que te da arrestos para desafiar al destino. Los días, los meses y los años se suceden rápidamente, sin que nada quede, y sigue la película de mi vida desfilando vertiginosamente, locamente, ante mí mismo, el más sorprendido espectador de lo que veo.

Me gusta el dinero y es lo único por lo que lucho y me expongo. He comprado una pistola del 7,75, cañón largo, y me adentro por una senda todavía más peligrosa que puede conducirme al patíbulo: la de los atracos a mano armada. Pistola por delante inicio este nuevo derrotero, y elijo como meta un molino de la provincia de Toledo, en la zona de Gamonal, donde paso por guerrillero y consigo apoderarme de treinta mil pesetas. Después cometo otros atracos, que dejan detrás mis propias huellas y sirven para que una noche se presenten en la pensión seis policías con la orden de detención...

Me recluyen en la séptima galería de la Prisión Provincial de Madrid, en Carabanchel; María está internada en la cárcel de mujeres de Ventas. He querido intercambiar mensajes con ella, pero dice que jamás volverá a tener relación conmigo. Esta vez me ha delatado «El Minguí», un carterista de mala muerte que da servicios a la Policía. Lo apuntaré en mi lista particular, para cuando consiga escaparme o el día en que coincidamos en la misma cárcel; si así fuera lo dejaré marcado para toda la vida, si es que no le clavo un «corte» en el corazón.

La séptima es una galería con tres pisos para presos con delitos muy graves y fuguistas. Me ha tocado una celda con dos compañeros, la número cuatro, pegada a la galería del funcionario para mayor seguridad. Para llegar a nosotros hay tres rastrillos, y ya en el primero el funcionario deja su pistola. La prohibición de que entren con armas en la zona de celdas se debe a que no quieren que los reclusos sintamos la tentación de desarmar a nuestros vigilantes. Las celdas suelen ser para uno o tres reclusos, nunca para dos. Esta medida pretende poner el máximo de dificultades a la

homosexualidad que prolifera en todas las cárceles, aunque no entre los presos políticos... En nuestra galería hay un oficial y un funcionario auxiliar y nos dejan toda la noche encendida la luz... Por muchas vueltas que se le dé hay que concluir que evadirse de aquí es imposible... Se comprende que los expertos en fugas elijamos las conducciones para intentarlo; también que abunden los casos de reclusos que se cortan las venas o se hacen los locos con la esperanza de escapar de centros menos vigilados, como son los hospitales y manicomios.

En esta detención que si no me las ingenio para evitarlo promete ser larga, casi cada semana me celebran un juicio: por la estafa al estanco de la calle Barquillo, con «El Viky»; el robo de ganado en Torrejón, el asalto a otro estanco de la calle del Príncipe y algún delito más me echan un total de cuarenta años de cárcel..., que se suman a los que ya tenía encima. Creo que en estos momentos ostento en el país el desgraciado récord de ser uno de los presos con más años de condena sobre mis espaldas. ¡Y todavía faltan por celebrarse bastantes juicios y por descubrir innumerables robos, estafas, falsificaciones y atracos...!

Para empezar, me reclama el Juzgado Militar de Jaén... Y formo parte de una rueda de presos, listos para la conducción. En la portada de mi expediente, en grandes letras rojas, dos palabras que son suficientes para que no me quiten ojo de encima en todo el trayecto: «Fuguista peligroso». Viajo en un tren, con los pies y manos esposados; las manos, unidas cada una a la de otro preso por dos esposas. Hacemos noche en las prisiones de Alcázar de San Juan y en la de Linares y finalmente ingreso en la cárcel de Jaén, donde cumplo los veinte días de «período» reglamentarios. Aprovecho la soledad para recuperarme físicamente, a base de ejercicios gimnásticos que no dejo de hacer un solo día; también leo todo lo que cae en mis manos, que son libros de la biblioteca de la prisión. La comida no es mala: estamos a punto de comenzar el año 1947 y cada vez se va notando más, incluso en los centros penitenciarios, la mejora de la dieta alimenticia.

Se ha corrido por la prisión mi fama de experto en fugas y en abrir cualquier tipo de esposas. Cuando salgo de período y frecuento el patio con los compañeros, son muchos los que me atosigan para que les cuente mi vida, dentro y fuera de la cárcel. Lo que más les interesa son las historias de mis numerosas fugas... Cuando les hablo ignoran que la última la estoy preparando en estos momentos... Uno de los funcionarios, que no se cree lo de las esposas, esta mañana entra en la celda y me dice:

—Si yo te pongo las esposas, por mucho que sepas no te las quitas.

Le miro sonriente, aunque con sus palabras hiera mi amor propio. Insiste tanto, que acordamos una especie de prueba. El me ajusta las esposas a la espalda, me deja cinco minutos en la celda y regresará después para comprobar si he podido o no quitármelas. Yo llevo siempre dos o tres llaves, que «fabrico» con la lata de un bote de leche condensada o de sardinas y un clavo de regular tamaño. Como en cualquier momento y sin previo aviso nos dicen que nos preparemos para la conducción, suelo ocultar una o dos llaves en la boca, otra disimulada en el calzado y la tercera en el culo; estoy tan acostumbrado a viajar con esta compañía que ni siquiera me molestan. Hay dos tipos de llaves para abrir las esposas, una el «macho» y otra la «hembra», y cada una vale para diferentes cierres. El macho lleva un pitoncito y la hembra es lisa. Yo he llegado a fabricar llaves que valen para los dos tipos de esposas. Son un poco más grandes, pero también fáciles de ocultar, y tienen el macho en un extremo y la hembra en el otro...

El vigilante sale sonriendo, seguro de sí mismo, y me deja sin ropa, pues así fue el acuerdo, y con las manos esposadas. Escupo dos llavecitas que llevo en la boca, moldeadas en lata, con ayuda de una sierra de inyecciones y con el cuerpo del clavo de una caja de tabaco... Me agacho y con grandes dificultades atrapo en el suelo una de las llaves... En menos tiempo que el que me lleva escribirlo introduzco la llavecita en el cierre y se abren las esposas. Oculto otra vez en la boca las llaves, me visto y me sobran dos minutos...

—¡Oiga, ya está...! —le grito.

—¿Qué dices...?

Cuando me ve con las manos libres y las esposas caídas en el suelo no se lo cree. Si me ordena abrir la boca, al igual que tuve que hacer en una conducción, tragaré las llaves; pero el hombre no sospecha la verdad y corre a contar a otros compañeros lo sucedido... A los pocos días soy el recluso más popular de la prisión.

El 22 de enero de 1947 salgo de conducción. Se ha retrasado el Consejo de Guerra que se iba a celebrar en Jaén y he sido reclamado por la Audiencia madrileña para asistir a un juicio.

—Muchísimo cuidado con éste, tiene una gran habilidad para fugarse —dicen en mi presencia a los guardias civiles que me llevan a la estación.

Somos pocos los presos trasladados, pero al llegar a Alcázar de San Juan se unen los procedentes de la cárcel de este pueblo y entre todos sumamos veinticinco o treinta, al cuidado de diez guardias civiles. Todos estamos esposados de dos en dos. Yo voy esposado y atado a otro compañero. En un descuido, y aprovechando el movimiento del tren, consigo coger la llave que guardo en la boca y aflojo las esposas, sin abrirlas del todo. No hay más que esperar la ocasión y con un esfuerzo saltarán... En las paradas del convoy estoy atento a mis vigilantes, pero me observan y ni siquiera intento soltarme... El que está ligado a mí se da cuenta de lo que hago, pero calla. Acerco mi cara a la suya, aparentando que me entra el sueño, y le digo:

—¿Quieres escaparte...?

—No.

No añado más. Es un viejo conocido de la prisión Provincial, que espera salir absuelto. Para no comprometerlo haré las cosas por mi cuenta en la única oportunidad que espero no falle: en la estación de Atocha.

A las diez llegamos a Madrid. Primero descienden algunos guardias, después lo vamos haciendo nosotros. Cuando estamos todos sobre el andén nos forman al lado del tren y nos cuentan por dos veces. Pruebo las esposas, no sea que fallen en el último momento. La estación está repleta de gente... Por una parte, los que llegan; por otra, los que esperan al correo que viene de Barcelona... Me han dicho que afuera nos espera un camión. Si quiero hacer algo tendrá que ser ahora mismo; después será tarde. Estoy en medio de la fila cuando pasan junto a nosotros unos viajeros con sus maletas. Miro a mis vigilantes y me doy cuenta de que en este momento no están pendientes de mí. Me saco las esposas y de un salto me meto debajo del tren... Oigo que gritan, que dicen que si no regreso disparan. Paso al otro lado del tren y corro sobre las vías, sin volver una sola vez la cabeza.

—¡Alto o disparo!

Oigo unas explosiones, no sé si causadas por el tren o porque han disparado; nunca lo sabré con seguridad. Pero yo sigo saltando sobre las vías, paso por debajo de un mercancías y finalmente salgo

a la calle, donde me mezclo con la gente. Oteo en todas las direcciones, enfilo la larga calle de Méndez Alvaro hacia Palos de Moguer, meto la mano en el mono y cuento unas monedas. Creo que tengo suficiente para subir a un taxi.

Los dos muchachos se van hacia sus puestos de vigilancia, cada uno por su lado. Yo quedo junto al quiosco y miro una vez más al interior de la tienda: todavía hay como media docena de clientes remolones en torno al mostrador. La recaudación forzosamente ha de ser buena, ya que es sábado y por lo menos en estas dos horas, en las que, desde diferentes lugares, observo el movimiento dentro del establecimiento, los vendedores no cesan de hacer paquetes y recoger dinero.

Tengo la pistola preparada en el bolsillo de la chaqueta. Es un nueve corto negra y brillante que adquirí hace días. Mis ayudantes, sin embargo, están desarmados; son dos chicos con escasa experiencia, nerviosos en estos casos, y no me gustaría que por una imprudencia la fiesta termine a tiros. Rodeo el quiosco, dejo la revista en el suelo, compruebo que ha salido el último cliente. Ha llegado el momento. Al tiempo que camino hacia el comercio me paso la mano por la cabeza, que es la señal convenida con los dos chicos. Ellos responden de la misma manera; me han entendido. Un dependiente va a poner el cartelito de «Cerrado»; no le doy tiempo: coloco el pie en la puerta, empujo y me cuelo en el interior... Se da cuenta de que tengo una pistola en la mano...

—Vamos, al fondo.

Obedece con ojos de pánico. El dueño está haciendo fajos con los billetes y los mete en una caja metálica; las dos empleadas parecen dispuestas a gritar, pero mis socios las amenazan fieramente y no rechistan.

—Denos la caja rápido. Si alguien se mueve o alza la voz le pego un tiro —digo con energía.

El dependiente me entrega la caja, mis compañeros les ordenan que se pongan de espaldas, yo me retiro sin volverme en ningún momento y les lanzo la última advertencia:

—Que a nadie se le ocurra acercarse en mucho tiempo a la puerta. Al que se asome lo matamos.

Alcanzamos la salida y nos dispersamos, cada uno en una dirección. Miro el reloj: son las ocho y diez. He de darme prisa; a las nueve quedé delante de un cine de la Gran Vía con «La Titi», la amiga que conocí en la sala de fiestas «Conga» y que se ha venido a vivir conmigo a una pensión de la calle de Santa Isabel. «La Titi» se dedicaba a la prostitución hasta hace quince días, justo cuando decidió convertirse en mi compañera: bailé varias veces con ella, intimamos, le dije que soy agente comercial y que me he separado de mi mujer. En esto último no la miento: lo de María se ha roto para siempre. Intenté convencerla de que viviéramos juntos, pero ante su negativa y amenazas de denunciarme he decidido no volver a verla. A «La Titi» le conté algunas cosas de María; necesitaba desahogarme con alguien. Sucedió lo que suele suceder tantas veces cuando te lamentas de problemas de amores con una mujer: sueles ligar con ella. «Titi» no sabe de los atracos que vengo cometiendo desde que me fugué en Atocha ni pregunta si ve algo raro. Ni siquiera pide dinero. Dice que está a gusto conmigo y que no quiere que le pague su amor.

Está paseando delante de la cartelera de la sala cuando yo llego. Viste un abrigo de pieles muy llamativo, luce medias «de cristal» que le compré de estraperlo y le cae la cabellera rubia, larga, como una catarata, sobre el cuello.

—Hola, «Titi» —le digo y la beso.

—Date prisa, que va a comenzar la película y no quiero perderla. Me han dicho que es una maravilla.

La película, muy de moda estos meses, es «La canción de Bernardette». Mi amiga me había hecho prometerle, hace una semana, que la traería a verla. A «La Titi» le gustan los temas religiosos, emotivos o sentimentales, como a todas sus antiguas compañeras. Yo he de reconocer que también me emociono en muchas de las escenas de la película.

ME DENUNCIA «EL PARRA»

Hoy se cumplen dos meses desde que estoy en libertad. Mi madre ha venido a verme a Madrid, pero de ninguna manera acepta que le dé dinero. Dice que yo haga lo que quiera, pero que ella no cogerá ni un solo céntimo que proceda de robos. Ni siquiera para guardármelo por si me vuelven a meter en la cárcel. La acompaño hasta el coche de línea, después subo a un taxi y digo al conductor que me deje en «Conga», donde me espera mi amiga.

Estamos tomando unas bebidas en el bar cuando me saluda un famoso carterista que conocí en prisión, al que llamábamos «El Parra».

—Julián, tú, como siempre, bien acompañado...

—¡Hay que aprovecharse, amigo...! —le respondo, y le hago una seña para que no se le ocurra mencionar dónde me ha conocido.

—No me habías dicho que te llamabas Julián... —Dice con acento interrogante «La Titi», que creía que mi nombre era el de José.

«El Parra» se da cuenta de que metió la pata y rectifica...

—Ya sé que no se llama Julián, pero a mí me ha dado siempre por nombrarle así. ¿Eres su novia...?

—Más o menos —contesta mi amiga.

—Siéntate y toma lo que quieras, que hace mucho tiempo que no te veo... —le invito.

—Sí, he estado fuera... de Madrid, siete meses trabajando en «el extranjero»...

Entiendo lo que «El Parra» quiere decir. Lleva todo este tiempo encarcelado. Por el color pálido de su cara imagino que hará pocos días que ha salido de la cárcel...

Bebemos juntos unas copas y «El Parra» se despide. «Estupendo compañero», quedo pensando cuando lo veo alejarse. Siempre he tenido buena opinión de este muchacho, que era amigo de todos en la cárcel. Media hora después mi chica y yo entramos en la pensión, pues tengo planeado un atraco para mañana por la tarde y quiero levantarme temprano y estudiar la zona elegida.

Son las dos de la madrugada cuando la Policía irrumpe en nuestra habitación. Ni siquiera dejan que me ponga la ropa. Se abalanzan sobre mí, me golpean, me ajustan las esposas y, después de registrar las maletas y coger el arma, el dinero y los papeles, nos llevan en un coche a la Dirección General de Seguridad. Mi amiga es incomunicada en una celda y yo en otra.

Por la mañana pasan delante de mí una veintena de personas que han sido estafadas. Como ya no me dedico a este tipo de «trabajo» ninguna me reconoce, pero desfila después una tanda de perjudicados en atracos y el dueño del comercio me señala, seguro, con el dedo:

—Es él, no hay duda.

Procesado de atraco a mano armada y tenencia ilícita de armas, ingreso otra vez en el departamento de peligrosos de Caramanchel. La historia se repite. «El Parra», un amigo, me ha delatado; otro cerdo más a la lista. Quince días después me trasladan a Jaén para asistir a Consejo de Guerra. Me llevan solo para evitar nuevas fugas, y al llegar a Alcázar de San Juan me cambian las esposas. Ya no se fían de mí.

Me condenan a tres años y ocho meses. Comienzo a sumar: treinta, cuarenta, cincuenta... Ya he perdido la cuenta de los años que me esperan en la cárcel. Y la cuenta sigue, porque tres días después del Consejo me anuncian que he sido reclamado de Zaragoza. Nueva conducción: Alcázar de San Juan, Madrid, Guadalajara. Más «períodos» y cortes de pelo «al rape». En Zaragoza sólo me echan tres meses, por tentativa de estafa. Mis vigilantes oyen la escasa condena y ni siquiera me ponen las esposas. Mientras juzgan a otro compañero escapo escaleras abajo, me refugio en casa de Dolores «La Gitana», pero me denuncia y vuelven a detenerme. A los dos días me reclama el Juzgado Especial de Espionaje y Comunismo, de Madrid, por el atraco al molinero en zona del «maquis». A las siete de la mañana del día siguiente hacemos escala en la cárcel de Guadalajara, donde sucede algo que me va a costar caro: un funcionario que me desnuda y cachea a conciencia encuentra una de las llaves para esposas en mi pastilla de jabón. Cuando llego a Carabanchel me anuncian que por el presumible intento de evasión he de pasar un mes en una celda de castigo.

Antes de celebrarse el Consejo de Guerra soy sometido a juicio por un atraco en el Puente de Vallecas y salgo con doce años más de condena. A mi esposa, que vivía conmigo cuando cometí el delito, la condenan a un año por complicidad, pero como por este delito ya cumplió tres años en la prisión de Alcalá, queda en libertad. Yo ingreso nuevamente en la Prisión Provincial de Madrid, a la espera del Consejo de Guerra por «robo con intimidación», por el que me reclamó el Juzgado Militar.

En los años cuarenta y siete y cuarenta y ocho me llueven juicios y condenas; tanto por la vía civil como por la militar. Es un desfile inacabable de testigos que me miran, una y otra vez, hasta que se convencen de que soy el que les ha estafado o amenazado con un arma. Constantemente me reclaman los Juzgados de provincias y paso la vida de conducción en conducción, de cárcel en cárcel, de período en período. Esta mañana llegué a la prisión de Burgos, que tiene fama de ser una de las más seguras y rigurosas de España. Me encierran en una celda común, supongo que para que resulte más difícil la evasión; además, estoy rebajado de todo tipo de servicios, tanto de la limpieza de pasillos y cocina como de los trabajos nocturnos o imaginarias. Por otra parte, los chivatos me vigilan aún más que los funcionarios y están pendientes de lo que digo y de lo que hago.

En Burgos, de acuerdo con otros compañeros, comienzo a preparar varios «embolados^[27]». He quedado con los amigos de la Prisión Provincial de Madrid en obtener aquí la información que podremos utilizar cuando llegue el momento. Así me entero de que en un pueblo cercano a Aranda de Duero apareció un campesino muerto, sin que hayan capturado al autor o autores; también sonsaco a un muchacho de Briviesca, acusado de numerosos robos, algunos de los cuales, al parecer no los cometió él. Los datos los apunto en la misma libreta en la que escribo este diario, para en el momento oportuno hacernos pasar por autores del homicidio y de los otros delitos y poder fugarnos.

Cuando regreso a Madrid, reclamado para la celebración de un Consejo por robo a mano armada,

los amigos me esperan impacientes. Les cuento lo que sé y, convencidos, como estamos, de lo difícil que sería la evasión en una cárcel como ésta, ponemos toda nuestra esperanza en los «embolados». En las latas de conservas que nos traen los familiares preparamos un doble fondo y metemos las cartas, que cubrimos con una masilla fabricada con miga de pan. Ahora sólo nos resta confiar en que nos reclamen por los delitos. Pensamos, al principio, enviar las cartas por medio de los que salen libres, pero yo insisto en el peligro que correríamos, ya que, por una parte, antes de pasar los tres rastrillos, los desnudan completamente y sufren un concienzudo cacheo en el que podrían aparecer las misivas; por otra, nadie nos merece crédito suficiente como para poner en sus manos unas cartas tan comprometedoras. El texto, más o menos, dice esto en las diferentes cartas: «Señor juez: Me llamo..., he estado haciendo vida marital con... (damos el nombre de uno de nosotros), el cual me dejó abandonada con un hijo. Este hombre, en compañía de... (aquí ponemos los nombres verdaderos de alguien que esté detenido por el caso o de otro de los nuestros), cometió robos en..., lo que le comunico al Juzgado en descargo de mi conciencia. Sé también que parte del producto de sus correrías se lo ha gastado con otras mujeres...». (Firma una supuesta mujer).

Sabemos que cuando lleguen a manos de los jueces, en casos que no están esclarecidos tratarán de comprobar la denuncia y averiguar el domicilio de la mujer que escribe; al no aparecer ésta, pues la dirección que ponemos es falsa, y en ocasiones no damos ninguna, gran parte de los jueces suelen ordenar que nos sea tomada declaración. Cuando nos preguntan si conocemos a esa mujer dudamos, después reconocemos que sí y entonces vienen las preguntas sobre los delitos. Si somos varios los que participamos en el mismo «embolado» unos nos echamos la culpa a los otros para que nos lleven al lugar donde se ha cometido el delito. Allí nos carean y finalmente nos procesan.

Hemos preparado «embolados» para Burgos, Albacete, Logroño y Salamanca, con la esperanza de viajar de prisión en prisión y ver si salta la oportunidad de fuga. Mientras espero los resultados de la estratagema tiene lugar el Consejo de Guerra por el atraco a un comercio con mis dos socios: me echan diecisiete años y ellos salen con cuatro cada uno... En los meses sucesivos sigo asistiendo a juicios y Consejos. Por mi comportamiento rebelde y participación en plantes paso con frecuencia por las celdas de castigo y cada vez se me hace más difícil la vida penal. No admito que por los delitos que he cometido tenga que pasar toda la vida en la cárcel, habiendo libre tanto ladrón y tanto estafador a nivel de grandes empresas.

Esta mañana entro por vez primera en la cárcel de Ocaña. Es un penal antiguo, sombrío, con un muro flanqueado de torretas de vigilancia y tres rastrillos, que cuando se cierran a mis espaldas me dan la sensación de que el mundo es algo que queda muy lejos. El penal está situado muy cerca de la carretera y desde el patio, de vez en cuando, se oye el motor de algún camión, que me recuerda que al otro lado de los muros hay gente que se mueve de un sitio para otro, van a donde quieren, son seres libres ignorantes de que a pocos metros cientos de condenados darían un brazo por tener la felicidad que ellos tienen y que acaso no consideran en todo lo que vale. Me meten primero en el segundo piso, pero al leer mi expediente, en el que figuran los datos de peligrosidad y afición a la fuga, paso a otra celda, frente al funcionario. Antes me hicieron el cacheo más concienzudo de toda mi vida: ni un centímetro de mi cuerpo deja de ser observado con minuciosidad microscópica. Yo lo comprendo, porque sé cómo una cuchilla de afeitar, una falsa llave o un «corte» pueden ocultarse en el lugar más insospechado. Cuando me mandan abrir la boca hago que no oigo, tuerzo la cara hacia un lado y, sin

que el funcionario se dé cuenta, trago las dos llaves para esposas que guardaba con tanto secreto sobre la encía y el interior del labio. La verdad es que en ningún momento se me ha ocurrido pensar en evadirme de aquí, donde estaré pocos días, tan sólo los necesarios para que se celebre en Toledo el Consejo de Guerra por un atraco que cometí en zona rural haciéndome pasar por miembro del «maquis».

Me defiende un comandante y dice que no soy guerrillero, sino delincuente común. Cuando oigo la condena doy un suspiro de alivio. La verdad es que esperaba todavía más. Me han echado catorce años, ocho meses y un día de presidio menor... Ya debo de rondar los cien o ciento y pico años de cárcel. Mejor no pensarlo.

DISPUTA CON DOS VIEJOS CONOCIDOS

Si algo conserva fijo en su memoria el delincuente, como una idea obsesiva, es el recuerdo del delator por cuya culpa consume su vida en prisión. Yo en esto no soy una excepción. Casi siempre, al igual que la mayoría de los ladrones, he caído por el soplo de alguno a quien estimaba como buen compañero y que resulta ser un canalla. Ni siquiera puedo decir que no volverá a suceder. Me conozco y sé que otra vez me fiaré de quien me ofrezca ayuda o amistad, aunque después salga rana. De los tipos más detestables que conocí en lo ya va siendo mi larga vida de profesional de la delincuencia tengo que destacar a «El Tinerfeño» y a «El Parra», dos hijos de perra a quienes se la tengo jurada. Por eso cuando este mediodía, durante la comida, me dicen que el segundo ha reingresado en la Provincial, no tengo otra meta que matarle o marcarle para toda la vida. Por unas monedas me hago con un «corte», que oculto en la manga del brazo derecho, pegado con esparadrapo. El único enterado de mi pretendida venganza es Andrés, uno de los que están metidos en el «embolado» de Burgos y que espera respuesta a nuestra carta. Andrés trata por todos los medios de que deje a «El Parra» para mejor ocasión...

—Si lo pinchas ahora nos harás la puñeta a todos. Sabes los problemas que caerían sobre todo el departamento de peligrosos.

—Seré yo el único responsable.

—No digas bobadas, Julián; sabes mejor que nadie lo que sucede en estos casos. Ahora el departamento está en racha de buena suerte y hace tiempo que no tenemos complicaciones. Nos tratan bien, la comida ha mejorado bastante... Procuremos vivir tranquilamente el poco tiempo que hemos de pasar aquí...

—¿Dices poco tiempo...? ¡Si tienes más años que carracuca...!

—¡Hombre, yo confío en el «embolado»! —Me dice.

Y añade:

—También se puede ir a la mierda el «embolado» si tú te empeñas. Piensa también que con lo vigilados que estamos te será imposible llegar a su departamento...

—Lo tengo todo pensado... El patio tiene dos entradas, la nuestra y la de los gubernativos. Puedo abrir esta puerta con una ganzúa y subir por ahí a su departamento... No me será difícil cogerlo desprevenido y hacer con él lo que quiera.

—¿Cuándo quieres «picarlo»...?

—Cuando esté allí de guardia un funcionario que no me cae bien, a ver si consigo que le pidan responsabilidades... y mato dos pájaros de un tiro.

—Me parece una locura y creo que no debes hacer nada sin hablar con los otros. Sé que «El Parra» merece eso y más. Yo he marcado a dos soplones y si alguien en la vida me da asco es esa gente, pero... piensa en nosotros y déjalo para más adelante, que, dentro o fuera, ocasiones tendrás... Además, ya le habrán dado el «jai^[28]» y estará preparado... Prométeme que no harás nada.

Andrés termina por convencerme. Esperaré mejor ocasión. En el patio, formando grupo aparte, conversan los catorce o quince estraperlistas del Consorcio de panaderos, detenidos por negociar ilícitamente con la harina que envió a España el Gobierno de Argentina para paliar el bloqueo comercial exterior. Estos días andan un poco asustados, pues masas falangistas y de otra procedencia organizaron manifestaciones en las que han llegado a pedir la ejecución para los que se aprovechan con el hambre del pueblo. Incluso en el partido de fútbol del domingo, desde una avioneta, fueron arrojadas octavillas, en protesta porque al principio los ingresaron en el Hospital Penitenciario y gozaban del trato de favor de los enfermos. Ahora son unos reclusos más del departamento celular y, temerosos de que la represión popular los lleve al garrote o al paredón, están pendientes de lo que dice la calle y de lo que publica la prensa. Hay que reconocer que con los presos no se portan mal; incluso han comprado un balón para que juguemos en el patio. Pero la mayoría de los delincuentes les desprecian e ignoran.

—¿Qué te parecen éstos, Andrés...? —pregunto a mi amigo.

—Son peores que nosotros —sentencia el carterista.

Yo también pienso que tiene razón.

Ha transcurrido medio año desde que planeamos los «embolados» y uno a uno van saliendo todos. Un compañero pudo evadirse en una conducción, pero yo, que viajo más vigilado que nunca, a pesar de que cada vez que salgo me hago a la idea de que tengo que fugarme, no encuentro ocasión... Viajo, eso sí, y ya es algo para salir de tanta monotonía, pues es la vez que más tiempo seguido llevo en la cárcel; estamos en 1949, entré en el cuarenta y siete, tengo ya treinta y dos años...

También cayó «El Tinerfeño», el segundo de mis grandes enemigos, el compañero que me denunció porque no estaba de acuerdo con él..., el que me entregó a la Policía y huyó con mis documentaciones falsas... Lo «trincaron» en Barcelona y, como es fuguista, al trasladarle a Madrid ha dado con los huesos en mi departamento. Llegó ayer y todavía no me ha saludado. Procura no coincidir conmigo, hacer como que no me conoce. Estamos en el patio y él se va al otro extremo... Lo miro fijamente y, como un autómatas, me dirijo hacia él. Es mucho más alto y más fuerte que yo, pero él sabe de mi genio y reacciones. Por eso cuando estoy a dos metros cambia de color y sin querer encontrarse con mi mirada dice:

—¿No crearás que me chivé a la Policía? Cuando dijiste que me ibas a matar, lo único que hice fue coger las documentaciones y marchar a Barcelona...

—Sólo he venido porque me gusta avisar. Pero tengo la costumbre de elegir la hora, así que procura estar preparado siempre. En el momento que me convenga te mataré. Yo no tengo miedo a las celdas de castigo, ni tampoco a morir...

Meto la mano en el bolsillo y el canario da un paso atrás, lívido como la cera.

—¡Me quiere matar, tiene un «baldao^[29]» en la mano! —Grita asustado.

Saco la mano vacía del bolsillo. No tengo «corte» ni nada que pueda herirlo; sólo he querido darle la primera lección.

—No estoy armado, cobarde. Trataba de demostrar a estos que eres tan gallina como todos los soplones.

Los que están cerca nos han cerrado un círculo y nos separan. La pelea les gusta, pero prefieren que el orden no se altere, por conveniencia propia. Media hora después el jefe de servicios me llama.

—Corral, no se te ocurra tocar a ese muchacho. Si vuelves a amenazarlo no saldrás de las celdas de castigo...

—Es el soplón que me denunció.

—Me es igual lo que haya hecho antes de entrar aquí. Soy responsable, sin embargo, de lo que suceda en la cárcel... Llénenlo y cachéenlo bien —ordena a dos vigilantes.

Hoy puedo ser hombre libre. Voy a intentar, con otros compañeros, una fuga temeraria, en la que nos jugamos la cabeza. Definitivamente los «embolados» han sido positivos para todos, menos para mí. Esta puede ser la última oportunidad... En mi diario, desde hace tres meses, la fecha del 18 de octubre está rodeada con un círculo rojo, el de los grandes acontecimientos... El plan lo he urdido yo y están de acuerdo con él dos hermanos, autores de innumerables robos; uno de ellos entró en la cárcel con catorce causas...; su abogado me citó a juicio y calculo que dentro de media hora pasará a recoger el coche celular que nos deje ante el Juzgado de las Salesas... A las seis en punto de la tarde nos ordenan que salgamos... El cacheo dura el doble de tiempo que otras veces: me han encontrado unas llaves y las cuchillas... También nos quitan el cinturón y sólo nos dejan la almohada y la manta, que nos servirá para pasar la noche en los calabozos del Palacio de Justicia.

Yo tengo los ojos bien abiertos, pues sea como sea intentaré la fuga. No me importa que me peguen un tiro y me maten; lo prefiero antes de que salga mal el plan de evasión. Para pasar al departamento donde están los calabozos cruzamos una puerta grande, pesada, de hierro. Dentro hay cinco celdas, a ambos lados del pasillo. Las llaves las tiene el guardia encargado de la vigilancia y si queremos hacer algo no hay otra salida que la puerta metálica... En las celdas de la derecha encierran a los que están a disposición del Juzgado; en las de la izquierda, a los que bajan de la prisión. Si hay alguna mujer, queda aparte, en la última...

Recorro el calabozo: tiene dos puertas, la de afuera, de madera, y la interior, de recios barrotes. Hay un retrete, aunque no lavabo ni grifo para beber...

—A ver si se os ocurre algo, muchachos. Sólo disponemos de veinticuatro horas.

No dicen palabra, pero pasean también la celda, miran, captan detalles... La puerta de madera suele estar abierta; así el guardia puede observarnos cada pocos minutos. Yo completo los detalles del plan en que tantas noches he pensado... Como es natural, aquí hay ciertas concesiones que no existen en la cárcel. Está permitido que los familiares traigan comida; también pasa un recadero, cada dos o tres horas, por si queremos enviar algún aviso telefónico a nuestros familiares.

—Si desean bocadillos, se los traigo de un bar de la calle —nos ofrece un camarero, que de improviso se presenta a prudente distancia de los barrotes.

Dice que también podemos tomar cerveza o café. Yo pido un botellín de cerveza, y cuando se acerca el funcionario aprovecho para preguntarle cuándo nos dejarán lavarnos. Dice que por la

mañana saldremos de uno en uno, hasta un pequeño cuarto provisto de lavabo... Será el momento. Tenemos que coger al guardia por la espalda, despojarle de la pistola y las llaves, que no se quita un solo segundo de encima... Por la tarde no surge oportunidad alguna ni hay motivo para pedir que nos saquen de la celda. Si digo que quiero lavarme ahora, además de que es fácil que no me deje salir, desconfiará... Durante la noche no pegamos ojo, hablamos muy despacio, trazamos planes... Por la mañana lo intentaremos.

Amanece y se presenta el primer contratiempo. Entran unas mujeres de la limpieza y, escoba en mano, pasan más de una hora en el pasillo.

—¿Pedimos ahora que nos dejen salir? —Me pregunta uno de los hermanos.

—De ninguna manera; tenemos que esperar. Habiendo mujeres no debemos intentar nada. Si quitamos la pistola al funcionario, las mujeres en estos casos se ponen histéricas, y aunque les apuntes con el arma en la nuca no puedes evitar que griten...

Las limpiadoras no acaban de irse. Mis compañeros de fuga se impacientan e intento serenarlos, convencerlos de que no tenemos más remedio que esperar a que se celebre el juicio. A las tres de la tarde, antes de que vengan a buscarnos para llevarnos a Carabanchel, habrá ocasión... Yo tengo mucho miedo a las mujeres; en cuanto dieran el primer grito tendríamos en el calabozo a una docena de policías...

A media mañana subimos a juicio, estrechamente vigilados. Uno de los hermanos, el que fue detenido primero, es condenado. La verdad es que estamos más pendientes de nuestro plan que del juicio. Nos meten otra vez en el calabozo y a las tres menos cuarto ya se han ido definitivamente el camarero y el recadero... Sólo queda el guardia de servicio, que de cuatro a cuatro y media nos avisará de que tenemos que salir hacia la prisión...

—¿Nos puede traer agua? —le pido.

El candado de la puerta interior ya lo hemos saltado sin que nadie se dé cuenta. Yo vuelvo a colocarlo para que parezca que todo está cerrado. Cuando el vigilante entra en el cuarto de aseo salimos silenciosamente los tres de la celda... Uno de los dos hermanos, el más fuerte, se encamina al aseo, coge al guardia por la espalda y le inmoviliza los brazos. Su hermano le pone las manos en la boca para que no grite. Yo le había ordenado que le diera un golpe en la nuca para dejarlo sin sentido, pero no se atreve a hacerlo. Le quita la pistola al guardia, pero éste, en un descuido del que le cubre la boca, lanza un grito:

—¡Socorrooo...!

—¡Imbécil...! ¿Por qué no has cumplido lo que te mandé...? —le digo.

Ahora el guardia está en el suelo sin poder moverse ni gritar, pero ya es tarde... Le han oído los que vigilan fuera... y por lo menos media docena de policías bajan a los calabozos; también lo hacen algunos empleados del edificio, que no pueden pasar, porque está cerrada la puerta de hierro, pero tampoco nosotros podemos salir... La situación es dramática.

—¡Abran inmediatamente la puerta...! —Dice desde el otro lado un sargento.

No nos movemos ni respondemos. Otra vez el sargento ruega que le obedezcamos. Será mejor para nosotros.

—Estamos perdidos, Corral —me dicen acobardados los dos hermanos.

—Lo que estáis es muertos de miedo. Tú lo has estropeado todo por dejarlo gritar.

—Tenemos que entregarnos, no podemos hacer nada —insiste el más joven.

Sigo con la pistola en la mano. El rehén no se atreve a moverse ni a decir palabra y me mira para adivinar si seré capaz de atentar contra su vida.

—No tenga miedo, que no soy un asesino —le digo, procurando que no me oigan los que están del otro lado de la puerta, pues ante ellos nos conviene hacernos los fuertes y conseguir que se persone el Juzgado de Guardia.

—No tienen nada que hacer. El edificio está rodeado. Entréguense o tiramos la puerta.

Hago una seña a uno de los muchachos para que coja las llaves y abra. Yo tengo amartillada la pistola detrás de nuestro cautivo. El otro hermano también se coloca a mi lado... Cuando se abre la puerta entran cinco o seis hombres... Al ver que estoy armado se abalanzan sobre mí y luchamos... Recibo un fortísimo culatazo en la cabeza. Mis compañeros también pelean... Tardamos cinco minutos en ser reducidos; después entra el Juzgado de Guardia y el médico forense, quien reconoce las lesiones que sufrimos en la pelea y ordena que nos trasladen al Hospital Penitenciario. Yo tengo una brecha de varios centímetros en la nuca...

1950: POR FIN ME FUGO

Cada vez que se acaba un calendario es como una oportunidad de vivir que se me escapa de entre las manos, como cuando tratas de atrapar el aire y ni siquiera lo tocas y se te va. Apenas sé de los míos: María sólo ha traído tres veces a mi hijo, pero ella ni me dirige la palabra. Mi madre es la única consecuente, fiel; en definitiva, mi madre. No está de acuerdo con el rumbo que hace casi veinte años tomó mi vida, pero la justifica, sabe que no soy tan culpable como la sociedad pretende.

Estoy en la puerta del retrete del patio. Sólo mi delator y yo sabemos que es la hora del desafío. Ayer se lo advertí, aunque no lo merece. «Prepárate, “Parra” —le dije—; mañana tenemos que hablar y no creo que haga falta que te diga para qué». Yo lanzo el primer viaje con el «corte» en la mano. Se retira hábilmente y fallo. Lanzo el segundo, le incrusto la navaja hasta el mango en una pierna... Se duele, le cae la sangre a lo largo y ancho del pantalón, pero no se da por vencido... Se echa encima de mí con todo el peso de su cuerpo y siento que algo se abre camino por mi costado. «El Parra» retira la navaja. Yo le pincho tres veces seguidas, él consigue alcanzarme otra vez. Cuando llegan los funcionarios los dos seguimos en pie, con el arma en la mano, dispuestos a acabar el uno con el otro... Está más herido él; ya es algo... Sonrío, tiro el «corte» al suelo y me dejo conducir hasta la enfermería... Ya me he vengado.

Mi comportamiento inspira desconfianza y otra vez piensan en la posibilidad de que esté loco. Dos siquiabras me observan, preguntan sobre mis padres, sobre mi infancia... Es igual que siempre. Sin pretenderlo yo, me trasladan a Ciempozuelos, justo a los cinco años de la última fuga...

—Esta vez no escaparás... —Afirma un fraile que me reconoce de anteriores visitas.

«Esta vez sí escaparé», me digo yo a mí mismo. Tengo que estar en observación tres meses; sería un estúpido si vuelvo a la cárcel.

HUIDA DE CIEMPOZUELOS

Cuando mi madre oye la demanda pretende hacer como que no se ha enterado.

—Me ha oído, madre... Vaya a su casa, dígale que sin falta venga a verme el próximo domingo.

Es un hombre que me debe favores, está obligado...

—¿No será para algo malo...?

—Quiero verlo, hablar con él...

—Haré lo que me pides, hijo.

El domingo, como esperaba, llega mi compañero. No tengo tiempo de circunloquios ni rodeos...

—Pedro, tráeme una pistola...

Su cara se altera, pero se recupera, sonrío y dice que hará lo que pueda.

—El domingo próximo... Aquí no me la podrías entregar de ninguna manera. Tampoco sería fácil en paquetes, pues lo mío lo registran hasta el último detalle. Acércate a los barrotes...

El vigilante no nos oye. Está pendiente de todos los que comunican con sus familiares. Pedro ha comprendido.

El domingo por la noche entra por la huerta, salta la tapia y por el jardín se aproxima a la ventana de mi celda...

A través de la reja me entrega un objeto frío, pesado...

—Si piensas fugarte esta noche, te espero...

—Hoy no puedo, vete. La guardaré en el colchón para cuando llegue el momento.

—Adiós, Julián, buena suerte.

El 18 de mayo es el día elegido. Es domingo. Los frailes se han sorprendido esta mañana cuando les dije que quería ir a misa, pero mi gesto y el buen comportamiento de los veinte días que llevo aquí hace que se confíen. Por la noche espero durante dos horas a que se haga la luz en el cuarto del fraile encargado de la vigilancia. La pistola la he sacado del colchón; la tengo debajo de la almohada, al alcance de la mano. Son las dos de la madrugada cuando por debajo de la puerta de la celda entra un hilillo de luz. Está despierto.

—¡Hermano, hermano...!

—¿Qué desea, Corral...?

Oigo sus pasos, que se encaminan hacia aquí...

—¿Qué quieres...?

—Pase, hermano; me duele mucho la cabeza.

El fraile entra, enciende la luz...

—¿Me puede dar una aspirina...?

Me entrega la pastilla y espera, porque he de tomarla en su presencia...

—No me encuentro bien, tengo muchísimo calor. ¿Podría abrir un poco la ventana...?

Confiado, hace lo que le pido, pues la ventana está cubierta por unas fuertes verjas y no puede imaginar que a estas horas pretenda fugarme; me vuelve por completo la espalda. Salto de la cama y le incrusto la pistola en el cuello, debajo de la barbilla... No es necesario que le amenace ni que le diga una sola palabra. Tan largo como es se ha desmayado y cae a plomo al suelo. Le quito las llaves, lo encierro en mi celda, cruzo el pasillo hacia el comedor y salgo al vestíbulo, donde cojo un banco de madera que arrastro a través del jardín. Ya al pie de la verja, me encaramo al banco y salto al exterior. El fraile ha vuelto en sí y cuando me alejo del muro oigo atrás sus voces pidiendo

socorro.

Al amanecer entro en Madrid. La ciudad a estas horas está silenciosa, pero a mí me parece más bella e impresionante que nunca. Pasan los traperos, los jardineros riegan el césped en torno al Museo del Prado... Mi amigo se sorprende cuando llego a su casa. El hombre que me facilitó la pistola se ofrece a esconderme por unos días.

—Bien venido, Victoriano. Veo que te han salido bien las cosas.

—Estoy demasiado cansado, quisiera dormir. He venido andando y no me tengo en pie...

Durante siete días no salgo de la casa, ni siquiera me atrevo a asomarme a la ventana. Mi amigo ha dejado de delinquir; ahora trabaja honradamente de albañil...

—Si necesitas algún compañero te doy las señas...

—De acuerdo, pero tú no intervengas en nada.

—En un bar de Ventas, que llaman «La Taurina», suelen tomar el aperitivo unos muchachos que se dedican a esto y que están sin trabajo.

—Probaré suerte —le digo a Pedro, y salgo a la calle.

Encuentro un chico, de veintiún años, con fama de audaz y prudente al mismo tiempo. Se llama Tomás. Hasta ahora se dedicó al robo en pequeña escala y ha cometido algunas estafas. Su única preocupación, me dice, es que no se entere su novia de lo que va a hacer, pues está muy enamorado de ella y teme perderla. Para mis planes precisamos otra pistola. Yo tengo el nueve corto con la que me fugué del hospital, pero el muchacho ha dicho que sin «fusca^[30]» no trabaja.

—Te advierto, Tomás, que si nos cogen en un atraco con armas son muchos los años de presidio. Piénsalo bien y no digas luego que te llevo engañado.

—Ya lo he pensado; me interesa trabajar contigo —responde.

—Entonces empecemos por lo primero. Necesitamos robar la pistola.

En un barrio extremo de la zona de Cuatro Caminos, pegados a la pared de una callejuela oscura, dos hombres se deslizan silenciosamente. A pocos metros el sereno dormita, a la espera de que alguien bata palmas en solicitud de su presencia. Yo voy delante; Tomás, detrás, muy cerca de mí. Saco la pistola, me coloco delante del sereno y le amenazo de muerte si dice una palabra. Mi compañero se aproxima a él y lo desarma.

—No me maten, por favor, que yo no he hecho mal a nadie —implora el hombre.

—Sólo nos interesa tu pistola... Pero tenemos que sacarte a las afueras para que no nos encuentren. ¡Sigúenos!

El sereno camina a nuestro lado muerto de miedo. Cree que lo llevamos al descampado para acabar con su vida. Cuando comprueba que lo dejamos y que no le va a suceder nada, da un suspiro de alivio.

—No te muevas en media hora. Si te encontramos otra vez lo pasarías mal —le amenazo, y los dos salimos corriendo.

Durante todo el mes de junio raro es el día que no atracamos algún establecimiento. Todavía esta noche hemos conseguido un buen pellizco en una vaquería de Carabanchel Alto, un edificio solitario, algo alejado del resto de las casas... Tomás demuestra que es un hombre con coraje, capaz de cualquier empresa. En ocasiones es tal su valor, que me veo obligado a recomendarle que no sea temerario sin necesidad... La valentía es buena, pero sin pasarse.

Sabemos que nos buscan por todos los rincones de Madrid. He visto a María y me dice que ha internado a nuestro hijo en un colegio. Ella trabaja ahora como empleada de un hotel de la Gran Vía. Me confirma que andan como locos tras nuestros pasos. También lo hace mi madre, que vino a verme para alertarme de que han ido varias veces a casa y que le han dicho que hay orden de que, si aparezco por el pueblo, me capturen vivo o muerto. Saben que estoy armado, dispuesto a todo y que doy los golpes con un muchacho joven capaz de jugarse la vida en un tiroteo. Como sospecho que habrá docenas de carteristas dispuestos a dar el soplo en cuanto me vean, por el día no piso las calles de Madrid y cuando tengo que preparar el terreno del próximo atraco me desplazo en taxi, con un sombrero que me cubre casi toda la frente y gafas de sol que prácticamente me hacen irreconocible... Tomás no está fichado como atracador y puede andar de un lado para otro. Por él sé hasta qué punto se han movilizado para echarme el guante. En ocasiones siento la tentación de seguir los consejos de mi madre de marchar al extranjero, pero me hiere la sangre ante los éxitos de los últimos golpes y siento una pasión irrefrenable de robar y planear cada día acciones más complicadas y peligrosas. En mi subconsciente adivino que voy metiéndome en la boca del lobo, como hombre que cae en un cenagal y cuanto más se mueve más se entierra; pero cuando miro atrás en mi vida afloran tan sólo días de hambre, de malos tratos, de oscura soledad en un calabozo, de fiscales incapaces de encontrar en mi comportamiento un hecho honesto y limpio, de compañeros a los que presté ayuda para recibir después el pago de una denuncia, de una mujer a la que por encima de todo he querido y que se aparta de mí porque teme que nuestro hijo se vea en el espejo de un padre que nació para huir o estar encerrado... Toda la incapacidad de superación, de comenzar otra vez, de integrarme como un número más a la sociedad, me subleva e indigna y, al mismo tiempo, encuentro motivos a la justificación y a nuevas acciones. Me siento como un pequeño héroe y mi pensamiento vuela a París, Londres, Nueva York y otras ciudades donde la gente del hampa sorprende cada día a la opinión pública con un hecho de relieve... Pienso incluso en el gran atraco a un banco, preparo en un papel los esquemas del asalto, hablo de ello con Tomás, pero nos faltaría gente; por lo menos dos o tres hombres audaces y expertos.

Por vez primera en mi vida estoy de verdad decidido a pasarme a Francia. Son muchos los atracos en Madrid; nuestros enlaces, a los que pagamos por sus informes, nos aseguran que cualquier día se nos echarán encima; la Policía teje pistas comprueba datos, recorre pensiones y centros de reunión... También los habituales del chivatazo han agudizado sus antenas y se unen a la caza. Hablé varias veces del asunto a Tomás, pero él coloca en un fiel de la balanza la tentación de la huida y en el otro a su novia... Le digo que más adelante su novia podría reunirse con él... Un día después del reparto de un atraco Tomás se decide:

—Si quieres podemos marcharnos. Tanto mi familia como mi novia están pensando muy mal de mí.

—Tuya es la culpa; ya te dije que en su presencia no hicieses ostentación de dinero. No me has hecho caso, gastas los billetes a espuestas y lo normal es que sospechen que no lo ganas honradamente. Tenemos que irnos rápido, Tomás; tu comportamiento puede acarrearos serios problemas... Si estás de acuerdo, pasaremos la frontera por las montañas de Cataluña, armados y clandestinamente.

—¿Cuándo...? —Pregunta.

—El lunes podemos dejar Madrid; nos conviene descansar antes unos días sin hacernos visibles. El domingo nos vemos por última vez en el bar San Isidro, frente a la iglesia. Allí te daré un plano e instrucciones. Conviene que salgamos de Madrid separados y no nos veremos hasta un pueblo del Pirineo...

—¿Lo tienes todo preparado...?

—Llevo mucho tiempo pensando en esto... A ti te cuesta arrancar por una mujer y yo me voy precisamente por una mujer. ¡Hasta el lunes, Tomás...! Ni una palabra a nadie, ni siquiera a tu novia...

2 DE JULIO DE 1950: TIROS EN EL BAR

Por vez primera en estos dos meses camino despreocupadamente por las calles de Madrid. El Retiro, Alcalá, Gran Vía, Puerta del Sol... Es domingo; la línea azul del termómetro de una farmacia se ha encaramado a los treinta y seis grados. Las calles están casi vacías. Son las seis de la tarde de un 2 de julio. Ayer salieron en los trenes numerosos veraneantes camino de Santander, San Sebastián y la costa gallega, los tres focos turísticos por excelencia. También algunos coches enfilan las carreteras de Burgos y de La Coruña. En Madrid no hay quien aguante... No tengo prisa; he quedado citado con mi compañero, a las diez de la noche, en el bar. Elegí el San Isidro porque tiene dos puertas, una que da a la calle de Toledo; otra, a una callejuela, en la parte de atrás... Me da pena dejar Madrid; es una ciudad alegre, dinámica, hospitalaria y me gusta. ¡Si tuviera libertad para moverme de un lado para otro cuánto disfrutaría en esta ciudad...!

Desde la puerta ojeo el ambiente del bar. Hay mucha gente. Tomás me espera en la barra. Entro y me siento ante una mesita de mármol redonda, con un servilletero de papel y un palillero. A mi lado hay otra silla vacía. Hago una seña a Tomás para que se acerque. Me ha entendido y se acomoda a mi lado. Trae un vaso todavía repleto de cerveza.

—¿Qué va a ser, señor...? —Pregunta el camarero.

—A mí, una copa de coñac.

—¡Una copa para el señor!

Aunque hay un ventilador encima de nosotros, la noche está cargada, como de tormenta, y siento un calor asfixiante.

—¿Les has dicho algo a los tuyos...?

—Sólo que me voy, Julián.

—¿Qué opina tu novia...?

—No le hizo gracia, pero se vendrá conmigo.

—¿Te ha preguntado...?

—Sí, pero no le conté nada. Le dije que quiero trabajar en París, que cuando reúna algún dinero la giraré para que se venga conmigo.

—Bien, hablemos del viaje.

Durante media hora despliego ante Tomás el plan para pasar la frontera. El escucha, toma nota en un cuaderno, afirma con la cabeza. Sé que le cuesta dejar a los suyos, sobre todo a su novia. Por ello insisto en el peligro que correríamos de seguir en Madrid. Tomás asiente otra vez, y cuando está todo

aclarado le propongo una despedida sonada en una venta de las afueras. Mañana por la mañana saldremos hacia la frontera.

—Yo pago, Tomás; vete por un taxi —le digo.

Después de entregar una propina al camarero, al dar la vuelta veo que me apuntan los cañones de varias pistolas. A Tomás también le amenazan... Son hombres, vestidos de paisano; no sé cuántos, pero muchos...

—¡Tomás, al suelo! ¡Hemos caído en una encerrona...! —le grito.

Me agacho y salgo corriendo hacia la puerta. De pronto suena un disparo y siento como una cuchilla que se me clava en el hombro... Estoy herido, pero no importa. Intento escapar ahora, saltando por encima de varias mesas, y otra vez disparan, pero ahora no me han dado. Es imposible huir por la puerta principal; a ver si lo consigo por la otra. Me parapeto tras una mesa, saco mi pistola y disparo por tres veces al aire... No sé si los que están frente a mí son policías o guardias civiles, es imposible distinguirlos con la ropa que traen. No me atrevo a disparar contra ellos porque están dispersados entre los parroquianos del bar que, asustados, también se han arrojado al suelo. No quiero herir o matar a un guardia civil... De pronto me levanto y, muy agachado, procurando que me tapen las mesas, llego hacia la puerta, donde hay dos hombres pegados a la pared que no se atreven a moverse. Me aprovecho de ellos, pues mis adversarios no disparan por temor a alcanzarlos... Salgo a la calle y corro como un desesperado. Detrás me siguen y disparan otra vez. Siento un impacto seco, profundo, en la espalda, y caigo como un saco al suelo. «Me han dado bien», pienso. La cabeza me da vueltas. Antes de perder el conocimiento escucho a la gente, que grita:

—¡Le han dado, le han matado!

Y una voz de mando que ordena:

—No disparéis más. Ya no podrá huir.

—Por la forma en que la bala se ha incrustado en la médula es muy difícil la operación. Temo que muera en ella... En caso de que se salve tendrá que pasar la vida en un carrito de ruedas...

El que habla parece ser el hombre que me va a operar. El no sabe que le escucho, pues, aunque recuperé el conocimiento, sigo con los ojos cerrados, sin fuerza para intentar abrirlos. Tengo unas imágenes cortadas e imprecisas en la memoria... Me llevaron a la Casa de Socorro de Ventas; de allí, al equipo quirúrgico de la calle de la Ternera, donde, medio inconsciente, oí decir al médico de guardia que no podían hacer nada, y en este tiempo he perdido mucha sangre. Ahora estoy en el Hospital Penitenciario y me van a operar. Unas manos ajustan la mascarilla para dormirme; siento un fuerte dolor en la espalda... Supongo que intentarán extraer la bala...

Cuando despierto no sé si han pasado horas o días. Abro los ojos y veo que estoy en una cama, acostado boca abajo, con el cuerpo cubierto de vendas...

—Por favor, ¿hay alguien aquí...?

—Sí, yo, el doctor Vicente Sentí, el médico que le ha operado. No le conviene hablar ni moverse. Está bastante bien...

—Antes de que me anestesiaran oí a una persona, creo que a usted mismo, que la cosa es muy

grave y que, si no muero, quedaré inútil...

—Ahora no piense en eso. No se preocupe, que no morirá; ha reaccionado bien, confíe en mí.

—Gracias, doctor; confío en usted.

Los meses van pasando. Por los enfermos, por los médicos y por mi madre, que ha podido visitarme, me entero de lo que ha sucedido. Mi madre escuchó la noticia de mi muerte por una emisora de radio. Vino a Madrid, convencida de que iba a asistir a mi entierro, y recibió la consoladora noticia de que, aunque muy grave, estaba vivo. En el pueblo llegaron a celebrarse misas por mi alma...

Con respecto a la detención, los hechos se han desarrollado así: Tomás, al anunciar a su novia que nos íbamos a Francia, para convencerla de la urgencia del viaje, se sintió obligado a contarle lo de los atracos... Aquel mismo día, el sábado anterior al tiroteo, la chica nos denunció en el cuartel de la Guardia Civil de Ventas. Creía que toda la culpa era mía, que su novio apenas tendría problemas; que le echarían unos meses de cárcel tan sólo... Lo demás puede imaginarse: diez guardias, vestidos de paisano, siguieron a Tomás desde su casa; después se apostaron estratégicamente en el bar San Isidro, a la espera de mi llegada. Los de las Ventas no me conocían personalmente, pero mi rostro lo habían visto muchas veces en el boletín mensual... A continuación se produjo el tiroteo, mi herida, los viajes en busca de alguien que me curara. Yo perdí mucha sangre, y tan pronto quedaba sin lucidez como la recuperaba.

Debo la vida al doctor Sentí, cirujano de primera categoría y, como hombre, una de las personas más bondadosas y humanas que he conocido en mi vida. Pasé dos meses entre la vida y la muerte y tanto él como su equipo día a día han estado pendientes de mí... La bala era mortal de necesidad. Al incrustarse en la médula afectó a mi sistema nervioso y he perdido la sensibilidad de toda la parte inferior del cuerpo. Incluso hago mis necesidades descontrolado, sin poder evitarlo. Tengo la espalda y piernas cubiertas con una escayola pesada que me impide moverme un solo centímetro... Siento unos dolores profundos, desgarradores, consecuencia de la alteración de mi sistema nervioso.

Hoy me quitan la escayola. Estamos en marzo de mil novecientos cincuenta y uno: han pasado ocho meses. Con grandes tijeras cortan el yeso, me colocan después un vendaje muy fino y, con ayuda de dos muletas y un compañero, intento dar los primeros pasos. Siento un mareo, no tengo fuerzas y desisto. Tengo, además, los pies torcidos y es necesario que me cloroformicen otra vez para ponerlos correctamente.

Me han enderezado los pies. Ahora estoy escayolado de la rodilla para abajo y soy yo quien se esfuerza en andar. Sin la ayuda de nadie, tan sólo apoyado en las muletas, doy unos pasos. Es como si estuviera aprendiendo a andar. He caído muchas veces, algunas incluso me hago daño; pero me empeño en recuperarme por completo. ¿Quién sabe si algún día podré fugarme otra vez...?

Dos enfermeros me ayudan a despojarme del pijama y a ponerme el traje gris de penado. Son las tres de la tarde de un día de mayo de mil novecientos cincuenta y uno. Ayer, el jefe de Servicios me comunicó que ha recibido órdenes de la Dirección General de Seguridad para que me trasladen a la prisión de Carabanchel. Ahora espera una ambulancia en el patio...

—¿Puede ir a pie hasta el coche? —Me pregunta el médico de servicio.

—Creo que sí, pero no sé si me será fácil bajar las escaleras.

Me suben a una camilla y sorteamos los pasillos, camino de la ambulancia. Sería una buena ocasión de fugarme, pienso, si no fuera porque tengo la pierna izquierda totalmente inmovilizada... A pesar de mi estado, cuatro funcionarios entran en el vehículo y me escoltan hasta la Provincial. En la puerta de la prisión me esperan dos hombres con bata blanca que, en volandas, me conducen hacia la enfermería. Paso uno, dos, tres, cuatro rastrillos. En cada uno de ellos oigo comentarios sobre mi persona: «¿Cómo es posible que este hombre haya dado tanta lata...?». «Pues ya lo ves —dice otro—, con lo insignificante que parece, es uno de los hombres que más atracos ha cometido en el país en los últimos años. Y además de peligroso, es un fuguista de primera». Yo oigo con cierta amargura estas palabras. Ahora soy un inútil que prácticamente no puede andar, al que lo único que le espera son nuevos juicios y condenas.

En la prisión está también mi compañero Tomás. Le detuvieron en el bar, el día que yo recibí el disparo. Aunque bajo al patio siempre que puedo, para hacer ejercicios de recuperación, no me es posible ver a mi amigo, que está en la galería de peligrosos. Con mucho cuidado conseguimos cruzarnos alguna nota. En la última le digo: «Ya sé, Tomás, que fue tu novia la que me denunció. No te preocupes, que la culpa no es tuya. Has sido siempre un buen compañero y, si puedo, te ayudaré en el juicio. Rompe esta carta y no me escribas más, pues si se enteran, a ti, a mí y al intermediario nos meterían en celdas de castigo. ¿Sabes cuándo se celebrará el juicio...? Por ahora no me han dicho nada. Hasta ese día. Un abrazo. Julián».

Hoy he conocido a un asesino. Coincidimos en el patio, me dijeron quién era y, sin saber por qué, sentí la necesidad de conversar con él. Dicen que, en este momento, él y yo somos los reclusos más populares de la cárcel.

Se llama Ramón Oliva Márquez, tiene veintidós años, es bajo y enjuto, como yo... Al ver que me acerco, apoyado en mis dos muletas, se levanta del suelo donde está sentado.

—¡Hola, Julián, tenía ganas de conocerte...! —Me dice.

—Y yo a ti, «Monchito». ¿Cómo va lo tuyo?

—El día veintidós comienza la vista. Me ha venido a ver el abogado y dice que la cosa está mal, pues soy convicto y confeso. Quiere que me mire un médico, ya que, según él, soy oligofrénico, es decir, que no estoy mentalmente sano...

Al contrario que la mayor parte de los homicidas, «El Monchito» no tiene inconveniente en hablar de su crimen... No sé si hará lo mismo con otros compañeros de prisión, pero conmigo se

muestra sincero, sin silenciar nada. En ningún momento, en esta y otras muchas charlas, me pide que orillemos el tema. El once de enero mató a una mujer de cuarenta y siete años, la esposa del que había sido su patrón... Yo estaba entonces en el hospital y me enteré por los recortes de la sección de sucesos de un diario de Madrid, que me prestó un compañero. El cuerpo apareció aquel mismo día, en el número 6 de la calle de Ecija, cerca del paseo de Rosales. Lo descubrió el hijo de la víctima, quien, al empujar la puerta, se encontró con que había algo que lo impedía: el cadáver de su madre. Tenía una herida profunda en la cabeza y varios cortes de cuchillo en el cuello.

Hoy he vuelto a ver al «Monchito». Es un chico simpático y hablador, pienso que un poco inconsciente de lo que le espera. Está a punto de celebrarse el juicio y sigue tan tranquilo, como si no temiera nada. Cuando le hablo de mi asombro por su comportamiento dice:

—Ya verás cómo salvo la «pelleja». Mi abogado es muy bueno y tiene amigos que son gente muy gorda.

No puedo evitar acordarme de don Antonio Ardines. Siento un escalofrío al pensarlo y «El Monchito» se da cuenta...

—¿Qué te pasa?

—Nada, es que no me encuentro bien. Ramón, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Haz las que quieras, aunque me parece que por tu afición a la lectura sabes tanto de mí como yo...

—Bueno, yo leí los periódicos de entonces y los de ahora. Sé que tenías novia y querías casarte...

Me interrumpe y, por vez primera, noto una cierta tristeza en su rostro.

—Sí, Elisa. La quería y la quiero mucho...

—¿Por qué mataste a la mujer?

Queda en silencio unos segundos, se apoya en mi brazo y me dice:

—Necesitaba dinero y, como trabajé en el taller de su marido, sabía que ellos lo tenían. Yo no me dedicaba a lavar coches, como publicaron por aquellos días, sino que los pintaba. Quería casarme y no tenía para el piso ni para los muebles... No pensaba matarla. Cuando me di cuenta de que estaba muerta me asusté...

—¿Pero te llevaste el dinero...?

—Seiscientas mil pesetas.

—¿Y cómo te descubrieron?

—Fue un inspector de policía, llamado Mestanza... Preguntó por todas las personas que habían trabajado en el taller; debió de ver algo raro en mí...

Lo miro con ternura. Nunca he simpatizado con asesinos, pero «El Monchito», en estos momentos uno de los personajes de los que más se escribe y habla en el país, me inspira lástima. No me atrevo a juzgarlo. Cualquiera sabe lo que hay en su vida... Detesto su acción y, cuando la analizo, no comprendo cómo se puede matar fríamente a una mujer que está sola... Pudo dejarla sin sentido, encerrarla, cualquier cosa... Viendo a este muchacho por la calle, con su aire juvenil y aspecto agradable, nadie podría sospechar que tras esa sonrisa se oculta la mirada de un asesino... Alguien sí que lo sospechó, el inspector que consiguió detenerlo. Dicen que en el *hall* de la casa, donde estaba tendida la mujer, había huellas del tacón de un zapato de hombre. La huella era poco profunda

y por ello dedujo la policía que tenía que tratarse de un hombre bajo, no muy pesado... La mujer forcejeó con su asesino; algunos vecinos oyeron sus gritos... Hubo lucha; por tanto, se confirmó la suposición de que podía tratarse de un hombre débil de complexión, incapaz de acabar con ella de un solo golpe... El portero de la casa aseguró haber visto a un muchacho delgado y joven que vestía una gabardina blanca...

—Lo demás fue fácil, Julián. Interrogaron a casi medio centenar de personas, descubrieron que yo había trabajado allí y que tenía una gabardina blanca. El veintidós de enero, cuando estaba en casa de Elisa, me detuvieron.

Una semana después de esta conversación nos dicen que «El Monchito» ha sido condenado a muerte. Si no lo indultan no volveré a verlo. Ahora está en la galería de condenados, solo en una celda, supongo que con la misma sonrisa de esperanza, convencido de que un día le comunicarán que no será ejecutado. La sentencia dice así: «La Sección Séptima de la Audiencia Provincial de Madrid impone pena de muerte y cien mil pesetas de indemnización a la familia de la víctima, a Ramón Oliva Márquez...».

Desde hace algunos días Tomás y yo podemos vernos y hablar. Pedí permiso para hacerlo, pues me anunciaron que dentro de algunos meses tendrá lugar el Consejo de Guerra de ambos y conviene que cambiemos impresiones. El ya ha declarado y se comprobó la veracidad de sus palabras. Mi defensor, un capitán, me visitó esta mañana y sin rodeos, me dijo:

—Es penoso lo que tengo que comunicarle, pero como a la larga habrá de enterarse, es mejor que lo sepa desde el primer momento. Han sido procesados por nueve atracos. Al serles aplicada la Ley de Bandidaje y Terrorismo, la petición del fiscal es de siete penas de muerte para cada uno y dos condenas de treinta años... Haré que lo reconozcan los siquiátras, a ver si le libran de la pena de muerte.

—Gracias, capitán. Haga lo que pueda.

No le digo más y él se sorprende de mi entereza. La verdad es que la procesión, como suele decirse, va por dentro. Por la noche soy incapaz de conciliar el sueño e, inevitablemente, uno mi suerte a la de «El Monchito», en pesadillas en las que me veo atado a una silla, con los ojos cubiertos por un trapo y una mano que me sujeta al garrote...

En agosto, cuando me anuncian que voy a ser trasladado a Zaragoza, reclamado por el delito del uniforme, la pistola y la fuga, respiro con satisfacción. Aunque sea para un nuevo juicio, me apetece viajar, cambiar de ambiente, sentirme lejos de Madrid; los años que me echan ya no me preocupan. En los últimos meses asisto a otros juicios y son para mí éstos los mejores días. En Colmenar entro en la sala sobre una camilla. Por tentativa de estafa me condenan a seis años; por el intento de evasión de los calabozos de las Salesas me caen cuatro años y otros dos en un juicio por hurto y usurpación de funciones.

El director de la prisión de Zaragoza, los domingos tiene por costumbre visitar a los enfermos. Cuando llega a mi cama, en un rincón de la sala, me habla:

—Pórtese lo mejor posible el tiempo que esté con nosotros.

Han sido los dos meses más agradables de esta lánguida etapa de mi vida carcelaria. Los compañeros y los funcionarios están pendientes de mí, me tratan con delicadeza y, aunque siento el complejo de que soy un enfermo, incapaz para casi todo, me gusta ver en mi derredor buenos

modales y sonrisas. Empiezo a creer que los tiempos de las palizas, el pánico, el hambre, el hacinamiento y, en definitiva, la vida insufrible en las prisiones se han dulcificado y confío en que, al igual que como según dicen sucede en otros países, el preso reciba cada vez mejor trato y atenciones en estos centros, cuyo objetivo es el de redimir al delincuente y prepararlo para cuando sea un hombre libre.

Tres años más; ahora sí que he perdido la cuenta de mis condenas. Hasta hace poco las apuntaba en mi diario e iba haciendo una suma que casi llenaba una página... A partir de ahora me olvidaré del tiempo, como si fuera algo que no existe. Hoy es catorce de noviembre, mi último día, al menos por el momento, en esta cárcel...

Estoy otra vez en la Provincial de Madrid y siguen los procesos por delitos de los que ni me acordaba. El día veintidós, el Tribunal Supremo confirmó la pena de muerte al «Monchito». Sólo le queda el derecho de gracia. A mí me esperan juicios pendientes por algunos «embolados», que jamás se celebrarán si me condenan a muerte. El defensor me comunica que ya ha sido firmada la orden para que me reconozcan los especialistas en psiquiatría... Son tres los encargados de hacerme preguntas sobre mi vida. Uno saca un libro con diferentes dibujos... Durante tres días se repite la rueda de preguntas y respuestas... Yo respondo, obediente; una y otra vez dan vueltas sobre el mismo asunto y hay momentos en que me siento agotado...

Estoy sorprendido. Han enviado una orden para que me ingresen en la Sala de Dementes del Hospital Militar Gómez Ulla, en Carabanchel Alto... Cuando me lo comunican tengo en la mano un recorte de periódico, con fecha del veintidós de marzo de mil novecientos cincuenta y dos, que dice así:

«Ayer, a las siete de la mañana, se cumplió la sentencia dictada por la Sección Séptima de la Audiencia contra Ramón Oliva Márquez, “El Monchito”, condenado el 26 de mayo de 1951 a la máxima pena por el robo con homicidio cometido el 11 de enero del mismo año en la calle de Ecija, 6, del que fue víctima doña Juana Arribas García. La ejecución se verificó en la Prisión Provincial».

»El reo, que entró en capilla el viernes por la noche, se mostró en sus últimas horas arrepentido del crimen que cometió y, antes de ser ejecutado, confesó y comulgó. Tenía la edad de veintitrés años, once meses y nueve días. El cadáver, por no haber sido reclamado, recibió sepultura en el Cementerio de Carabanchel Alto, a expensas de la Prisión Provincial».

No puedo quitar de la cabeza la desaparición de «El Monchito». Los últimos meses lo vi en misa, unos metros delante de todos, rodeado de funcionarios. Tenía mala cara y parecía serio y sin afeitarse... Yo diría que ya estaba convencido de que no había solución... La noche que entró en capilla nos encerraron más pronto de lo habitual. Por la mañana, después de la ejecución, los que lo conocíamos estamos preocupados. Murió en una galería al aire libre... Le sentaron en una silla, le ataron al poste donde se fija el garrote y sólo fue necesaria media vuelta al torniquete. Hubo varios periodistas y uno contó después que Ramón estuvo sereno hasta que traspuso el arco de una puerta baja que da a la galería... Desde allí tuvieron que llevarle prácticamente en volandas. El mismo periodista narra que le sorprendieron las convulsiones del «Monchito» antes de expirar...

En algún sitio he leído que el garrote se aplica en España desde mil ochocientos veintidós... Hasta entonces, a los condenados a muerte los ahorcaban. En aquellos tiempos eran tales las diferencias sociales, que incluso ante la muerte se hacían distingos, y aunque sólo fuera a efectos de

denominación, había «garrote vil» para los plebeyos y «garrote noble» para los señores. Imagino que al final todos morirían igual, como «El Monchito».

Antes del traslado al «Gómez Ulla» he tenido problemas por ayudar a un muchacho que precisaba cinco mil pesetas para la fianza. Le dejé guardar en mi celda una buena cantidad de grifa, en un talego en forma de almohada, que oculté en la cama. El chico hacía pitillos y los ha estado vendiendo hasta hoy a los «rutinas^[31]» a una cincuenta. Cuando entran en mi celda y encuentran el alijo, pretenden que descubra la verdad; pero prefiero ir a la celda de castigo antes de que puedan llamarme soplón. Cuando llevo dos días en una de estas malditas celdas me entero de que el muchacho está en las mismas condiciones que yo. Tanto a él como a mí nos vuelven locos a preguntas porque el director pretende averiguar quién ha metido la droga dentro de la prisión.

¡CONSEGUI ESCAPAR!

Ya han recibido la orden de traslado y cuando se cumplen los tres días de encierro en la celda de castigo viajo en dirección al Hospital Gómez Ulla. Imagino que después de mis dos fugas de Ciempozuelos, la última armado con una pistola, no quieren que vuelva a pisar aquellas salas y que por este motivo me internan en el militar. A través de una ventana del automóvil diviso algunos lugares conocidos... El viaje va a ser muy breve, la cárcel y el hospital están cercanos, y procuro explayarme captando lo poco que me permite el cristal cuadrado de la ventanilla. Algunos desmontes y solares de esta zona, por los que tantas veces huí, están cubiertos de bosques de ladrillo, símbolo de la civilización que avanza vertiginosamente, mientras yo me pudro en una cárcel. Me falta poco para cumplir treinta y siete años, ya asoman algunas canas por entre el pelo negro de mi cabeza, la libertad está muy lejos, es prácticamente un sueño inalcanzable. No sé cuánto tiempo me recluirán en el hospital, aunque espero que los médicos tardarán algunos meses en estudiarme y emitir su informe. Lo que sí sé es que intentaré la fuga, aunque tenga que arrastrarme con las dos muletas.

Es media tarde cuando me avisan para comunicar con mi madre y uno de mis hermanos. Madre ha venido a verme otras dos veces; la última dijo que mi hermana se ha casado con un agente comercial. También me dio noticias del pueblo y de las personas que conozco. De María no hablamos.

—¡Hola, madre! No esperaba que vinieran hoy. ¿Cómo estás, hermano? —les saludo.

—Nosotros bien —dice mi madre—. Lo que queremos saber es cómo te van a ti las cosas.

—Sigo en la misma sala, con otros cinco detenidos. Los siquiátras continúan su observación y espero que un día de éstos emitan el informe.

—Julián, hemos visto a tu hijo. Está muy alto y simpático y me ha preguntado por ti.

—Lo veré pronto...

—¿Qué quieres decir? No pensarás ahora en fugas...

—Cuando digo que «lo veré» me refiero a que supongo que lo traerá algún día.

—Hablé de ello con María y le parece bien. Hemos reunido algún dinero, que falta te hará.

—Sí, ahora estaba sin una perra.

Le miento porque no quiero que se preocupe pensando que estoy planeando una fuga. La verdad es que con lo que me dan mi madre y hermanos y el dinero que me enviaron desde las minas de Asturias unos muchachos que estuvieron presos en la Provincial, tengo casi seis mil pesetas, suma

que, para estar aquí, me basta y sobra, pero que habré de estirar si, como pretendo, consigo fugarme. Los amigos de Asturias aprovechan que en el hospital no hay censura y me escriben ofreciéndome su casa si algún día voy allí. Los compañeros de dormitorio y algunos internos más también están dispuestos a ayudarme si se les presenta la ocasión. Son gente con poca condena, saben lo que me espera y que solo me sería imposible evadirme. Su apoyo, si sé aprovecharlo, puede servirme de mucho.

Hablamos unos minutos más, hasta que se agota el tiempo de visita. Cuando mi madre se va, se avivan aún más mis deseos de fuga y en la sala les digo a los compañeros que se comprometieron a ayudarme:

—Si estáis de acuerdo, lo intentaremos el próximo día de visita.

—Cuenta con nosotros —responden los dos al mismo tiempo.

—Mi plan es el siguiente: tenéis que entretener al soldado mientras me fugo. Conviene que habléis largamente con él y que tarde en saber que me he escapado, pues en mi estado necesito por lo menos media hora para alejarme de aquí.

—¿Te esperan fuera?

—No, buscaré un taxi por los alrededores. Si no lo encuentro en seguida subo al primer autobús o tranvía que encuentre.

—A unos metros del hospital hay una parada de tranvía.

—Contaba con ella. Ahora quisiera pedir os otro favor: con las dos muletas me resulta muy difícil moverme y me vendría bien un bastón delgado y fuerte...

—Nosotros lo prepararemos, no te preocupes.

Al día siguiente tengo el bastón y comienzo a entrenarme con él. Doy largos paseos por la sala y el patio y noto que aunque la pierna izquierda sigue débil, la derecha está en plena forma y puedo apoyarme con fuerza en ella. Cuando me fatigo, mis compañeros me alientan, no quieren que cese en los ejercicios que tan útiles pueden serme si consigo trasponer la puerta. Si advierto que observa algún vigilante o enfermero, me siento y descanso, pues no me interesa que se den cuenta de mis rápidos progresos.

Faltan cinco días para la fuga y escribo una carta a un conocido que, en pocas horas, la hará llegar hasta mi madre. No la remito a ella directamente porque, aunque aquí no miran la correspondencia, en el pueblo pudiera caer en manos de algún indiscreto. Le pido que el lunes, a las seis de la tarde, espere junto a una relojería de la plaza mayor de Avila... «Lleva el dinero que puedas, lo necesitaré», le digo. Cuando reciba la nota se asustará y sufrirá por mi culpa, pero confío plenamente en su silencio y discreción. Es más fácil que ella esté junto a la relojería que yo.

El sábado, sobre la marcha, decido cambiar el plan de fuga. Se lo cuento en el patio a mis dos compañeros y les pregunto si les parece bien que intente evadirme por la noche...

—Tú eres el que te expones, así que haz lo que creas que va a salir mejor.

—Necesito que uno de vosotros me ayude a saltar la tapia. Por el día, aunque los vigilantes estén pendientes de las visitas, sería difícil que, sin ser vistas, puedan llegar dos personas hasta el muro.

—¿Cuál es el nuevo plan...?

—Tú te harás el enfermo, mientras yo procuro salir de la habitación... Después, cuando pasen unos minutos, uno de vosotros intentará aproximarse al muro y ayudarme a saltar.

El domingo, los que saben que voy a evadirme aparentan indiferencia y guardan con celo el secreto. Han venido a comunicar dos antiguos compañeros a los que escribí solicitando su colaboración. Les digo que, a partir de la una y media, esperen fuera del muro, en un lugar acordado... Su parte en la fuga consiste en llevarme urgentemente a la estación del Norte. Quedaron en tener preparado un billete hasta Avila...

Después de la cena nos echamos a dormir... Pasa una hora sin el menor contratiempo. De pronto, uno de los enfermos, acuerdo conmigo, comienza a quejarse y a dar síntomas de gran nerviosismo... El enfermero pretende ponerle la inyección, pero el hombre se revuelve sin cesar y no se deja.

—¿Quiere que le eche una mano? —le digo.

—Sí, por favor.

Sujeto fuertemente a mi compañero, mientras el enfermero clava la aguja en el muslo... El hombre no cesa de quejarse, ahora con mayor aparato y movimientos. Los otros internos también se acercan para inmovilizarlo y yo salgo de la habitación sin mirar hacia atrás. Hay un vigilante de espaldas, a pocos metros; otro compañero habla con él para entretenerle; paso al pasillo y salgo al jardín. Después espero unos minutos, que me parecen eternos, oculto junto al muro, en una zona oscura como la boca del lobo. Oigo unos pasos que se acercan, imagino que los de mi compañero.

—Julián... —Dice muy bajo.

—¡Aquí, ven!

Es un hombre fuerte y no le cuesta elevarme sobre la tapia. Me agarro a un saliente y a pulso subo el trozo que me queda. Después, a horcajadas sobre el muro, lanzo un silbido y me responden dos... Los cómplices del exterior parecen dispuestos a cumplir su promesa. Me deslizo hacia abajo y noto que me cogen las piernas. Me suelto y caigo, sin quebrantos, en sus brazos.

—¿Tenéis el taxi...?

—Sí, a un centenar de metros.

—Vamos.

El coche sale como una exhalación y por el camino más corto se encamina al punto de destino. Pasamos ante las vallas del cementerio, a orillas del Manzanares, cruzamos un puente y se detiene en la parte baja de la estación... Abrazo a mis amigos con lágrimas en los ojos. Ni siquiera dispongo de tiempo para despedidas.

—Gracias, muchachos, sois estupendos. Iros ya, que bastante os habéis comprometido por mi culpa. Adiós.

—Adios, Corral. Toma esto, es todo lo que tenemos.

—No puedo deciros que no. Otra vez, gracias.

Uno de los hombres ha puesto en mi mano un billete de mil pesetas. Subo al tren, me dejo caer tan largo como soy sobre el asiento. Faltan cuarenta minutos para que la locomotora se ponga en marcha. Aproximadamente a las seis de la mañana entraremos en Avila. Pienso que he iniciado la fuga más difícil de mi vida, acaso la última... Ahora sí que intentaré, de una vez para siempre, largarme al extranjero, pues si me capturan otra vez y me condenan a muerte se acabó todo. Aun en el supuesto de que escape a la última pena, la situación no sería muy halagüeña: pasaría toda la vida de cárcel en cárcel.

La cita en Avila con mi madre tiene lugar a la hora exacta y no puede durar más que unos

minutos. Ha traído dinero, una chaqueta y un talego con comida... Hablamos de los últimos acontecimientos, de la familia y de mi futuro. La conversación es entrecortada, nerviosa, con miedo de que nos sorprendan.

—Váyase, madre —le digo con todo el sentimiento.

—¿Tan pronto, Victoriano...?

—No podemos estar más tiempo juntos. La policía me busca y no quiero que por mi culpa vuelvan a molestarla. No se preocupe por mí, me esperan unos amigos en Asturias y nada pasará. En ningún sitio estaré más seguro que allí.

—¿No sería mejor que te entregaras? Temo que un día llamen a casa para comunicarme que te han matado... No te olvides lo que pasó la última vez... A mis años no podría resistirlo...

—¿Entregarme para que me sentencien a muerte...? Ya sabe, madre, lo que me piden...

—Haz lo que quieras, pero cuídate mucho. Abrázame, hijo.

Esta vez el abrazo de mi madre es como un adiós definitivo.

Ella parte, bajo los soportales de la plaza, como una sombra. Silenciosa, menuda, con su traje de percal negro. La veo alejarse y siento tentaciones de llamarla, de decirle que me esconda en nuestra casa de El Arenal. ¿En dónde estaría más a gusto...? Ahora soy un vagabundo, con muchas puertas que antes estuvieron abiertas, cerradas, sin amigos, sin posibilidad de reanudar mi antigua vida ni de comenzar otra. Los compañeros que se hicieron de oro trabajando conmigo, al verme inútil, me darán de lado. Y ni siquiera tengo dinero para aguantar dos o tres meses refugiado en una pensión.

Me dirijo a las afueras de la ciudad y desde una gran piedra, en un altozano, veo el río con sus chopos y su hilo de agua y las torres de la muralla, amarillentas por el tiempo, pero enhiestas, serenas, con una firmeza que envidio. Sin documentación no me atrevo a presentarme en ningún sitio en demanda de habitación. La Guardia Civil y la policía andarán tras mis pasos; dentro de dos días saldrá lo de mi fuga y mi fotografía en su boletín... Antes de que controlen los trenes y las carreteras tengo que llegar a Asturias y ocultarme en el piso que me ofrecieron los antiguos compañeros de la Provincial... Salgo al campo, me meto en una de las chozas que usan los pastores cuando llueve o nieva y me dispongo a pasar la noche. Por la mañana, cuando me levanto, tengo el cuerpo dolorido. Me encamino al Hospital Provincial con una idea que puede ayudarme a conseguir unos papeles que sirvan de algo cuando me pidan que me identifique.

—Desearía hablar con el director —digo al portero.

Me mira sin suspicacias y sale de su cuarto. A los pocos minutos regresa y me ruega que lo acompañe. El director no tiene inconveniente en recibirme. Es un hombre afable y al verme andar imagina que soy un enfermo. Para salir adelante en el cometido que traigo exagero aún más mi invalidez, hago gestos de dolor...

—¿Qué le sucede...?

—He estado en el Gobierno Civil para pedir ayuda. Dicen que no pueden hacer nada si ustedes no me entregan un certificado de enfermedad...

—¿Para qué es...?

—Para que me den billete gratuito hasta Asturias... Verá, soy de Arenas de San Pedro y vivo con unos tíos que me recogieron al morir mis padres. No puedo trabajar y tampoco recibo ayudas oficiales. He decidido irme con un hermano que trabaja en la mina y que no quiere que me internen en

un asilo... Pedí dinero al Ayuntamiento y me pagaron el coche hasta Avila. Esta mañana estuve aquí, en el Gobierno Civil, pues me han dicho que tienen la obligación de facilitarme el billete...

—Bien, comprendo... Vamos a ver...

El mismo director me reconoce; después, en un certificado, apunta el nombre que le doy —José Esteban Hernández—, lo firma y pone el sello del hospital. Cuando me alarga enrollado el certificado sonrío para mis adentros. Con esto podré evitar numerosos problemas. Salgo del centro médico, busco una farmacia y compro un líquido para teñirme el pelo y cejas y unas tijeras. En un bazar elijo unas gafas muy oscuras y de grandes cristales. En el lavabo del tren Madrid-Asturias me someto a una transformación que yo mismo apruebo ante el espejo... Ahora soy un muchacho rubio, y aparento menos años de los que tengo. Es increíble lo que puede hacer el cambio de color del cabello.

En todo el trayecto me piden por dos veces la documentación: una, la pareja de la Guardia Civil, y la segunda, un inspector de policía que muestra su chapa tras la solapa... En ninguna de las dos ha habido problemas y comienzo a creer que con este sencillo certificado estoy más seguro que con un salvoconducto o carnet de identidad.

En la estación de Oviedo hay tres guardias juntos. Me doy cuenta cuando ya estoy encima de ellos, pero paso a su lado y ni me miran. Salgo todo lo rápidamente que me es posible y en un taxi me dirijo a la parada de autobuses de Sama de Langreo... En la villa minera, un chiquillo me conduce a la dirección que le pido. Le he dado unas monedas y cumple satisfecho el encargo.

—Esta es la casa. ¿Quiere que suba con usted...?

—No es necesario; muchas gracias, muchacho —le digo, despidiéndome.

La escalera es estrecha y oscura. La subo con dificultad, cansado, creo que con alguna fiebre. Llamo a la puerta, sale una mujer...

—¿Está Juan...?

—No —dice con sequedad.

—¿Y Francisco...?

—Tampoco...

—¿Dónde se encuentran...?

—¿Es usted de su familia...?

—Bueno..., soy primo lejano. Quedé con los dos aquí..., me esperaban.

—Mejor será que se vava.

Al pronunciar estas palabras mira en derredor, con nerviosismo. Aquí sucede algo raro, pienso. La mujer termina por aclarármelo, confiada en que soy familiar de los dos conocidos:

—Pase, no quiero que nos oigan... Hace cuatro días cometieron un atraco y tuvieron que huir. La Guardia civil vino varias veces en su busca y se llevaron todo el equipaje que tenían... Márchese lo antes posible y no pregunte en el pueblo por ellos...

La mujer se da cuenta de mi gesto de desilusión y desconcierto. Quedo un momento inmóvil, sin decir palabra ni saber qué hacer. En Sama no tardarían en localizarme; el Juzgado hará un llamamiento para mi localización y detención..., el juicio por nueve atracos a mano armada estaba a punto de celebrarse. ¿Adónde ir ahora...? Si sigo aquí puedo caer cazado a tiros...

—Gracias, señora. Adiós...

Tengo en mi bolsillo once mil pesetas y el certificado médico. Habré de gastar el dinero con tino para alargarlo hasta donde me haga falta... Debería regresar a Oviedo en el autobús, es mucho más barato que el taxi, pero después de lo sucedido no me queda más remedio que subir en un coche de alquiler. En una plaza de Sama hay una parada de taxis, subo a uno y media hora después estoy en el centro de Oviedo, donde no tardo en hallar una pensión para descansar y reflexionar sobre los próximos pasos... Poco estoy disfrutando mis primeros días de libertad. La huida de estos muchachos altera por completo mis planes. Pensaba estar en su casa uno o dos meses, mientras me recuperaba físicamente; después trataría de llegar a la frontera con Francia. Ahora estoy solo, sin posibilidad de dar algún golpe que me llene el bolsillo, con cientos de enemigos a mis espaldas. ¿Qué puedo hacer...?

Después de pasar tres días en Oviedo, en los que salí de la pensión tan sólo para procurarme comida, cojo billete para León... Son dos días más de incertidumbre y aburrimiento. Tengo la dirección de un célebre carterista, que vive en la carretera que sale para la Virgen del Camino... Visito su casa, hablo con él y me sobran unos minutos para darme cuenta de que le molesta mi presencia. Nicanor, que así se llama, ha pasado once años en la cárcel y no quiere oír hablar de celdas, de «períodos» ni de tribunales. Ahora es un hombre honrado y arregla zapatos en el cuartucho que alquiló a un amigo... Se repite la historia con media docena de antiguos compañeros... en Burgos y en Logroño. No quieren complicarse la vida en prestar ayuda a un hombre que ha estado a punto de ser condenado a muerte... Luis, un amigo de Haro, que rehace su vida en la capital, ha sido sincero:

—Yo te ayudaría, incluso te ofrecería mi casa..., si pudiera, claro. No te digo que no vuelva a caer, pero ahora, no. Sólo por ayudarte me echarían dos o tres años de cárcel... Si eres amigo no deberías recurrir a mí... Si quieres te dejo algún dinero, no mucho, porque no lo tengo...

—No quiero dinero, Luis. No te esfuerces en explicarme nada. Comprendo lo que dices.

Siento como si tuviera fiebre. La cabeza me duele, por la noche duermo mal, con pesadillas, y siento un sudor frío en la frente. Visito una Casa de Socorro de Logroño y el médico de guardia se empeña en llevarme al hospital... Tengo que mentirle para evitar que insista en firmar una orden de hospitalización. Dice que la parálisis que me afecta en la parte inferior del cuerpo precisa la vigilancia de un especialista de nervios. Insisto en mi negativa, tengo que viajar urgentemente. Entonces me receta un tratamiento de pastillas que, aunque no me curen, al menos me bajan la fiebre...

Me siento como un navegante sin brújula. Hace ya trece días que me fugué de Madrid; fue el 20 de agosto de 1953... Haré otra tentativa. En Zaragoza conozco a un buen amigo, un preso político con el que intimé en la cárcel de Carabanchel... ¡Cuántas veces en los patios de la prisión me animaba en mi rebeldía y planes de fuga...! Le pediré que me oculte una o dos semanas, hasta que me baje la fiebre y me recupere físicamente. Después intentaré pasar la frontera, cerca de Canfranc, que es zona que conozco bien... Estoy gastándome el dinero en billetes de ferrocarril y en pensiones. La comida procuro hacerla en la calle. En ocasiones salgo al campo y me alimento de frutas... Me quedan seis mil doscientas pesetas; a este ritmo, dentro de veinte días se habrá agotado mi capital...

Mi compañero vive en un barrio humilde de Zaragoza, en una casa baja, de una sola planta. Es de noche cuando llamo a la puerta. Tarda unos segundos en abrir y no lo hace del todo, sólo una rendija

por la que miran dos ojos...

—Julián, ¿no es posible...! Dame un abrazo, amigo...

El recibimiento me hace llorar. Nos fundimos los dos en un apretado abrazo...

—Quiero que me ayudes, ando huido... —le suplico.

Toda la alegría de los primeros segundos se transforma, de repente, en seriedad y temor...

—¿Qué sucede? ¿Te has fugado...? Eso lo has hecho muchas veces...

—Ahora me iban a pedir pena de muerte...

—¿Qué dices...? Pena de muerte... Bien, Julián, pasa. Siéntate. Mi mujer vendrá dentro de media hora, está en casa de sus padres. Ella sabe de mi vida, pero muy poco; es algo que quiero olvidar...

¿Tú me entiendes...?

—Sí —le digo como un autómeta.

—Podré dejarte algo de dinero, pero en estas circunstancias no estoy en condiciones de ofrecerte mi casa...

Me mira con gesto de lástima, de querer y no poder... Es un buen muchacho, yo lo comprendo.

—No me hace falta dinero, Federico... Era otra cosa...

—Mi mujer no estaría de acuerdo... ¿Qué es de verdad lo que necesitas...? ¿Refugio...?

—Sí, refugio y alguien que me ayude a pasar la frontera.

—Ya...

Quedamos silenciosos durante una larga pausa. Federico se levanta de la silla, entra en un cuarto y me ofrece algunos billetes de cien...

—De verdad, no puedo hacer otra cosa; estuve varios años preso y no volveré a la cárcel por nada del mundo.

—Gracias, guárdate el dinero...

Hace un gesto de extrañeza y yo le aclaro mi pensamiento.

—No te ofendas, repito que comprendo tu actitud. Puede ser que, cambiados los papeles, yo hiciera lo mismo, pero, de verdad, no necesito dinero... Adiós.

Cuando me alejo de la casa pienso en otros dos muchachos que conozco en la ciudad. Podría visitarlos, contarles mis problemas, pero estoy convencido de que su respuesta sería la misma... Nadie querrá ayudar a un hombre cargado de años que escapó de ser juzgado y con casi toda la seguridad de ser condenado a muerte. En Zaragoza conozco a una mujer, Dolores «La Gitana», aquella morena de piel suave, de ojos negros, brillantes, que me delató... Si me encontrara bien iría a verla, esta vez para dejarle mi recuerdo por su traición... Si al menos pudiera robar, hacerme con una importante cantidad de dinero, no me sería difícil comprar amigos, que me ayudarían a pasar la frontera... Sé que al otro lado también tendré dificultades en tanto no llegue a casa de mi hermano, pero merece la pena; cualquier cosa antes que la doble incógnita que me espera: toda la vida en prisión o ser ejecutado.

Para no quedarme sin dinero duermo en la alameda, junto al Ebro. Reúno un montón de hojas, me cubro con la chaqueta, miro las torres del Pilar, que se reflejan en el río como en un espejo, y me quedo dormido. Por las mañanas me despierta el gorjeo de los pájaros y el vuelo pesado de unos patos, en la orilla. He descubierto un comedor, en la ciudad, al que acuden los menesterosos y gentes sin trabajo. Por las mañanas me dan un plato de sopa, arroz o patatas. Los habituales del comedor me

llaman «El Rubio». No se dan cuenta de que el color de mi pelo es artificial. Incluso he visto a dos o tres conocidos, gentes del hampa que hace algunos años extendieron sus redes a Madrid, y no sospechan quién soy...

A espera que algún día salga un indulto general que pueda beneficiarme o que suceda algo que me sea favorable, vislumbro la posibilidad de montar un pequeño negocio en Sabadell, Alcoy o en algún pueblo grande e industrial, donde me será fácil pasar inadvertido. Pero necesito, como primera providencia, treinta o cuarenta mil pesetas para empezar y no las tengo... Después desciendo en la escala de valores y me contentaría con un pequeño puestecito, para vender helados, caramelos o cuentos, como hace mi madre en El Arenal... Tampoco sería fácil, porque no puedo empezar de la nada. ¿Qué menos que diez o quince mil pesetas...? Me sublevo cuando pasan por mi memoria las imágenes del dinero que he derrochado... Mujeres, *cabarets*, buenas comidas, vinos, préstamos a amigos que ahora no quieren saber de mí... De momento no puedo ni soñar en esta vida. Primero tendré que curarme, recuperar fuerza, alimentarme bien...

Esta mañana he llegado a Barcelona. Me quedan mil quinientas pesetas...; ya no puedo más. Compró papel y sobre y escribo una carta al marido de mi hermana... Necesito dinero urgentemente, es cosa de vida o muerte. Me hace falta para pasar al extranjero... Nos veremos en Avila, en la posada «La Estrella», a finales de septiembre... Firmo con nombre supuesto; por lo que le digo no le costará adivinar quién se esconde detrás de la carta.

Por la noche entro en un club de vida alegre, en pleno barrio gótico. Me siento en una mesa solitaria del bar, en un rincón desde el que domino la sala. Hay mujeres de la vida y, si mi instinto no me falla, gentes del hampa, carteristas, chulos, descuideros... Un ciego toca el acordeón sobre una silla de tijera. El ambiente está enrarecido por el calor y el tabaco. Las mujeres hablan a voces, desafiantes, cargadas de alcohol. Yo pido un coñac Napoleón; un día es un día.

Durante dos horas observo desde mi rincón el bullir de la gente, los que salen y entran. Hace unos minutos llegaron dos hombres que me dan mala espina. Entraron juntos y después se fue cada uno por su lado; el más alto está apoyado en el mostrador y analiza al personal por el raballo del ojo; el otro, de más edad, nada por entre el público, como que no le interesa nada, pero para mí que buscan algo; no me extrañaría que sean policías. Se apoya una chica en mi mesa y, sin pedir permiso, se acomoda en la silla de al lado.

—¿Me invitas a una copa...? —Dice, y me mira con ojos tiernos.

Parece joven, aunque le sobran carnes por todos los sitios. Tiene cara de cansancio y aburrimiento...

—Sí, pide lo que quieras... —le digo.

—Gracias, lo mismo que tú. Oye, Jorge, un coñac, que paga el amigo. ¿Cómo te llamas...?

—Julián.

—No pareces de aquí.

—Tampoco tú.

—Yo soy de Zamora... Fíjate a dónde he venido a parar. ¿Qué miras?

—A ese hombre del mostrador... —¿Cuál...?

—El del traje gris... Parece...

—De la «bofia».

—Eso, ¿lo es...?

—Sí. ¿Tienes algo que ocultar...?

—No.

—No presumas...

—¿Qué quieres decir?

—Que serás el único. Aquí todo el mundo tiene algo y por eso vienen los de la Policía. El que entró con él también lo es.

No me falló el olfato. A cuatro metros tengo a un policía; el otro está a ocho o diez...

—¿Buscarán algo...? —pregunto a la chica.

—Siempre buscan.

—Yo te he dado mi nombre. ¿Cómo te llamas tú?

—Olga. Bueno, en realidad es mi nombre artístico; el auténtico es Manuela...

—¿Eres actriz...?

—Quise serlo.

—Ya.

En el otro extremo del club dos mujeres y un hombre discuten violentamente. Hablan en voz alta, se excitan por momentos y parece que están a punto de llegar a las manos. El policía de más estatura se aproxima a ellos, los separa y les dice:

—¡Vamos! Darme los tres la documentación...

Su compañero también se acerca y pide a dos que presenciaban la discusión que se identifiquen. Me da mala espina este asunto. Ha surgido todo de una forma tan rápida e imprevista... ¿No estará preparado para pedir a todos los asistentes sus documentos? Parece que los policías, al menos de momento, se contentan con los cinco hombres...

—Ahora vendrá el coche, Julián. Están en plan de redada... Ya verás cómo antes de dos minutos hay un automóvil delante de la puerta...

Me aterra la sola posibilidad de que me ordenen que me identifique. No tengo un solo documento auténtico, tan sólo tres o cuatro papeles obtenidos en diferentes hospitales y no creo que aquí me valga de mucho...

—Me encuentro mal, Olga; voy al servicio... ¿Quieres esperar en la mesa, que ahora regreso...?

—Sí, te espero.

Entro en el servicio, echo el pestillo por dentro y pego la oreja a la puerta, atento a lo que sucede en el bar. Olga se conoce bien la película: acaba de detenerse un coche delante del establecimiento y unos hombres pasan al interior. Oigo discusiones y gritos, continúan pidiendo documentaciones... Miro el reloj, atento al movimiento de las manecillas. Pasan diez minutos, me parece que ya se han ido, pero espero con el oído alerta. Cuando salgo lo hago convencido de que los policías se han largado, y así es, en efecto... Apenas quedan en el club seis o siete personas. Olga está en la mesa, con la copa vacía, dispuesta a pedir otra al camarero...

—¿Ya aterrizas...? Chico, ni que estuvieras de parto.

—Me encuentro mal...

—Ya, ¡a mí con esas...!

Baja la voz, acerca la cara a mi oído y dice:

—No me engañas, Julián o como te llames. Tú no querías tratos con la «bofia», me di cuenta desde el primer momento...

—¿Se han ido todos...?

—Sí.

—No tengo ningún asunto importante, pero perdí los documentos y no me agradaría dormir en el calabozo...

—Me creo todo lo que digas... Otra cosa, ¿por qué andas con un bastón...?

—Resulté herido en la guerra: un tiro en la espalda.

—Lo siento.

Durante más de una hora me enfrasco en animada conversación con mi locuaz compañera. Cuando comienzan a apagar las luces del club me dice:

—¿Vienes conmigo a casa...?

—No tengo dinero... Bastante hago con invitarte...

—Ahora te invito yo, vamos...

En un taxi nos dirigimos a una calleja cercana al mar. Olga vive sola, en un cuarto de mala muerte, adornado con docenas de fotos de las actrices y actores del momento: Clark Gable, Gary Cooper, Alfredo Mayo, Estrellita Castro, Lola Flores, Fernando Fernán-Gómez...

—Ahí debía estar yo, pero no he tenido suerte... —Dice con tono de amargura, y señala la pared.

Por el suelo hay esparcidas revistas de variedades, novelas ligeras, y sobre un sofá, un traje de noche...

—Es mi traje de gala. Lo puse ayer para ir a un estreno. Perdona un momento, que voy a colocarlo en el armario...

Amorosamente cuelga el traje en una percha y en la parte baja del armario deja el bolso, junto a una hucha metálica. Después se despoja de la ropa y nos metemos en la cama...

Por la mañana Olga se levanta y entra en el servicio, desde donde oigo caer el agua de la ducha. Me asomo a la ventana: veo toda una hilera de ropa colgada sobre una calle empedrada, sucia, con sabor a viejo.

Las casas son casi todas igual: un portal y una pequeña tienda. Son las diez: la calle está cubierta de gente que va y viene y unos niños intentan arrastrar a otro en un patín con tres ruedas. La calle, con su color y movimiento, tiene aspecto de feria. La observo durante unos minutos y me alejo de la ventana. Hojeo unas revistas que hay por el suelo y un número atrasado de «La Vanguardia», desde el que se pide ayuda para proseguir las obras del templo de la Sagrada Familia...

Sigue cayendo agua en el cuarto de al lado. Abro el armario y veo la cajita metálica. Paso la mano por encima; está abierta. En su interior hay dinero, monedas sueltas y un fajo de ocho o diez billetes de mil. Nunca ejercí de chulo ni me caen bien los que viven de las mujeres, pero me es tan vital el dinero... En mi cartera habrá alrededor de quinientas pesetas; ni siquiera me llega para comer estos días y pagar el billete hasta Avila... Cojo los billetes en la mano y dudo unos instantes. Me produce tristeza robar a esta mujer, la única persona que se ha portado bien conmigo en las últimas semanas... Deja de caer el agua de la ducha, guardo el dinero en el bolsillo del pantalón, cierro la cajita y la puerta del armario... Pasan unos minutos y Olga sale del cuarto...

—¿Ya estás de pie...? ¿Has dormido bien...? —Me pregunta sonriente.

—Sí, muy bien. Ahora tengo que irme... —le digo.

—¿Tanta prisa tienes? Espera, que te preparo el desayuno.

—He de irme.

—¡Qué tío más raro! No acabo de imaginar qué traes entre manos... La verdad es que no pienso preguntarte a dónde vas, porque no me interesa...

—Gracias, Olga; soy un hombre sin grandes complicaciones, pero no me queda más remedio que dejarte. Adiós...

—Adiós, hombre...

En la calle miro el número de la casa y lo apunto en un papel... Si algún día puedo le devolveré el dinero...

—Lléveme a la central de teléfonos —le digo al primer taxi que encuentro.

En el coche cuento el dinero: son once mil pesetas. Cruzamos las Ramblas y desfilan ante mis ojos los puestos de flores, los quioscos, las grandes jaulas con pájaros diferentes. Barcelona es una gran ciudad, en la que hace años sólo trabajé dos o tres veces. Me gustaría quedar aquí, montar un pequeño negocio o formar una banda. Con mi experiencia no me sería difícil preparar importantes golpes... El único problema sería encontrar a dos o tres muchachos dispuestos a jugarse la vida y obedecer sin rechistar... Personalmente no puedo actuar; estoy mermado en el 80 por 100 de mis facultades; todo lo más, idear, atar cabos, prepararles la retaguardia después de los atracos... En las semanas pasadas he comprobado que los antiguos compañeros de cárcel y de golpes en equipo están hastiados de delinquir y de la vida en una celda. Llegaron a la conclusión de que exponen demasiado para muy poco y que no merece la pena... Muchos cambiaron de vida, otros esperan su oportunidad, algunos no quieren aliarse con un inútil. Ni siquiera encuentro quien esté dispuesto a echarme una mano para cruzar la frontera... Es como si mi pasado, con tantos éxitos de vida delictiva y prestigio ante los demás, ya no sirviera para nada...

Pido una conferencia con Madrid. Al otro lado una voz conocida, sorprendida de que le llame desde Barcelona...

—¿No has conseguido pasar...? —Me pregunta.

—Por ahora, no.

Es uno de mis mejores amigos, un hombre relacionado con mi familia, en el que puedo confiar...

—¿Qué piensas hacer...?

—Estoy citado con mi cuñado... Le escribí hace una semana pidiéndole dinero. De momento podría arreglarme, he tenido un pequeño golpe de suerte y quizá me llegue para pasar a Francia, pero estoy dispuesto a ir.

—No debías venir por aquí, te buscan como a una alimaña. Han estado varias veces en tu casa... Todavía el otro día llevaron al Ayuntamiento a tu madre y a otros familiares... Terminaron por confesar que estuvistes con ella en Avila y que seguiste hacia Asturias.

—Necesito el dinero, no hay otra salida. Hablé con un hombre que pasa ganado a Francia en un camión. Me pide veintiocho de los grandes y no los tengo...

—Haz lo que quieras. ¿Deseas que vaya a El Arenal y les dé algún recado...?

—No hace falta. Si, como dices, vigilan, podrían sospechar. No te muevas de Madrid, que pasaré a verte al regreso de Avila...

AVILA, 26 DE SEPTIEMBRE

Hacia más de tres años que no paseaba por la Gran Vía. El ambiente sigue siendo alegre y dinámico. Conocí esta zona de Madrid en plena guerra, bajo los bombardeos, la esperanza y el miedo; a pesar de todo no faltaban momentos de diversión... La calle sigue igual, con gentes que van y vienen apresuradas, parejas que exhiben los últimos modelos, mujeres sentadas en la terraza de un café a la espera de su galán y las llamativas carteleras de los cines... Es difícil que puedan reconocermé: además del pelo rubio y las gafas me he dejado crecer la barba y tengo aspecto de turista o de intelectual despistado. Compro una revistilla de espectáculos para decidirme: en cine las películas más populares del verano son «Ana», con su célebre bayón; la reposición de «El derecho de nacer» y «Violetas Imperiales», de Carmen Sevilla y Luis Mariano. Pero he visto las tres en Barcelona. Sigo hojeando, en busca de alguna que me llame la atención... En el Coliséum ponen «Faldas a bordo» y desde los cuadros anima al espectador la imponente Esther Williams; en el Alba, «Lo que el viento se llevó»; y como éxito anuncian «Los crímenes del Museo de Cera», una película tridimensional, es decir, en relieve... En teatro y variedades también hay alguna novedad: Valeriano León presenta, en el Maravillas, «Un loco hace ciento», y en el Albéniz prometen, por las quince pesetas que vale la entrada de butaca, diez primerísimas atracciones, entre ellas, Tomás de Antequera y Emilio el Moro...

Elijo «Los crímenes del Museo de Cera», no por ganas de ver algo truculento, sino por conocer el cine en relieve. Con la entrada nos entregan unas gafas, de plástico y patillas de cartón... La sala resulta ya curiosa: está abarrotada de espectadores, con las gafas ajustadas, dispuestos a ver en relieve una película de emoción. Estoy más pendiente de los gritos y sustos de algunas asistentes que de la pantalla... Cuando se enciende la luz, en el descanso, dos filas más adelante, un hombre vuelve la cabeza pendiente de mí... No le observo de frente, sino que disimulo, a la espera de que mire a otro lado. Cuando lo hace me fijo en él y me parece una cara conocida. No podría decir si es un delincuente o un policía, pero estoy casi seguro de que nos hemos visto y quizá hablado en alguna ocasión. De vez en cuando se vuelve, posiblemente dudando... Mi caracterización es perfecta, aunque los rasgos fundamentales no hayan cambiado...

Dejo pasar unos minutos y salgo de la sala. Está visto que no puedo divertirme ni vivir en comunidad, como cualquier ciudadano. Soy un hombre marcado. Yo puedo olvidar, pero la sociedad, la justicia, los que me siguen los pasos no olvidan... Llamo a un taxi y le doy las señas de una pensión; mañana, después del partido de fútbol, iré a Avila. Ya que no puedo ver hasta el final la película descansaré, que, después del viaje desde Barcelona, buena falta me hace...

Hace sol en el Chamartín y las gradas aparecen repletas de seguidores del Real Madrid. Siempre he sido aficionado al fútbol; antes de resultar herido, en las prisiones tomaba parte en la organización de los equipos y me gustaba jugar de delantero centro. Hoy presenta el Madrid a un muchacho argentino, un atleta rubio que tiene revolucionados a los «forofos» de este deporte. Cuando yo estaba en el Hospital Militar lo presentó el Club Barcelona, con el nombre de Roig, en un partido amistoso entre el Palafrugell y un conjunto de aficionados de la Ciudad Condal. El Barcelona tenía derechos

para traérselo del Millonarios, de Colombia; después se metió Bernabéu por medio y en una sospechosa operación, en la que dicen que estaba de acuerdo la F. I. F. A., se aseguró el traspaso... El Madrid, del que soy seguidor, está dispuesto a hacer un gran equipo: la Liga comenzó el día 14 y sacó por vez primera a Gento, un muchacho montañés que promete; hoy, en partido amistoso con el Nancy, presenta a este fenómeno llamado Di Stéfano... Aseguran que dribla mejor que Kubala, que ya es decir, porque el húngaro en dos partidos ya ha colocado en la cabecera de la Liga al Barcelona...

El argentino parece nervioso con el debut, pero es indudable que se trata de un fuera de serie. Me divierto, entre los «hinchas» merengues, como una voz más que puede gritar entre la multitud. El partido termina y ganan los del Nancy por cuatro a dos. Yo quedo en las afueras del campo y discuto con un grupo sobre el estilo de Di Stéfano. Dicen que no vale los millones que pagaron por él... Alargo la conversación, a la espera de que se vacíe la explanada delante del campo y localizar un taxi. Minutos después encuentro uno y le pido que me lleve a Avila, donde dormiré para, por la mañana, reunirme en la posada «La Estrella» con mi cuñado. En el coche hojeo un diario de Madrid: la noticia de primera página dice que Laurenti Beria consiguió salir de Rusia. Leo también que Jumillano cortó dos orejas en Valladolid y una entrevista de Santiago Córdoba con don Jacinto Benavente. Entretenido con estas y otras noticias no me había dado cuenta de que el taxi ha enfilado las estrechas calles de la población abulense...

—¡Pare aquí...! —ordeno al conductor.

—¿No decía que en la plaza?

—No, aquí, gracias...

Pago el taxi y entro en un cine. No conviene que me exhiba en una ciudad donde tengo tantos conocidos... Dejo pasar más de media hora y miro el reloj. Son las diez y media. Salgo del cine camino de una pensión, recorro dos calles, entro en la tercera y de pronto, en una esquina, se abalanzan sobre mí cuatro hombres...

—Levanta bien las manos, no te muevas... —Me dice una voz imperativa.

Los cuatro están armados y me apuntan con sus pistolas. Visten de paisano, pero no dudo que son guardias civiles o policías. Más bien, por su aspecto, sospecho que lo último.

—¿Qué sucede...? ¿Qué quieren de mí...? —digo al tiempo que alzo el bastón que tengo en la mano derecha.

Deben de imaginar que trato de golpearles con el garrote, porque uno de ellos se echa sobre mí para quitármelo y me golpea, al tiempo que los otros dan conmigo en el suelo y me colocan las esposas...

—¡Socorro, que me matan...! —grito con el fin de atraer la atención de la gente que pasa por la calle.

Algunos se detienen y forman corrillo. Yo sigo dando voces, aunque imagino que no servirá de mucho. Un hombre se acerca a nosotros y dice a los cuatro hombres:

—¿Qué hacen con el inválido...?

—Somos policías y se trata de un peligroso atracador. Hagan el favor de circular.

Dos jóvenes dudan todavía de la identidad de mis aprehensores y se disponen a defenderme.

—Vean ustedes —dice el que parece mandar el grupo, y enseña un papel a los dos muchachos.

—¿Qué es esto?

—La orden de busca y captura de este hombre. Es un atracador fugado de la cárcel...

Uno por uno los que formaban el corrillo de curiosos se alejan. Los dos muchachos han leído el papel, piden perdón a los policías y también se van. Yo quedo solo en poder de los cuatro hombres. Me ayudan a caminar, con las manos esposadas a la espalda, y me introducen en la Comisaría, en el mismo edificio del Gobierno Civil...

En el calabozo me echo sobre el petate, sin ánimo para comer la sopa que me ofrecen... La Policía interceptó mi carta en la estación de Correos de Arenas de San Pedro; después montaron el servicio de vigilancia, sin esperar a la cita de mañana... De todo ello acabo de enterarme al oír la conversación del comisario con Madrid...

—Tenemos orden de trasladarte inmediatamente a Madrid. Toma la sopa, si quieres, que el automóvil sale dentro de un cuarto de hora... —Me dice.

—¿A dónde me llevan...?

—A la Dirección General...

—¿Después...?

—Supongo que a la prisión provincial. Te están esperando para celebrar el Consejo de Guerra...

—¿Sabe que me piden varias penas de muerte...?

—Sí, lo siento.

Las últimas palabras del policía me hacen cavilar. Aunque cumple con su deber al detenerme, como hombre le produce cierta tristeza que otro hombre pueda morir.

El coche celular cruza solitario el callejón de la Ternera y se detiene ante un gran edificio de la calle del Reloj. Seis hombres me escoltan, en medio de una muchedumbre que espera desde las primeras horas de la mañana ante la puerta de los Juzgados militares para asistir al Consejo de Guerra. Tomás llegó hace unos minutos y está arriba, rodeado de hombres armados; las esposas bien ajustadas, más delgado y el rostro demacrado; también le piden siete penas de muerte por otros tantos atracos, y por los otros dos, condenas de treinta años.

A las diez de la mañana del verano de 1954 comienza el acto más importante de mi vida. Nos sientan juntos, en dos sillas, frente al tribunal. Tomás está a mi izquierda con la cabeza baja. Cuatro policías nos vigilan: dos, detrás; los otros, a ambos lados. Hemos cometido los mismos delitos —nueve atracos a mano armada— y la petición fiscal es también la misma, pero el abogado defensor ya me advirtió de que, como me consideran inductor, lo normal es que salga peor librado que mi compañero.

Vuelvo la cabeza y me encuentro con los ojos de mi madre clavados en mí. Está sola, rodeada de curiosos y de policías estratégicamente situados. Ayer me dijo que no ha avisado a nadie «para no alarmar a la familia». María tampoco está. El juicio va a comenzar, son las diez y ocho minutos... Oigo, como entre sueños, las palabras de mi abogado y las del fiscal. Tomás tiene la voz quebrada cuando se levanta para decir...

—Soy inocente. Victoriano me llevó siempre engañado y antes de los atracos me amenazaba... Yo desconocía las leyes, todo lo hice por miedo a Corral...

He prometido echarle una mano y lo haré. Si he de morir, por lo menos que se salve él. Ya le dije al abogado que haré cuanto esté en mis manos por el muchacho... Es cierto: yo era el cerebro, el que planeaba los golpes, el que le dijo que había que comprar una pistola, el de más experiencia y edad... Fui yo también quien lo buscó a él en aquel bar de las Ventas...

—Aunque no hubo muertes, este hombre pudo haber matado.

Ahora el fiscal habla de mí y analiza cada uno de mis actos como un investigador una fórmula matemática... Me vuelvo y encuentro otra vez la misma mirada amorosa de mi madre, que se esfuerza por esbozar una sonrisa... «La Auditoría de la Primera Región, en la causa 1758...». Noto que Tomás tiembla a mi lado... Yo estoy más tranquilo, porque, al fin y al cabo, sé lo que me espera y en ningún momento he confiado en sorpresas... «Es un hombre peligroso para la sociedad...». Miro al estrado: los miembros del tribunal, que visten traje de gala, siguen interesados en las palabras del fiscal, en pie, dos metros a su izquierda... Son las doce; el juicio ha terminado... Al levantarme para salir a una salita, mientras el tribunal delibera, contemplo por última vez a mi madre: su rostro parece sereno...

No sé cuánto tiempo ha pasado, puede que dos, tres o cuatro horas. Cuando entra el abogado para comunicarnos la sentencia... está serio, preocupado...

—Corral... —Comienza a hablar, pero se detiene.

—¿Qué...?

—Mala suerte...

—Diga lo que tenga que decir, no espero nada nuevo... ¡Hable, por favor...!

—Tomás ha sido condenado a nueve penas de veintitrés años. Usted..., a siete penas de muerte y a dos condenas de treinta años...

—Gracias, hizo usted lo que pudo... —le digo.

Tomás está nervioso, a punto de estallar, pero no se le escapa ni una sola lágrima. Siempre pensé que es un hombre con agallas.

Cuando el «jeep» blindado se dirige al Hospital Provincial, los hombres que me vigilan no se atreven a pronunciar palabra ni a mirarme... Yo me esfuerzo en no pensar, en vaciar mi mente, para no sufrir, como dice que hacen los yogui... Me meten en una celda, aislado e incomunicado... Un funcionario retira los enseres y deja únicamente el colchón... Soy un condenado a muerte, puedo intentar suicidarme... En una maleta el hombre guarda los pocos objetos de mi propiedad...

—Lo siento, Victoriano... —Me dice.

—Gracias.

No tengo ganas de hablar, quiero echarme sobre el colchón y dormir durante horas y horas; si fuera posible, durante días... Refuerzan la vigilancia y la luz de la celda queda encendida...

El abogado ha dicho que conviene preparar urgentemente el recurso de gracia...; como no cometí delitos de sangre podría haber indulto. Entonces las penas de muerte se convertirían en siete condenas de treinta años... Más las otras dos, nueve de treinta años, doscientos setenta de cárcel... «No, eso no —me dijo el abogado—; militarmente quedan reducidos a cuarenta, no se pueden cumplir más... Por lo civil el máximo que se puede cumplir seguido son treinta años...». Saldría el 7 de agosto de 1990... «Abogado, ¿sabe cuántos años tendría el día de mi libertad? Ochenta y tres...».

Hoy cumplo quince días en la celda. Mi abogado y mi madre no cesan en su esfuerzo de conseguir el indulto. Ayer dijo el abogado que mi madre está dispuesta a implorar a todos los niveles, convencida de que puede salvarme. El médico que me operó, don Vicente Sentí, también opina que no debo perder la esperanza...

—Corral, el director quiere hablarte...

Las palabras del funcionario a través del ventanuco cortan mis pensamientos. Cuando la llave entra en el cerrojo estoy dispuesto a todo... Siempre que se acercan a la puerta se agolpan en mi cerebro dos ideas diferentes: indulto o muerte... ¿Qué me vendrá a decir el director...?

—Victoriano, tengo orden de la Dirección General para que seas trasladado a la Prisión Provincial de Madrid... No puedes continuar aquí. Lo siento, pero lo normal en estos casos es que te encierren en las celdas de condenados a muerte... Todos te deseamos suerte.

Ya no soy un preso normal: ahora gozo de las prerrogativas de un hombre que en cualquier momento puede ser llamado a morir. Los que siempre me trataron como a un recluso no pueden evitar el gesto humano y piadoso que merece el condenado a muerte. Cuando me despido de los conocidos del hospital entro de lleno en un nuevo mundo de silencio y respeto. El cura, don Juan, el director, don Vicente Sentí, los funcionarios, todos, rogarán para que llegue a tiempo el indulto. Don Vicente me acompaña hasta el coche, me coge afectuosamente la mano y dice:

—Estoy seguro de que no te van a ejecutar.

Escribo más que nunca en mi diario... ¡Qué equivocados están los que piensan que un hombre puede estar en algún momento solo...! Recuerdo la justa definición del poeta cuando se refiere a «la soledad sonora». A mí me hablan el tiempo, el aire, el chirriar de una puerta, los pasos en los pasillos o en la escalera, el trueno, que llega convulso y amortiguado a mi celda; las moscas que saltan de la bombilla al techo y del techo a mi catre; el tictac divertido de mi reloj, mi respiración, mis tripas, que de pronto se remueven y me despiertan sobresaltado; el latido acelerado o tranquilo de mi corazón... Me hablan las sombras fantasmales que siluetea la luz sobre las paredes, los dibujos de un trozo de cal que falta en algún sitio y que mi imaginación convierte en guerreros, en monstruos, en mujeres o en un verdugo cubierto con una capucha. Perdido para el mundo, me encuentro a mí mismo y disfruto con la compañía de todos estos seres microscópicos, pero reales, duendecillos inquietos que no me dejan descansar, ni dormir, ni siquiera concentrarme unos minutos para pensar en mis problemas. Si supiera escribir contaría todas las conversaciones, sonrisas y luchas de mi mundo, pero los demás no me comprenderían... El hombre sin hombres es otro hombre. A veces paso horas y horas —¿para qué hablo de horas si aquí no existe el tiempo...?— contemplando mis manos, mis pies o un simple pelo del brazo. ¡Qué tonterías...!, dirían si leyeran mi diario. Una idea, un detalle, lo más insignificante cobra vida cuando se le somete a un análisis sin prisas ni ideas preconcebidas... Mis manos se mueven, saltan, ríen, hablan, escenifican mi propia vida... Pueden ser un hombre, muchos hombres, una pistola, un banco, un niño o una mujer... Pienso que si me ejecutan lo último que sentiré serán mis manos... En las películas, cuando matan a un hombre, al final las manos caen desmadejadas, como recogiendo el último hálito...

¿Qué sucede ahora...? Un hombre baja apresurado la escalera. Detrás, bastante lejos, corren otros, por lo menos cuatro personas más... Vienen hacia aquí, no puede ser a otro sitio, las demás celdas de los condenados a muerte están vacías... Me levanto, me acerco a las rejas, espero que se abra la puerta...

—¿Qué pasa...? —pregunto al ordenanza del director, que entra en la antecelda...

El hombre jadea, apenas puede hablar, pero sus ojos están iluminados. ¡Sí, están iluminados, alegres, como dispuestos a dar una buena noticia...! ¡Dios mío, no es posible...! Nunca he llorado, pero ahora siento que se me humedecen las mejillas, que me tiemblan las piernas, que me va a saltar de gozo el corazón...

—Julián, ha llegado el coronel juez con las conmutaciones de las penas de muerte... Enhorabuena, te has salvado...

No sé si me emociona más la noticia en sí o el hecho de que a través de las rejas las manos del ordenanza y las mías se han hermanado, estrechamente unidas... Pienso en mi madre; habrá que decírselo inmediatamente... ¿O es que lo sabe ya...?

El jefe de servicios y cuatro funcionarios también trasponen alborozados la puerta...

—Enhorabuena, Julián...

—Nos alegramos, amigo...

—Te escapas hasta del infierno...

—Gracias, muchas gracias...

Todo es muy rápido, como cuando sufres un accidente y un segundo equivale a una vida. Por mi pensamiento se cruzan escenas diferentes, incluso opuestas... Todavía no sé si prefiero la muerte a pasar cuarenta años... De improviso se fija en mi mente una fecha concreta 1990, 7 de agosto, un hombre libre, sin tener que huir, pero... ¡ochenta y tres años...! Sin embargo, estoy feliz, más feliz que nunca... Es evidente que cualquier cosa es mejor que morir...

El jefe de servicios descorre por vez primera, después de muchos días, el cerrojo de la puerta metálica...

—Vamos, Julián... El coronel juez te lo comunicará de forma oficial en el despacho del director...

Camino ligero por los pasillos que esperaba recorrer, prácticamente sin vida, hacia la galería descubierta de la ejecución... El verdugo ya no me sentará en la silla, ni fijará mi cabeza al poste, ni dará la vuelta al torniquete...

—Pase, pase... —Dice el director sonriente.

—El coronel le trae una buena noticia.

—Le han sido conmutadas las siete penas de muerte por las inferiores en grado, es decir, por siete de treinta años, más las dos de treinta años que ya le aplicó el tribunal... Con la limitación establecida en el artículo doscientos treinta y siete del Código de Justicia Militar deberá cumplir un total de cuarenta años, fecha que, con arreglo a la liquidación de condena desde su detención en 1950, se cifra en el siete de agosto de 1990... ¡Enhorabuena...! —Dice solemne y serio.

—Muchas gracias, señor —digo al coronel juez...

—Tiene que firmar aquí —me indica, señalando unos papeles.

Firmo las conmutaciones, doy otra vez las gracias y me llevan a la galería de peligrosos, donde todos mis compañeros me esperan para abrazarme y felicitarme. ¡Ya se acabó la galería de los condenados a muerte...! Ahora podré hablar con mis amigos, ser un recluso más... Me espera un largo camino, cuajado de conducciones, juicios, cárceles, celdas y una vida sin metas, o con una sola meta: la de ser un hombre libre... Cuando pienso que faltan cuarenta años se empaña mi alegría y me esfuerzo para estar a tono con los buenos compañeros que participaron de mi angustia, de mi soledad y de mi dolor...

—Corral, ha venido a verte tu madre —me dice un funcionario—. Estás autorizado para comunicar con ella.

Otra vez la veo tras los barrotes, ahora caída, sin fuerza, agotada por el esfuerzo y la tensión de los últimos días, avejentada y ojerosa... No se puede contener al verme y llora... Es la explosión de todo lo que guardó dentro en estas largas semanas...

—Madre, no llore. Ya está todo solucionado... Ahora..., a cumplir estos años... No serán tantos; habrá indultos, algo inesperado y cualquier día viviremos juntos...

—Hoy mismo marchó al pueblo. Toda la familia está pendiente de ti y quiero darles esta gran alegría... Eres joven todavía, ya verás como la libertad te llega a tiempo... Adiós, hijo.

—Adiós, madre.

Al ser comunicada oficialmente la conmutación me reclaman los Juzgados de Gerona, Logroño, Albacete, Burgos... y Madrid. Condenado a muerte no podía salir de la prisión por ningún motivo; ahora me espera una cadena de conducciones que harán menos monótona mi vida... El total de juicios, si sumo los celebrados y los que van a tener lugar, asciende a treinta y cinco... Transcurren unos meses en los que me recupero física y síquicamente. Algunos compañeros me piden que cuando me trasladen a alguna de estas ciudades procure meterles en los juicios, para ver si pueden intentar la fuga... Les prometo que haré lo que pueda: de momento no pienso en evasiones, pero ayudaré a los demás.

A partir de ahora y durante una larga temporada mi diario aparece con notas breves, casi telegráficas, que resumen las conducciones, los nuevos juicios y cárceles. Escribo casi todos los días por la noche, antes de acostarme, y después guardo el bloc debajo del colchón. Hay compañeros tan ávidos por lo ajeno que lo mismo roban una moneda, un peine, unas botas, que un diario...

14 de octubre de 1954: Hoy ingresé en la prisión provincial de Gerona, un viejo convento habilitado, con dormitorios comunes y dos pequeñas celdas. Tiene gracia: me han dicho que el edificio no reúne condiciones de seguridad para guardar a un preso como yo. Hay bastantes contrabandistas y hombres detenidos al pasar la frontera. En una de las celdas está encerrado un hombre que por cuestiones de herencia mandó matar a su padre... El autor del crimen se ahorcó y él, como inductor, ha sido condenado a muerte. Tiene unos cuarenta y cinco años... Dicen que sus padres eran campesinos. El era aficionado al juego y quería dinero... Su padre, al parecer, no le daba todo lo que le pedía y un día el hijo pagó a un conocido para que asesinara a su propio padre. Sale al patio con los demás y por la noche duerme solo en una de las dos celdas. En la otra estoy yo.

6 de junio de 1955: Dejo Gerona hacia la provincial de Madrid. El juez descubrió que se trataba de un «embolado» y ha sobreseído la causa. Los compañeros que hace tiempo prepararon conmigo la estratagema no pudieron huir: han sido internados en el penal del Puerto de Santa María.

Cárcel de Briviesca: Sólo he estado mes y medio en Madrid. La Audiencia de Burgos me reclamó por supuesto delito de robo y me han recluido en la cárcel de este pueblo, que más bien es un depósito municipal, con escasas medidas de seguridad. Claudio, que participa conmigo en el «embolado», ve tan fácil la fuga que va a intentarla... Le he dicho que yo no lo haré: estoy decepcionado de los amigos después de la última evasión. Ni siquiera sé adonde podría ir. Además, con un bastón, tardarían poco en darme alcance...

Claudio consiguió saltar la tapia, pero le capturaron media hora después en las afueras del pueblo y le han trasladado a la prisión provincial de Burgos. El juez no tardó en saber que no hemos cometido el delito y nos procesó por falsedad. Mañana me llevan a mí también a Burgos.

El Juzgado número 2, de Burgos, me entrega seis mil quinientas pesetas que reclamé y que me han sido remitidas por la Policía de Soria, de cuando mi esposa y yo fuimos detenidos, hace doce años,

en el hotel Comercio, de esta ciudad.

Bilbao: Me han metido en una celda de fuguistas y peligrosos. Hay cierto nerviosismo en la prisión porque antes de mi llegada unos presos, que iban a ser juzgados en la Audiencia, intentaron una fuga dramática. En cuanto les quitaron las esposas desarmaron a un guardia y hubo tiroteo. Uno de los reclusos huyó; el otro y un guardia resultaron alcanzados por los disparos... El agente está malherido: recibió el tiro en la espina dorsal...

Cuando nos conducen a juicio lo hacen en un camión, con hombres armados. A uno de los acusados, un portorriqueño con el que intimé en la prisión, le dio un ataque y han tenido que suspender el juicio.

El fuguista que pegó el tiro al guardia y que resultó también herido, con mi ayuda y consejos intenta hacerse el loco para eludir la petición de pena de muerte. Con un cuchilla se cortó las venas. Días después es juzgado y sale con muchos años de cárcel.

23 de septiembre de 1955: Ante el temor de que pudiéramos escaparnos el juicio no se ha celebrado en la Audiencia, sino en la escuela de la prisión. El tribunal constituido, a las cuatro de la tarde, condenó al portorriqueño a un año; los demás somos absueltos.

29 de marzo de 1956: Hoy ingreso en el penal de Burgos «para extinguir la condena de cuarenta años, reducida de nueve penas de treinta, impuesta en la causa 1758 por el delito de bandidaje». Anteriormente estuve en la prisión de Carabanchel y en la de Albacete. En esta ciudad se me siguió proceso por simulación de delito y me han echado seis meses y multa de dos mil pesetas.

1 de enero de 1957: Otro año. Ni siquiera me atrevo a pensar que falta uno menos para el día de mi libertad. ¡Queda tanto todavía...! Dentro de lo que cabe, estoy contento en el penal... El trato es francamente bueno... Es evidente que el sistema penitenciario ha evolucionado desde la primera vez que caí preso. No quiero acordarme del hambre que pasábamos en las prisiones durante la guerra y en la postguerra. Aquí los presos están encargados de la cocina y la comida es regular. Yo estoy solo en una celda del departamento celular, en el que han recluido a los más peligrosos... La mayoría de los compañeros son gente dispuesta a cumplir su condena y normalmente no hay líos. El penal es seguro, casi una fortaleza, de la que resulta imposible huir. Está a unos tres kilómetros de Burgos, cerca de la barriada del general Yagüe, sobre un lugar que en tiempo fue una laguna que desecaron...

Por un compañero que viene del penal valenciano de San Miguel de los Reyes, me entero de que Tomás cumple allí condena...

He montado un pequeño negocio que me da para los gastos: trabajo a medias con dos hermanos de la provincia de Jaén, detenidos por atraco a mano armada en Barcelona. Ellos lavan la ropa a los presos políticos y yo la coso. Por una muda completa cobramos cuatro pesetas y en la última semana hemos sacado veinte duros... El preso tiene que lavar, coser, limpiar los baldosines... En los penales es obligatorio vestir la ropa de reglamento: el traje de paño marrón, en invierno, y el azul claro, en verano. Cada uno de ellos tiene que durar dos años. Nos dan también muda y toalla cada seis meses, y zapatillas cada tres... En las prisiones provinciales, donde los delincuentes estamos detenidos preventivamente a la espera del juicio, cada uno viste como quiere; en los penales, en los que se redime pena, es necesario ceñirse al reglamento... La nueva ola de la delincuencia, gentes de oficina, expertos en desfalcos, etc., tienen sus modas. En algunas cárceles he visto incluso reclusos con corbata. Los delincuentes profesionales nos reímos de ellos.

Diariamente, al terminar el trabajo en los talleres, de seis a ocho de la tarde nos ponen cine, en general documentales cedidos por la embajadas. Los domingos, sin embargo, podemos ver una buena película, aunque las escenas picantes son «pulidas» por la censura. También disponemos de altavoces en los patios para oír la radio... Solemos escuchar música, pero no noticias. También entran algunos periódicos deportivos... Espero que en este sentido se abra cada día más el sistema penitenciario... Está demostrado que, cuanto más confianza se deposite en el preso, mejor es el comportamiento de éste. Yo, al menos, estoy convencido de que así es.

Logroño, 26 de abril de 1957: Llegué a la prisión de esta ciudad el 11 de abril para un nuevo proceso, pero no se ha celebrado porque el otro reo, un compañero que trasladaban desde la cárcel de Valencia, pudo fugarse en el trayecto. Al parecer logró pasar la frontera con Francia. El juicio, por lo tanto, se suspendió y yo continúo aquí a la espera de que determinen otra fecha. Un compañero consiguió camuflar un pequeño aparato de radio y en el patio seguimos la final de la Copa de Europa entre el Real Madrid y el Manchester. El Madrid se apunta su segunda Copa Continental al empatar a dos tantos, ya que en el partido jugado en Madrid, quince días antes, venció por tres a uno.

Guardo entre la lana de mi colchón algo verdaderamente atractivo. La traducción del serial de un periódico de Nueva York, con la vida de Caryl Chessman. Son veinte folios arrugados de pasar de mano en mano, y por los que he pagado mil pesetas. El periódico recoge parte de un libro que acaba de salir escrito por el recluso americano, titulado «Celda 2455»... La historia es dramática: Chessman lleva nueve años en la celda, a la espera de ser ejecutado. Es un hombre hábil, luchador como pocos, y cuando están a punto de matarle saca de la manga un nuevo aplazamiento o un recurso... Caryl dice que sabe la identidad del «bandido de la luz roja», pero que aunque le cueste la vida no dirá quién es...

Cuando paseo por el patio estoy deseando volver a la celda para leer la historia del hombre que precisamente en estos momentos está otra vez en puertas de entrar en la cámara de gas... Yo he vivido unas semanas con la amenaza de una inmediata ejecución; Chessman lleva así nueve años...

Tiene que ser terrible. La imagen del pabellón de la muerte, de la prisión de San Quintín, no se me va de la cabeza. Puede que algún día yo también escriba un libro para contar la soledad y tensión de estos momentos.

En el penal se conocen todas las noticias que suceden más allá de los recios muros del edificio. El 12 de mayo, el mismo día en que Loroño ganaba la Vuelta a España más disputada de los últimos años, Bahamontes quedó segundo y primero en la Montaña. Se mató en la prueba de las Mil Millas, de Brescia, el marqués de Portazgo... Aquí también se habla de otros temas del momento: la jalea real, por ejemplo, o discutimos sobre el concurso radiofónico que tiene apasionado a todo el país: el del Medio Millón, en el que se investiga al microscopio la vida del torero Joselito.

7 de octubre de 1957: Estoy viviendo meses de nerviosismo y depresiones. Nunca he estado tan desquiciado como ahora. Hoy la audiencia me condenó, por desacato a la autoridad, a seis años de presidio menor y multa de cinco mil pesetas. Las cosas han venido rodando cada vez peor en este asunto. El día que me llamaron a juicio insulté a los componentes del tribunal y comencé a dar voces, protestando contra la acción de la justicia. El presidente, ante mi postura, mandó desalojar la sala... Me procesaron por insultos a la sala. En junio, por amenazas a la autoridad, me condenaron a otros seis años. Dicen que me trasladan otra vez a Burgos para seguir cumpliendo la pena.

Burgos: Hoy he recibido una gran alegría. María me escribe y me manda una foto de nuestro hijo el día de su primera comunión. Dice que vive muy feliz con el niño, que la deje tranquila y no la moleste. «No tengo inconveniente en darte noticias de tu hijo, pero de ti no quiero saber nada». Su carta es respuesta a una que le envié yo dentro de uno de los perros de juguete que fabrican en el taller un grupo de presos políticos. Con otros compañeros compré tres animales, y en dos envié cartas para preparar «embolados»; la tercera carta era para María. A los familiares en primer grado se les puede escribir; en otro caso es criterio del director autorizar o no la correspondencia. Como no estoy casado con María no tengo derecho a escribirla...

Salamanca: Hoy cumpla cuarenta años. Llevo pocos días en esta prisión y, a pesar de que hago el reglamentario «período», el director me autoriza a escuchar los domingos por las tardes la retransmisión de los partidos de fútbol. Los reclusos me miran por el rabillo del ojo, yo me doy cuenta de que con cierta pena. Saben el futuro que me espera y que en el Consejo de Guerra celebrado en esta ciudad he sido condenado a seis años más, que, naturalmente, y dada mi pena de cuarenta, no voy a cumplir... Yo no les hago caso y sigo como otras veces el desarrollo del partido que cuenta Matías Prats... Me he dado cuenta del día en que vivo. Me siento joven y fuerte, aunque

son ya muchas canas las que blanquean mi cabello. Imagino que, si no sufro alguna enfermedad o contratiempo, podré vivir muchos años... Hasta ahora no solía pensar en la edad, pero cuarenta años es una fecha simbólica, como un peso que cae encima, advirtiéndonos que no somos tan jóvenes y que comienza la marcha atrás...

Puerto de Santa María, julio de 1958: Por vez primera piso este penal, que goza merecida fama de ser uno de los más seguros y duros de España. Solicité el traslado de Burgos porque el frío y la humedad me afectan en mi enfermedad. Confiaba que me enviarían al Penitenciario de Madrid o al Psiquiátrico, incluso al penal de San Miguel de los Reyes... Supongo que a este último ni lo considerarán, habida cuenta de que allí está Tomás. En ningún momento imaginé que vendría a parar al temible penal del Puerto. Cuando se cerraron a mi paso los rastrillos he estado a punto de gritar. La verdad es que no era para tanto. Hay severidad en el régimen de «período» y la disciplina se intenta mantener en todo el recinto, pero la mayor parte de los reclusos son gente peligrosa, con abundante vida delictiva a sus espaldas y es difícil evitar roces y discusiones. Son muchos los que poseen «cortes» que desaparecen como por arte de magia cuando tienen lugar los cacheos; en ocasiones, en los dormitorios se juegan partidas de cartas, al cané y tute, y vigilan dos o tres presos que cobran el «barato^[32]». En los dormitorios hay literas, y a pesar de la constante vigilancia y de lo castigada que está la homosexualidad, pues al que sorprenden lo encierran en celdas de castigo y le hacen ficha, he visto por las noches movimientos sospechosos de cama en cama y al día siguiente me entero de que «fulanito» y «menganito» forman pareja. Hay dúos de «bujarrones» y «maricones^[33]». La mayoría no son enfermos, sino viciosos que no pueden reprimir la falta de una mujer. Intentan ocultar su falta, pero en los servicios y hasta en el patio son sorprendidos por los vigilantes y por nosotros mismos. Cuando son reincidentes no hay forma de dominarles y pueden alterar la vida normal del penal. Se ha llegado a trasladarlos a otras prisiones o a centros en los que reciben especial vigilancia. Yo, que conozco tantas penitenciarías, puedo testificar que uno de los problemas más graves de estos lugares y al que uno termina por acostumbrarse es el de la homosexualidad. Sé que no descubro ningún nuevo mundo al decirlo, pues este problema es internacional y trata de resolverse con métodos diferentes en las prisiones de los cinco continentes. No es que en este penal la homosexualidad alcance proporciones alarmantes, pero al haber tantos reclusos, los encargados de velar por la disciplina y moral del mismo encuentran serias dificultades para solucionarlo.

Ha habido un incidente grave: un muchacho que procede del Psiquiátrico apuñaló a un cabo de treinta años fuerte como un toro. Sucedió en el patio, junto a la ventanilla del economato general. De pronto el chico comenzó a clavar su navaja en el cuerpo del cabo... Le dio en el cuello y en el pecho. Los que presenciábamos la escena no sabíamos qué hacer... y la pelea terminó cuando un funcionario, pistola en mano, separó al agresor. El cabo se desangraba y en una ambulancia tuvieron que llevarle al hospital de Cádiz; el chico fue metido en una celda, y ante su estado, el médico cursó un certificado para que le observen en el Hospital Psiquiátrico.

Había unos talleres que llevaban los presos en los que se trabajaba la nea, la palma y el mimbre, para hacer sillas y canastos; desde hoy funcionan otros más modernos y mejor pagados, por cuenta de la Dirección General de Prisiones. El sueldo es de diez a doce pesetas y nos pagarán cada quince días. Podremos comprar latas de sardinas, tabaco y otros lujos, incluso ahorrar para el día que salgamos en libertad... En el taller, entre el olor que desprende la palma después de azufrarla, hice amistad con los dos argentinos autores del atraco a la joyería Aldao, de Madrid. Tenían ganas de conocerme y por medio de un amigo común comenzamos la conversación...

—¿Pensáis fugaros...? —les digo.

—¿Quién puede escapar de aquí...? Vaya pregunta que nos haces para empezar...

—Estaba deseando hablaros esto... He oído el rumor...

—Pues no es verdad. ¡Ojalá que pudiéramos evadirnos...! Tú eres un experto en esto y sabes que no es fácil. Si algún día proyectamos algo serio hablaremos contigo...

—Yo ahora no puedo —les digo con cierta amargura.

—No me explico cómo un hombre con tantas fugas y experiencia, como tú, no te hayas ido al extranjero —me responde con una seriedad sorprendente uno de los argentinos.

Por la ventana se cuele hasta la cama un rayo de sol en el que flotan unas motas de polvillo. Estoy nervioso como el niño que va a pasar un examen y exultante de alegría como cuando subes solitario a lo alto de una montaña y miras al infinito o hacia abajo y sientes deseos de gritar. Llevo unos meses en el Hospital Penitenciario de Madrid, llamado también Prisión Escuela de Yeserías... Me han internado para que me opere el doctor Sentí, y reposo cuanto me es posible en la sala de traumatología. Miro otra vez el reloj: sólo falta media hora para comunicar. Hoy es un día grande en mi vida. Cuando el enfermero anuncia que me esperan ya estoy vestido, más acicalado que nunca, dispuesto a la entrevista.

Al otro lado de las rejas están mi madre y hermanos y un muchacho de dieciséis años, alto, fuerte, musculoso, con los ojos vivos y penetrantes, la mirada abierta en una sonrisa, la cara angulosa, como su madre. La última vez que le vi fue en 1949, hace ya nueve años...

—Hola, hijo —le digo emocionado.

No responde. Me observa atento, con curiosidad y cariño al mismo tiempo. Posiblemente ni se acuerda de aquel día que vio a su padre... ¡Cuánto daría por abrazarle...! Quedamos silenciosos durante unos segundos, fijo el uno en el otro, sin importarnos las personas que nos rodean...

—Estoy muy contento de verte, padre. No creas que mi madre me habla mal de ti...

—No te hablará ni bien ni mal...

—Procura no sacar el tema delante de mí, porque tiene miedo de que algún día puedas alterar la vida pacífica y normal que llevamos. Yo quiero enterarme por mí mismo de todo lo que ignoro, especialmente de las circunstancias por las que estás preso. Sé que has tenido años malos; si de algo te vale, te perdono y olvido que eres un delincuente...

—Gracias, muchacho. ¿Qué haces tú ahora...?

—Soy oficial mecánico y trabajo con un tío en su taller. Me he especializado en chapa. Mamá está empleada en un hotel y con lo que ganamos los dos podemos vivir bien en un piso de la calle de Batalla del Salado, donde nos localizó tu madre..., mi abuela.

Le oigo hablar y no me atrevo a romper sus palabras. Madre le tiene cogido el brazo entrañablemente, y mis hermanos oyen expectantes la para ellos sorprendente conversación. Siento una alegría inmensa al comprobar que Gabriel no sigue mis pasos y que es un joven honrado, trabajador...

—Comprende: a ella la quiero mucho; a ti, apenas te he tratado. Si quieres vendré a verte muchas veces para que nos conozcamos. Haré también cuanto esté en mi mano para que mamá venga... Si sales pronto todavía podemos ser felices los tres...

—Tu madre está quemada. Es una buena mujer, pero la he hecho sufrir mucho. Ya no volverá a fiarse de mí; lo nuestro es algo que se ha roto para siempre...

—Ella no trata de apartarme de ti; por el contrario, quiere que venga a verte y que te comprenda...

Cuando el funcionario advierte que se acaba el tiempo me cuesta arrancarme del locutorio. Mi madre, para no robarnos segundos, no ha dicho una sola palabra... Gracias a ella, a su actividad increíble, a pesar de sus casi setenta años; a su amor y dedicación a mí, he podido cumplir el anhelo de ver a mi hijo. Nunca pagaré a esta mujer, hecha de la pasta especial de madre, todo lo que se ha sacrificado por mí desde hace veinticinco años... ¡Si al menos un día pudiera verme libre se vería compensada en su indomable esfuerzo...!

Gabriel, como había prometido, vuelve. En dos ocasiones lo hace con hermosas jovencitas de su edad. Dice que son sus novias... Esta afición por las mujeres bellas nadie podrá discutirme que la hereda de mí...; ya es algo. En cada visita le doy diez duros o cien pesetas. Ahora no tengo problemas de dinero: he montado una especie de taller de cestas de plástico en el hospital y dos hombres trabajan para mí. Hoy me ha sorprendido con su proposición: quiere que su madre y yo nos casemos. No me echa en cara nada, es un hombre culto y educado, pero sospecho que siente sobre sí el peso de ser un hijo ilegítimo y comprendo su interés en solucionarlo. Por otra parte, no conoce a fondo las circunstancias que quebraron la unión de su madre conmigo y siente la ilusión de ayudarnos a emprender un nuevo camino...

—¿Qué dices, padre...? —Me apremia.

—Eso es un asunto para tratarlo con tu madre...

—Ayer aseguró que un día de estos vendrá... Recordarás que te lo prometí el primer día... A lo mejor el domingo te doy una sorpresa...

El domingo, María y su hijo me esperan en el locutorio. Ella no despega los labios durante los quince minutos que dura la comunicación: llora sin cesar, casi sin atreverse a mirarme... Sólo al final dice:

—Volveré sola el jueves... Adiós, Victoriano.

—Adiós.

Me queda mal sabor de boca después de este encuentro con María. El tiempo ha incrementado su temor a que una persona como yo, que vivió toda su vida al margen de la ley, altere su tranquilidad... Por otra parte, pensará que Gabriel necesita tener un padre ante la sociedad... Está más delgada, aunque parece que no han pasado los años por ella...

El jueves nos quedamos frente a frente, como dos niños sorprendidos en una travesura o a punto de pelearse: ninguno quiere romper fuego ni hablar primero; nos miramos con tristeza, como lamentando los años perdidos...

—¿Qué tal estás, María...? —le digo.

—Bien. ¿Y tu...?

—Físicamente, cada día mejor...

—¿Y de lo otro...?

—Esperando... A veces hablo con compañeros que tienen también muchos años de condena. Soñamos cosas que para los que están fuera pueden resultar divertidas... Por ejemplo, deseamos que estalle un día una guerra, por si nos llaman a filas u otorgan algún indulto... Dicen que hay un grupo de juristas con la idea de conseguir que la pena máxima a cumplir disminuya en diez o veinte... años. Si fuera así llegaría a tiempo, soy un hombre joven...

—Sí eres joven: tienes cuarenta años, tres más que yo, y... te encuentro muy bien.

—El trabajo no me mata.

Por vez primera María ríe. Le hace gracia mi respuesta y parece que le anima a soltar lo que tanto trabajo le cuesta...

—Gabriel dice que sería mejor que nos casáramos, para legalizar aquel matrimonio. El quiere llevar tus apellidos...

—Me habló de esto: me parece bien...

—Antes tienes que prometerme que cumplirás tu condena sin tratar de fugarte.

—No me fugaré. Yo también sueño con ser un hombre libre, sin temor a quien camine a mis espaldas.

14 DE FEBRERO DE 1959

Año 1959, 14 de febrero. En la capilla del Hospital Penitenciario..., ante el altar nos arrodillamos María y yo. Ella lleva el pelo corto, recogido con un velo, y sobre el vestido negro cuelga un mantón con flecos. Su único adorno es un broche, en forma de mariposa, y los guantes, blancos y negros. Yo visto como un señor: traje oscuro, corbata gris, camisa ajustada en el cuello... A nuestro lado, el doctor Sentí y la madre de María, que actúan como padrinos; el padre de la que ante la Iglesia va a ser mi mujer, mi madre y hermanos y... nuestro hijo. En total han traspasado las puertas del Penitenciario catorce personas, en calidad de testigos e invitados. Los que hacía años que no me veían se sorprenden del mechón blanco, cada vez más extenso, en el tupé de mi pelo y repiten, como lamentándose, la frase tópica de «los años pasan», cuando precisamente mi deseo es que los años pasen... María y yo estamos temblorosos y emocionados, acaso con la falsa ensoñación de que la ceremonia se está celebrando veinte años antes... Al recoger las arras nuestras manos tiemblan; cuando decimos «sí» apenas nos oyen en la pequeña capilla. El capellán da por concluido el acto y los asistentes, incluidos el funcionario y la funcionaria, que no nos dejarán ni un segundo solos, acuden a felicitarnos...

—¿Estás contenta...? —pregunto a María.

—Sí, muy contenta —dice al tiempo que sonrío para una fotografía que por vez primera nos hacemos juntos ella, nuestro hijo y yo.

Tenemos las manos enlazadas, con el mismo aspecto feliz de cualquier pareja de recién casados. Han puesto una mesa con pasteles y licores y todos brindan por mi libertad... Es una alegría sana, auténtica, familiar, que no disfruto desde hace muchos años... Mi mujer y yo nos damos un beso rápido en la boca... «Es toda nuestra luna de miel», le digo, y ella sonrío. Los funcionarios nos miran como rogando seriedad. Después nos hacen fotografías en la salita próxima a la capilla y en uno de los patios... Miro el reloj: han pasado dos horas; dijeron que estaremos juntos tres o tres y media...

—María, ya verás como salgo pronto y olvidamos todo...

Este paréntesis en la monotonía de mi vida dura tres horas y veintidós minutos... En la cárcel uno se acostumbra a cronometrar todo, desde la frecuencia de los latidos del propio corazón hasta una fiesta nupcial...

María ahora viene a verme las dos veces semanales que permite el reglamento, jueves y domingos, sola o acompañada de Gabriel. Su figura es ya algo normal en las comunicaciones del

Penitenciario... De pronto un día todo se altera. Me dicen que he sido reclamado por el Juzgado de Logroño... Nueva condena por simulación de delito: seis meses y un día. Después, Cáceres, donde ingreso el 6 de diciembre... Doce días más tarde, tras un juicio borrascoso, en el que me insolento con el fiscal, hasta el punto de que el presidente amenaza con expulsarme de la sala, por simulación de delito y desacato me condenan a cuatro años, dos meses y un día de prisión menor y cinco mil pesetas de multa... Regreso y paso 1960 casi entero en el Penitenciario de Madrid. María viene a verme con frecuencia. Me han reclamado varias veces del penal del Puerto, pero afortunadamente los informes médicos retrasan el viaje...

Algo importante debe de suceder. El ordenanza del director dice que le acompañe hasta el despacho, que el jefe me está esperando. Cuando entro en el cuarto imagino la noticia que me va a dar y no me sorprenden sus palabras.

—Corral, he recibido órdenes para que salga usted hacia un penal. Hasta ahora ha podido seguir aquí en razón a los informes de los médicos, que estimaban conveniente su estancia en el centro, pero es imposible que continúe más tiempo con nosotros...

—Ya que no hay solución, le ruego que haga lo posible para que me trasladen a algún penal cercano a Madrid, con el objeto de que puedan visitarme mis familiares... En el Puerto tardaría muchos años en verles... Me permito sugerirle las prisiones de Ocaña, Alcalá o Guadalajara...

—No sé si habrá algo que hacer en la Dirección General, pues su fama de peligroso inclina a enviarle precisamente al Puerto. De todas las maneras me enteraré del asunto... Le daré una carta para que su esposa la lleve a un conocido...

Con la carta del director y otra del doctor Sentí, María se esfuerza en conseguir que no me alejen de Madrid..., pero ya es tarde: estoy destinado al Puerto y no hay nada que hacer... El 3 de diciembre, en la estación de Mediodía, una larga fila de familiares acuden a decirme adiós. Ni ellos ni yo sabemos cuánto tiempo ha de pasar para que nos veamos...

—¿Me dejan que me despida...? —solicito a los guardias.

—Sí, hágalo.

No esperaba esta respuesta... Afortunadamente, hasta en una cuestión así se ha humanizado el sistema penal... Hace diez o quince años no me hubiera atrevido a pedirlo. Uno por uno abrazo a los míos, dispuesto a quemar otra etapa de mi vida. Cuando el tren lanza un pitido para avisar de la salida, me cierro en mí mismo. Esta partida me entristece más que las anteriores... Ahora tengo una esposa, mi madre está cada día más anciana... y yo mismo, inexorablemente, voy cumpliendo años y años...

FUGA EN EL PUERTO DE SANTA MARIA

El Penal está revuelto. Los argentinos autores del robo de la joyería Aldao se escaparon. La fuga ha sido una operación perfecta, de acuerdo con un electricista y un fontanero que entraban y salían libremente... El domingo, a las cuatro de la tarde, cuando los reclusos escuchábamos por la radio el «Carrusel Deportivo», los cuatro salieron por la puerta principal... La evasión se desarrolló así: los argentinos y el fontanero de la prisión llegaron al primer rastrillo, el más peligroso y seguro... El electricista, que estaba dentro con el funcionario, golpeó a éste con una barra de plomo en la cabeza,

dejándole sin sentido; le metieron en un cuarto, abrieron la puerta del rastrillo, salieron y cerraron nuevamente para que no pudieran perseguirlos... Fuera había unos coches de los vigilantes que solían lavar los dos cómplices de los argentinos. Llegaron al rastrillo de la puerta principal, se metieron en uno de los vehículos y huyeron con la mayor tranquilidad, pues el funcionario y el guardia civil de servicio, acostumbrados a ver salir a estos hombres que trabajaban normalmente en la prisión, no sospecharon nada... Minutos después, al hacer la llamada de rigor al primer rastrillo y no obtener respuesta, descubrieron al vigilante, herido y sin conocimiento...

Las horas inmediatas son de gran excitación y nerviosismo dentro del Penal... Se sabe que a varios kilómetros del Puerto de Santa María los cuatro individuos detuvieron un coche, en el que viajaba un militar americano de la base de Rota y al que obligaron a cambiar de vehículo... Las siguientes noticias tardarían más en llegar: los fuguistas abandonaron el automóvil y se adentraron en el monte. En torno a ellos se está cerrando un cerco del que difícilmente podrán salir... Las últimas noticias son escuetas: hubo un tiroteo entre la Guardia Civil y los fugitivos, que estaban armados. Los cuatro resultaron muertos.

Lo normal sería que este final sirviera de escarmiento a los que no piensan en otra cosa que en fugarse, pero no sucede así. En el patio, en los pasillos, en el comedor, en los retretes y hasta en los campos de deportes se masca la existencia de nuevos planes. Son miradas furtivas, gestos, complicidades, frases cortadas..., nada concreto, que al que no conoce este ambiente no le dice nada, pero que a los que somos veteranos nos pone en tensión y alerta...

Es domingo; en el cine nos divertimos con una película sin complicaciones. La función transcurre normalmente, pero cuando salimos tres palabras lo dicen todo:

—Ha habido fuga —escucho de los labios de un funcionario.

—¿Cómo ha sido...?

—No preguntes a ése; yo lo sé —me dice un compañero que hace conmigo un aparte. Y me explica lo sucedido.

—Fueron varios muchachos del departamento celular. Hicieron un túnel de más de sesenta metros, con salida muy próxima al ferrocarril... Iban a subirse a un tren, cuando les vio un empleado del mismo... Empezaron a correr y tuvieron tanta suerte que encontraron rápidamente un taxi que los llevó hasta Jerez de la Frontera.

—¿Los han cogido...?

—Por ahora, no. En Jerez se separaron por parejas y huyeron en diferentes direcciones. El cabecilla era «El Arquitecto».

«El Arquitecto» es un estafador experto en fugas. El mismo me contó que pudo evadirse de la Provincial de Madrid gracias al trabajo que le dieron en la oficina, pues una vez que confiaron en él falsificó una nota con su propia libertad... Al paso de los días nos enteramos de nuevos detalles: tardaron cinco meses en construir el túnel; la tierra la arrojaban a una alcantarilla para que se la llevara el agua. La fuga tuvieron que precipitarla a última hora, ya que, sin que se supiera por qué, se atascaron las alcantarillas, con las consiguientes inundaciones... En la construcción del túnel se nota la mano de «El Arquitecto»: tenía, incluso, luz eléctrica...

La disciplina en el Penal es cada día más rigurosa; ahora vigilan atentamente la venta de tabaco de estraperlo, se investiga en todos los rincones para acabar con los juegos prohibidos, se controlan

minuciosamente las cartas para que no salga correspondencia clandestina, se reglamenta el trabajo en los talleres —cuatro horas por la mañana y cuatro por la tarde—, ya no entran, como en tiempos atrás, algunas botellas de coñac y de otros licores, y, por otra parte, cada día son menos frecuentes las peleas y las granujadas, y a los homosexuales los envían a la prisión de Valencia... El Penal se limpia poco a poco, en todos los sentidos, pues al mismo tiempo mejoran el trato y la comida y la vida es más llevadera. A partir de esta época asisto a un proceso de humanización de la vida penitenciaria y de mayor preocupación por el presente y futuro del delincuente... No quiero decir con esto que desaparezcan todos los problemas normales en una cárcel; estos días, sin ir más lejos, han tenido lugar plantes por reivindicaciones de orden interno y formo parte del grupo cabecilla, pero es indudable que, a medida que nos vamos metiendo en los años sesenta, se nota el esfuerzo de juristas y expertos en cuestiones penitenciarias por aligerar el sistema penal de lastres e inconsecuencias pasadas, de durezas excesivas y muchas veces innecesarias. El preso como individuo cuenta más, estudian su historial y circunstancias delictivas siquiátras y especialistas y se trata a niveles más prácticos que hasta ahora el problema del enfrentamiento del penado con la sociedad el día que sea libre.

Coincide con esto la llegada de la más extraordinaria noticia que yo podía recibir: ha salido una ley por la que se puede redimir por todas las causas, no por una sola, como se venía haciendo, y *todos los presos que cumplan veinte años ininterrumpidos serán puestos en libertad.*

Estamos en mil novecientos sesenta y dos; según esta ley me quedan ahora diez años de cárcel. La vida para mí cambia de pronto y ya tiene una meta. Para mí y para tantos otros que llevan diez o quince años sin salir de la cárcel y que se aferran como náufragos a esta tabla de salvación. A partir de este momento, los efectos son inmediatos y la vida cambia en los penales. Un preso no se juega su vida por cuestión de criterio con otro recluso o un funcionario, ni se expone a los riesgos de una fuga. Ahora, los que vivimos con la única ilusión de salir libres, tratamos de evitar sanciones que puedan suponer acortamiento o supresión de la redención de penas por el trabajo y otros beneficios...

Este mediodía me comunican algo en lo que ya no confiaba: ha llegado la orden de traslado a la prisión de Málaga. Cuando subo al tren han de ayudarme: tengo puestas las esposas, bien ajustadas, como en mis mejores tiempos... Guardo una llave en la boca, no me sería difícil pasarla a las manos y aflojarlas, pero... ¿de qué me serviría...? En los últimos meses me he planteado seriamente si debo renunciar o no definitivamente a la evasión y cada día me ratifico en que, tanto por mí como por mi familia, me compensa cumplir los años que faltan. La fecha de mil novecientos noventa, que me martilleaba día y noche como una pesadilla, está «eliminada» por la nueva ley... Cuando salga tendré cincuenta y cinco o cincuenta y seis años; si no me abruman las enfermedades y me mantengo en forma, no seré un viejo... Por otra parte, no me resultaría fácil escapar; lo hice otra vez con mi bastón de inválido y no tenía adonde ir.

Me siento frente a un viajero que no quita el ojo de mis muñecas. No sé si me observa con lástima o con odio. Es una mirada seria, indefinida... En las manos tiene un diario en el que puedo leer los titulares: «La OAS comienza la lucha de guerrillas», «En la prisión de Ramleh, cerca de

Jerusalén, Eichmann ha sido ahorcado»... No sigo leyendo, cierro los ojos e intento dormirme arrullado por el tren. La noticia de la muerte de Eichmann será como un estribillo que se va repitiendo, al paso de las ruedas de la locomotora sobre las traviesas, como una pesadilla que no me puedo quitar de encima.

En la prisión de Málaga no se hacen «períodos». La mayoría de los reclusos son ancianos delincuentes, enfermos, inválidos, hombres que han cometido aberraciones sexuales, tales como violación de menores de ambos sexos. Algunos son autores de delitos de sangre y hay dos o tres «chorizos»... Hay también tres parricidas y un padre que violó a su propia hija... Me cuesta acostumbrarme a vivir con gente tan diferente a la de El Puerto, Burgos y las otras cárceles que he conocido.

Hoy, por vez primera en mi vida, veo televisión. La pantalla recoge una corrida de toros, y medio centenar de reclusos seguimos la faena. Hay «olés», como en la plaza, y el mismo apasionamiento. La única diferencia es que cuando sale una mujer se oyen voces y palabras subidas de tono, pero imagino que lo mismo sucederá, en estos momentos, en muchos pueblos del país...

MALAGA-MADRID-ALMERIA

La vida en Málaga transcurre sin acontecimientos dignos de mención. Son días de sol y aburrimiento, de recuperación física y síquica, de poner en orden las viejas notas de mi diario y, sobre todo, de lectura y meditación. Una mañana me dicen que voy a ser trasladado a Madrid. Lo solicité en los primeros meses de mil novecientos sesenta y tres porque si, como aseguran, es inevitable que me operen para acabar con las anomalías que padezco desde que recibí el tiro, confío en las manos del doctor Sentí.

En junio ingreso en el Hospital Penitenciario de Madrid. Meses después me operan y comienzo, a partir de ahora, una rueda de visitas a los siquiátras, que tratan de analizar el fondo de mi alma y curar mis traumas y depresiones. Hay ahora, además de los médicos clásicos, un grupo de «educadores», gentes del Cuerpo de Prisiones, especializados en Psicología, Sociología, Siquiatría y todo lo relacionado con el entorno del hombre... Son jóvenes en conocimientos y en ideas e investigan en el individuo delincuente con el fin de comprenderle, clasificarle, estudiar su comportamiento y determinar cuál es el lugar idóneo para su internamiento. Aunque en muchos lugares subsiste todavía el sistema represivo y medieval, donde el preso no es más que un número o una alimaña, el nuevo estilo se abre camino lentamente. Yo, pocas satisfacciones puedo vivir en la cárcel; tengo ya casi un pie fuera y la libertad me sonrío incitante, como una mujer sensual, pero me gustaría que los hombres que, como yo, son carne de prisión, los que vienen detrás, no sufran el frío, el hambre, la tortura, la incompreensión y, en definitiva, el trato bestial e inhumano que muchos otros hemos sufrido. Cuando escribo este diario procuro olvidar lo que nunca se olvida, y hay hechos y datos que se pierden porque yo tengo esperanza en el cambio que se ha iniciado y no quiero que mis mal hilvanadas cuartillas respiren odio ni venganzas, ni siquiera represiones, y sean, por el contrario, una puerta al pasado y unas manos abiertas al futuro. Que los muchachos que hoy delinquen, los que dan sus primeros pasos por una circunstancia imprevista, de la que acaso no son culpables; los que por una travesura, un mal momento o la necesidad, roban o hieren o matan, tengan más ayuda, más

comprensión y mejor trato que el que yo, y muchos como yo, hace muchos años hemos tenido.

Esta tarde comunico con María. Ahora los diálogos son más fáciles, menos distantes; sólo hay una reja por medio e incluso está permitido besar a los familiares. María, mi madre y mi hijo vienen a verme de una forma habitual durante estos cinco años de médicos y siquiátras que paso en Madrid. «Ya falta poco», me dicen, para animarme a subir los últimos peldaños de esta larga y difícil escalera... Con sus palabras quieren convencerme para que olvide las fugas y deje de ser rebelde... Pronto podremos vivir juntos todos y ser felices...

María ha envejecido. Yo tengo cincuenta y dos años y ella cuarenta y nueve. Sus manos ya no son tersas como antes, la piel le forma una bolsa debajo de los ojos, el pelo le hace carros blancos en las sienes... Ella también me observa e imagino que estará pensando lo mismo que yo...

—María, ahora sí que falta poco —le digo.

—¿Cuánto...?

—No lo sé con seguridad... Si la cosa se pone mal, cuatro; pero he solicitado indultos particulares y podría quedar en un año...

—No creo que sea posible... ¡Falta tan poco para un año!

—¿Me esperarás...? —le pregunto, mirándola a los ojos.

María no responde. En las últimas comunicaciones hemos discutido, incluso con cierta vehemencia. Yo creo que mi mujer está cansada de esperar y que siente temor a que yo esté un día libre. Ella trabaja, tiene su vida al margen de mí; yo sólo soy para ella una fuente de preocupaciones...

—Un familiar mío dice que te ha visto con un hombre...

No pensaba decírselo. He estado a punto de soltarlo muchas veces, pero siempre, al final, he callado... No es que esté celoso, ¡qué va...! ¿Qué derecho tengo yo a preguntarle sobre esta cuestión...? María me mira, como si fuera incapaz de reaccionar; parece que quiere decirme algo y no se atreve. De pronto, su rostro se anima con una sonrisa escéptica...

—¡No digas tonterías...!

En la comunicación del jueves los dos olvidamos el tema. Pensaba pedirle perdón, pero ¿para qué...? A medida que pasa el tiempo los puntos de discordia son más numerosos, nos enfadamos por cualquier cosa y el difícil equilibrio se quiebra. Dice que no volverá a verme, que soy...; sí, dice que soy un indeseable, un exigente y un egoísta. Yo también la acuso de muchas cosas...

—Estoy en la cárcel por tu culpa, por no librarme de ti a tiempo... Pude comenzar otra vida en Francia, o en cualquier otro sitio, y no he sido capaz de alejarme de ti...

—Me parece bien... Cuando te necesité no te tuve, ¿para qué te quiero ahora...?

Tiene razón. Cuando se va, sin volver la cabeza, ella y yo sabemos que es el final.

Mañana salgo para Almería, a quemar otra etapa en el Instituto Geriátrico Penitenciario. Tengo ganas de dejar Madrid por una temporada, descansar de médicos y análisis, escribir con tranquilidad las primeras cuartillas de lo que serán las memorias de un hombre que comenzó robando un burro y lleva ya treinta años de cárcel, diecisiete seguidos... ¡Diecisiete años...! Se dice pronto... Sin

caminar por los parques, sin subir a un tranvía, sin entrar en un cine o en una sala de fiestas, sin besar a una mujer, sin comprar un periódico..., sin ser libre. A veces temo que, por estar acostumbrado a esto, después me será difícil acomodarme a la vida de un hombre normal... ¡Sería lamentable que después de pasar la vida soñando con la libertad no sepa al final qué hacer con ella...!

Me despido de los compañeros del Sanatorio. El que dio las puñaladas al cabo de período del Puerto de Santa María, que tiene también reducida su condena a los veinte años, dice que me verá «en la calle». También ha convivido conmigo los últimos meses el que se cortó las venas en Bilbao. En realidad, estos cinco años, entre el Sanatorio y Yeserías, se me han pasado en un vuelo... Por el Sanatorio desfilaron numerosos camaradas de otras penitenciarías. Hacemos bolsas de papel, sobres para la revista de la Guardia Civil, tenemos un huerto para sembrar berenjenas, lechugas, pimientos y tomates... La vida es aburrida, pero no desagradable. Ahora se portan peor los compañeros que los funcionarios. Los viejos delincuentes estamos mosqueados con la nueva ola de «chorizos», que en nada valoran la amistad y quieren medrar y tener privilegios a base de dar chivatazos. Me voy con cierta pena porque dejo buenos amigos, pero con la certeza de que en Almería estaré más tranquilo y podré escribir mi libro... He pedido el traslado con esta idea.

En la misma puerta del Sanatorio me recoge un autocar de cuarenta plazas. Estoy contento: no pasaré por la Provincial de Madrid, como es normal en estos traslados. No quiero recordar escenas de mi pasado. Las ventanillas son de cristal, con pequeños barrotes, a través de los cuales se puede contemplar el paisaje... Todos vamos esposados, pero sentados cómodamente... ¡Qué diferencia con aquellas cuerdas de presos en el tren...! En la parte de delante van dos guardias civiles, que se turnan como conductores; a su lado, un sargento y un cabo, encargados de nuestras documentaciones, y en la parte de atrás, varias parejas de vigilantes... Paramos en un pueblo, delante de un restaurante, y el camarero nos sirve lo que pedimos. El autocar sigue su marcha y no se detiene hasta Jaén, donde hacemos noche. En esta cárcel se quedan tres hombres; la mayoría de los reclusos siguen en el autocar hacia el Puerto, y a los de Almería, que somos cuatro, nos llevan en un «jeep».

Mientras me cachea el funcionario entran el director y el administrador del Geriátrico.

—¿De dónde viene? —Pregunta al más viejo.

—De la provincia de Toledo.

—¿Y usted? —Ahora se dirige a un muchacho de diecisiete años, que no pronunció palabra en las cuatro horas que duró el viaje en el «jeep».

—De la prisión de Jaén, para un juicio que tengo aquí pendiente.

—A usted ya le conozco, Corral —me dice el director, mirándome.

—No recuerdo...

—No es que le conozca personalmente, pero sé de su historial... Ha sido dado de alta en el Sanatorio de Madrid. Espero que se porte bien...

—He venido voluntariamente. Soy yo el que pedí el traslado...

—Ya, ya..., pero sé lo que hizo usted en el Penal del Puerto de Santa María y en otras prisiones...

—Debe pensar que llevo cinco años de conducta intachable...

—... Que espero sigan aquí.

Por la noche, en mi diario, hago un completo resumen del viaje y de las primeras impresiones de

Almería. No sé quién habrá dado el chivatazo, pero los funcionarios están al corriente de mis planes en el Puerto y de que ayudé a dos reclusos en un intento de fuga. Hoy es veintinueve de octubre de mil novecientos sesenta y nueve. Mañana ordenaré los papeles y un día de éstos comenzaré a escribir mi libro... Tengo que descubrir al chivato que se dedica a contar mi vida... Tiene que haber algún conocido, algún antiguo amigo que, a mi costa, pretende medrar... No creo que sepan de mí por mi expediente: pesa quince kilos y estoy seguro de que no se lo han enviado.

Ya he escrito las primeras cuartillas. Me ha costado arrancar, contar los primeros pasos de mi vida... Escribir, para mí, además de un pasatiempo, es un acto de conciencia en el que desfilan imágenes perdidas, hechos recobrados que hacía años no deambulaban por mi pensamiento... Para mejorar el léxico y lograr un estilo claro, sin efectismos ni concesiones a la galería, devoro cuanto cae en mis manos, especialmente literatura moderna y poesía. También leo los periódicos que ahora entran, sin restricciones, en las cárceles... Hace unas semanas, a primeros de enero de mil novecientos setenta, ha salido el libro de un ex recluso que está a punto de convertirse en uno de los hombres más populares del mundo y en millonario. Todos los diarios y revistas hablan estos días de «Papillon», el libro de un francés que, como yo, ha pasado los años más preciosos de su vida en la cárcel... Me dicen que el libro está ya expuesto en todas las librerías de Almería y ardo en deseos de leer la narración del fuguista de la Guayana...

He pedido a la biblioteca que me faciliten «Papillon», pero aunque nadie me dice que esté prohibido leerlo, los días y las semanas pasan y me es imposible hacerme con la obra... Aseguran que no lo tienen en la biblioteca, que es muy difícil hacerse con él..., me dan mil excusas y no me queda más remedio que concluir que jamás dejarán entrar en la cárcel la vida y aventuras de un presidiario... Un funcionario con el que suelo departir en torno a mis memorias es más sincero...

—Mira —me dice—, no creo que te lo vayan a facilitar. Piensa que en él se habla de planes y protestas en las cárceles, y de fugas... Olvídate del libro; ya lo leerás cuando seas libre.

He conseguido hacerme con las memorias de Charrière. Esta tarde, el familiar de un compañero pudo pasarlo cuando vino a comunicar... Ya he empezado a leer el célebre «Papillon»; en los servicios he acabado el primer capítulo y ahora lo tengo bien guardado entre mis papeles para proseguir la lectura esta noche... El libro me ha salido caro, aunque hay que tener en cuenta que aquí la inflación es todavía más preocupante que en el exterior: tuve que pagar por él dos mil pesetas..., mil a mi compañero y otras mil para el que lo introdujo en el penitenciario.

He tenido un serio percance: esta tarde, a las cuatro, entré en la fontanería para pedir unos clavos que necesito para un marco en el que estoy trabajando. El fontanero no estaba, había salido y sólo se encontraba dentro el ayudante. El muchacho me da los clavos y conversamos durante unos minutos. Yo le hablo de mi libro y de que dentro de unos días me llevarán al hospital para que me vea el oculista y me hagan una revisión general... Es posible que, como consecuencia del disparo, tengan que hacerme una nueva operación...

—¿Crees que te dejarán en el hospital de Almería...?

—No lo sé... Aunque llevo seis años sin problemas, no consigo quitarme de encima la fama de peligroso y fuguista... Es posible que prefieran enviarme a Madrid, les ofrece mayores seguridades...

De pronto me doy cuenta de que detrás de mí, pegado a la puerta, nos observa un hombre, parece

ser que un funcionario. Se da cuenta de que le he visto y entra apresurado...

—¿Qué estábais haciendo...?

—Somos amigos y yo he venido a recoger unos clavos —le digo.

—Ya te daré yo a ti clavos..., ahora mismo doy parte de vosotros.

—¿Parte de qué...?

—¿De qué va a ser...? —Dice, y nos mira de una forma que no deja lugar a dudas.

El funcionario imagina que el muchacho y yo tenemos relaciones... Va a salir, me acerco a él y le digo amenazadoramente:

—¡Cuidado con lo que dice...!

Me da una bofetada y, sin pensarlo un momento, cojo unas tijeras de cortar chapa y lanzo un viaje, sin acertarle. Es mucho más fuerte que yo y de un golpe me quita las tijeras... Yo estoy fuera de mí, con los nervios en tensión, dispuesto a cualquier cosa... Veo un martillo al alcance de mi mano, pero también me lo quita... El ayudante del fontanero sale en petición de socorro, mientras me hago con una nueva arma: una barra de hierro, de fácil manejo... Lanzó un viaje y esta vez acierto. Le he dado en la cabeza. El se agarra a mí y los dos caemos al suelo, envueltos en sangre...

El jefe de servicios, varios funcionarios y reclusos entran en la habitación... A mí me sujetan y me llevan a una celda de castigo... Sigo exaltado, sin poder dominarme. Cuando se van, todavía les digo:

—Mataré a ese hombre... Nadie puede acusarme de homosexual. Llevo treinta años en la cárcel y jamás me había sucedido esto...

Cuando pasan unos minutos saco una cuchilla que guardo entre unas hojas de papel. Quiero que intervenga el Juzgado para que quede todo claro... Descubro el brazo y veo las cicatrices de otras veces... Por lo menos hay diez cortes. Lo hice en otras ocasiones, en el vientre y en ambos brazos, para preparar una fuga. Hoy lo hago porque no puedo tolerar que me llamen homosexual... Clavo la cuchilla profundamente y salta un chorro de sangre... Ya no se trata de fugas ni de hacerme el loco... Si me acusan oficialmente de homosexual estoy dispuesto a suicidarme... El cabo recluso ve salir sangre por debajo de la puerta y comienza a dar voces...

—¡Corral quiere suicidarse, vengan rápidos...!

Acuden algunos funcionarios, el practicante y dos o tres presos. Mientras el practicante detiene la hemorragia, los demás me sujetan... Después traen una cama de la enfermería y, para que no atente contra mi vida, me atan los pies y las manos...

El director ha hablado conmigo dos veces. Parece claro que la culpa es del preso encargado de la fontanería, que dio el chivatazo y que convenció al funcionario de mi pretendida falta. De momento, al fontanero lo trasladaron a la prisión de Córdoba. A mí, por las lesiones causadas al funcionario, por los insultos y por cortarme las venas, me echan dos faltas graves, de quince días cada una. Entre los compañeros mi figura se agiganta. Este es un lugar tranquilo, sin peleas ni discusiones de relieve, y yo soy el primero que le ha pegado a un funcionario...

Viajo dos veces a Madrid, una de ellas para ser operado de la pierna paralizada... En el segundo traslado paso unos días por la Prisión Provincial de Carabanchel... Aquí siguen antiguos conocidos... Hace tantos años que no piso estas galerías, que algunos funcionarios de entonces no se acuerdan de mí... Ahora tengo el pelo casi blanco y surcan mi frente numerosas arrugas... Conservo

el ímpetu de mi juventud y ardo en deseos de organizar nuevas fugas, que eran como un reto a mí mismo y a mis vigilantes, pero estoy a la espera de respuesta a mis peticiones de indulto y ahora soy un hombre prudente, con la única ilusión de ser libre...

Antes de mi último traslado se celebra el juicio por el incidente de la fontanería, del que salgo absuelto.

Marzo de mil novecientos setenta y uno. Estoy en Almería, después de mi último viaje a Madrid. Hoy me han dicho que cumpliré lo que me resta de condena en el centro de Detención y Cumplimiento de Santa Cruz de Tenerife. Lo del indulto total ha fallado... Mi madre ha escrito al Vicepresidente del Gobierno, a la Princesa Sofía y al Ministro del Ejército... Capitanía General pidió informes sobre mi enfermedad. El veintitrés de diciembre se corrió por la prisión que yo iba a ser puesto inmediatamente en libertad. El rumor se debió a que me llegó el indulto de Capitanía por la pena que estoy cumpliendo... Yo también me puse nervioso, hasta que el director me aclaró que me ha sido concedido el indulto parcial que yo solicité, no el total que pidió mi madre... Es decir, que me liberan de las causas por atraco, pero a efectos prácticos no supone reducción real de condena, ya que tengo que cumplir las que se me siguieron por estafa...

Ya no hay dudas ni esperanzas; hasta el treinta de septiembre de mil novecientos setenta y tres no saldré de la cárcel... Mi madre, sin embargo, no lo entiende, o no quiere entenderlo, y prosigue agotando los últimos años de su vida en un esfuerzo titánico por librarme de los meses que me quedan de cárcel... La última vez que estuve en Madrid la he visto encorvada, arrugada por los años y los sufrimientos... Está a punto de cumplir ochenta años y al despedirme me dijo: «Victoriano, aunque soy vieja, sé que cuando seas libre viviremos juntos y serán los mejores años de mi vida...».

Es la última conducción, la última cárcel de mi condena. Cuando emprendo viaje hacia Santa Cruz de Tenerife me da la impresión de que soy un espectador camuflado entre los presos y asisto curioso a lo que sucede para después, por la noche, anotarlo en mi diario: «Hacemos noche en la prisión de Jaén. Por la mañana, muy temprano, salimos hacia Cádiz un total de cuarenta reclusos... Antes, en un banco de la cárcel, un sargento de la Guardia Civil va esposando de dos en dos a los trasladados, mientras el jefe de servicios pasa lista. Cuando pronuncia mi nombre, el sargento, al ver que soy un inválido, pasa a mi lado y hace como que no me ve y ajusta a otro las esposas... Un funcionario se ha dado cuenta, le llama y le habla al oído... Me imagino lo que le estará diciendo... “Tenga cuidado con ése; es Victoriano Corral, un hombre peligroso...”. El sargento se acerca a mí y, sin decir una palabra ni mirarme a los ojos, me coloca las esposas... En las prisiones de Córdoba y Sevilla se quedan varios presos; en el Penal del Puerto, final del trayecto del autocar, otros diez; a los que vamos hacia Cádiz nos hacen esperar durante dos horas en una dependencia de la prisión, sin darnos tiempo a ver a viejos camaradas... Cuando llega el coche, me esposan entre dos reclusos y en todo el viaje nuestros vigilantes no cesan un solo segundo de mirarnos... La cárcel de Cádiz está encalada en blanco, como toda la ciudad... En el primer rastrillo me doy de narices con un funcionario al que conocí en el Puerto... Apenas nos saludamos, nunca me ha sido simpático...».

Hemos pasado tres días en Cádiz. En un «jeep», bien esposados, nos llevan hasta el puerto, nos suben después al barco y hasta que éste zarpa esperamos en un camarote; cuando la ciudad blanca se pierde en la lejanía, uno de los vigilantes me suelta las esposas y me sujeta después una mano a los barrotes de la litera... Cuando ingresamos en la prisión de Tenerife son las cuatro de la

madrugada...

Ya tengo en orden los viejos papeles, el bloc de notas cuadriculadas, los recortes de periódicos en los que con un lápiz rojo señalé un hecho o una idea; tengo también un centenar de folios escritos y en este final de mi vida penitenciaria acabaré las memorias que no serán más que un espejo sincero, lo menos distorsionado que me sea posible, que recoja parte de mi camino... Con mis cincuenta y cuatro años, en la cumbre de mi existencia, me siento con ánimos como para volver a empezar... El médico me dio de alta en la enfermería y puedo salir a esta terraza donde, durante largas horas, disfruto de un sol benévolo e indolente que invita a la meditación... Estoy viviendo una experiencia nueva y desconocida y los muchos años de celdas sombrías hacen que agradezca más esta sensación maravillosa de la monotonía bajo el sol. Con un poco de imaginación me siento como esos turistas millonarios que viven en una isla paradisíaca, como un veraneante más de Tenerife... Si miro alrededor alejan mi ensoñación personajes reales: carteristas, homicidas, borrachos, homosexuales; hombres arrastrados, cualquiera sabe por qué, al dolor y a la soledad... Muchos de ellos empiezan; yo estoy de vuelta, con más sosiego e ironía, acaso con más conocimiento, también con más ternura... He roto muchos papeles, olvidé otros y se quedaron archivados para siempre imágenes y recuerdos que parecía que no podrían borrarse. Algo sí que he aprendido.

También aquí los chivatos de turno me inventan relaciones con los menores. Los muchachos del tercer grupo, que limita con la terraza, saben de mi vida y me preguntan con curiosidad. Yo les respondo, hablo con ellos y ello parece ser motivo suficiente como para que un par de hijos de perra, que se dicen compañeros, me consideren igual que ellos. Es tan frecuente e inevitable la homosexualidad en las prisiones y tantos los que comercian con este productivo «negocio», que les parece imposible que haya muchos a quienes nos resultan impensables las relaciones sexuales a no ser con mujeres. Y suceden casos de muchachos corrompidos a la fuerza por estos sinvergüenzas, que anteponen su bestialidad y egoísmo a la mínima libertad de los demás.

30 DE ENERO DE 1972: MUERE MI MADRE

Mi madre ya no me esperará a la puerta de la prisión. Murió esta mañana en El Arenal, yo creo que cansada de la espera...

Yo también estaba convencido de que los últimos años los pasaría conmigo: trataría de resarcirla de su sufrimiento, sería el hijo más amante y sacrificado, pasearíamos mirando al frente, junto a los cerros, sin prisas, cogidos de la mano...

Mi diario aparece hoy vacío: no sé qué escribir. Este tremendo dolor, esta sensación de desgarramiento y desespero, no se pueden describir con palabras. Sólo sé que por la mañana, cuando los cabreros salían al monte, mi madre murió en El Arenal... Faltaban dos años y ocho meses para mi salida, exactamente novecientos setenta y dos días... Ella también lo habrá pensado.

María me escribe. Dice que lamenta mucho la muerte de mi madre. Nada más.

El sol calienta más que otros días. Estamos en verano. Yo converso en la terraza con un amigo, acaso el único que de verdad tengo aquí. Se llama José y mató a un hombre; es lo único que sé de él...

—¿Sabes lo que he hecho, José...? He escrito al director del diario local, a ver si viene un

periodista a entrevistarme... Ya me queda muy poco para salir, tengo muy adelantado el libro y creo que mi vida ofrece cierto interés, aunque sólo sea como escarmiento...

—¿Y qué ha pasado...?

—Que mañana viene a verme un periodista de «La Tarde». Mira este recorte... ¿Ves...? Dice que Henri Charrière deja una fortuna de trescientos cincuenta millones de pesetas. Murió hace unos días, en una clínica de Madrid; tenía hoteles, salas de fiestas, un montón de dinero y mujeres...

—¿De qué le ha valido, si ha muerto...?

—¡Victoriano Corral, Victoriano...! —Oigo que dicen al otro lado del patio.

—¿Qué pasa...?

El hombre que pronuncia mi nombre trae una carta en la mano... La cojo, la abro lentamente y lo primero que hago es leer la firma... Don Enrique..., un sacerdote, especialista en temas de Derecho canónico... Dice que mi esposa ha solicitado la separación canónica... Según ella, nuestro matrimonio se ha celebrado bajo coacción, mi hijo y yo la hemos presionado y, por lo tanto, quiere la anulación... ¿Es posible...? ¿Cómo pude presionarla yo, desde la cárcel...? ¿No será que ahora, que está cercana mi liberación, quiere romper definitivamente conmigo...?

—¿Quién te escribe, Victoriano? —Me pregunta José.

—Nada importante: mi esposa, que quiere separarse...

—¡Hombre, yo creo que ya estáis bastante separados...! ¿No?

Pasan los días y cada vez me adentro más en la preparación de mi libro... Un joven reportero de «La Tarde» ha venido a verme, pero de la Dirección General de Prisiones me deniegan rotundamente el permiso para hacer declaraciones que vayan a ser publicadas...

30 DE SEPTIEMBRE DE 1973: EL DIA DE MI LIBERTAD

Los últimos días no consigo conciliar el sueño... Falta sólo una semana para que me pongan en libertad... Vestiré traje oscuro y corbata, como el día de mi boda... Me han dicho que me espera un fotógrafo del diario local... María no estará, mi hijo tampoco, mi madre ha muerto... No viene ningún familiar ni amigo... ¡Qué soledad...! Tengo cincuenta y seis años y por delante sólo está el camino para empezar otra vez... El libro ya está acabado, únicamente me faltan unos certificados de mis condenas y evasiones para mayor seguridad; los sacaré cuando esté en la calle. Me iré directamente a Madrid, en donde mi hermana me ha ofrecido su casa. Después me presentaré, sin avisar, en El Arenal y subiré a los cerros, como cuando jugaba con «Capalagartos» y Santiago...

—¿Qué vas a hacer, Victoriano...?

José tampoco duerme; le quedan muy pocos días y prepara mentalmente, como yo, su futuro... Lleva veinte años en la cárcel y su mujer se ha ido con otro...

—No lo sé, José; confío en el libro y en mi suerte. Lo que sí es seguro es que jamás volveré a la cárcel... Cuando salga, miraré hacia atrás y juraré, por mi madre, que nunca pisaré este lugar... Llevo algún dinero para aguantar unos meses. Entre lo que me han enviado mis familiares y lo que gané con el destino de la venta de café, junto veinticuatro mil pesetas... Cuando empecé la otra vez tenía menos; claro que también tenía cuarenta años menos... ¿Tú qué harás...?

—Trabajaré con un amigo, que es peluquero... Le escribí y ha contestado ofreciéndome su

ayuda...

—Yo espero ganar dinero pronto para tener una chavalita de veinte años.

—Tú siempre igual... —Dice José, riéndose, y añade—: ¡Como no sea robando...!

—Aunque viera cinco millones en el suelo y sin dueño, no los cogería... Ya te he dicho muchas veces que estoy hasta las narices de las cárceles. Esto se acabó para siempre.

Ahora los días pasan más lentamente que nunca... Seis, cinco, cuatro, tres... José y yo convertimos las horas que faltan en minutos e incluso en segundos. Es un juego divertido que nos aproxima a la meta más importante de nuestra vida... Esta tarde me despedí de mi amigo en el patio. Sólo le dije:

—Adiós, José; me voy mañana.

—Adiós, Julián. Dentro de un mes te veré en Madrid.

Nos abrazamos y yo me dirijo al dormitorio para preparar mis cosas: el traje oscuro, nuevo, de no haber sido usado; los blocs de notas, las cuartillas, un álbum de fotografías familiares y... un paquete de cuchillas y dos llaves de esposas que siempre conservaré como recuerdo. Después de llenar la pequeña maleta me meto en la cama, tan agotado, que acabo por dormirme.

Cuando despierto son las seis. Una hora más tarde me levanto y espero, con los nervios tensos, que vengan a por mí... Media hora después entran el director de la prisión, el jefe de servicios y un funcionario...

—Cuando quieras, Victoriano... Toma esto.

Son dos papeles timbrados: el uno, un talón de viaje por ferrocarril, de Cádiz a Madrid; el otro, mi cédula de libertad... ¡Certificado de liberación definitiva...! «Certifico que en el día de hoy, y previa aprobación del Tribunal sentenciador, se concede la libertad definitiva a Victoriano Corral Serrano, por haber extinguido su condena... Y para que conste, expido la presente en Santa Cruz de Tenerife, a 30 de septiembre de mil novecientos setenta y tres. Firmado. El Director de la Prisión Provincial, don Rafael Alvarez Melo...».

Después de leer el papel, lo doblo y lo guardo cuidadosamente en mi cartera, en un apartado en el que ayer metí el importe de mi Cartilla de Ahorros de recluso: sesenta con cuarenta pesetas...

Los tres hombres me acompañan y esta vez los rastrillos se van cerrando a mis espaldas con un sonido diferente... A las ocho en punto traspongo el cuarto y último rastrillo... En la calle hace un vientecillo agradable y el sol me golpea, de frente, en la cara. Dos estudiantes que estuvieron detenidos hace algunos meses me esperan, junto a la puerta... Después de treinta y tres años de cárceles soy un hombre libre: para andar, para gritar, para aspirar con hondura este vientecillo refrescante del día de mi liberación.

[1] «Comunicar»: en la jerga carcelaria, es el término que se emplea para expresar las visitas de familiares y amigos a los presos. <<

[2] «Trincar»: en el lenguaje de los delincuentes o caló, quiere decir apresar, capturar. <<

[3] «Picos»: en caló, guardias civiles. <<

[4] «Chivata»: en caló, linterna. <<

[5] «María»: caja fuerte, en el argot del profesional del robo. <<

[6] «Zumbar»: abrir por la fuerza un establecimiento o caja fuerte. <<

[7] «Perista»: persona que compra a otra objetos robados. <<

[8] «Pasma»: en el argot carcelario, la policía. <<

[9] «Trena»: en caló, cárcel. <<

[10] «Andar al tope»: estar a lo que salta. «Topista» es el delincuente sin especialización que da golpes de diversa clase según las circunstancias. <<

[11] «Trincar»: detener. <<

[12] «Madama»: en caló, policía; le llaman también «la pasma». <<

[13] «Picos»: en caló, guardias civiles. <<

[14] «Renguista»: en caló, ladrones o «chorizos» que roban en los trenes. <<

[15] «Beri»: en caló, cárcel. <<

[16] «Espadista» es, en caló, el ladrón que roba forzando las puertas con llave falsa o «espada». A la llave también la denominan «clochí». El «topista» es el «espadista» que sale a lo que cae, o «al tope», y si no puede abrir con la llave, emplea palanca o ganzúa. <<

[17] «Foro»: Madrid, en caló. <<

[18] «Sábana»: billete de mil pesetas. <<

[19] «Corte»: navaja u objeto de lata cortante, preparado en la misma cárcel. <<

[20] «Destino»: recluso que tiene encargado algún trabajo (limpieza, cocina etc.) dentro de la cárcel. Suelen ser «destinos» aquellos presos que observan mejor conducta, ganándose así la confianza de los funcionarios. <<

[21] «Batuta»: en caló, ganzúa parecida a los desmontables de las ruedas de los automóviles, empleada por el «topero» para abrir las puertas. El «espadista» las abre con la «espada», o llave falsa. <<

[22] «Palanquetazos»: la «palanqueta» o «hierro» es el útil que utilizan los «topistas» para «reventar» o abrir una puerta. <<

[23] «Cacharra»: en caló, pistola. <<

[24] «Sirla»: en caló, atraco. Se dice «sirlar» o «chirlar» y se refiere al robo en el que, si es preciso, se recurre a la violencia. <<

[25] «Bofia»: en caló, policía. <<

[26] «Chorizo»: ladrón. <<

[27] «Embolado»: en la jerga carcelaria se da este nombre a la imputación por parte de un preso de delitos que no ha cometido, con el fin de ser sometido a conducción, en la que puede surgir la oportunidad de fuga. También se hacen los «embolados» para ayudar a compañeros y se autoacusan reclusos que tienen mucha condena y a quienes no preocupa que les echen más años. <<

[28] «Jai»: en caló, aviso, soplo. <<

[29] «Baldao»: al igual que «corte», en caló quiere decir navaja. <<

[30] «Fusca»: en caló, pistola. <<

[31] «Rutinas»: en caló, fumadores habituales de grifa. <<

[32] «Cobrar el barato»: los presos de más prestigio, fuerza o ingenio cobran una cantidad por permitir el juego y por vigilar, cuidando el desarrollo del mismo. <<

[33] «Bujarrón»: se dice del homosexual que cumple tareas «masculinas». Al que hace de mujer se le denomina «maricón». <<